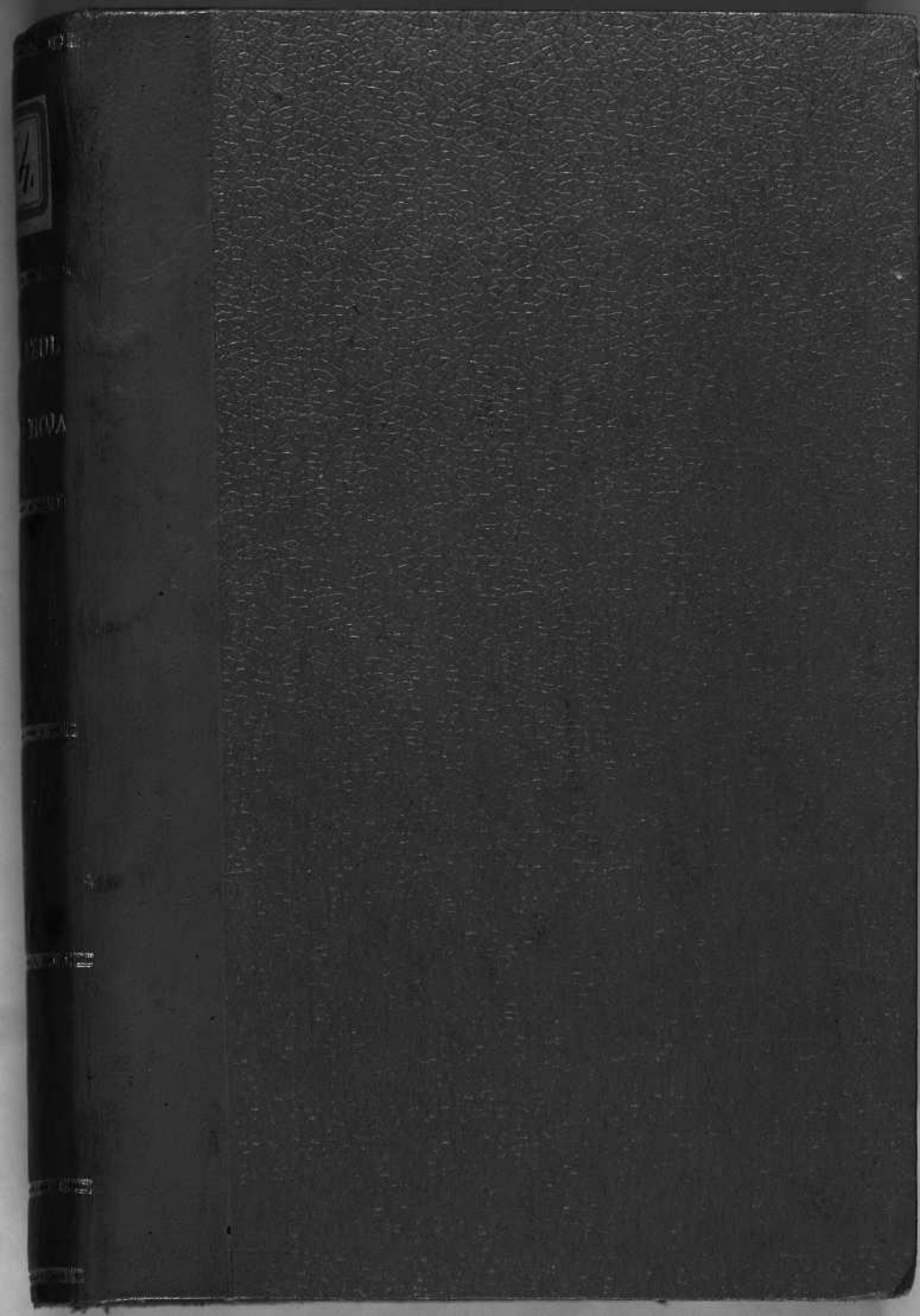
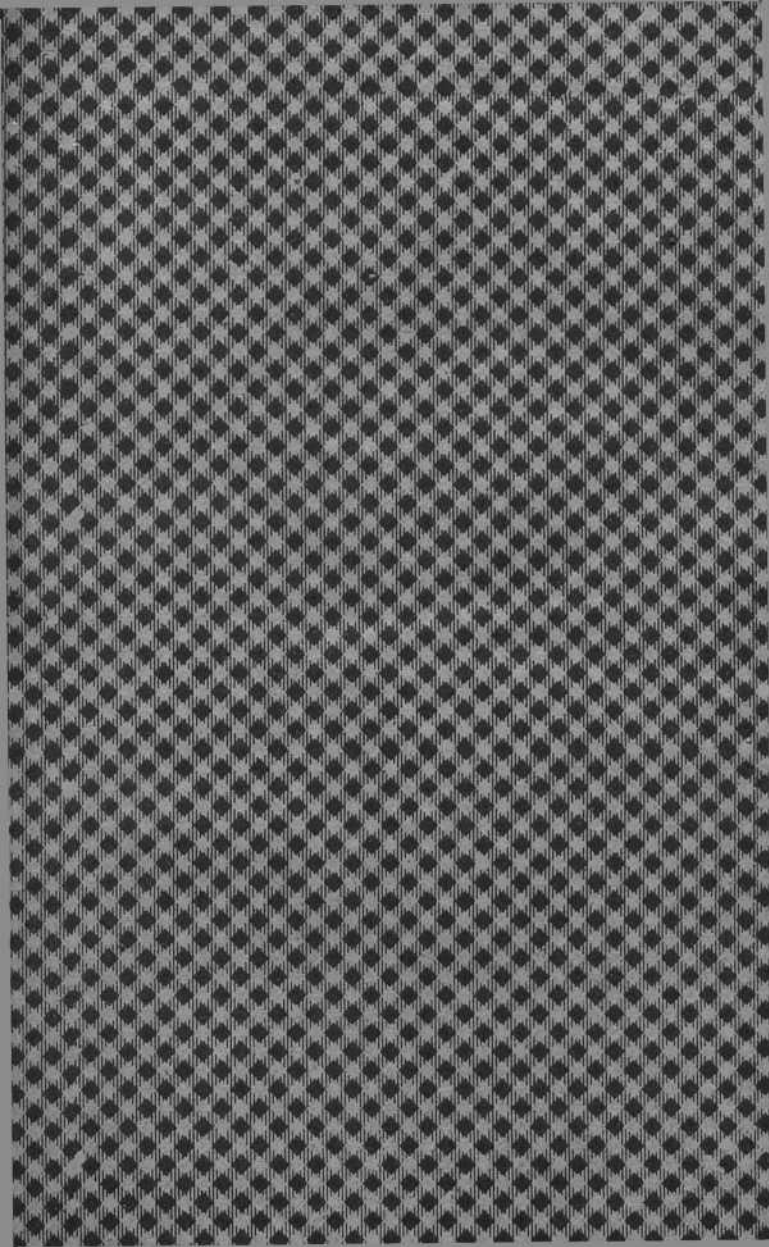
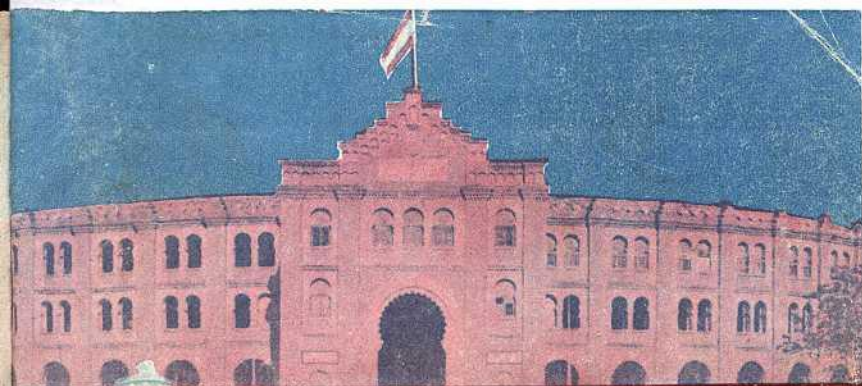










CIELO AZUL Y ARENA ROJA



Precio: 3,50 ptas.

CIELO AZUL Y ARENA ROJA

2

Cielo azul y arena roja

Vida y milagros de los grandes toreros

¿Próximo fin de la fiesta nacional?

*Visto, oído y leído por
un abonado cincuentón*

PRÓLOGO DE
Francisco Montes "Paquiro"

*Enviado por la telegrafía sin hilos de los mundos
siderales*

EDITORIAL GRÁFICA ESPAÑOLA
Madrid

Talleres tipográficos STAMPA
Villalar, 10, Teléf. 50-78, Madrid

Á DON RICARDO TORRES REINA

en recuerdo de aquel gran torero, que se llamó «Bombita», que enrojeció con su sangre la arena de las plazas, derrochando elegancia, arte y valentía, y como tributo de admiración al hombre todo generosidad y altruismo, que, con sus iniciativas benéficas, supo dejar á sus compañeros á salvo del infortunio y de la miseria.

El Autor



Prólogo

Yo os juro, *Señor abonado*,—y perdonadme lo empingorotado del tratamiento, que me parece el más apropiado para un difunto de mi prosapia—; yo os juro por los manes de mi antecesor *literario*, el Sr. D. Gaspar Melchor, y de mi gallardo discípulo José Redondo, el de Chiclana, que no acierto á traduciros este deseo fervientísimo que vengo experimentando—va ya para algunos lustros—de comunicarme, desde esta mansión sepulcral y blanca, donde me encuentro como un *Tancredo* de menor cuantía, con algún dignísimo representante—como vos—de la afición al arte que yo creé, previa la ayuda de mi cofrade *Abenamar*.

Hoy que, de vos hacia mí, llegan reflejos de las emociones tan íntensamente vibrantes que sentís en toda España, á la vista de tantos *fenómenos* como en la arena surgen todos los días, siento avivarse la lumbre, hasta aquí en rescoldo, de mi amor propio y de pura vergüenza torera me castañetea los huesos; estos *güesos* míos, por los cuales estuvo á punto de enloquecer la España de *Istúriz* y de *Mendizábal*, de *Cristinos* y de *facciosos*, de *asonadas* y *pronunciamientos*: la España, señor, de mis días triunfales.

Puesto ya en trance de transmitirlo lo que yo

siento, sin velo alguno de vanidad humana ni cendal envidioso de terrenales resquemores, cumpliré con vos, inicialmente, un deber de cortés reconocimiento.

Yo os doy bien sinceras gracias, ante todo, *Señor abonado*, por las frases de elogio que me dirigís en las páginas de ese vuestro libro, que hoy dais á la stampa. En cuanto á las reticentes censuras que habéis sabido dedicarme, gracias os sean dadas, también, de corazón.

Yo pienso hoy de mí exactamente como vos pensáis; y jojalá que en los tiempos felices en que yo rozaba mi chaquetilla corta y mis alamares con las doradas charreteras de los hijos de *Luis Felipe*, hubiesen puesto freno á sus entusiasmos mis locos admiradores, y un poco de cuerda reprensión en sus juicios sobre mis *napoleónicas* facultades! Otra cosa hubiera sido del *Zeñón Paquiro* y del mismísimo arte de torear.

Porque habéis de saber, *Señor abonado*, que nada hay tan pintorescamente peligroso para el arte y los lidiadores, como esos encumbramientos—rayanos en el paroxismo—á que tan dados eran los españoles de mi tiempo, y, en lo cual, por las trazas, no parece que hayan variado mucho los de vuestro siglo. Yo de mí sé deciros que, aun conociendo á los toros mejor que mi temerario abuelo *Joseph Delgado (Illo)*, no llegué á conocerme á mí

mismo, que hubiera sido lo esencial, ni aproveché cuanto pude del *arte* que yo llevaba en mi sangre: el loco frenesí de mis admiradores había puesto sobre mis ojos una venda mucho más grande que la faja andaluza con que solía ceñirme mi gallarda cintura.

Ello, á lo que parece, es achaque de todas las épocas, puesto que, antes que á mí, la *afición* supo matar, recién florecidas, las gallardas disposiciones del inventor de la estocada á *vuelapié*, el popular Costillares, y, en el momento de ahora, acontece también con algunos lidiadores de vuestro tiempo.

Todo esto me lleva, como de la mano, *Señor cincuentón*, á deciros lisa y llanamente cuatro verdades: no las de vuestro ilustre crítico *El Barquero*, sino las que, hasta aquí—y no por culpa mía, ciertamente—, he venido callándome como un muerto.

Yo supe siempre de sobra que resulta menos difícil mancornar una res, que encauzar la locura febril de los aficionados. Por tal razón no me extraña que, hallándoos, como os halláis, en pleno siglo de eso que nomináis *morteros* y *zeppelines*, se encuentren divididos mis flamencos biznietos de ahora en dos bandos, igualmente *macarenos*: el de *Sevilla* y el de *Triana*.

También en mi época, colindante, casi, de los fusiles de chispa y los trabucos naranjeros, hubo

lances famosos entre los que proclamaban *Mariscal Ney* del arte al *Chiclanero*, mi ahijado, y los que reconocían como el *Napoleón* de la Tauromaquía, á un servidor vuestro, que en Chiclana nació, al igual que José Jerónimo Cándido, y en Chiclana lo enterraron.

Tampoco me pasma ni me maravilla esa asombrosa devoción exaltada que las muchedumbres de hoy, así populares como de noble alcurnia, profesan hacia esos diestros que, pomposamente, denomináis *fenómenos*, no acierto á deducir si por el físico ó por la destreza.

Nada tiene, en efecto, de portentoso para mí, ni á vuestros coetáneos debiese parecer, tampoco, insospechada exaltación taurófila, las populacheras aclamaciones, las ovaciones ruidosísimas, ni los aullidos de júbilo, casi salvaje, con que la plebe de ogaño suele obsequiar á sus ídolos favoritos. En la Plaza del Puerto de Santa María, ruedo trágico donde quedó la vida de tanto lidiador famoso, un abonado á los toriles, me besó, en una tarde de fortuna, no ya la calva lustrosa y monda—que jamás me dió por usar—, sino entrambas mejillas, las cuales, á deciros verdad, como vivas ascuas sentí arder de pura y encendida vergüenza.

¿Cómo ha de extrañarme, por tanto, ese frenético delirio que los espectadores de vuestra época cotidianamente demuestran, bien arrojando som-

breros, chaquetas y hasta zapatillas al ruedo, ya vitoreando á los espadas hasta el enronquecimiento, ora, en fin, saltando sobre el redondel, desde la *ochava*, ó *andamio*, que, para vosotros es, hoy, el tendido, y obsequiando á los lidiadores con sendos abrazos y sonoros ósculos, ni más ni menos que si de amantes de su corazón se tratara?

En la serenidad reposada de mis días y de mis noches interminables, yo no acierto á explicarme, tampoco, esos murmullos de protestas, que, casi, casi, son mugidos de rabia, con que, en determinadas esferas «intelectuales», suele acogerse la convivencia de aristócratas y estoqueadores, las dádivas regias, y hasta el fervor alocado, como femenino, que vuestras gentiles tonadilleras de hoy tributan á los primeros espadas.

¿Es, acaso, para asombrarse, ni cosa nunca vista semejante fervor tauromáquico?

No han de olvidar vuestras mercedes que, pasando por alto la cordialísima intimidad de las majas-duquesas de los madroños y las literas con los *Romero* y los *Pepe-Hillo* de chupa y de calzón corto, ya en los triunfales y españoles tiempos de Carlos I hubo una altiva señora de la noble casa de los Guzmán, que casó con un caballero jerezano llamado el *Toreador*. Razón es ésta por la cual, ni se debe tocar con las manos los cuernos de la luna por que una señorita *bien* de vuestros días entron

que con un lidiador de rancia y pura cepa torera, ni se debe juzgar como «galicismo» extraño el mote de *toreadores* con que os apodan, en un castellano más castizo que el vuestro, los *gabachos* de hoy.

Por lo que toca á las regias mercedes ¿de dónde, como diría un *chulapón* de vuestro siglo, habríais de permitir á la simpática Majestad que os gobierna, la fundación de una *Escuela de Tauromaquia*, como aquella famosa que surgió del diabólico caletre de nuestro Rey y señor D. Fernando VII, cuando ya no gastaba *paletot*?

Cierto que aún os quedan nobles flamencos de abolengo andaluz, como los Prado-Palacio y los Natalio Rivas, que, á más de ejercitar su castizo y meridional ingenio en las artes siempre traviesas de la política, gustan de compartir su mantel y su mesa con los diestros más renombrados del arte. ¿Pero puede, en rigor de justicia, culparse á cualquier gobernante de los que, por ahora, os gastais, de un hecho parecido al que realizaron conmigo los Ministros de Hacienda y de Instrucción pública, nada menos, ordenando oficialmente á las autoridades de mi provincia, que interpusiesen su influjo valioso cerca de mi jacarandosa persona para que me dignase tomar parte en las corridas, que hubieron de verificarse con objeto de festejar la llegada de mis augustos amigos SS. AA. los Duques de Nemours y de Aumale?

¿Hay, entre vosotros, memoria de haber ceñido las sienés de ninguno de vuestros más afamados estoqueadores con una corona de triunfales laureles, como en mis propios tiempos aconteció? Y en lo que se refiere á la loca admiración de esas vuestras castizas herederas de la *Pinchiara* y de *Lola Montes* ¿qué de extraño puede tener que ellas traten de enlazar el pie gentilísimo y diminuto, bordador de zarabandas y boleros, con la mano izquierda que tanta valentía sabe empapar sobre los ruedos?

Os lo repito, *Señor abonado*, y de ello os doy fe, como de que supe practicar cual ninguno la suerte á lo *chatre* y de clavar banderillas «al trascuerno». Nada de lo que pasa en vuestra época, en punto á enagenación por nuestra fiesta, me sorprende. Y casi, casi estoy tentado por deciros que, en medio de toda la algazara taurófila y del estruendo ruidoso, con que soleis llenar, un día sí y otro no, hasta los terradillos de vuestras plazas, me parece notar en vosotros más bien un deseo de lanzar al olvido preocupaciones más hondas, que un anhelo de pura y neta afición.

Yo lamento decíroslo; pero ello es así. Sois cada tarde de toros, menos castizos. Vais perdiendo *paso á paso*, tal como yo solía acercarme á los cuatroños, la nota tan valiente y tan española del color. Habéis sustituido las clásicas naranjas de

protesta por la lúgubre y apergaminada almohadilla. Hicisteis desaparecer, poco á poco, el cuadro tan pintoresco de sonoridad y de colorido que ofrecían en los desfiles de antaño, las madroñeras y los collarines, los cascabeles de las tartanas y los andaluces enjaezados de las jacas. Os acompañan vuestras majas muy de tarde en tarde, y cuando con vosotros las lleváis, más que manolas, extranjeras parecen con sus sombreros afrancesados y sus zapatos Luis XV. Hasta tal punto, en fin, perdisteis—¡oh, mis biznietos!—la visión de alegría y de sol que los toros precisan, que ya habéis dado en la manía de celebrar vuestras fiestas á la menguada y nocturna luz de los opacos y eléctricos mecheros. Sois sepulcrales en la plaza, en fuerza de ser entendidos, y á cada minuto restais un matiz jacaresco á las corridas. Los galleos y la garrocha, los trascuernos, las banderillas al recorte, y hasta los quiebros, vais desdeñándolos, poco á poco, como adornos de feria, acaso con arte, pero desde luego sin «ciencia». Todo lo vais trasvirtiendo. En mis tiempos solíamos amenizar el espectáculo con el *parcheo* vistoso de las reses boyantes. Hoy no son ya, precisamente, toros abantos lo que *parchean* los chulos de vuestra época.

Todo ello es sensible, *Señor cincuentón*. Pero lo más doloroso de todo, lo que atrista y conduele mi espíritu, forzándome á salir de este silencio ver-

daderamente *sepulcral* que, hasta aquí, he venido guardando, es la conciencia que tengo de que, en esta vuestra decadencia taurina con reflejos de falso esplendor, á fuerza de suprimir detalles castizos de la fiesta, acabaréis suprimiendo lo más esencial: los toros. A cada segundo que transcurre, vais reduciendo el tamaño, las libras y la edad de los astados. Yo llegué á aconsejar en mi *Tratado* que cuando las reses fueran de sentido ó se hubiesen ya placeado, en vez de tocar á matarle con el estoque, se les echase á la arena varios perros. Vosotros, sin duda, tratais de seguir mi consejo, actualmente. Sólo que lo practicais á la inversa: en lugar de echarles los perros á los toros, se los echais á los toreros para que los lidien.

Perros, en efecto, cuando no cabras, son los que veroniquean, rehiletean y matan los *fenómenos* de vuestros días.

Y esta era, para concluir, la verdad más amarga, pero más sincera que me tenía archiconsumido en esta otra vida. Hoy, una vez soltada, me quedo tranquilo y me vuelvo á la mansión sepulcral y blanca donde me encuentro como un *Tancredo* de menor cuantía.

A vuestra merced, *Señor abonado*, os renueva su gratitud el chiclanero *Zeñón Paquiro*, née, como soleis decir ahora,

FRANCISCO MONTES



El cartel

Dice el ilustre escritor y sabio catedrático D. Miguel de Unamuno, dando una nueva prueba de su preclaro ingenio, «que el que se aficiona con afición morbosa á los toros, es porque el pobrecito no tiene otra cosa en qué ocupar las potencias de su espíritu» (1).

Y dice además que «no es, propiamente, lo malo que se hable y escriba tanto de toros; lo malo es que se hable y escriba mal, ramplonamente y sin ingenio alguno».

Yo que siempre he rendido al Sr. Unamuno el homenaje de mi respetuosa admiración, me guardaré muy mucho de poner en duda la exactitud de tales apotegmas, y lo único que me permito hacer constar es: que he sido siempre muy aficionado al espectáculo taurino, pero no con afición morbosa, pues nunca me causó enfermedad alguna, y que mi espíritu ha tenido durante mi vida sobradas cosas en qué y de qué ocuparse, por desgracia más que por

(1) *Nuevo Mundo* - 13 agosto 1915.

suerte; que estoy abonado á la Plaza de toros de Madrid desde hace cuarenta años, más bien más que menos, y que al asistir á tal espectáculo, busqué y encontré, no pocas veces, grato solaz, distracción y olvido de amargas tribulaciones.

Porque así ha sido, y como efímero pasatiempo, se me ha ocurrido consignar en un libro algunos recuerdos de lo que ví y oí desde que era mozo (¡y ya ha llovido desde entonces!) en el tendido, en la barrera ó en la delantera de grada respecto á toros y toreros, pensando pudiera ser del agrado de los buenos aficionados.

Si me he equivocado y lo hice «ramplonamente y sin ingenio alguno», que el Sr. Unamuno me perdone y los aficionados no me lo demanden.



Durante el despejo

Ya lo dijo el clásico: las corridas de toros

«Son una fiesta española»
«que viene de *prole* en *prole*,»
«y ni el Gobierno *la abole*,»
«ni habrá nadie que *la abola*,»

Y eso de "*que viene de prole*,» está muy bien, puesto que de linaje se trata, y de un linaje nobilísimo, que según amarillentos y polvorientos pergaminos, maestros en alancear toros fueron los más perínclitos caballeros de las cortes de los Sanchos y los Alfonsos de Castilla y de León.

Mucho se ha hablado y escrito sobre esta legendaria fiesta, que algunos califican de bárbara, cruel y sanguinaria, llegando á decir que esta afición que constituye la medula de los españoles, nos deshonra y es causa de rebajamiento y decadencia. Otros, por el contrario, sostienen que el burlar y dominar á las fieras ha sido siempre patrimonio

de los hombres que tienen valor naturalmente, aun antes de ser amparado de habilidad ó artificio.

Hombre tan culto, sabio y por todos conceptos eminente como D. Marcelino Menéndez Pelayo, ha dicho que las corridas de toros *“eran el menos bárbaro y el más artístico de todos los espectáculos cruentos dentro y fuera de casa,”*.

La costumbre de pelear los hombres con las fieras, la tomaron los romanos de los griegos, y según Alejandro de Alejandro, el primero que combatió con los toros en plaza cerrada, ó sea en el circo, fué el invicto *Julio César*, emperador romano, que los mató á caballo, con lanza, de suerte que se le puede tener por el primer picador y fundador de la dinastía de los Francisco Sevilla, Pepe Trigo, Bruno Azaña, Calderón, Badila, Agujetas, Melones, etc., etc.

Suponen doctos escritores, que esta lucha con las fieras fué el espectáculo que más se conformó con el genio de los españoles, como puede colegirse de los restos de anfiteatros y circos que aún se conservan en Toledo, Mérida, Sagunto y otros puntos, y como en estas regiones se carecía de bestias feroces, y en cambio abundaban los toros, es razonable creer que sólo los toros fuesen las fieras que se lidiasen en los expresados anfiteatros.

Otros pretenden que el toreo fué de invención morisca, y que los moros la implantaron en España. Pero muy bien pudieron tomar también los africanos esta costumbre de los romanos, con motivo de la estancia de éstos en la región de aquéllos.

Sea como quiera, las fiestas de toros han sido siempre

un espectáculo característico y exclusivo de España, pues todo eso de que si los fenicios y los caldeos, y los griegos y los romanos lidiaron jaboneros ó berrendos, son elucubraciones históricas para pasar el rato. No era ciertamente el toro la fiera destinada en los circos romanos para ejercer el oficio de verdugo, que tan bien desempeñaban los leones, tigres, osos y panteras, sino que en ellos se admitían indistintamente todas las fieras útiles para la lucha con los hombres condenados á perecer sobre la sangrienta arena del anfiteatro. (1)

(1) Dice D. Pascual Millán en su obra «*Los toros en Madrid*»:

»Si á guiarnos fuéramos por la fantasía de algunos bibliófilos, »vendríamos á deducir que la fiesta de toros es anterior á los ro- »manos, y que en España la tuvieron ya nada menos que los cel- »tas; pues según D. Cándido María Trigueros, se descubrió en los »cimientos de la antigua muralla de Clunia el año 1774, un fragmen- »to de piedra circular, cuya parte inferior no se encontró: en el »centro de la parte descubierta, y que se conserva, hay de relieve »un toro en acto de acometer, y en frente de él, un hombre que al »parecer, viste el *sago* ó *sayo* español: tiene en la mano izquierda »un escudo celtibérico redondo y descubre la punta de una espada »ó chuzo que tenía en la derecha; por la parte de arriba tiene las »letras que equivalen á las latinas *neto tarse est*, que pueden tra- »ducirse así: *la robustez de los toros del país*, ó si no *da fuerza á los toros del país*».

»Fundar en este trozo de piedra la apreciación de que los cel- »tas mataron toros frente á frente, sirviéndose del escudo como »muleta y del chuzo como estoque, ni más ni menos que lo hizo »Romero á fines del siglo XVIII, es un absurdo.

»Aque lla inscripción encontrada, sería el emblema de algo que,

Claro es que las fiestas de toros en aquellos remotos tiempos revestían una forma y carácter muy distintos á los que hoy dan vida, sangre y color á nuestra fiesta nacional.

Gustaba al pueblo, para celebrar sus fiestas, de correr por las calles y plazas de villas y ciudades toros enmaromados, á los que pinchaban y herían cruelmente, y esta bárbara diversión ha llegado hasta nuestros días, pues no hace muchos años que se verificaban en pueblos de Soria y del Maestrazgo. En las provincias vascongadas había también *el toro de fuego*, que consistía en que después de haberlo corrido enmaromado durante el día, al llegar la noche se le untaba de pez y materias inflamables y se le prendía fuego, dándole suelta. No hay que decir las desgracias á que daba lugar tan espiritual y humanitario entretenimiento.

En las clases elevadas se manifestaba esta afición á los toros en forma más culta y noble, y bien fuera para solemnizar las bodas de los monarcas, ó alguna victoria sobre los moros, ó con motivo de algún fausto suceso, chico ó grande, se verificaban vistosos torneos en que los armados caballeros no combatían solos ó en cuadrilla con sus semejantes, sino que entablaban descomunal pelea con toros, vacas ó novillos, á los que daban muerte á golpe de lanza,

»en poco ni en mucho, se refería á las corridas de toros, porque
»de ser así, y dada la afición que aquellos pueblos tenían á simbolizar sus principales usos y costumbres en monedas y medallas,
»hubiera llegado hasta nosotros alguna relativa á este asunto, y en
»cuantas obras de numismática hemos consultado no hay nada
»que al espectáculo de toros haga relación».

haciendo alarde de su destreza y habilidad como insuperables caballistas.

No creo como artículo de fe, ni muchísimo menos, á D. Nicolás Fernández de Moratín, pese á sus conocidas quintillas

«Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alimenon de Toledo»... etc.

y no lo creo, entre otras razones, porque Madrid no era castillo famoso en los tiempos del Cid, sino un miserable poblacho de mala muerte, sin poderío bastante para aliviar el miedo del rey moro, y no tenía coso grande ni chico que arder pudiera en fiestas tan brillantes y suntuosas como las que el poeta describe.

Debe suponerse, por consiguiente, que todo ésto no es más que una fantasía poética de Moratín padre, y que no hay dato ninguno positivo para afirmar que el Cid alanceó un toro junto al cerro de Leganitos; pero el vulgo encontró muy lógico y natural que el que ganaba batallas después de muerto, pudiera en vida alancear y vencer á un toro bravo. (1)

(1) Dice D. Nicolás Fernández de Moratín, en su *Carta Histórica sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España*:

«Pero pasando de los discursos á la historia, es opinión común en la nuestra que el famoso Rui, ó Rodrigo Díaz de Vivar, llamado

En el reinado de D. Juan II fué en el que esta diversión brilló con más magnificencia y bizarría, introduciéndose en ella el espíritu caballeresco y la galantería, que exigía de un amante acreditase su valor á la vista de su dama, y el mismo soberano tomó parte muchas veces en tales lances, particularmente en 1418 con motivo del casamiento de dicho rey con D.^a María de Aragón. (1)

Por esta época se empezaron á levantar algunas plazas, y se hizo granjería de este trato, habiendo arrendatarios para ello, que sin duda serían judíos.

En este reinado se construyó la primera plaza de Madrid, frente al palacio de Medinaceli (Plaza de las Cortes), la que después pasó á la plazuela de Antón Martín, y de allí á la que se levantó extramuros de la puerta de Alcalá. En el soto de Luzón hubo también otra plaza.

Prosiguió esta gallardía en tiempo de los Reyes Católicos, estando la fiesta tan arraigada, que la reina Doña Isabel, á pesar de que no era de su agrado, no se atrevió á prohibirla.

»el Cid Campeador, fué el primero que alanceó los toros á caballo.
»Esto debió ser por bizarría particular de aquel héroe...» etc.

D. Tomás Rodríguez Rubí, en su pintura del torero, agrega á este propósito:

«Nada menos que el ilustre D. Rodrigo Díaz de Vivar, el famoso Cid Campeador, está á la cabeza de los Toreros más *crúos* y de más empuje que se han conocido, por haber sido el primero que mató de una lanzada un toro en la plaza de Valencia».

(1) *Del origen de las fiestas de toros y de su historia*, por Basilio Sebastián Castellanos.

Durante la dominación en España de la Casa de Austria, dícese que no se desdeñaron de quebrar rejones algunos de aquellos mismos reyes, y que hasta el emperador Carlos V, aun con haber nacido y criándose fuera de España, mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo el rey Felipe II, y rompió tres lanzas, picando el primero en la plaza construída en el Campo del Moro, en ocasión de la jura de su citado hijo.

Asimismo es cosa sabida que Francisco Pizarro, conquistador del Perú, fué un rejoneador atrevido, como lo fueron el rey D. Sebastián de Portugal y D. Diego Ramírez de Haro, famoso porque siempre daba la lanzada de frente, y sin vendar los ojos al caballo. (1)

Desde luego está fuera de toda duda, que los más ilustres y nobles caballeros de la fastuosa corte de Felipe IV, tales como los Trejos, Bonifaces y Cantillanas, derrochaban valor y gallardía en la lidia de reses bravas, obteniendo los aplausos y la gloria que no pudieron alcanzar en los campos de batalla.

Los descendientes de aquellos nobles campeones, han sustituido tal *sport* en los modernos tiempos por el *tennis*, el *polo* ó el *tiro de pichón*. Aquéllos arriesgaban su vida ante los embites de un toro del Jarama; éstos demuestran su ánimo esforzado con alimañas tan terribles y feroces como las palomas...

(1) Dionisio Chaulié—«Cosas de Madrid».

Pero sucedió á la Casa de Austria, la Casa de Borbón, y el Duque de Anjou, Felipe V de España, discrepó en un todo de los gustos y aficiones de su tocayo, llevando á tal extremo su antipatía hacia la fiesta española, que quiso suprimirla, ayudándole eficazmente en su empeño, con servil adulación, los nobles caballeros de Castilla, descendientes de aquéllos que se vanagloriaban de sus proezas en los cosos taurinos y que conservaban como preciados trofeos los rejones quebrados en memorables fiestas, rejones que desde aquel momento durmieron en las panoplias ó fueron arrumbados en los desvanes.

Creyó el *animoso* Don Felipe haber dado un *golletazo* á la fiesta de los toros, pero aquí del clásico:

«y ni el Gobierno *la abole*»

«ni habrá nadie que *la abola*».

Dejaron de ser actores del espectáculo los Grandes de España y nobles caballeros, pero el pueblo recogió lo que aquéllos desdeñaban, y lo que se pretendió que fuera muerte, trocóse en nacimiento del toreo. (1)

(1) Quieren algunos de los enemigos de nuestra fiesta nacional distinguir el toreo de los nobles del mercenario, sumando al *debe* de éste toda la barbarie que imputan en absoluto al espectáculo.

Cuando los caballeros lidiaban, dicen, para conquistar sonrisas de sus damas, para robustecerse, como simulacro de la caza ó de la guerra, el toreo podía pasar como un espectáculo relativamente culto, aceptable, habida consideración á la época y á los lidiadores. A partir de la en que el público paga á éstos, la fiesta y los toreros

Un mozo de sangre plebeya y de alma muy grande fué el primero que, armado de un cuchillo ó de un estoque, y sin más defensa que una capa liada al brazo izquierdo, se atrevió á ponerse frente á un toro, y al recibir su embestida herirle con golpe certero hasta que cayera muerto á sus pies.

Este mozo, al que se debe proclamar como creador del toreo, nació en Ronda y se llamó Francisco Romero, padre

son repugnantes y constituyen el signo más característico de nuestra decadencia nacional.

La historia y la lógica, cogidas de la mano, desmienten á duo á los que así discurren.

Los toreros de oficio elevaron su profesión á verdadero arte.

El tránsito de uno á otro toreo fué naturalísimo y fácil, así como la sustitución de los lidiadores, lógica y necesaria.

El culto por el espectáculo nacional, desmaya un tanto á principios del siglo XVIII.

La nobleza española se corta la coleta en aquellos tiempos, y guardas y pastores empuñan la garrocha, que viene á reemplazar á la lanza y al rejón... Del brío y patriotismo de aquellos garrochistas, es buen ejemplo el escuadrón que formaron para asistir á la batalla de Bailén, y que dió mucho que hacer á los franceses en Menjíbar y en otras refriegas...

Declaro que me irrito al oír afirmar á unos pocos españoles, que las corridas de toros nos deshonoran ante el mundo civilizado...

Ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Holanda, ni en parte alguna, porque haya fiestas nacionales más ó menos cruentas, no se consideran deshonorados los naturales de aquellos países, en los que, con tener tanta importancia las sociedades protectoras de animales y plantas, no consiguieron dar el golpe de gracia á semejantes diversiones.

Conde de las Navas—*«El espectáculo más nacional».*

de Juan Romero (que imitó en todo á su padre) y abuelo de Pedro Romero, que fué el verdadero fundador de la escuela rondeña, sobria, elegante, parada y artística, de la que no es fácil que podamos darnos cabal idea los que en la actualidad asistimos al espectáculo nacional.

Esta manera de matar toros, puede decirse que fué la invención de la *suerte de recibir*, pues lo mismo Romero que sus imitadores, mataban únicamente los toros que se les arrancaban.

Fueron las principales figuras de aquel toreo, juntamente con Pedro Romero, sus hermanos Antonio y José; y en segundo término Bellón el Africano, los Palomos, Martincho, que, según Goya, mataba los toros sentado en una silla y con los pies sujetos con grillos; (matar es!) Esteller, Miguel Gálvez, y el *Estudiante de Fálces*, que dicen daba ya el quiebro que *inventó* el *Gordito* un siglo después.

Mas todos estos temerarios arrojos, gentilezas y alardes de valor, no estaban sujetos á reglas definidas y precisas, y quedaron relegados ante el verdadero arte. Debióse esto únicamente á la trinidad formada por Pedro Romero, Joaquín Rodríguez *Costillares* y Joseph Delgado *Illo*.

El primero instituyó las leyes del severo clasicismo de su escuela y perfeccionó la suerte inventada por su abuelo Francisco.

El segundo pensó que también tenían su modo de matar los toros aplomados, é inventó para ello la suerte del *volapié*. Organizó, además, las cuadrillas y modificó los trajes, haciéndolos más ricos y vistosos.

Y *Pepe-Illo* fué el creador de la escuela conocida por *sevillana*, y en la que las gallardías, quiebro de cintura, adornos, desplantes y monadas, sustituyen á los aplomos de la rondeña.

La fiesta de los foros había tomado tal incremento y arraigo, que el segundo de los Borbones, Fernando VI, no obstante lo poco afecto que era á tal divertimento, no dudó en hacer de él fuente de caridad, donando al hospital de Madrid la Plaza de Toros que, construída por los arquitectos Moradillo y D. Ventura Rodríguez, se inauguró en 1754 y que ha subsistido hasta 1874. (1)

El entusiasmo y preponderancia que estos toreros llegaron á adquirir en el ánimo del pueblo fué enorme, conquistando el amor de las damas, viéndose asediados por las cortesanas y llegando su influencia hasta Palacio, no habiendo gracia ni petición que no les fuera otorgada.

La trágica muerte de *Pepe-Illo*, acaecida en la plaza de Madrid el 11 de Mayo de 1801, viene á coincidir con la desaparición de Romero y *Costillares*. Pedro Romero se había retirado en 1799, á los cuarenta y cinco años de edad, después de haber ejercido su profesión por espacio de treinta años, y *Costillares*, aquejado de un tumor en la mano derecha, se retiró á Andalucía, falleciendo, según se cree, en 1802.

(1) «María Amalia de Sajonia,, modelo de madres y de esposas, extranjera y, por añadidura, mujer de Carlos III, cuando vió por primera vez una corrida, no le pareció *barbaridad*, como la habían informado, sino «diversión donde brilla el valor y la destreza».

Conde de las Navas, *El espectáculo más nacional*.

Al desaparecer estos tres toreros, casi simultáneamente, sobreviene un período de decadencia, y el decreto de Carlos IV, en 1805, prohibiendo las corridas, marcó un paréntesis en el arte taurino que tuvo término con el advenimiento de Fernando VII, que derogó aquella prohibición, y después de unos años, en que se disputan el favor del público medianías como Sentimientos, Arocas, etc., recobra la afición su esplendor y apogeo con la misma rivalidad de escuelas, representadas, la rondeña, por Jerónimo José Cándido, y la sevillana por Curro Guillén. Juan León, el discípulo predilecto de Curro Guillén, y otros lidiadores de menor cuantía, como el Castellano, Antonio Ruiz *El Sombrerero*, Manuel Baden, Roque Miranda, etc., sostuvieron por algún tiempo el interés y la emoción, pero al retirarse Jerónimo José Cándido, el arte taurino pasó por una tremenda crisis, hasta el extremo de no poderse celebrar corridas en las plazas más principales por falta de matadores de cartel.

Entonces fué cuando se le ocurrió á Fernando VII la creación de una Academia de toreo, y por Real orden de 28 de Mayo de 1830 se instituyó en Sevilla la famosa *Escuela de Tauromaquia*, disponiendo que en la misma hubiese un maestro con 12.000 reales de sueldo, un ayudante con 8.000 y diez discípulos propietarios á 2.000 reales cada uno.

Nombróse maestro á Jerónimo José Cándido y ayudante á Antonio Ruiz; pero en vista de una solicitud de Pedro Romero haciendo valer su mejor derecho, fué éste nombrado director, pasando al cargo de ayudante Jerónimo José Cándido.

Tan estupenda como inverosímil *Universidad* fué un completo fracaso, sin que pudiera vanagloriarse de haber dado la borla de *Doctor* á ninguno de sus discípulos, pues si bien entre ellos hubo cuatro que alcanzaron renombre y popularidad en las lides taurinas, no lo debieron á las enseñanzas que recibieran en la novísima Academia, sino á su valor y personales facultades.

Fueron éstos Francisco Montes, Francisco Arjona *Cúchares*, Juan Pastor y José Cándido.

Francisco Montes *Paquiro* juntó en su persona lo más saliente de las dos escuelas. *Rondeño* por lo que para y *Sevillano* por lo que se adorna.

Se le puede llamar *oportunista* y fué el dominador absoluto de la tauromaquia.

Organizó las cuadrillas y la lidia, no permitiendo en el ruedo más dirección que la suya, siendo su cuadrilla la mejor que hubo en aquellos tiempos. En ella figuró el célebre José Redondo *El Chiclanero*, que fué el heredero de su gloria y casi puede decirse que aventajó al maestro, pues recibía los toros mejor que él, daba magníficos volapiés y nunca aprovechó, ni aun con los toros más difíciles, el recurso de matar á la media vuelta, cosa que calificaba de traición vergonzosa.

Al morir Montes y el *Chiclanero*, queda durante muchos años como único dueño y señor del campo taurino Francisco Arjona, *Curro Cúchares*, torero á quien no superó otro alguno en conocimiento de las reses ni en habilidad para librarse de una *cogida*.

Aparecen después *Cayetano Sanz*, madrileño, que fué con el capote el más clásico de su época.

Manuel Domínguez, á quien en América se llamó *el bravo señor Manuel*, y en España fué apodado *Desperdicios*, notable por su arte y por el valor y serenidad conque ejecutaba la suerte de recibir.

Antonio Sánchez *El Tato*, yerno de *Curro Cúchares*, que llevó la perfección del volapié á su último término, y su rival Antonio Carmona *El Gordito*, inventor ó reformador de la lucida suerte del quiebro.

Consignando el nombre de José Rodríguez *Pepete*, al que mató el toro *Jocinero* en la plaza de Madrid el año 1862, puede decirse quedan mencionados todos los astros de primera magnitud en la primera mitad larga del siglo XIX ó sea desde Francisco Montes hasta que el toreo entra en una de sus más brillantes fases, con la aparición de los que pudiéramos llamar los *inmortales*, los *insuperables*, *Lagartijo* y *Frascuelo*.

Los aficionados, divididos siempre, pero dispuestos á dejarse vencer por lo verdaderamente bueno, recobraron los decaídos entusiasmos, y nunca se ven las plazas tan concurridas como en este período, que duró más de un cuarto de siglo, y en el que la afición llevó al delirio su entusiasmo por la *fiesta nacional*.

Este delirio, esta exaltación frenética de uno y otro bando por sus respectivos ídolos, les llevó á sostener entre sí verdaderas batallas de palabra y por escrito en las críticas taurinas y en libros y folletos. Pero esta competencia exis-

tió únicamente en el público, pero nunca entre *Lagartijo* y *Frascuelo*, pues todos los aficionados saben muy bien que cuando trabajaban juntos cada uno velaba por la vida del compañero más que por la suya propia.

A esta época pudiera llamársele muy bien la *Edad de oro del toreo en el siglo XIX*, pues nunca, durante su transcurso, se llegó á más perfección y esplendor. (1)

Y ya que he hecho referencia á las críticas taurinas, no quiero dejar de consignar el gran incremento que se realiza en la prensa, respecto á cuanto se relaciona con la *fiesta nacional*.

Si bien es cierto que en la primera mitad del siglo no habian desdeñado de hacer revistas de toros literatos tan ilustres como D. Santos López Pelegrín, *Abenámbar*; D. Serafin Estébanez Calderón, *El Solitario*; Albareda, Tomás Rodríguez Rubí, etc., y había periódicos como *El Toro*, *La Flor de la Canela*, *Las Cartas Tauromáquicas*, *El Clarín* y *El Enano*, que comenzó á publicarse en 1851, en los que

(1) Hoy se torea mejor que han toreado en otras épocas, á pesar de lo que opinen esos sabios de guardarropía que nos presentan á Montes como un Dios y le atribuyen hazañas que nunca hubo de realizar.

No se necesita haber vivido en su tiempo para juzgar de su trabajo. Basta leer las revistas de toros que se publicaban entonces; basta fijarse en su *Arte de torear*. Si ahora se hiciera en la plaza mucho de lo que éste preconiza, no quedaría una banqueta en su sitio, ni una naranja que no se emplease como proyectil.

Pascual Millán, *Caireles de oro*.

colaboraron D. Emilio Bravo y D. Antonio Cánovas del Castillo, el entusiasmo que se produce en la afición con las faenas de *Lagartijo* y *Frascuelo*, se traduce en que lleguen á publicarse *doscientos cuarenta* periódicos taurinos, insertando revistas verdaderamente literarias, exuberantes de gracia y donaire, con firmas tan prestigiosas como las de *Sobaquillo*, *Sentimientos*, *Don Jerónimo*, *Don Exitó*, *Alegrías*, *El Tío Capita*, *Aficiones*, *Neira*, *Mazas*, *Vázquez*, *Chaves*, *Millán*, *El Barquero*, *Loma*, *Dulzuras*, *Hache*, etc., derrochando tanto ingenio, que, como dijo un insigne estadista, «con lo que rebosa, había para surtir la literatura de todos los países».

Al lado de estas dos grandes figuras de *Lagartijo* y *Frascuelo* surge la de Luis Mazzantini, que tomó la alternativa en 1884, y que con ellos alternó y compitió, lo cual basta para hacer su apología y que se comprenda lo que pudo valer. “*Este mozo nos va hacer que apretemos Rafael y yo*”, dijo *Frascuelo*, y así fué efectivamente.

De aquella gran época son también Francisco Arjona Reyes, *Currito*; José Sánchez del Campo, *Cara-ancha*; Angel Pastor, Manuel Hermosilla, Fernando Gómez, *el Gallo*, y el valiente Manuel García, *el Espartero*; que tiñó con su sangre la arena de nuestra plaza de Madrid, quedando muerto en las astas del toro *Perdigón*, de la ganadería de Miura.

Antes de retirarse *Lagartijo*, dió la alternativa á Rafael Guerra, *Guerrita*, que marca un periodo más breve; pero también glorioso en la historia de las lides taurinas.

Creyóse por muchos, que la retirada de *Guerrita* era más que un terrible golpe para la lidia, la muerte de las corridas, y que su aniquilamiento y desaparición eran inminentes. Sin embargo, no ha sido así.

Cierto es que momentáneamente, hubo gran depresión en el ánimo del público, ante la desaparición de aquéllos que había considerado como insustituibles é insuperables, y muchos de los más asiduos concurrentes á la fiesta nacional, aquellos que no perdían una corrida, dejaron de asistir á su espectáculo favorito, desilusionados y desesperanzados.

Pero poco á poco fueron abriéndose camino y conquistando la atención de los buenos aficionados, primero Antonio Fuentes, Joaquín Navarro, *Quinito*; Antonio Reverte, Enrique Vargas, *Minuto*; Emilio Torres, *Bombita*; Antonio de Dios, *Conejito*; José García, *Algabeño*; Ricardo Torres, *Bombita Chico*; Rafael Molina, *Lagartijo Chico*, y Rafael González, *Machaquito*; y al comenzar el siglo xx la reacción se ha verificado por completo, crecen y se agigantan las figuras de Fuentes, Bombita Chico y Machaquito, brilla de nuevo con luz esplendorosa en el cielo azul de la España taurina, el sol de los mejores días, y sobre la arena roja de los circos, renuevan los modernos campeones las hazañas y proezas de los antiguos tiempos.

La ola es cada vez más imponente y avasalladora. El entusiasmo por las corridas de toros, resurge más fuerte y potente que nunca; si alguno de los ídolos decae en las simpatías del público, otro ocupa su puesto inmediatamente.

te, y en estos últimos años, Vicente Pastor, Rafael Gómez, Gallo; Joselito y Belmonte, llevan al paroxismo, al delirio, así á las masas populares como á la burguesía, la aristocracia, y aun los elementos que presumen de cultos é intelectuales, lo mismo en Madrid que en todas las provincias de España.

El que estas líneas escribe, que asistió á la noble competencia de aquellos colosos que se llamaron *Lagartijo* y *Frascuelo*, afirma que no presencié jamás ovaciones tan formidables, aplausos tan frenéticos y ¿por qué no decirlo? *faenas tan maravillosas*, como las que en los momentos actuales hacen trepidar en sus cimientos á nuestras incomparables y artísticas plazas de toros.

Pero ya llegan á mis oídos los alegres ecos de un pasodoble de Chueca, avisándome que va á dar comienzo el paseo, y que ha terminado el despejo.

¡Paso á las cuadrillas!



El paseo

Y detrás de los alguacilillos, que hacen caracolear á sus briosas jacas andaluzas, comienza el desfile de las cuadrillas; desfile largo, muy largo, como que no falta ni uno solo de cuantos toreros «en el mundo han sido», desde los tiempos del señor rey D. Fernando VII, celebérrimo cuanto ocuriente creador de la *Escuela de Tauromaquia*, hasta este año de gracia, de remuchísima gracia, puesto que son los amos de sus destinos en el reino taurino los sevillanos hermanos Gómez (Rafael y Joselito) y el trianero Juanito Belmonte.

Claro está que no caben todos dentro de los sesenta y nueve metros que tiene de diámetro el redondel de la plaza de esta villa y corte, y es necesario abrir la puerta de Madrid para que vayan saliendo á la ancha avenida que desemboca en la calle de Alcalá, y continúen por ésta hasta la Puerta del Sol, que aun así y todo, dudo yo que cuando los primeros arriben frente al Ministerio de la Gobernación, hayan pisado la arena de la plaza las mulillas y los monos sabios.

Vienen á la cabeza de todos, luciendo su típico traje y haciendo alarde de gallardía y gentileza, los tres hermanos Romero (Pedro, Antonio y José), José Delgado Illo, *Pepe-Illo*, y Joaquín Rodríguez *Costillares*. Destácanse del vistoso, deslumbrador, confuso y revuelto montón de sedas, oro, plata, agremanes y lentejuelas de los trajes y capotes de cuantos lidiadores pisaron la roja arena de los circos taurinos durante más de una centuria, las tres figuras severas y clásicas de

PEDRO ROMERO, PEPE-ILLO y COSTILLARES,

la trinidad augusta del arte, los *creadores* del toreo en las postrimerías del siglo XVIII, y en pos de ellos, y á manera de brillante Estado Mayor, Jerónimo José Cándido, Curro Guillén, Francisco García *Perucho*, Antonio de los Santos, José Ulloa *Tragabuches*, Agustín Aroca, Bartolomé Jiménez, Juan Núñez *Sentimientos*, Antonio Ruiz *El Sombrerero*, Manuel Baden, Francisco González, Juan Hidalgo, Francisco de los Santos, José y Antonio Baden, Juan Jiménez *El Morenillo*, Juan León, Manuel Parra, José de los Santos, Pedro Sánchez, Antonio Conde, Roque Miranda *Rigores* y Manuel Lucas Blanco.

Una vez que hubieron desaparecido los legendarios campeones, surge al frente de los toreros del siglo XIX el incomparable y gentil *zeñon Paquiro*, ó sea

FRANCISCO MONTES

é inmediatamente después, como si fuera su edecán ó ayu-
dante de órdenes, el elegante y buen mozo

José Redondo *El Chiclanero*,

y detrás de él, en apretado grupo, José Cándido, Juan Pas-
tor *El Barbero*, Francisco Arjona *Cúchares*, Cayetano Sanz,
Manuel Domínguez, Rafael Pérez de Guzmán, Antonio
Sánchez *El Tato*, Antonio Carmona *El Gordito*, José Rodrí-
guez *Pepete*, Juan Yust, Manuel Romero, Antonio Luque,
Isidro Santiago, Juan Martín *La Santera*, Gaspar Díaz, Ma-
nuel Trigo, Francisco Ezpeleta, Antonio del Río, Juan Lu-
cas Blanco, Julián Casas *El Salamanquino*, Juan de Dios
Domínguez, Domingo Mendivil, Francisco Martín *El Cor-
neta*, Manuel Díaz *Lavi*, Manuel Jiménez *El Cano*, Pedro
Párraga, Antonio Gil, José Muñoz *Pucheta*, José Ponce, An-
gel López *Regatero*, Gonzalo Mora, José Antonio Suárez,
Manuel Carmona *El Panadero*, Manuel Fuentes, Pedro
Aixela *Peroy* y...

En aquel momento una estruendosa explosión de aplau-
sos ensordece los aires y todo el público, en pie, tributa una
ovación á dos toreros que se destacan solos y juntos del
anterior grupo.

Son los *maestros* Rafael Molina y Salvador Sánchez, ó sea

LAGARTIJO Y FRASCUELO

y á continuación de ellos Francisco Arjona Reyes *Currito*,
José Sánchez del Campo *Cara-ancha*, Angel Pastor, Fer-
nando Gómez *El Gallo*, Manuel Hermosilla, Luis Mazzan-

tini, Manuel García *El Espartero*, Jacinto Machío, José de Lara *Chicorro*, Angel Fernández *Valdemoro*, José Giráldez *Jaqueta*, José Machío, Francisco Díaz *Paco de oro*, Vicente García Villaverde, José Cines *Cirineo*, Gerardo Caballero, Felipe García, José Martín, Juan Ruiz *Lagartija*, Manuel Molina, Valentín Martín, Diego Prieto *Cuatro dedos*, Gabriel López *Matetto*, Francisco Sánchez Povedano, Antonio Ortega *El Marinero*, Joaquín Sanz *Punteret*, José Centeno, Rafael Guerra *Guerrita*, Julio Aparici *Fabrilo*, Leandro Sánchez *Cacheta*, Enrique Santos *Tortero*, Carlos Borrego *Zocato*, Rafael Bejarano *Torerito*, Ponciano Díaz, Antonio Moreno *Lagartijillo*, Juan Jiménez *El Ecijano*, Antonio Arana *Jarana*, Francisco Bonal *Bonarillo*, José Rodríguez *Pepete*, Antonio Reverte, Enrique Vargas *Minuto*, Antonio Fuentes, Joaquín Navarro *Quinito*, Francisco González *Faico*, Emilio Torres *Bombita*, Miguel Baez *Litri*, Juan Gómez de Lesaca, Antonio de Dios *Conejito*, José García *Algabefío*, Nicanor Villa *Villita*, Joaquín Hernández *Parrao*, Angel García Padilla, Cayetano Leal *Pepe-Illo*, Antonio Escobar *El Boto*, Manuel Nieto *Gorete*, Domingo del Campo *Dominguín*, Félix Robert, Antonio Montes, Antonio Guerrero *Guerrrito*, Félix Velasco, Ricardo Torres *Bombita chico*, Manuel de Lara *El Jerezano*, José Rodríguez *Bebe chico*, Cándido Martínez *Mancheguito*, Bartolomé Jiménez *Murcia*, Antonio Olmedo *Valentín*, Rafael Molina *Lagartijo chico* y Rafael González *Machaquito*.

A continuación desfilaron todos los banderilleros y picadores que formaron en las cuadrillas de estos diestros, y

cuyos nombres *sentimos no recordar*, pero de algunos de ellos, dignos de eterno renombre en la historia del toreo, quizá me acuerde más adelante.

Acaban de pasar los lidiadores del siglo XIX y, dejando un pequeño espacio entre uno y otro grupo, aparecen los toreros del siglo XX.

A todos los conocéis, aunque algunos, después de haber tomado la alternativa, están oscurecidos de tal modo, que se duda si siguen perteneciendo al mundo de los vivos.

Según me asegura un cronista de buena vista, son:

Juan Sal *Saleri*, Diego Rodas *Morenito de Algeciras*, Vicente Pastor, Rafael Gómez *Gallo*, José Moreno *Lagartijillo chico*, José Pascual *Valenciano*, Angel Carmona *Camisero*, Eduardo Leal *Llaverito*, Manuel González *Reerre*, Castor Ibarra *Cocherito de Bilbao*, Tomás Alarcón *Mazzantinito*, Manuel García *Revertito*, Manuel Mejías *Bienvenida*, Julio Gómez *Relampaguito*, Antonio Moreno *Moreno de Alcalá*, Fermín Muñoz *Corchaito*, Manuel Torres *Bombita III*, Manuel Rodríguez *Manolete*, Francisco Martín Vázquez, Rodolfo Gaona, Rufino San Vicente *Chiquito de Begofía*, José Carmona *Gordito*, Antonio Pazos, Agustín García *Malla*, José Morales *Ostioncito*, Isidoro Martí *Flores*, Juan Cecilio *Punteret*, Luis Freg, Pacomio Peribáñez, Serafín Vigiola *Torquito*, Francisco Madrid, Alfonso Cela *Celita*, José Gómez *Gallito*, Manuel Martín Vázquez *II*, Francisco Posada, José Gárate *Limeño*, Juan Belmonte, Matías Lara *Larita*, José García Rodríguez *Alcalareño*, Juan Sáiz Martínez *Saleri II* y Pedro Carranza *Algabefío II*...

Y ¡por fin! terminó este paseo fantástico de los diestros
y *siniestros* de dos siglos, y va á dar comienzo la corrida.

En el aire flamea roja y gualda
de la adorada patria la bandera.
Llena del circo la redonda falda
la muchedumbre alegre y bullanguera.
Las mujeres hermosas, son guirnalda
que de azahar y claveles se creyera...
¡De seda azul es el dosel del cielo!
¡De arena roja es el tapiz del suelo!



Corrida extraordinaria

Ciertamente que no se ha verificado, ni se verificará nunca, una corrida tan *extraordinaria* como esta que voy á tener la temeridad de presentar á ustedes, á modo de maravillosa película.

Y ¿cómo no va á ser extraordinaria y nunca vista una corrida en la que toman parte, vivitos y coleando, todos los diestros que acaban de hacer el paseo al compás de los *chulescos* acordes de un pasodoble de Chuecá?

Es decir... ¡siempre se exagera!... todos no, porque entonces nos íbamos á morir de aburrimiento; pero una mitad ó una cuarta parte... ¡todavía me parece mucho!... en fin, por lo menos aquellos que ocuparon «de la inmortalidad el alto asiento» y algunos que no lograron más que una banquetita á la vera de los Dioses mayores.

Y dirán ustedes: «¡Ya vino el tío Paco con la rebaja! ¿A que la tal corrida extraordinaria se va á convertir en una novillada de esas en las que no suele haber en la plaza más que *la música y de acá?*»

Puede que así resulte efectivamente, porque estos lances taurinos son los más necesitados de la rebaja del tío Paco, por lo muy dados á fantasear que son todos los aficionados en general.

Por eso he creído que lo mejor era invitar á ustedes á esta *corrida extraordinaria*, á fin de que, presenciando las faenas de los grandes astros de la coleta, puedan juzgar ustedes por sí mismos.

«Como, á nuestro parecer,
»cualquiera tiempo pasado
»fué mejor»...

dijo el dulcísimo poeta; y así debe ser para los inteligentes ó aficionados de pura sangre ó de la buena cepa, desde el momento que creen, afirman y pregonan que cuantos visten en la actualidad el traje de luces, no son más que medianías. Los buenos toreros fueron *aquellos* de la generación anterior, como para los consabidos inteligentes de dicha generación lo fueron no más que los de la época que les precedió; y así sucesivamente, en un continuo retroceso, iríamos á parar en que no ha habido más toreros buenos que *Romero, Pepe-Illo y Costillares*.

Estos son los únicos lidiadores dignos de eterno renombre y todos los demás no valen ni para calzarles la zapatilla.

Pues bien; yo les aconsejo á ustedes que no crean semejante cosa.

Dice un escritor muy competente en la materia: (1) «No

(1) Don Modesto, *Desde la Barrera*.

«creo en los «grandes inteligentes». De toros entendemos
«todos un poco. Mucho, nadie. Me hacen reir los que en el
«casino, en el café ó en la calle, hablan del toreo, como si
«fuesen los únicos poseedores de sus secretos, y miran al
«resto de la humanidad por encima del hombro, compade-
«ciéndola ó despreciándola».

Conformes: yo tampoco creo en los «grandes inteligentes», ni en su infalibilidad, y esa eterna cantinela de que en los toreros de antaño estuvieron vinculados el arte, la inteligencia, el valor y la sabiduría, es una monserga, como tantas otras, sin base ni fundamento de verdad.

Pedro Romero.

Que Pedro Romero fué una gran figura en la historia del arte taurino es cierto ciertísimo; pero de eso á suponerle principio y fin de todas las cosas, hay un abismo. Fué el creador del toreo moderno, el fundador de la *Escuela rondeña*, el inventor de la suerte de recibir y el maestro de muchos, á su vez grandes maestros y valientes lidiadores, teniendo con ésto títulos y merecimientos sobrados para ocupar un asiento de primera fila en el anfiteatro nacional; pero no puede impedirse que tomen plaza á su lado los que posteriormente demostraron saber é inteligencia.

Pepe-Ilo.

La segunda persona de la intangible trinidad taurina, debe su celebridad principalmente á su trágica muerte en la plaza de Madrid. Como torero no pasó de ser una medianía, que no se despegaba los toros ni, por consiguiente, te-

nía defensa contra ellos, supliendo su falta de conocimientos con el arrojo.

Fué aplaudidísimo principalmente por su gentileza y gracia, por la alegría de que hacía alarde en su peculiar estilo de torear, y, además, tuvo un gran partido con las mujeres, gozando fama de conquistador irresistible.

Estaba relacionado con lo más distinguido de la buena sociedad, y era, al mismo tiempo, el ídolo de la gente del pueblo. Intimo amigo del genial sainetero D. Ramón de la Cruz, se supone que éste es quien escribió la *Tauromaquia* que aparece firmada por *Pepe-Illo*, pues éste apenas si sabía escribir malamente su nombre. (1)

Costillares.

Costillares valía mucho más como torero. Fué el inventor del volapié y organizó notablemente la lidia, estableciendo en ella un método y orden de que, hasta entonces, carecía. Su espíritu reformador le hizo fijarse en la indumentaria taurina, introduciendo en los trajes de los toreros grandes variaciones, que les dieron mucha más vistosidad y riqueza.

Era *Costillares* espléndido y fastuoso y le gustaba el trato con la gente principal, teniendo muchos y buenos amigos en la Corte y siendo recibido con agrado en Palacio. Buena prueba de esto es que cuando la abuela del insigne Barbieri dió á luz á la que luego fué madre del ma-

(1) Dícese también que dicha obra es original de D. José de la Tixera, autor de la carta en que se reseña la muerte de *Pepe-Illo*.

drileñísimo y célebre autor de *Pan y Toros* y *El Barberillo de Lavapiés*, fué padrino en el bautizo de la niña *Costillares*, y, al verificarse solemnemente dicha ceremonia, llegó éste á la iglesia en una carroza de las Reales caballerizas, como cariñosa deferencia de los Reyes.

Se retiró *Costillares* de las lides en que tanto se hizo aplaudir, obligado por un tumor en la mano derecha que le imposibilitaba completamente para el manejo del estoque y muleta, recluyéndose á un pueblo de Andalucía, donde falleció á los sesenta y tantos años de edad.

Con él desapareció el último de aquellos tres toreros que durante tanto tiempo fueron ídolos de las multitudes, no porque estuvieran dotados de méritos excepcionales y extraordinarios, sino porque fueron los fundadores ó creadores del toreo y porque en aquella época de transformación en las costumbres y procedimientos de la *Fiesta Nacional*, encarnaron en sí algo genuinamente español.

«Por eso no eran los mejores toreros los más aplaudidos, sino los más valientes, los más rumbosos, los más desprendidos, los más españoles, los más Tenorios». (1)

Jerónimo José Cándido.

Y algo y mucho tuvo de Tenorio el afamado diestro Jerónimo José Cándido, fundador de la llamada *Escuela sevillana*, que había nacido el 8 de Enero de 1760 en Chiclana (Cádiz), tierra que siempre ha sido una especialidad en pro-

(1) Pascual Millán, *Los toros en el siglo XIX*.

ducir buenos toreros, así como Aranjuez fresa y espárragos ó melones Añoover de Tajo.

A la muerte de sus padres se encontró el joven Jerónimo dueño absoluto de una regular fortuna, que se gastó alegremente en francachelas y amoríos, haciendo alarde de rumbo y esplendidez, á la par que con aficionados y jóvenes como él, se ejercitaba en faenas de campo con ganado bravo, llegando á adquirir nombre como práctico inteligentísimo y valiente.

Cuando se encontró sin dos reales de vellón, que era por aquel entonces la unidad monetaria, se acordó de que su buen padre había sido torero, y pensó que también podía serlo él y ganar algunos maravedises ó que algún toro le quitase de en medio, resolviendo la situación de cualquiera de ambos modos.

Encantado de su idea, rogó al distinguido escritor y aficionado D. José de la Tixera que le recomendase á Pedro Romero, á fin de que éste lo admitiera en su cuadrilla.

Agradó á Romero el porte y gallarda figura del pretendiente y las buenas aptitudes que demostraba para el toreo y lo llevó consigo, trabajando á su lado José Cándido como banderillero durante algunos años, hasta que tomó la alternativa de matador, de manos de Romero, en la plaza de Sevilla, el 25 de Octubre de 1802, siendo extraordinariamente celebrado y aplaudido, y contando ya el nuevo espada ¡cuarenta y dos años de edad! Hay que reconocer que no fué un niño precoz.

Su estilo era mucho más movido que el de su maestro.

Paraba cuando era preciso, ó sea en las suertes de capa que lo requieren, en los pases de muleta y, sobre todo, en la suerte de recibir, que aprendió perfectamente de Romero, Valido de su portentosa agilidad quiso emular á sus antecesores *Costillares* y *Pepe-Ilo*, en cuyo toreo veía más movimiento y actividad, y cuantos juegos con los toros intentaron aquellos, los ejecutó Cándido con gran serenidad y aplauso. En los galleos y, sobre todo, en los recortes, como en otras muchas cosas, fué una notabilidad.

Actuó como primera figura del arte taurino por espacio de diez años, ó sea hasta 1812, en que una enfermedad reumática le obligó á retirarse del redondel.

Como quiera que no había hecho ahorros, pues gastador y espléndido fué toda su vida, se acogió á un empleo que le dieron en el Resguardo de las Sales, en Sanlúcar de Barrameda; pero no satisfecho con tan modesto pasar, y encontrándose mejor del reuma, volvió al toreo, aun cuando ya pasaba de los cincuenta años, y hasta sostuvo temporadas de competencia con *Curro Guillén* en la plaza de Madrid.

Por fin, en el año 1830, y al ser creada la *Escuela de Tauromaquia de Sevilla*, se retiró definitivamente, siendo nombrado Subdirector de dicha Escuela con ochocientos reales de sueldo al mes.

Cuando fué suprimida la malhadada Escuela, Fernando VII le señaló una pensión, que vino disfrutando hasta la muerte del rey, y cuando se quedó sin empleo y sin pensión, fijó su residencia en Madrid, calle de Santa Brígida,

núm. 25, donde, en muy apurada situación metálica, falleció el año 1839.

Curro Guillén.

Compañero y competidor suyo en los últimos años, fué el célebre Francisco Herrera Rodríguez, conocido por *Curro Guillén*. (1)

«De casta le viene al galgo el ser rabilargo», dice el refrán, y esto le sucedió á Francisco Herrera Rodríguez, que nació en Utrera (Sevilla) el 13 de Octubre de 1775, hijo de Francisco Herrera Guillén, acreditado estoqueador de fines del siglo XVIII, nieto de Francisco Herrera, también matador de toros, emparentado por su madre con el famoso *Costillares* y sobrino de los banderilleros Cosme y José María Rodríguez.

El chico tenía sangre torera por todos cuatro costados y al toreo se dedicó desde que supo andar solo, y tanto en el campo como en las plazas ó cotos cerrados, intentaba la ejecución de cuantas suertes había visto, lo mismo á pie que á caballo, aprendiendo á conocer el instinto y resabios de las reses.

Desde que se presentó en las plazas como jefe de cuadrilla, despertó grandes simpatías en el público, contribuyendo á ello su gallarda figura, su lujoso vestir, lo mucho que animaba su toreo y su destreza y gran serenidad en los trances más apurados de la lidia.

(1) Segundo apellido de su padre.

Su nombre corrió de pueblo en pueblo por toda Andalucía, no pudiendo extenderse, por el pronto, al resto de España por consecuencia de la guerra con los franceses.

Curro Guillén marchó á Portugal, en donde estuvo dos años, obteniendo muchos aplausos y dinero, y los especiales favores de muy encumbradas señoras portuguesas.

Terminada la guerra, y cuando Fernando VII revocó la orden de prohibición de las corridas de toros y el entusiasmo en Madrid por la Fiesta Nacional se manifestaba delirante y avasallador después de tan largo período de forzoosa abstinencia, se presentó *Curro Guillén* en la arena del coso madrileño.

Desde el primer momento cautivó el corazón de las damas y, prontamente las simpatías de todos los espectadores. Mató cada toro de una sola estocada, excepto uno que descabelló sin que probara el estoque, cosa que en aquellos tiempos no sólo estaba consentido, sino que parecía muy bien.

Sobrevino entonces la competencia con el famoso maestro Jerónimo José Cándido, toreando juntos por vez primera en la plaza de Madrid al comenzar la temporada de 1816, cuando *Curro Guillén* tenía cuarenta años de edad y Jerónimo José Cándido contaba ya cincuenta y seis muy cumplidos.

Ambos diestros estuvieron á la altura de su reputación y los partidarios de uno y otro quedaron igualmente contentos. José Cándido sorprendió por la perfecta ejecución de las suertes, según las reglas, entusiasmando á los inte-

ligentes; pero *Curro Guillén*, con sus jugueteos y arriesgados lances, salerosas gracias y desplantes, arrebató á la muchedumbre.

El toreo de este diestro no pertenecía ni á la escuela de Ronda, ni á la de Sevilla, sino que participaba de ambas. Sus *galleos* y *recortes* eran muy aplaudidos, y dió siempre á los toros lo que por sus condiciones requerían, brillando más, porque actuó en una época en que, aparte de Jerónimo José Cándido, que ya estaba en decadencia, nadie podía hacerle sombra.

Fué el rasgo más saliente de su vida, el acto de pundonor y valentía que le ocasionó la muerte. En la tarde del 30 de mayo de 1830, lidiándose en la plaza de Ronda toros de D. Rafael Cabrera, cuya ganadería era entonces la más acreditada, al ir á estoquear al primero, oyó *Curro Guillén*, que un aficionado enemigo suyo, llamado Manfredi, le gritaba:—«Señor Curro, ¿á que no se atreve usted á recibir ese toro?» Entonces, sin atender nuestro héroe más que á su amor propio, olvidándose de que no era su especialidad la de *recibir*, citó al toro, acudió éste rápido como el rayo, y enganchó con una tremenda cornada por el muslo derecho al desgraciado *Curro*, que dió algunos pasos y cayó sobre la arena, siendo acometido de nuevo por el animal y recibiendo una segunda cornada. El bravo Juan León, su banderillero, se arrojó temerariamente sobre los cuernos del toro, que por un momento tuvo suspendidos á un tiempo á *Curro* y á León. El maestro fué conducido á la enfermería por el contratista de caballos, Francisco Caamaño, viéndolo-

se que la cornada recibida en el vacío derecho, le había ocasionado la muerte instantánea.

Sentimiento inmenso causó, tanto en España como en Portugal, la trágica muerte de *Curro Guillén*, y este sentimiento se tradujo en romances y estampas que circularon profusamente, último homenaje al lidiador valiente que sostuvo la afición y el entusiasmo del público en una época de decaimiento.

Una de las coplas más populares, era esta:

Bien puede decir que ha visto
lo que en el mundo hay que ver,
el que ha visto matar toros
al señor *Curro Guillén*.

Juan León

Y como torero valiente, lo fué y mucho Juan León, apodado *Leoncillo* por su bravura y gallardía, de la que dió señaladas pruebas.

Sevillano, y discípulo de *Curro Guillén*, á cuyo lado trabajó como banderillero, al morir éste en la plaza de Ronda, se erigió en jefe de cuadrilla, y gozó durante muchos años del favor y de los aplausos del público por su arte y arrojo, siendo maestro de casi todos los diestros de su época.

En aquel tiempo en que las pasiones políticas estaban tan exaltadas, Juan León, de espíritu liberal, se alistó como miliciano nacional de caballería, y teniendo que torear el 13 de junio de 1824 en Sevilla, con el espada Antonio

Ruiz *el Sombrerero*, exagerado y fanático absolutista, supo Juan León, que su competidor *el Sombrerero*, queriendo hacer alarde de sus ideas políticas, pensaba estrenar en la corrida un magnífico traje blanco bordado en oro.

Para demostrar que él no era *blanco*, tuvo valor *el Leoncillo* de encargarse un traje todo negro, con bordados y abalorios del mismo color, y así se presentaron ambos diestros en el redondel de la plaza sevillana.

Se armó un escándalo monumental en cuanto pisaron el ruedo, y el populacho, que antes le aplaudía y vitoreaba, prorrumpió en insultos é imprecaciones, teniendo que escapar rápidamente Juan León, siguiéndole las turbas hasta su casa con gritos de «matarle, matarle por *pícaro negro*».

Gracias á su serenidad, y á los buenos amigos que tenía en Sevilla, pudo salvar la vida.

Trabajó varias temporadas en Madrid, siendo entre ellas la más notable la de 1845, en que figuró como primer espada con su discípulo *Cúchares* y José Redondo, *el Chiclanero*.

El año 1851 toreó en Aranjuez cuando tenía sesenta y dos años de edad, firme, sereno, y con plena confianza en sus manos; pues como pertenecía á la buena escuela de ¹toreo, en que los brazos deben hacerlo todo, no precisaba de los pies, y suplía con su arte las facultades que le mermaban la pesadumbre de los años. Falleció el año 1854.

Francisco Montes

Entonces, y tras no corto período de decadencia, apareció aquél que había de ser en adelante emblema y per-

sonificación del toreo, y cuyo nombre ha ido indisolublemente unido á este arte, hasta el punto de que durante todo el siglo XIX, no se dijo ya «el Arte Taurino», ni «el Arte de torear», etc., sino *el Arte de Montes*.

El *Zañón Paquiro*, ó Francisco Montes, fué llamado el *Napoleón de los Toreros*; ¡así cómo quien no quiere la cosa!

Claro está que yo no tuve el gusto de conocer personalmente al gran *Paquiro*, entre otras razones, por la de que cuando él murió, yo no había nacido; y no pretendo negar que fuera un torero inteligente, vigoroso, ágil, con entusiasmo por los toros y mucho amor propio.

Creo á *pie juntillo* cuanto dicen sus apologistas, y estoy plenamente convencido de que ejecutaba con sin igual limpieza las severas, aplomadas y tranquilas suertes del toreo rondeño, y las ligeras, ágiles y rápidas de la escuela sevillana. No dudo que fuera notabilísimo capeando al natural, por *verónicas*, sin mover los pies, y en los *galleos*, *navarras*, de espaldas ó frente, por detrás, etc., etc.

Comprendo había de ser emocionante verle recibir toros, parando mucho; ó bien correrles por derecho, deteniéndose de pronto en lo más impetuoso de la carrera, para que el bicho quedara plantado ó siguiera por donde le acomodaba llevarlo con su capote. Y que todo ésto lo realizaba sin aceleramiento, á la perfección, con seguro conocimiento de lo que hacía...

¡Muy bien! Me parece perfectamente, y lamentando no haber visto tan artísticas faenas, estoy plenamente persua-

dido de que fué un *excelentísimo* y hasta un *eminentísimo* señor torero.

Pero, ¿qué tiene que ver todo eso, para que yo piense que debe venir *el tío Paco con la rebaja*, cuando leo que Montes fué el torero genial, el torero ilustrado, el lidiador excepcional, y crea que tan buenos toreros como él, ha habido después otros muchos?

José Redondo, *el Chiclanero*, recibía los toros mejor que Montes, su maestro, quien en más de una ocasión dijo con despecho: «Yo no sé qué tiene ese niño para traerse los toros á la punta del estoque, y que se le maten solos tan á ley». Además, *el niño*, daba unos volapiés estupendos.

Cúcharos dejó nombre por sus inmejorables *navarras*; el *Tato*, por sus lucidísimos *galleos*, y Cayetano Sanz pudo sostener, sin quedar desairado, la competencia con Montes en toda clase de suertes.

Y si maestro fué Montes en los lances de capa, no así en los de espada, pues profesaba la teoría de que nada importaba que una estocada resultase atravesada, baja ó tendida, si el diestro se había tirado á matar con todas las reglas del arte.

Quizá en ésto no le faltaba razón; pero que vaya á contárselo á esos *inteligentes* que hoy silban, gritan, patean y se congestionan á fuerza de vomitar improperios, cuando un torero, después de una maravillosa faena de muleta, y de tirarse *con todas las de la ley*, tiene la desventura de pinchar en los bajos ó de que el estoque resulte atravesado.

Tan buenas faenas como las que él hiciera, las han realizado seguramente *Lagartijo*, *Guerrita*, y... no quiero citar más. Ya he dicho antes, que un distinguido escritor, autoridad indiscutible en materia taurina, dice: que si actualmente se ejecutaran algunas de las suertes que preconizó Montes en su tratado de *Tauromaquia completa*, no quedarían almohadillas ni naranjas en los tendidos, porque con ellas se cubriría el redondel.

Y esta aureola de *autor*, tampoco le corresponde, pues aunque dicho tratado de tauromaquia aparezca firmado por Montes, sabido es que la obra fué escrita por D. Santos López Pelegrin, *Abenamar*, excelente literato é íntimo amigo del espada. (1)

No hay, pues, que dejarse llevar de exageraciones y exclusivismos, sino apreciar los hechos tal y conforme son.

Montes vino al palenque taurino en una época de decadencia, y el arte le debe perpetuo agradecimiento por haber regularizado la lidia, dándole una seriedad de que carecía.

(1) La *Tauromaquia* con el nombre de Montes, vió la luz el año 1836, y el año 1842 publicó *Abenamar* la *Filosofía de los toros*, que no es más que una segunda edición de la citada tauromaquia.

Abenamar tuvo una gran amistad con Montes, y contribuyó mucho á aumentar la aureola de su popularidad, por lo cual el espada Juan León, *Leoncillo*, solía decir á sus amigos:—«Er zeñó *Paquiro* vale mucho *de por sí*, pero aluego tié un camará morito, que da en la propia yema».

Como director de plaza gozaba de autoridad inmensa, y á este propósito puede recordarse un suceso que así lo demuestra.

En una corrida dada en Madrid, cuando el famoso José Redondo, *el Chiclanero*, predilecto discípulo de Montes, formaba parte de su cuadrilla, salió á poner banderillas con aquel garbo y gracia que le era peculiar, y, fuese porque el toro se *tapó* quedándose en la suerte, fuese porque Redondo se retrasó en la salida, ello es que éste se pasó sin meter los brazos, y cuando volvía de mal humor á recoger el capote, en ocasión de que Montes tomaba los trastos de matar, éste le dijo: «Está usted buen banderillero; quédese usted por hoy en el estribo y aprenda cómo clavan los palos los demás.» Y siguió su camino, sin permitir en toda la tarde que aquél saliera de las tablas.

¿Verdad que ésto ahora parece un cuento?

Con gracia natural y espontánea en el hablar, guasón y bromista algunas veces, puede citarse como prueba de su oportunidad un chistoso lance que oí referir á un diestro ya difunto (1). Parece ser que en una corrida verificada en una plaza de Andalucía, uno de los picadores de Montes, apodado *el Charpa*, fué derribado con estrépito por uno de los toros, saliendo el caballo de estampía y quedando el picador al descubierto. Montes, que vió lo apurado del trance, asió al toro por la cola, y como quiera que el picador miraba al bicho con espanto y hacía esfuerzos para levantarse,

(1) El simpático Pepe Galindo.

le gritó riendo: «¡Joaquín, estése quieto, hombre, que voy á hacerle un *daguerreotipo*.»

Montes frecuentaba el trato de las personas de viso, las cuales le llevaban en palmitas. Era muy aficionado al bello sexo, contándose de él mil lances amorosos, algunos con damas de la aristocracia, como el de dos conocidas «señoronas» que se lo disputaban, una de las cuales reunía en su casa lo más florido de la sociedad madrileña, y bien puede asegurarse que no era persona *bien*, como hoy dicen los *gali-cursis*, la que no concurriera á sus salones.

Este trato de gentes, le dió una instrucción de la que carecían otros lidiadores, haciéndole simpático en extremo y aumentando la autoridad que sobre todos ejercía.

El estaba bien posesionado de su papel, pues á más de exigir en todas las plazas en que toreaba ser siempre el *primer espada*, fuera cual fuese la antigüedad de los demás que con él alternaran, en sus relaciones y trato con su gente, procuraba guardar las distancias, y más de una vez se podía ver en el café viejo de la Iberia (sito en la Carrera de San Jerónimo), sentados alrededor de una mesa á sus muchachos, mientras que él conversaba en otra con las personas de su amistad.

Pertenecieron á su cuadrilla, además del *Chiclanero*, Antonio Calderón, *Capita*, banderillero de lo más fino y clásico que entonces se conocía, maestro de Cayetano Sanz, y de quien aprendieron Angel López, *Regatero* y Muñiz, los más notables con los palitroques hasta que surgió Antonio Carmona, *el Gordito*. Como picador de su cuadrilla figuró

el célebre Francisco Sevilla, de quien se cuenta tenía una fuerza tan colosal, que habiendo caído al descubierto en cierta ocasión, él sólo se hizo el quite agarrando al bicho por un asta y derribándolo. ¡Qué lastima que no hubiera podido habérselas con Ochoa, De Riaz, ó cualquiera otro de esos forzudos campeones de las modernas luchas *greco-romanas*! Y poco que les hubiera gustado á las hermosas aficionadas á este deporte, pues era todo un buen mozo, con una belleza varonil y una gracia en su persona, que se llevaba de calle á todos sus compañeros.

Montes representa la cumbre del arte taurino durante un período de veinte años, hasta que en la desgraciada tarde del domingo 21 de junio de 1850, que fué la última en que toreó, un buey de la ganadería de Torre y Rauri, denominado *Rumbón*, que por manso y cobarde había llevado banderillas de fuego, le causó una herida encima del tobillo, y otra mucho mayor en la pantorrilla izquierda, al darle un pase natural. Redondo tuvo que matar al toro, y lo hizo después de una superior faena, de una magnífica estocada arrancando, sin que se le ocurriera, que por haber sido cogido su compañero y maestro, debía *despachar de cualquier manera*, como pretendían algunos *inteligentes* (?) que silbaron á Joselito por su trabajo al matar el toro que hirió á Belmonte, en la corrida de 10 de mayo del corriente año 1915.

Según afirma el señor Sánchez de Neira, testigo de mayor excepción, un numeroso gentío acompañó ¡á Montes hasta su casa, y durante su enfermedad el pueblo de Ma-

drid le demostró su simpatía, acudiendo diariamente á enterarse de su estado, y le despidió con cariñoso entusiasmo, cuando ya restablecido marchó á Chiclana, en donde falleció á consecuencia de unas calenturas, el 4 de abril de 1851, á los cuarenta y seis años, atribuyéndose tan sensible pérdida á excesos cometidos para amortiguar secretos disgustos que le atormentaban.

Y dice D. Tomás Rodríguez Rubi:—«En el *Zeñón Paquiro* encontramos reunidas todas las buenas cualidades del gran *diestro*, y todas las prendas que constituyen al más cumplido caballero».

Juan Yust

Otro discípulo de la famosa escuela ó academia de tauromaquia de Sevilla, fué *Juan Yust*, distinguido matador, que tomó las primeras lecciones de su tío el espada Luis Rodríguez; estuvo algún tiempo como banderillero al lado de Juan León, y luego fué á perfeccionarse en la susodicha academia, practicando durante dos temporadas las enseñanzas del gran Pedro Romero, el que consiguió que su discípulo hiciera notables adelantos.

Desde el año 1835 tiene su cuadrilla y trabaja sin depender de nadie, siendo muy aplaudido en varias plazas de Andalucía y también en la de Madrid, que desde muy antiguo goza fama de ser la plaza en donde los aficionados son más inteligentes y severos.

Breve fué la historia de este torero, pues falleció en 1842, en pocas horas, á consecuencia de un terrible cólico.

Su muerte fué muy sentida entre los apasionados de Montes, por que veían que Yust, en vez de saltar y brincar para conseguir efectos, se paraba perfilándose hasta donde le era posible, y practicaba la suerte de recibir, según la escuela de Ronda, «acompasada, serena y arrogante».

Juan Pastor

Igualmente fué discípulo de la repetida «Escuela de Tauromaquia», el famoso Juan Pastor, *El Barbero*, famoso, no tanto por su inteligencia ó maestría dentro del arte tau-rino, pues en tal concepto nunca pudiera figurar como una celebridad, sino por lo típico de su persona, modelo perfecto del torero andaluz, del torero de rumbo, alegre, campechano, amigo de bromas y jaleo, para el que «una hora de vida es vida», y como cada *quisque* suele tener la suya de ocho en ocho días muy cerca de la *joyanca*, procuraba amenizarla con todos los goces terrenos que le sugería su brillante fantasía.

Tal era la personalidad de Juan Pastor, *El Barbero*, torero *hasta allí*, según él mismo aseguraba, nacido en el centro de la tierra de la *Mare de Dios* (también frase suya), buen mozo, de elevada estatura, pálido, fachendoso y consumado caballista.

Se casó con una hermana del célebre matador de toros Juan León, que fué además de cuñado, su verdadero maestro, y de él aprendió cuanto supo y practicó para alcanzar aplausos. Llamáronle por apodo *El Barbero*, por ser ese el oficio de su padre.

Aunque indolente para todo lo que no fuera *juergas* y francachelas, imitaba el modo de *pasar* los toros que constituyó la especialidad de su maestro, paraba mucho, quizá demasiado, resultando frío y *soso* en el redondel, cuando era hombre que rebosaba de sal y de gracia. Daba estocadas hondas, y el público estimaba su peculiar estilo delante de las reses, y su bravura sobre la arena y fuera de ella.

Tomó la alternativa en Madrid de manos de Juan León, en la temporada de 1839; recorrió las principales plazas de España, y en 1852 fué á la Habana en busca de *amarillas* para *ahogar* las penas, é inauguró con muy buen éxito la nueva plaza de aquella capital, falleciendo en Andalucía, víctima de la tisis, en el año 1854.

Siempre de buen humor y dispuesto á gastar el dinero, lo mismo en achaques del vicio que en requerimientos de la caridad, era espléndido, fastuoso, vestía con lujo, siempre de chaquetilla, faja y calañés, burlándose donosamente de los compañeros que gustaban echárselas de finos, y que preferían el café á la taberna, y fué en todas las manifestaciones de su no larga vida, original, descarado, y con esa simpatía de los mozos *echaos p'alante*.

Con una *moza juncal* á la grupa de su arrogante alazán, se paseaba descaradamente por las principales calles de Sevilla, en un día de la Semana Santa, bebiendo cañas en las puertas de los colmados y escandalizando.

Refiere un testigo presencial, que á veces, cogiendo desprevenido á un mendigo, disparaba cerca de su oído un pistoletazo, diciéndole acto seguido:—«No hay que *azur-*

tarze, aquí está la bala», y alargaba al pobre una onza de oro.

Entrar á caballo en las tiendas rompiendo cuanto á su paso encontraba, era uno de sus mayores placeres, y como era hombre de ingenio agudo é imaginación ardiente, tenía siempre á mano recursos para salir airoso en los trances más difíciles y apurados.

El inteligente aficionado y competente escritor señor Velázquez y Sánchez, refiere la siguiente curiosísima anécdota.

Toreando Juan Pastor como segundo espada con Juan León, en una ciudad de Extremadura, rompió plaza un toro enorme, cornalón y de tan malas condiciones para la lidia, que Pastor se consideró obligado á llamar la atención de su maestro acerca de las dificultades que éste había de tener para *trastear* animal tan pegajoso y de sentido. Juan León le contestó que aquel toro tenía que cedérselo, porque siendo el *Barbero* nuevo en aquella plaza, había que seguir la costumbre de siempre.—«Pues lo que es yo no lo mato», dijo Pastor. Replicó León con energía que no tenía más remedio que matar ó morir. Apurado era el trance, pero Pastor supo salir de él, apostando con León á que no le sucedía ni lo uno ni lo otro. Cuando al sonar el clarín tomó por cesión del maestro los trastos de matar, se fué montera en mano frente al Alcalde Presidente, y al brindar, le dirigió tal sarta de improprios, insultos y desvergüenzas, que el público á voz en grito y estallando en indignación, pidió se condujera á la cárcel al atrevido torero que de aquel

modo faltaba á la autoridad en el ejercicio de sus funciones. Así se verificó inmediatamente, con gran contento de Pastor, que ganó la apuesta, sin más perjuicio que dormir una noche á la sombra.

Otra anécdota no menos interesante consigna el señor Sánchez de Neira (1) por habérsela oído referir á un antiguo picador de toros.

Habiendo sido ajustado Juan Pastor por dos corridas en una importante capital de provincia, y como quiera que entonces no había más medios de locomoción que la diligencia correo, tomó Pastor un asiento preferente en la misma, y marchó con un día de anticipación á los muchachos de su cuadrilla. Llegó á la población y se instaló en la mejor fonda, encontrando en ella á varios jóvenes invitados por otro á un banquete para celebrar una pingüe herencia. Ninguno de ellos entabló conversación con Pastor, y éste, alegre y bromista, estaba contrariado. Vió en un salón una mesa lujosamente puesta, á la que fueron llamados los jóvenes, y suponiendo que era la *mesa redonda*, tomó asiento en la cabecera, sin cumplimiento alguno, y con gran extrañeza de los concurrentes, que mirándose unos á otros, criticaban el extraño proceder del torero. Empezaron á servir la comida, y él tomó lo mejor de cada plato. Se acentuaba el disgusto en los comensales, y cuando llegó el momento de servir las aves, que entonces era costumbre se

(1) *Diccionario Taurómico.*

trincharan en la mesa, pusieron en la cabecera, junto á Pastor, un magnífico pavo asado. Con gran desembarazo requirió Pastor cuchillo y trinchante, y se preparó á hacerle trozos, diciendo:—«¡Buena pechuga!»—Todos se miraron sobresaltados.—«¡Alto ahí!»—exclamó el anfitrión—«Hemos tolerado que se sirva usted antes que nadie lo mejor de los platos; he dejado, siendo yo el que paga esta comida, porque no estamos, como usted sin duda ha creído, en la mesa redonda, que ocupara el asiento preferente; pero ya no quiero consentir por más tiempo que abuse usted de nuestra condescendencia. No partirá usted el pavo».

¡Vaya si lo partiré! dijo Pastor sujetando el ave y con aire indiferente... ¡Aquello fué una verdadera tempestad! Voces, improperios y amenazas surgieron de todos los lados de la mesa, llegando á decir uno:—«Lo que haga usted con el pavo hemos de hacer con usted».—Pastor, con notable calma y afectada serenidad, dijo con voz estentórea que acalló la de los demás:—«¿Conque harán ustedes conmigo *lo mismo* que yo haga con el pavo?»—«Sí señor»—replicaron todos. Entonces, mostrando resignación, soltó el cuchillo, metió el dedo índice derecho por *el único agujero* que tenía el ave, le sacó, se le llevó á la boca, le chupó, y sentándose y cruzándose de brazos, dijo con *guasa*:—«Cuando ustedes gusten».

Los enfurecidos jóvenes prorrumpieron en estruendosas carcajadas, y la comida terminó alegre y amigablemente.

De lances parecidos, de picantes chascarrillos y epigramáticos episodios, está llena la historia de Juan Pastor, *El*

Barbero. Vino al mundo á gozar de cuanto hay en él, y si su vida fué corta, disfrutó de ella como pocos.

José Redondo, El Chiclanero

Desde que murió el *pontífice del toreo* ó sea Francisco Montes, quedó como dueño del cotarro, José Redondo, *El Chiclanero*, torero en quien se juntaban la inteligencia, el arte y el valor, con una buena figura y una extremada gracia, resultando como consecuencia de tan excepcionales circunstancias, un matador incomparable y la personalidad más sobresaliente entre los toreros de su época.

Era casi un niño, cuando falto de recursos y teniendo que mantener á su madre viuda, con ocasión de verificarse en su pueblo natal, Chiclana, una corrida de toros, le vió Montes torear de capa y clavar banderillas, demostrando tales aptitudes y con tan buena fortuna, que le ofreció un puesto en su cuadrilla para el año siguiente, y le dijo en público: «En ti hay tela para mucho, y si te aplicas, llegarás á donde rayan pocos».

Aceptó el joven Redondo loco de contento, y cuando su madre trató de disuadirle de sus propósitos, temerosa de los riesgos que había de correr en tan peligrosa profesión, le respondió:—«Yo seré el primero de los toreros después de mi maestro; me sobrará dinero para usted, tendré fama, y... ¡no tenga usted cuidado, que no me matarán los toros!»

La profecía del maestro y las esperanzas del discípulo, se realizaron por completo.

Después de haber sido un banderillero sin rival, por la

soltura, precisión y gracia con que ejecutaba esta suerte, y de haber matado muchos toros como sobresaliente, y por cesión que en varias ocasiones le hacía su maestro, éste le dió la alternativa en Bilbao en 1842, y la confirmó en Sevilla al año siguiente.

Sostuvo la competencia con *Curro Cúchares*, esa eterna competencia de las grandes estrellas del toreo, y en la plaza de Madrid, donde tantos amigos tenía *Cúchares*, y ser éste conocido seis años antes que el *Chiclanero*, cuando toreó por primera vez con *Cúchares* y Juan León, alcanzó generales aplausos y la contrata para él solo en el año siguiente, á pesar de que *Cúchares* había procurado echar el resto, saltando, brincando, galleando, coleando, etc. Redondo no se apartó un instante de la escuela de Romero, y sólo imitó á Montes en el galleo con el capote al brazo.

Su presencia en la plaza producía un entusiasmo indecible; bien es verdad que no era fácil encontrar un torero de más sal, de más garbo y de mejor planta, y que tuviera una manera de torear tan fina, elegante y sosegada.

En la suerte de matar, era su nota característica el modo de acercarse al toro: «con mesurado continente, con aplomo y serenidad, parado y derecho, derrochando saber, y presentando el trapo en línea recta con la cadera izquierda, arimándola á los morros de la res, y despidiéndola dándole salida larga, ó cambiándose sobre la cabeza con serenidad». (1)

(1) Sánchez de Neira. *Art. de Sánchez de Neira*

Profesaba el principio de que á los toros se les debe dar lo que ellos pidan, y dotado de un excesivo amor propio, que á veces degeneraba en orgullo, si al hacer los quites, lancear de capa ó cualquiera otra faena de los dos primeros tercios de la lidia no había estado tan afortunado como él deseaba, podía asegurarse que en la suerte de matar había de quedar á gran altura, pues su altivez no podía soportar la más pequeña muestra de descontento en el público. Nunca apeló al recurso de arrancarse á la media vuelta; cosa que él calificaba de *traición*, diciendo que era preferible para un torero de vergüenza dejarse coger.

Era muypreciado de su persona, hasta el punto de que alguien le dijo, «que el toque de las palmas y el humo del incienso adormecen el *sentio* aun á los que le tienen perfectamente desarrollado, y produce mareos y desvanecimientos de cabeza».

Querían aludir con esto á la fascinación que su figura podía producir en las damas, y no les faltaba razón á los que tal cosa afirmaban, pues su partido con las mujeres era inmenso, y puede llamársele muy bien «Don Juan Tenorio», porque incluyó en sus conquistas «desde la princesa altiva á la que pesca en ruín barca».

Pero no se salvó por el amor como «Don Juan», sino que el amor fué su perdición, porque una tisis tuberculosa, y á la que nunca con más propiedad se puede calificar de galopante, le produjo la muerte el 28 de Marzo de 1853, á los treinta y cuatro años de edad, en una casa de la calle del León de esta corte, donde estaba alojado por haber ve-

nido á torear en Madrid, lo que no pudo realizar á causa de la rápida agravación en su enfermedad.

La noticia del fallecimiento llegó á la plaza durante la corrida y en el preciso momento en que él debiera estar matando su primer toro. La impresión que produjo en el público fué enorme, y muchos aficionados se marcharon inmediatamente.

Su entierro dió motivo á una manifestación de duelo obstruyendo el gentío las calles y llenando los balcones en el tránsito, desde la calle del León á la Sacramental de San Ginés y San Luis; formando parte de la comitiva el Gobernador civil de la provincia, Grandes de España y personalidades distinguidas, con el pueblo en masa. Se leyeron poesías sobre su tumba; todos los periódicos, así políticos como profesionales, escribieron sendos artículos, en los que, entre grandes manifestaciones de dolor, decían que había muerto «el torero más animoso, inteligente y mejor plantado que había en España» y «entre todos los diestros, el más diestro».

En la primer corrida que después de su muerte se verificó en la plaza de Madrid, que fué el día 5 del siguiente mes de Abril, todas las cuadrillas salieron vistiendo traje negro, para significar el luto que por tan irreparable pérdida sufría el arte.

Curro Cúchares

Al desaparecer el malogrado José Redondo, no había entre los toreros de entonces ninguno que pudiera disputar

la supremacía á Francisco Arjona y Guillén, conocido por *Curro Cúchares*.

Madrid, este mi querido Madrid, en cuyo cielo azul, diáfano, ideal, brilla el sol con más esplendor y fuego que en parte alguna del mundo; Madrid, el pueblo heroico de los grandes arrestos, cuya alma es toda nobleza y alegría, y que lo mismo está pronto á verter su sangre por la patria que llena la plaza de toros, á la que, como dice muy bien Pascual Millán, «va por devoción, por amor á la fiesta, rindiendo culto á un espectáculo que siente, que comprende y con el cual se encuentra identificado, á un espectáculo que forma parte de su historia y de su vida, á un espectáculo que es suyo» (1); y Sevilla, la hermosa perla del Guadalquivir, la que cría reses bravas y caballos de sangre, se han disputado la gloria de contar entre sus hijos al popular y notable matador de toros *Curro Cúchares*.

Claro está que, tanto á Madrid como á Sevilla, les preocupó semejante asunto, porque se trataba de un matador de toros, que si no, maldito lo que les hubiera importado reclamar la paternidad de tal hijo. Y es el caso que ambas capitales tenían razón; pues si bien es cierto que vino al mundo en esta corte el día 19 de Mayo de 1818 y fué bautizado en la parroquia de San Sebastián pocos días después de la insigne actriz Matilde Díez, gloria de la escena española, y era, por consiguiente, madrileño de nacimiento, en los primeros años de su vida fué llevado á Sevilla,

(1) *Caireles de Oro*.

donde sus padres se establecieron; allí creció y se educó y allí se matriculó en la «Escuela de Tauromaquia» cuando sólo contaba doce años de edad.

Era su madre María Herrera, y, por consiguiente, sus apellidos Arjona y Herrera; pero por ser sobrino del célebre torero Francisco Herrera Rodríguez, conocido por *Curro Guillén*, hijo á su vez del también famoso Francisco Herrera Guillén, le aplicaron á *Cúchares* el apellido Guillén, que no le alcanzaba más que en quinto ó sexto lugar.

Su padre fué un mediano banderillero y un menos que mediano matador de toros, y estando emparentado el joven *Curro* por los cuatro costados con la gente del oficio, no podía ser más que torero.

El inteligente maestro Juan León le tomó bajo su patrocinio; trabajó también durante algún tiempo al lado del célebre Yust; á los quince años mató en público un becerro, banderilleó á los diecisiete, é incorporado á la cuadrilla de Juan León fué adquiriendo fama y renombre.

Había en Madrid grandes deseos de conocerle y vino por vez primera el año 1840, ó sea cuando tenía veintidós años de edad, alternando con Juan Pastor, *El Barbero*.

Como matador dejó mucho que desear, pero se apreciaron sus condiciones de serenidad al lado de los toros y lo activo y eficaz que era en los quites. Su manera especial de manejar la muleta desagradó á algunos, pero todos reconocieron era de defensa.

No volvió á Madrid hasta el año 1845, cuando estaba en la plenitud de su fama, alternando con Juan León y con el

inolvidable José Redondo, *El Chiclanero*. Trabajó con verdadero empeño para quedar victorioso en aquella difícil competencia, pero, á pesar de todos sus esfuerzos, los aficionados otorgaron sus votos y preferencias al *Chiclanero*, mientras que el vulgo, las gentes á quienes gusta ver hacer monadas con las reses, aplaudía á *Cúchares*.

Un crítico escribió en aquella temporada lo que copio sin quitar punto ni coma:

«*Cúchares*, admirable y asombroso *atronador*, matador de *tronío* y torero *atronado*». (¡El crítico era un precursor de Paso y Abatí!). «Salta, brinca, corre, capea, banderillea, mata, descabella, adora, saluda y zapatillea á los toros. No se ha hecho ni puede hacerse más, malo ó bueno, porque unos aplauden y otros silban. A saber la razón dónde está. Si se hiciese todo á tiempo, también se aplaudiría á tiempo. Primero matar á estocadas. Mientras el toro se preste, ninguno debe irse sin probar el estoque, y luego *el tronío* ó descabellamiento, porque hacer lo contrario un matador de toros, es aspirar á la gloria del célebre cachetero *Galafre* y del incomparable *Mosquita*, su digno sustituto, ganando treinta veces más un espada que un puntillero».

Estos renglones retratan maravillosamente á *Cúchares*, cuyo toreo especial, peculiar suyo, no se fundaba en ningún precepto ni ajustaba á escuela determinada, que él mismo no sabría explicar y que era imposible transmitir á nadie.

Conocedor como el que más de los instintos y condiciones de las reses, tenía una muleta que manejaba diestra-

mente para consentir á los toros y taparse, apelando con frecuencia al sistema de matar de *trampita* ó al *revuelo*, como dicen los que se precian de entendidos, resultando que para él nunca hubo toros difíciles y muy pocos le rozaron con los pitones, por lo cual llegó á decirse que el único medio de que esto pudiera acontecer era el de que el toro se quitara un cuerno y se lo arrojara.

Está fuera de toda duda que era un *fresco* capeando á los toros y á las mujeres, que me río yo del «Fresco de Goya» y demás del repertorio; pero tenía un toreo alegre, juaguetón, efectista, que estaría muy lejos de lo *clásico*; mas el arte taurino, como todos, es instintivo, de inspiración, «oportunista», y para él se necesita una suma considerable de elementos físicos y psicológicos muy difícil de conseguir. Por eso, si son muchos los que pretenden ser llamados, son pocos los elegidos.

Muy simpático en su trato, decididor, alegre, franco, rumbo y caritativo, sin que merezca la tacha de envidioso que injustamente se le adjudicó, porque su excesivo amor propio y su pasajera soberbia, le hacía á veces incurrir en faltas que parecían sugeridas por la envidia.

A este propósito, he de citar lo ocurrido en la plaza de Madrid el año 1851, suceso que pudo tener funestas consecuencias.

Estaba entonces contratado como primer espada, y con exclusión de otro, el célebre y malogrado José Redondo, *el Chiclanero*, cuando acertó á pasar por Madrid, por tener que ir á torear en provincias, *Curro Cúchares*, y la Empresa.

de la plaza madrileña le comprometió con insistentes ruegos á que toreara en una corrida, acontecimiento que anunció el mismo día de la función, logrando un lleno colosal.

Antes de comenzar la corrida, *el Chiclanero* subió á la presidencia y manifestó al Sr. D. Pedro Colón, Duque de Veragua, que la desempeñaba, que estando consignado en su escritura que en aquel año sería el único primer espada, creía deber matar el primer toro y no *Cúchares*, aunque éste fuera más antiguo. El Duque le respondió: «Nada, nada; el primer toro es del primer espada». Supo esto *Cúchares* y á su vez subió también á la presidencia é hizo presente su antigüedad y sus derechos para no perderla, y la autoridad superior se limitó á decirle: «Efectivamente; tú eres más antiguo, ¿quién lo duda?»; contestaciones ambas bien poco categóricas.

Al oír el toque del clarín, los dos matadores tomaron muleta y estoque, saludaron á un tiempo al Presidente, y se dirigieron al toro, dándole Redondo dos pases, y al salir del segundo, *Cúchares* dió á la res tan tremendo *golletazo* que acabó con ella, promoviéndose, como era natural, un terrible escándalo y una monumental confusión de gritos y disputas entre los espectadores.

Claro está que los dos matadores pecaron por excesivo amor propio, pero el principal culpable fué el señor duque, cuya competencia para resolver el conflicto era notoria, sobrándole autoridad é inteligencia para ello, debiendo haber impedido á todo trance que ocurriera lo que pudo comprometer la vida de ambos diestros.

Al año siguiente fueron contratados juntos *Cúchares* y el *Chiclanero*, y nunca se vieron en Madrid seis corridas de toros tan bien lidiadas como las seis primeras de la temporada, porque cada cuadrilla trabajaba con absoluta independencia de la otra, y todos rivalizaban para llevarse los aplausos. *Cúchares* no abusó de sus *habilidades* y trabajó lo mejor que pudo dentro de su toreo especial, y Redondo practicó con gracia é imponderable arte, todas las suertes de su escuela. Después hicieron las paces y ya no se esmeraron tanto, aunque siempre ejecutaron cosas notables el uno y el otro.

Cuando murió Redondo, como ya no había quien pudiera disputar á *Cúchares* el puesto de primer torero, se durmió sobre sus laureles, dejándose llevar de su carácter tumbón, fatigado por treinta años de trabajo continuo y amargado por pérdidas en su fortuna, venida á menos á consecuencia de no haberla manejado convenientemente.

Todo ello fué causa para que se decidiera á marchar con su cuadrilla á la Habana, y, antes de poder torear, la víspera del día en que debía presentarse en aquella plaza, falleció en pocas horas, acometido del vómito negro, el 4 de Diciembre de 1868, á los cincuenta años de edad. Fué enterrado en la Habana, pero algunos años después trasladaron sus restos á Sevilla.

Ya he dicho antes que *Cúchares* fué un hombre honrado y muy caritativo, que siempre se mostró dispuesto á socorrer calamidades, contribuyendo con su concurso personal cuantas veces era solicitado con un fin benéfico.

Hay en su vida multitud de rasgos que así lo atestiguan, y no quiero dejar de consignar uno muy saliente.

Cuando el ilustre hacendista é insigne hombre público D. Juan Alvarez Mendizábal se hallaba gravemente enfermo, fué á visitarle *Cúchares*, y sabiendo que los recursos pecuniarios del célebre hombre de Estado eran escasísimos, le dijo con su natural franqueza: «Señor don Juan, que aquí no se carezca de nada: que vengan cien médicos, que yo pago; y ahora no traigo más, ¡caramba!, pero ahí queda]eso y volveré». Y dejó bajo la almohada del enfermo dos mil pesetas, y cuando éste falleció quiso que le admitieran más dinero para el entierro.

Dió pruebas de su patriotismo en varias ocasiones, y muy singularmente con motivo de la guerra con Marruecos, en el año 1860. Presenciaba *Cúchares* la marcha de los soldados que iban á dar sangre y vida por la patria, y después de haberles entregado cigarros, pañuelos y cuanto dinero llevaba, se acercó al jefe y le dijo: «¡Mi general, no tengo nada encima, pero cuanto hay en mi casa es del ejército! Disponga usted para alimentarle de setecientas cabras, setenta cerdos y algunas vacas, que es cuanto ganado poseo, y luego, de cuanto yo gane».

Esto puede dar idea del carácter y sentimientos de aquel hombre.

Dicen algunos escritores, que no se hizo respetar de sus cuadrillas é inferiores, y que desnaturalizó la lidia, no sabiendo disimular su molestia cuando en la plaza se otorgaban aplausos á sus compañeros; pero no puede descono-

cerse que fué un buen torero. Capeando, nadie ha dado mejores *navarras*, espada excelente en los volapiés, y sobre todo en las estocadas á un tiempo, en cuya suerte alcanzó justa celebridad.

Manuel Díaz, Lavi

Hace ya mucho rato que me está haciendo gestos para llamar mi atención, muy sorprendido de que no me ocupe de él, y por fin acaba de gritar: «¿Y yo, no soy nadie?», un torero verdaderamente extraño.

Quizá esta palabra no sea la que corresponde á su idiosincrasia y le cuadrara mejor la de raro, extravagante ó desequilibrado, porque el tal sujeto fué una incomprensible amalgama de lo bufo y lo serio. Algunos le llamaron el *payaso* del toreo, pero es el caso que también sabía hacer cosas buenas, y que las hizo, siendo la envidia de muchos y dejando en la historia del arte taurino un nombre que no ignora ningún buen aficionado.

Este ser original é inconsciente, que á veces realizaba faenas de gran torero, demostrando valor y gallardía, y otras, sin saber por qué, se dejaba dominar por el miedo; que lo mismo recibía con alegría infantil los aplausos de los espectadores, que ponía cara compungida ó lloraba á lágrima viva ante la rechifla y muestras de desagrado del público, se llamó Manuel Díaz, *Lavi*.

Fué muy discutido en su época, y la crítica no ha encontrado nunca modo de explicar y compaginar tan opuestas aptitudes.

Hoy día existe un torero que tiene algunos puntos de semejanza con él, y es Rafael Gómez, *Gallo*. Vamos á verlo.

El *Lavi* era un *gitano* nacido en Cádiz, y como todos los de su raza, sumamente impresionable y supersticioso. De regular estatura, ágil, moreno, airoso, sin expresión en el rostro más que cuando le animaban los aplausos. Buen compañero, dócil y sencillote, con un aire de infeliz que prevenía en su favor, aunque no faltó quien dijese que no era oro todo lo que relucía, y que si le faltaba entendimiento le sobraba mucha gramática parda.

Trabajó en casi todas las plazas de España, y desde 1832 á 1858, alternó con el *Chiclanero*, *Cúchares*, y demás primeras figuras de aquel tiempo.

He aquí el juicio que á un ilustre aficionado mereció su trabajo en la plaza de Madrid.

«Como acreditado *clown* grotesco, sabe este diestro lo suficiente para agradar al público, y lo que no le presta la inteligencia, se lo da su dureza y bravura. Salta y brinca, saluda y recorta, capea y descabella á los toros, á veces con gracia, casi siempre con afición y fortuna; y todo ésto, y sus brindis, le han granjeado muchas simpatías, que él sabe sostener y aumentar como nadie. En la hora de la muerte no es tan mal diestro como algunos suponen: sabe pararse en jurisdicción, mejorar el terreno, dar los pases en corto, cambiarse en la cabeza, y otras cosas, que algunos que la echan de maestros no hacen aunque las comprendan. Sin cre erse superior á nadie, lo es, sin disputa, en muchos

lances; pero se confia tanto y es tan torpe para las huidas, que las más de las veces se salva, aun en las continuas cogidas que sufre, casi milagrosamente. Mejor que aparecer cobarde, quiere ser temerario, aun con riesgo de su vida; y aun cuando nunca le diremos que se eche para atrás, le insinuaremos, por si lo entiende, que en un buen medio está la virtud».

Esto último no era preciso recordárselo cuando le tocaba estoquear un toro *negro*. Entonces se atropellaba y azoraba como un principiante. Quizá le había pronosticado alguna gitana, que un toro negro le causaría la muerte, y si el público le increpaba, decía en voz alta. «Pero no ven *ustés* que este asesino es más negro que el enemigo malo».

En cambio se presentaba fresco y guapo con las demás reses, y hacía mil payasadas, que unos reían y otros criticaban; pero que denotaban valor, saber y confianza.

Podría hacerse un libro con los brindis salados y conversaciones que sostenía con el público, con las autoridades, con los toreros y con los toros, que él suponía le entendían.

—«¡No *zeas* ladrón, aplómate y déjate matar, que tengo cinco hijos!»

Y otras veces. —«¡Ah, tunante! ¿Te cuelas para coger? *Pus* mira, te voy á *diñar mulé* antes de que lo huelas y lo cuentas á tu *mare*».

Un día que mataba un foro del cura Lamorena, se le oyó decir al citarle para recibir: «¡Entra, presbítero!»

En las corridas de toros que se dieron cuando las funciones reales celebradas en Madrid el año 1846, con motivo de los matrimonios de Isabel II con su primo D. Francisco de Asís, y de la princesa doña Luisa Fernanda con el duque de Montpensier, tomó parte el *Lavi* en unión de Montes y el *Chiclanero*, y al primer toro que rompió plaza, le arrancó en seguida *Lavi* del morrillo la preciosa moña que ostentaba, y se la ofreció á la joven reina diciéndola: — «Zeñora, ezta ez la primera moña que vueztra majezta*d tiene la honra* de recibir de mi mano».

Toreó con gran aplauso en la Habana, y desde Cuba fué á Méjico, donde le hicieron tantas demostraciones de simpatía y entusiasmo, que al referirlo él á sus amigos de Sevilla, cuando regresó á España, decía:

— «*Si guetvo* allá, *estrono* de *siguro* al rey de aquella tierra».

No sé si con este propósito volvió á América en 1858, y á los diez días de llegar á Lima, falleció á consecuencia de una breve enfermedad, aquel torero, mezcla inverosímil de valor y cobardía, de arte y de ignorancia, de extravagantes gestos y estrambóticas palabras, que si en ocasiones fué objeto de burlas y chacotas, era en lo general bien querido y apreciado.

¿Les ha recordado á ustedes el bueno de Manuel Díaz, *Lavi*, á nuestro amigo y contemporáneo Rafael Gómez, *Gallito*? ¿En qué se parecen? ¿En qué no se parecen? Dejo á los espectadores el cuidado de responder á estas preguntas.

José Rodríguez, Pepete

En la plaza de toros es donde puede apreciarse, mejor que en parte alguna, cuán cerca de la risa viene el llanto y cómo en medio de la algazara y de la magia alacre de la fiesta surge de improviso la nota trágica que disipa, dura y brutalmente, la alegría que se adueñaba de las almas.

Así, después de estos momentos de regocijo que nos proporcionara el recuerdo de *El Lavi*, vibra la nota triste y hemos de ponernos graves y serios al contemplar la abrumadora silueta de José Rodríguez, *Pepete*.

Abrumadora como losa de plomo, porque este nombre, como antes el de *Pepe-Illo* y como después el de *El Espartero*, han sido los baluartes tras los que se han hecho fuertes los detractores de la fiesta nacional, para calificarla de bárbara, sangrienta é inhumana, pretendiendo que nos envilece y deshonra ante el mundo civilizado.

Ciertamente que es muy sensible ver morir en la arena del circo hombres jóvenes, inteligentes, valerosos, en la plenitud de su vida, como aconteció con los tres infortunados toreros que acabo de nombrar; pero, afortunadamente, eso ocurre pocas veces en el transcurso del tiempo; son dolorosos gajes del oficio, y no hay deporte en el mundo que no pueda acarrear iguales ó mayores desgracias.

A eso se expone el que se dedica á la lidia de reses bravas, porque sabido es que «el toro no sabe leer ni escribir; por consiguiente á lo mejor da al traste con todas las

reglas y en un mete y saca iguala las diferentes clases de toreros». (1)

Y si eso les sucede á los que se hallan en posesión y dominio de todas esas reglas, mucho más fácil es acontecer á los que, ayunos de sabiduría, todo lo fian á un valor suicida y temerario.

Ejemplo doloroso de tan gran verdad es el desventurado José Rodríguez, *Pepete*, que se empeñó en ser torero contra viento y marea, contrariando la voluntad de sus padres, sugestionado por el ambiente que se respiraba en aquel barrio de la Merced, de Córdoba, en que nació, en el que vivían las familias de todos los toreros cordobeses, y en donde no se hablaba más que de reses, lidias de toros, becerradas, tientas y acosos.

Estaba escrito que fuera torero y lo fué, con pocos años de aprendizaje, y aunque figuró en la cuadrilla del célebre *Chiclanero*, estuvo tan poco tiempo á su lado que no llegó á aprender lo mucho y bueno que hubiera podido asimilar-se de tal maestro.

Cuando no era más que un banderillero regular, tomó la alternativa y aparece como matador en Madrid el año 1851, haciéndose aplaudir más por su valor temerario que por su inteligencia en el arte.

Un crítico de entonces decía: «Alto, desgarbado, frio y descompuesto casi siempre, no le falta valor, y se para y cita como el que quiere *recibir* toros, y los *recibiría* si diese

(1) Tomás Rodríguez Rubí.

las salidas con la muleta y no huyese el cuerpo con tanta anticipación».

Durante diez años recorrió las principales plazas de provincia, trabajando con sobra de voluntad, y en 1862 fué contratado por la empresa de la de Madrid.

En la primera corrida de la temporada, que tuvo lugar el día 20 de abril, «el segundo toro de la tarde, llamado *Jocinero*, de la ganadería de Miura, se paró en los tercios de la plaza, frente al tendido núm. 14 (1). Salió á la suerte el picador Antonio Calderón y al poner la vara cayó al suelo con el caballo, en que empezó á cebarse el toro; en aquel momento, advertido *Pepete* por los aficionados del tendido núm. 1, con quienes estaba hablando, del peligro en que se hallaba Calderón, salió con el capote arrollado al brazo en recta dirección al toro; pero éste le vió, dejó al caballo y al picador caído en tierra al descubierto, avanzó rápidamente, cortando terreno al lidiador, y éste, que no supo ó no pudo cambiarse, lejos de esquivar la salida natural del toro, encontróse con él de frente, siendo enganchado con el cuerno derecho por la cadera derecha, en que sufrió un ligero puntazo, volteado, sin caer al suelo, sobre la *cuna*, á la que procuró agarrarse; trasladado al cuerno izquierdo, que le hirió la tetilla del mismo lado, y, resbalando en una costilla, penetró por bajo de ella, causando al infortunado torero una gran cornada que le destrozó el corazón, arrojándole al suelo. Levantóse con tra-

(1) La plaza vieja de la Puerta de Alcalá.

»bajo, se llevó la mano á la frente y de allí al costado, y
»con paso incierto marchó sólo seis ú ocho metros, viniendo
»á caer casi muerto en la puerta de Madrid, llamada
»también de Alguaciles, debajo de la Presidencia, arrojando
»sangre por la boca é hiriéndose en la frente al dar con ella
»en el estribo de la barrera. Recogido inmediatamente y
»conducido á la enfermería, se le administró la Extremaunción,
y al reconocerle los médicos falleció, siendo la hora
»de las cinco y diez minutos de la tarde, tres minutos después
»de la cogida, repartiéndose los aficionados la faja hecha
»pedazos y logrando después el marqués de Villaseca el chaleco,
en que se ve la cornada». (1)

Corrió la noticia por todo Madrid con la velocidad del rayo, impresionando dolorosamente, pues hacía muchos años que no había ocurrido acontecimiento semejante.

El entierro fué presenciado por la población en masa, que invadía las calles desde el Hospital general al cementerio de San Luis, y de todos los labios se escapaban frases de conmiseración y elogio para el heroico torero que había sacrificado noblemente su vida para salvar la de un compañero.

La apoteosis de *Pepete* fué cosa como jamás se había visto semejante. Toda la prensa dedicó artículos encomiásticos á su memoria, analizando el suceso con arreglo á sus puntos de vista y particulares opiniones, suscitándose no pocas polémicas y controversias; y en la sesión del Con-

(1) José de la Tixera.

greso, del día 23 de abril, al pronunciar el ilustre hombre público D. Salustiano Olózaga un discurso para apoyar una proposición relativa á modificar las disposiciones vigentes sobre los consejos de guerra respecto á los paisanos, al censurar la afición que el pueblo de Madrid había demostrado recientemente por presenciar las ejecuciones de pena capital, aludió, aunque sin nombrarlas, á las corridas de toros, y dijo:

«Y hablando yo en este momento de cosas que tanta
»analogía tienen con la que estoy tratando, creo que se me
»perdonará sea aquí el primero que levante la voz respon-
»diendo al eco que ha salido de la prensa toda de Madrid,
»sin distinción de color político, para llamar la atención de
»los cuerpos colegisladores y del Gobierno, hacia un espec-
»táculo sangriento y feroz, que nos señala en Europa como
»un pueblo que corresponde á los tiempos más bárbaros de
»la Edad Media».

Estrechado por la ironía que al contestarle empleó el Ministro de la Gobernación, D. José Posada Herrera, agregó Olózaga al rectificar:

«Asistí, señores, á la corrida del domingo, y lo que tan-
»tas veces me temía, y lo que en algunas veces me ha teni-
»do en gran sobresalto, acaeció allí, sin que casi me aperci-
»biera cuando acaeció, y quizá me aproveché yo de ésto y
»del efecto que en mí produjo la muerte repentina de aquel
»hombre tan fuerte y tan valiente, tan ajeno al peligro que
»corría, y al ver que el pueblo hermano esencialmente bue-
»no, podía presenciar, si bien sin olvidar del todo aquella

»desgracia, la continuación de las contingencias de otra, ha
»hecho en mí tan grande impresión, que yo, que no soy
»amigo de votos, que no los he hecho nunca, que no tengo
»ninguna tendencia á ellos, que no soy ascético, digo que
»sí mi voto pudiera servir de algo, desde ahora lo haría...

»Es la primera vez que ha ocurrido en el Congreso espa-
»ñol, en la imprenta española, en la sociedad española, el
»acto de haberse puesto en duda, de que se haya atrevido
»nadie á levantarse contra la opinión dominante y cada vez
»más creciente, y cada vez más popular en favor de las co-
»rridas de toros».

«Esto es un progreso, porque se va caminando hacia la
»conclusión de ese espectáculo, y no es menester tener
»ningún don de profecía para asegurar que no ha de durar
»mucho tiempo en España...» (1)

Con efecto, el Sr. D. Salustiano Olózaga no tenía el don de profecía.

Si entonces se iba ya caminando hacia la conclusión del espectáculo, ó la ruta es muy larga, ó se anda muy despacio, muy despacio...

Julián Casas, El Salamanquino

Esto lo sabe y ve cualquiera sin necesidad de haber estudiado en Salamanca; pero, en cambio, los que allí estudiaron podrían darnos noticias fidedignas de Julián Casas, *El Salamanquino*, torero que tuvo bastante cartel, muchos

(1) *Diario Oficial de las Sesiones de Cortes.*

y entusiastas amigos, y al que yo ví una sola vez, cuando ya estaba viejo y retirado del oficio (él, no yo), allá por el año 1878, con motivo de las fiestas reales con que Madrid solemnizó el primer matrimonio del malogrado rey Alfonso XII.

El Salamanquino pertenecía á una distinguida familia, y aunque su madre, viuda de un militar, procuró apartarle de su empeño de ser torero, haciéndole estudiar el bachillerato y llegando hasta encerrarle en una casa de corrección, de la que no salió sino cuando el muchacho se avino á matricularse en la Facultad de Cirugía; al fallecer aquella respetable señora, cuando Julián Casas tenía solamente diecisiete años de edad, como ya nadie podía decirle *Julián que tiés madre*, se consagró decididamente al toreo.

Durante cinco ó seis años recorrió todas las plazas más ó menos importantes de las dos Castillas, hasta que en 1840 trabajó en Salamanca como banderillero en una corrida formal, entusiasmando á sus paisanos, que desde aquel día en adelante no admitían función de toros en la que no tomara parte *su Julián*.

Recibió la alternativa de matador en Madrid, el año 1847, cuando tenía veintinueve años, dándosele *El Lavi*, y desde entonces no le faltaron contratas, pues procuraba quedar bien y conquistar amistades y simpatías.

Era guapo, buen mozo, fuerte, ligero y pundonoroso, y bastante conocedor de las reses, y si no llegó á ser una verdadera notabilidad, debe tenerse en cuenta, que había de competir con espadas como *Cúchares* y el *Chiclanero*.

Cuando en 1852 toreó en Sevilla, dijo de él el Sr. Velázquez y Sánchez:

«Su juego de muleta es corto, hasta pecar de insuficiente con los bichos maliciosos y resabiados; prefiere irse á los toros á traerlos á sí, aunque se lo persuada la índole de los brutos; no ciñe á los *volapiés*, y cuarteá demasiado entrando al testuz; adolece de predilección hacia un tranquillo de recurso, como el paso de banderillas, que es peculiar á casos extremos y de justa defensa en los matadores, y revela con el capote y los rehiletes, que se ha formado en el arte, sin el auxilio de una pródida enseñanza que, al desenvolver sus prendas, las purgara de imperfecciones y de inconveniencias».

Lo de que no tuvo maestro que le proporcionara una *pródida enseñanza*, es mucha verdad, efectivamente. Todo se lo hizo él, á fuerza de revolcones al principio, y luego, estudiando é imitando á los buenos toreros con quienes tuvo ocasión de alternar.

Muy ligero de pies, como los toros de su tierra, hacia alarde de su fuerza de piernas, hasta el punto de saltar la barrera desde la plaza adentro, sin tocarla con pies ni manos. Yo no lo ví, pero así me lo han dicho en Salamanca.

Esta ligereza hacía que pusiera muy bien las banderillas, y le perjudicaba en la suerte de matar, pues no paraba lo bastante, sobre todo en sus primeros tiempos. Capeando era muy aceptable, haciéndose aplaudir, principalmente las *navarras* y los lances á lo *chatre* ó de tijera.

Sus amigos y aduladores le infatuaron con exceso, pro-

porcionándole serios disgustos, pero en general fué querido y apreciado, no sólo en España, sino también en América, y singularmente en Lima, donde toreó en los años 1868 y 1869 con muy buen éxito, obteniendo muchos aplausos y beneficios.

Cuando regresó de América, compró una ganadería, y se dedicó al cultivo de sus haciendas, á las que atendía con gran inteligencia, decidido á retirarse del toreo, á cuyo propósito faltó solamente al ser invitado para las fiestas reales ya mencionadas, pues recordando Julián Casas que había figurado como el más moderno de los espadas en las corridas reales de 1846, y correspondiéndole en las de 1878 el primer puesto como matador más antiguo, no quiso renunciar á tal distinción.

Esa fué la última vez que vistió el traje de luces, y falleció en su casa de Béjar, el 14 de agosto de 1882.

Cayetano Sanz Pozas

«El Rey Don Alfonso XII (que Dios guarde), se ha dignado señalar el día 26 de enero de 1878 para la segunda Función Real de toros, que con motivo del fausto enlace de S. M. con su augusta prima la Infanta Doña María de las Mercedes de Orleans y Borbón, se ha de celebrar (si el tiempo no lo impide) en la Plaza de toros de Madrid, costeando dicha función el Excelentísimo Ayuntamiento constitucional de esta M. H. Villa».

Este era el encabezamiento del cartel, en el que figuraban como «Espadas: Julián Casas, *el Salamanquino*; Caye-

tano Sanz, Manuel Arjona Guillén, Angel López, *Regatero*; Gonzalo Mora, Antonio José Suárez, Manuel Carmona, *el Panadero*; Francisco Arjona y Reyes, *Currito*; Salvador Sánchez, *Frascuelo*; Domingo Mendibil, José Machío, Angel Fernández, *Valdemoro*; Manuel Hermosilla, José Sánchez del Campo, *Cara-ancha*; Felipe García, Angel Pastor y Francisco Sánchez, *Frascuelo*.—Total, 17*.

Aquella tarde fué la primera vez que yo ví torear al famoso *Cayetano Sanz*, madrileño de pura raza, como que nació en la calle del Bastero, cerca de *la Fuentecilla*, ó sea en el corazón del barrio de la Arganzuela y Humilladero, el de la gente del bronce y de la chulapería.

En esa calle del Bastero, que algunos pretenden que se llamó así, por tener en ella su casa un hombre que se dedicaba á pintar los *bastos* de las barajas, nació el 7 de agosto de 1821 Cayetano Sanz, dos meses después de haber muerto su padre, y no para ser el *basto*, sino la *espada* de la baraja taurina.

Su madre contrajo segundas nupcias, no bien salió el chico de la lactancia, y envió á éste con sus abueíos paternos. Cayetano creció al lado de éstos, que le prodigaban todo género de cuidados, y una vez que aprendió la instrucción primaria, á los diez años de edad, le hicieron entrar de aprendiz de zapatero, oficio en que no hizo grandes progresos por la aversión que le tenía.

Todo el dinero de que el joven aprendiz de obra prima podía disponer, lo empleaba en asistir á las corridas de toros, y cuando vió torear al *zeñon Paquiro*, ó sea al celebé-

rimo Montes, su afición se exaltó hasta el extremo de quitarle todo otro pensamiento, y como á Don Quijote, «llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentos y disparates imposibles»... así á Cayetano le sorbió el seso cuanto mirara ejecutar á Montes, y soñaba con verónicas, navarras, quites, recortes, faroles, quiebros, cuarteos, banderillas, pases en redondo, y estocadas recibiendo ó al volapié, y se veía sobre la roja arena del circo, recibiendo los aplausos y vítores de un público arrebatado de entusiasmo.

Tenía dieciséis años, cuando arrastrado por esta irresistible vocación, se dedicó á recorrer cuantos pueblos cercanos á la corte celebraban novilladas, y por de contado no faltaba á ninguna de las que se daban en Madrid. Pronto llamó la atención de los aficionados, aquel muchacho sereno y de buena traza y figura, que tan bien acertaba á despegarse los toros, sin correr nunca, sino dándoles salida quieto y sosegado. Alguien adivinó en él un excelente torero, y puestos de acuerdo algunos amigos lo recomendaron al célebre banderillero José Antonio Calderón, *Capita*.

Quedó éste sorprendido de las buenas aptitudes de Cayetano y pronto le cobró gran cariño, dedicándose con empeño á instruirle en todas las suertes del arte, pero particularmente en la de matar, pues comprendió que Sanz había de servir más para matador que para banderillero.

Deseoso *Capita* de que se conocieran los adelantos de su discípulo, organizó una corrida en Aranjuez para que

matara cuatro reses. La fortuna acompañó por completo al joven principiante. *Recibió* dos toros admirablemente; trasteó con la muleta como un maestro, y capeó con tal gracia y soltura, que fué estruendosamente ovacionado, y los madrileños dijeron locos de entusiasmo: «A este chico no hay quién se le ponga por delante».

Ingresó poco tiempo después como banderillero en la cuadrilla de *El Chiclanero*, pero su afición le impulsaba á ser espada, y, por fin, le dieron la alternativa en Madrid *Cúchares* y *El Salamanquino*, en la temporada de 1849 cuando tenía veintiocho años de edad.

Al año siguiente le vieron torear desde un palco Montes y Redondo, con gran complacencia, y deseando tenerle á su lado lo indicaron así al empresario, que se apresuró á contratarle como tercer espada.

Cayetano Sanz aprovechó muy mucho la compañía de tan grandes maestros, observando cuidadosamente cuanto hacían y obedeciendo sus consejos, acreciendo desde aquella fecha su fama y acreditándose como un matador de primera nota, fino, elegante y de buena escuela.

En Andalucía, donde toreó, satisfaciendo la gran curiosidad que allí había por conocerle, dijeron:

«Por su buena dirección de la gente, su oportunidad y aplomo en los quites y lances y, más que todo, por su manejo de la muleta, puede pasar, como Jerónimo José Cándido en su época, por un *modelo clásico*».

Recorrió desde entonces triunfalmente todas las plazas del reino, consolidando su prestigio el año 1856 en Madrid,

en cuya plaza, además de dirigirla bien, respondió cumplidamente á los insidiosos rumores de algunos malquerientes, según los cuales, si bien era cierto que Cayetano presentaba una figura gallarda delante del toro, «no *mataba* »sin echarse fuera de la suerte, y que no tenía valor suficiente para acercarse á la *cuna* si no veía al toro en condiciones de cansancio tal que no pudiera seguirle».

Para contestar á tales suposiciones, Cayetano se fué al toro con la muleta y el estoque, después de ordenar que todos los lidiadores se retiraran del ruedo, y allí, solo en los medios ó en las tablas, trasteó admirablemente, sin mover los talones, dando alguna vez en esta postura hasta *seis* pases en redondo; citó á recibir, consumando la suerte á la perfección, ó se arrancó al volapié sobre corto y según todas las reglas del arte.

No ha habido quien le supere en los lances de capa, ya fueran verónicas, navarras, de tijera, y, sobre todo, de frente por detrás, ni en los pases de muleta al natural y de pecho; y en la suerte de matar dominó cuantas se conocen, siempre dentro de sus puras reglas y ordenanzas, distinguiéndose mucho en la de recibir, que nadie, después de *El Chiclanero*, ha ejecutado con tanto arte.

Algunos le achacaban que era tardío en ejecutar y que la causa de ello era el haber tenido siempre demasiado presentes los consejos de su maestro *Capita*, que le dijo: «Ninguna cosa hecha deprisa puede salir bien; vale más dejar »de hacer una suerte que ejecutarla mal; no es valiente el »temerario, sino el que espera tranquilo el peligro».

Quizá tuviera razón dentro de las reglas del arte, pero el público no lo entiende así generalmente y atribuye á miedo esa tardanza.

Simpático y de finos modales, bien plantado, buena estatura, siendo nota característica de su fisonomía las pobladas patillas que llevó siempre; atento con todos y en particular con sus compañeros. Mataba toros cuando tenía ya sesenta años, lo que demuestra era un torero de gran inteligencia, que no fió nunca á los pies lo que deben hacer los brazos.

Fué el primer diestro español que mató toros en Francia, figurando como jefe y director y llevando de segundo espada á Gonzalo Mora, en las corridas que en agosto de 1854 se verificaron en Bayona con motivo del casamiento del Emperador Napoleón III con la Condesa de Teba. Entusiasmó Cayetano con sus faenas de capote y muleta, recibiendo grandes ovaciones y regalos.

Cuando se retiró del toreo vivió durante algunos años en una hermosa finca que poseía en Villamantilla, provincia de Madrid; pero por mala fe de sus administradores y no haber entendido nunca Cayetano de negocios, se vió obligado á venderla, así como todas sus propiedades, siendo tanta la pesadumbre que se apoderó de él, unido á la desgracia de haberse roto un brazo, que le sobrevino la muerte el 24 de septiembre de 1891, dejando á su viuda unos seis mil duros por todo capital.

«Ha fallecido el último representante de la escuela fina, elegante y clásica del toreo. El que con *El Chiclanero* y

Cúchares constituyó la gran *trilogía* del arte, siendo las tres grandes columnas de la catedral taurina». Este fué el epitafio que se consagró á su memoria.

Manuel Domínguez

Era contemporáneo de Cayetano Sanz, como que sólo tenía dos años más que él, Manuel Domínguez, verdadero héroe de novela, que fué monaguillo, estudió para cura, aprendió oficio, se hizo torero, después militar, *guajiro*, agricultor, comerciante y, finalmente, volvió á ser lidiador de reses bravas, cuya profesión ejerció hasta poco antes de su fallecimiento.

Nació en Gelves (Sevilla) el 27 de febrero de 1816, y huérfano de padre á los tres años, quedaron él y su madre atendidos á un hermano de ésta, capellán de un convento de monjas, que hizo estudiar al muchacho latinidad y filosofía, á fin de que ingresara en el Seminario; pero murió antes de llevar á cabo tal propósito, dejando á la hermana y al sobrino sin recursos de ningún género.

El joven Manuel aprendió entonces el oficio de sombrero, pero arrastrado por una gran afición á las lides taurinas, aprovechaba las fiestas y cuantas ocasiones se le presentaban para ensayarse en tan difícil como arriesgado arte.

Algunos han supuesto que figuró como supernumerario en la «Escuela de Tauromaquia de Sevilla», pero esto no es cierto, y, cuando más, lo único que podría haber sucedido es que presenciara alguna vez las lecciones que en aquella escuela daba Pedro Romero.

Dicen que éste, entusiasmado al verle lancear con el capote, exclamó: «Este muchacho no tiene desperdicio», y que esta frase dió margen al mote de *Desperdicios* con que más adelante fué conocido, apodo que Domínguez no soportó nunca, escarmentando duramente á más de uno de los que oyó denominarle así; pero casi puede asegurarse que esto es uno de tantos cuentos sin fundamento de verdad.

Lo cierto es que figuró como banderillero en la cuadrilla de Juan León, con el cual riñó, quedando enemistados para siempre, y que dotado de un carácter altivo y violento, anhelaba notoriedad y figurar en primera línea, no conformándose con ser del montón, y que desesperanzado de poder conseguirlo, porque Montes se había apoderado en aquella época de las simpatías del público, que sólo para él tenía aplausos, resolvió expatriarse.

Esto unido á que el año 1836, un pariente suyo dió muerte en riña á un banderillero apodado *Clarito*, y Domínguez temió que por ser inseparable del causante, quisieran complicarle en el asunto, en el que no tenía nada que ver, le determinó á embarcarse con rumbo á América en unión de dicho pariente, en la fragata *Eolo*, llevando consigo dos picadores y tres banderilleros.

Ajustóse con una empresa de Montevideo, obteniendo un gran éxito en la capital del Uruguay, con lo que vió realizada su ambición de ser jefe de cuadrilla y no tener á nadie por delante.

Esta satisfacción le duró muy poco, por estallar con to-

dos sus horrores la guerra civil. Manuel Domínguez tomó las armas, alistándose al partido de Orive, que fué derrotado, viéndose perseguido, sin recursos y viviendo á duras penas, hasta que con motivo de las fiestas por la coronación de Don Pedro II como Emperador del Brasil, pudo trabajar en Río Janeiro en presencia de la Corte, matando en cuatro corridas de toros, consiguiendo muchos aplausos y considerable recompensa en dinero.

Marchó después á la Argentina con el propósito de darse á conocer y torear por su cuenta, y desembarcó en Buenos Aires, donde no le permitieron dar ni una corrida, encontrándose con que el país estaba en plena anarquía, y viéndose insultado y perjudicado en sus intereses.

Estuvo á las órdenes del general Rosas, y fué hecho prisionero en la batalla de Casero, en Buenos Aires, y de milagro pudo escapar con otros varios, por ser casi de noche cuando les cogieron, y no tener tiempo los aprehensores de fusilar á todos los prisioneros.

Dominguez se hizo *guajiro*, demostrando en multitud de lances, gloriosos para él, su bravura y valentía, de tal modo, que aquella gente le dió el sobrenombre de *el bravo señor Manuel*, con el que se le conocía en todas partes, siendo temido y respetado.

Vivió algún tiempo del producto de la caza de reses salvajes, con lazo y á caballo unas veces, y otras á pie y con estoque, asombrando á los que presenciaban tales hazañas.

Al frente de una partida armada combatió contra los in-

dios, demostrando que si le sobraba arrojo y valor cazando toros salvajes ó lidiándolos en el redondel, no le faltaba tampoco con el sable en la cintura y el trabuco al brazo.

Aceptó durante una temporada el cargo de *estanciero*, ó mayoral de un ingenio, con buena utilidad; dedicóse al tráfico con pingües ganancias, y aburrido y cansado, ansiando volver á la madre patria, se embarcó para España el año 1852, á los diez y seis años de haberla abandonado, y teniendo treinta y seis de edad.

Llegó á Sevilla, y pronto se hizo cargo de que no había á la sazón ningún torero, que siguiendo la escuela de Ronda, practicase la suerte de recibir, y sólo *Cúchares* monopolizaba el arte, por lo que considerando propicio el momento para imponerse, organizó una corrida en la plaza de Sevilla, capeando y matando con tal fortuna, que los aficionados hubieron de proclamar que «su toreo era clásico, pausado y exento de embrollos y tranquillos que disimulan el miedo en otros diestros, y que no había quien le aventajara en la suerte de matar recibiendo».

El exagerado *tronío* que trajo de Andalucía, le perjudicó en Madrid, que no vió al torero que esperaba, sino á un estoqueador de primera fuerza en la suerte de recibir, y que no pasaba de regular en las demás. En Madrid entonces no había más ídolo posible que Cayetano Sanz.

Sea como quiera, Manuel Domínguez figuró con perfectísimo derecho entre los matadores de primera línea, sustituyendo para muchos, en cuanto era posible, al inolvidable *Chiclanero*, y siendo un torero de bravura indomable, muy

hábil en los lances de capa, guapo y gallardo en la suerte de recibir, para la que no hace falta agilidad, de que en absoluto carecía, y si sólo arte y valor sereno.

Toreando el año 1857 en el Puerto de Santa María, un toro llamado *Barrabás*, le hirió tan gravemente que le arrancó de su órbita el ojo derecho, estando á punto de perder la vida á consecuencia de tan terrible cornada. Produjo el suceso gran impresión, tanto en Sevilla como en Madrid, donde se fijaba en el café de la Iberia, dos veces al día, un telegrama dando cuenta del estado del diestro.

Esta desgracia no mermó en lo más mínimo su valor, pero sí sus facultades, siendo causa de que tuviera frecuentes cogidas, sufriendo, además, una enfermedad en las piernas, que le quitaba toda eficacia en los quites.

Era hombre de excelente y fino trato, cortés con los aficionados, y altivo y autoritario con sus compañeros; de no escasa inteligencia, tanto en su arte como en todas las manifestaciones de la vida social, y con una educación y cultura muy superior á su clase.

Entre los muchos y admirables actos de valor de su vida hay uno digno de especial mención.

Toreando en la plaza de Sevilla el 25 de septiembre de 1853, como primer espada y director de lidia, el cuarto toro de la ganadería de Saavedra, derribó del caballo é hirió al picador Ledesma, *El Coriano*, haciendo el quite Domínguez, que perdió el capote, y conociendo que el toro acudía al sitio donde yacía el picador, se interpuso delante de éste á cuerpo descubierto, se *encunó* y abrazó á la cabeza de la

res, y resistió las cabezadas á modo de *pegador portugués*, hasta que vió entraban al picador por la puerta de la enfermería.

En cierta ocasión en que salió á matar un toro llegó hasta la cara con la muleta plegada; pero observando que el animal se hallaba perfectamente cuadrado, lió la muleta en lugar de desplegarla y le echó á rodar de una soberbia estocada. Se armó una grito fenomenal, y Domínguez, encarándose con los de las barreras, les dijo:—«Me silban ustedes sin razón, y cien veces que me suceda lo de hoy haré lo mismo; la muleta es para ahormar la cabeza á los toros y dejarles igualados y en disposición de recibir la estocada. Como he visto que estaba bien colocado no tenía para qué pasarle de muleta, sino arrancarme á matar» (1).

Otro día en Sevilla, alternando con Juan Martín, *La Santera*, le arrolló un toro, y echándoselo por encima del testuz, le volteó, elevándolo algunas varas de altura. Al caer en la arena le preguntó *La Santera*: — «¿Qué ha sido ello, Manuel?» — «Nada—dijo éste levantándose—que he subido á contar las embarcaciones que había en el río» (2).

Como durante su permanencia en Buenos Aires había aprendido á enlazar toros en campo abierto, sus amigos le expresaron el deseo de verle ejecutar tal habilidad, á lo que accedió Domínguez con su proverbial galantería, designando para complacerles un día de la feria de Sevilla del

(1) Luis Carmena y Millán. «Lances de capa».

(2) La plaza de toros en Sevilla está á orillas del Guadalquivir.

año 1856, en que había mucha animación por concurrir á las fiestas el Rey viudo de Portugal.

A la hora señalada se presentó Domínguez en la llanura de Tablada, invadida por miles de personas, presidiendo el festejo desde su carruaje Sus Altezas los duques de Montpensier.

Dióse suelta á un toro de bonita lámina y muy bravucón, el cual, después de ser acosado por Domínguez, tomó dirección á donde se hallaba el público y los coches. Gritos de espanto, carreras, desmayos, atropellos, caballos desbocados, ayes de angustia en el hermoso mujerío, de todo hubo en un momento; pero Domínguez, recomendando á gritos la calma, lanzóse á galope tendido en su caballo castaño, y cuando el toro se hallaba á veinte pasos del público, tiró el lazo con tal maestría y acierto, que el toro no sólo quedó sujeto sino que cayó al suelo á consecuencia de la furia con que dió la vuelta el caballo.

La gente, enloquecida, tributó á Domínguez una ovación delirante, y los duques de Montpensier le obsequiaron con un regalo de gran valor.

Tenía muchas y valiosas alhajas, entre ellas algunas que le fueron regaladas por el Emperador de los franceses y por la familia Real de España.

Falleció en Sevilla, á los setenta y cinco años de edad, el 6 de Abril de 1886, siendo su muerte muy sentida, y conducido su cadáver al cementerio en hombros, por los individuos de una compaña conocida con el nombre de «Las viejas ricas de Cádiz», llevando las cintas los principales

espadas, y siendo presidido el duelo por Antonio Carmona, *el Gordito*, Antonio Sánchez, *Tato*, y Francisco Arjona Reyes, *Currito*.

Antonio Sánchez, el Tato

En la temporada de 1851 trajo *Cúchares* agregado á su cuadrilla, cuando vino á torear en Madrid, á un chiquillo de esbelta y graciosa figura, de rizado cabello y porte simpático, que puso algunos pares de banderillas, sin que llamara gran cosa la atención del público. Pero ya al final de la temporada, una tarde en que salió un torete pequeño, noble y claro, *Cúchares* se lo brindó al novel banderillero, que aceptó con mucho gusto la cesión, y le pasó de muleta de tan diversas maneras, haciendo alarde de frescura, gallardía y gracia tanta, que aunque le dió muerte de un bajonazo, el público aplaudió con entusiasmo lo fino y valiente de la faena.

Aquel muchacho era Antonio Sánchez, *Tato*.

Erigido *Cúchares* en su protector, le llevó consigo á todas partes, y al año siguiente le dió la alternativa, recibiendo *el Tato* el bautismo de matador en la plaza de Madrid, cuya arena había de enrojecer con su sangre algunos años después.

Tenía *el Tato* un toreo alegre y animado, *galleaba* con gracia, daba vueltecitas en la cabeza del toro, y hacía mil monadas, que si no demostraban grandes conocimientos en su arte, entusiasmaban á los que prefieren esa vistosa animación á la seriedad de la llamada escuela clásica.

En sus primeros tiempos abusaba de las estocadas á *mete y saca*, cosa que le afeó la crítica y la afición, y como Antonio Sánchez deseaba complacer al público y hacerse una reputación, y era confiado y valiente, se corrigió pronto del defecto y llegó á ser un maestro en el *volapié*.

Quitó muchos aplausos á *Cúchares* y le quitó también lo mejor de su cuadrilla, separándose de él; pero *Cúchares*, que gozaba con sus triunfos más que con los suyos propios, no sólo no le guardó rencor, sino que le dió su hija, con la que se casó *el Tato* el año 1861.

Se hizo Antonio Sánchez dueño de las simpatías y favor del público de Madrid, que le anteponía á todos los diestros de entonces, exceptuando á Cayetano Sanz, con el que, claro está, que no podía competir. Era solicitado por todas las Empresas, y su fama estaba en todo su apogeo, cuando surgió aquel banderillero y torero notabilísimo que se llamaba Antonio Carmona, *el Gordito*.

La competencia entre ambos fué terrible y los partidarios de *el Tato* consiguieron echar al *Gordito* de Madrid en la temporada de 1867; pero, por desgracia para Antonio Sánchez, la cogida que sufrió en la misma plaza de sus triunfos, la tarde del 7 de junio de 1869, en la corrida extraordinaria que se dió en honor de la novísima Constitución democrática, puso triste término á unos antagonismos y pugnas que no hubieran existido sin la envidia y mala fe de las gentes que rodeaban al *Tato*.

Al arrojarse al volapié para matar al cuarto toro, llamado *Peregrino*, no tuvo en cuenta Antonio que el bicho esta-

ba humillado, no vació con la muleta lo que era necesario, y fué *empuntado* por la rodilla derecha, herido y volteado.

Las simpatías de que gozaba en Madrid se manifestaron de un modo extraordinario durante los días que siguieron al desgraciado accidente. Su casa fué invadida por personas de todas las clases sociales; hubo necesidad de poner guardias de á pie y de á caballo en la calle, para evitar la aglomeración de gente, y la ansiedad por tener noticias del estado del ídolo se reflejaba en las conversaciones y en la prensa.

Fué preciso hacerle varias operaciones quirúrgicas, pero por infección del cuerno del toro, sobrevino la gangrena, y no hubo más remedio que proceder á la amputación de la pierna.

Ideóse por un aficionado dar una corrida á beneficio del infortunado torero y los billetes para la misma se vendieron á elevado precio, disputándose la gente su adquisición. Se presentó *el Tato* en un coche, dando vuelta al redondel, vestido de paisano y llorando de emoción y agradecimiento. Los aplausos y vítores fueron unánimes y atronadores, siendo acompañada tan extraordinaria manifestación de simpatía, de versos, palomas, coronas, tabacos y regalos.

Al quedar inútil *el Tato*, envió á Rafael Molina la espada con que mató al toro *Peregrino*, acompañada de una carta en la que le decía: «Si la gratitud es el tributo de las almas nobles, acepta, querido *Lagartijo*, este recuerdo de tu desgraciado amigo *Tato*».

Entre las buenas cualidades que poseía este diestro, se

destacaba la de un excesivo pundonor y un gran empeño por sobresalir.

Con motivo de unas corridas de toros que se celebraron en Albacete, fué á presenciárlas mucha gente de Madrid, y entre ella el distinguido é inteligente escritor taurino Sr. Sánchez Neira. Parece ser que hablando este señor en la fonda con varios amigos, dijo que «no es torero completo el que no practica la suerte de *recibir*» (1). A la hora de la fiesta un aficionado se lo dijo al *Tato*, mostrándole á quien lo había dicho. Fijóse Antonio, sonrió y se mezcló con sus compañeros para hacer el paseo. Llegado el momento de matar, tomó la espada y muleta y frente á la barrera que ocupaba el Sr. Sánchez Neira con sus amigos, pasó dos veces nada más á un toro grande y voluntarioso de Mazpule, le citó en corto y le mató *recibiendo* en toda regla de una gran estocada. Rodó el toro, le arrancó la divisa y la llevó donde estaba quien había dicho «que el *Tato* no era torero perfecto porque no recibía toros».

No fué esa vez la única que mató *recibiendo*; pero su especialidad era el *volapié*, siendo proverbial la *sal* de su peculiar *patadita* al iniciar el viaje.

Si sobre la arena de los circos alcanzó tanto renombre, en la calle, *el Tato*, por su elegancia, simpática figura y bella presencia y modalidad en el vestir, que nadie supo igualar en gallardía y guapeza, atraía á las gentes, que se paraban á contemplarle, é interrumpían su marcha para es-

(1) Esto era una obsesión en el Sr. Sánchez Neira.

trechar su mano; saludo y cariño á los que él correspondía afablemente.

Vivió sus últimos años en Sevilla, desempeñando un empleo en la Casa-matadero público, y falleció en febrero de 1895, veintiséis años después de la cogida que le dejó inútil y á los sesenta y cuatro de edad.

José Muñoz, Pucheta

Protegido de *Cúchares* fué también el célebre José Muñoz, *Pucheta*, y su celebridad no la alcanzó en las plazas de toros, pues lidió poco con ellos, sino en la plaza pública, en las calles, en las barricadas y en los clubs.

Muy belicoso y exaltado, tomó parte en los sucesos revolucionarios de 1854, siendo muy popular y celebrado por sus frases y ocurrencias, repetidas y encomiadas por la buena fe que las inspiraba dentro de su fanatismo político.

Fué asesinado en la Puerta de Toledo, en la noche del 16 de julio de 1856, cuando estaba al frente de una barricada.

Gonzalo Mora

De esa época son también Gonzalo Mora y Angel López, *Regatero*.

No serán muchos los contemporáneos que hayan visto torear á Gonzalo Mora, pero aún viven bastantes que lo recordarán paseando por la Carrera de San Jerónimo ó la calle de Sevilla, muy peripuesto y acicalado, siempre animoso y dicharachero, echando piropos á las mujeres guapas, y

con tanta pomada en la cabeza, que le valió el mote de *Bandolina*.

Era punto obligado en las clásicas *juergas de Fornos*, y en todas las tertulias y banquetes íntimos, requerido por su conversación amena y chispeante, y el inmenso repertorio de sus cuentos, chascarrillos y sucedidos.

Quisieron sus padres que siguiera el oficio de sastre, como dueños que eran de un taller de sastrería; pero Gonzalo no había nacido para hacer trajes, sino para lucirlos fastuosamente.

Con verdadera vocación por el arte taurino, tuvo por maestros á Pedro Sánchez, *No te veas*, y á Juan Pastor, á quien se parecía mucho, yendo con éste á la Habana como segundo espada, y á su regreso toreó en Madrid con *el Tato* y *Pepete* el 31 de marzo de 1856, recibiendo la alternativa de manos de *el Tato*, logrando muchos aplausos y simpatías.

Fué con Cayetano Sanz á Francia, y volvió á París durante la Exposición Universal de 1869, toreando en doce fiestas, marchando después, el año 1870, á Lima (Perú), en unión de *el Salamanquino*.

A su regreso á España tomó parte en la corrida regia celebrada en enero de 1878, con motivo del casamiento de Don Alfonso XII con su prima Doña Mercedes, y suscitóse la cuestión de si había de torear por delante de su compañero Angel López, *Regatero*, resolviendo, un jurado que se nombró al efecto, en favor de éste, resolución verdaderamente incomprensible é injusta, pues Gonzalo Mora era

más antiguo, por haber tomado la alternativa en 31 de marzo de 1856 y *el Regatero* el 17 de julio de 1858.

Murió en Colmenar del Arroyo, donde vivía viejo y olvidado, en julio de 1892, y como torero puede asegurarse que, sin ser una notabilidad, figuró entre los buenos, como excelente peón de brega y muy aceptable banderillero, no pasando de mediano con el estoque.

Angel López, Regatero

Discípulo del célebre *Capita*, fué uno de los mejores banderilleros que se han conocido; pero quiso ser matador, y este empeño dió término á su vida torera, pues nunca tuvo facultades para ello.

Tomó la alternativa de manos de Cayetano Sanz, al que sólo se pareció en las patillas, pero no en la maestría para manejar estoque y muleta.

Su educación y buena conducta le granjearon simpatías entre algunos aristócratas, con los cuales alternaba, viéndosele frecuentemente en los palcos de éstos en los principales teatros. Uno de sus íntimos fué el Duque de Veragua, que siempre le distinguió con su amistad y le tuvo bastantes años dirigiendo las faenas de su acreditada ganadería.

La última corrida de toros en que tomó parte fué la ya citada de las Fiestas Reales por la boda de D. Alfonso XII, y murió en Madrid en marzo de 1898.

Manuel Fuentes, Bocanegra

Entre tantos cordobeses como figuran en los anales del

toreo, ocupa un lugar preferente Manuel Fuentes, *Bocanegra*, que nació en la capital del califato el 7 de marzo de 1837, y fué hijo del banderillero *Canuto*, y hermano del picador *Pipi*, que murió en Sevilla á consecuencia de una cornada que le dió un toro llamado *Corianito*, y de Antonio *Hito*, que apenas se destacó del montón anónimo.

Bocanegra empezó á torear muy joven, ingresando primero en la cuadrilla de José Rodríguez, *Pepete*, y después en la de Manuel Domínguez, á cuyo lado trabajó muchos años, y de quien aprendió la suerte de *recibir*, que ejecutó muchas veces con gran aplauso, siendo un torero serio, valiente y aplomado.

Manuel Domínguez le dió la alternativa el 8 de septiembre de 1862 en la plaza del Puerto de Santa María, y desde entonces fué uno de los lidiadores que gozaron de los favores del público, sosteniendo valientemente la competencia con su paisano *Lagartijo*, aunque éste le aventajaba mucho en arte, elegancia y habilidad.

Fué uno de los toreros que inauguraron la actual plaza de toros de Madrid, y, aquella tarde, de los que estuvieron menos mal en tan memorable corrida (1).

(1) La actual plaza de toros fué construída en poco más de un año, bajo la dirección de los arquitectos D. Emilio Rodríguez Ayuso y D. Lorenzo Alvarez Capra. Es un edificio elegante, de estilo mudéjar, con labores y alicatados de ladrillo rojo, arcos de herradura y dobles ventanas de ajimez, en número de 234. El redondel tiene un diámetro de 63 metros, y el circo cabida para 12.420 espectadores.

El día del Corpus de 1889 se verificó en la plaza de Baeza una novillada de aficionados, lidiándose becerros de la ganadería de Hernández. Los bichos eran de mucho mayor respeto de lo que convenía á las aptitudes de los inexpertos toreros, y el pánico cundió entre ellos de tal manera, que *Bocanegra* que se hallaba presenciando el espectáculo se arrojó al redondel para auxiliarles.

Al hacer un quite á un picador en el cuarto toro, llamado *Hormigo*, fué cogido aparatosamente, recibiendo una grave cornada en la ingle izquierda, de la que murió antes de que transcurrieran las veinticuatro horas.

La última vez que toreó en Madrid, fué cuatro días antes de tan triste como imprevisto fin de su gloriosa carrera, alternando en la corrida de Beneficencia con *Lagartijo*, Ángel Pastor y *Guerrita*, en cuya fiesta mató recibiendo su primer toro, siendo extraordinariamente aplaudido.

Dió la alternativa en Sevilla á Fernando Gómez, *Galli-*

Se inauguró el día 4 de septiembre de 1874, con una corrida extraordinaria de ocho toros, pertenecientes á las ganaderías de Veragua, Hernández, Puente López, Núñez de Prado, Anastasio Martín, Miura y López Navarro, que fueron estoqueados por los espadas *Bocanegra*, *Lagartijo*, *Currito*, *Frascuero*, Villaverde, *Chicorro*, Machío y Valdemoro, que estrenaron ricos trajes.

Presidió el Marqués de Sardoal, que concedió dos toros más de gracia á petición del público, y ocupó el palco principal ó del centro, el general Serrano, con Sagasta, presidente del Consejo, y todos los ministros que habían jurado el cargo el día anterior. Estrenó de todo.

to, y en Madrid á Juan Ruiz, *Lagartija, Mateito y Marinero*.

Actuó durante veintiséis años de matador, toreando en seiscientas doce corridas y matando mil seiscientos quince toros, que le castigaron bastante, siendo sus más graves cogidas la que sufrió en Sevilla el año 1863 y la de Cádiz en 1864, en la que al poner banderillas recibió una cornada en el cuello.

Antonio Carmona, el Gordito

Todo es susceptible de mejora en el mundo, y si así no fuera, la ley del progreso no sería verdad.

Las corridas de toros están sujetas, como todas las manifestaciones de la actividad humana, «á la ley avasalladora del progreso, la que, como muy bien ha dicho D. Miguel Mir, lo mismo afecta al orden de la naturaleza, que al de la inteligencia y al del arte (1)».

Cuantos se han dedicado á la peligrosa profesión del toreo, han imitado lo que vieron hacer á sus maestros; algunos han mejorado las suertes, y otros han inventado nuevos lances que han enriquecido el arte taurino. Entre estos últimos, merece especial mención Antonio Carmona, *el Gordito*, que nació en Sevilla el 19 de abril de 1838, y fué el inventor de la suerte de banderillas en silla.

Cuando tenía veinte años de edad la ejecutó en la plaza de Sevilla, en agosto de 1858, produciendo un entusiasmo extraordinario por lo gallardo y saleroso de la suerte,

(1) Conde de las Navas, *El espectáculo más nacional*.

y por la seriedad y gracia con que la llevaba á término.

Presentóse en la plaza de Madrid el 20 de junio de 1861, y dió el quiebro á pie firme, y sentado en la silla, gustando de tal manera su vistoso trabajo, que la empresa organizó otra corrida para el 24 del mismo mes, en la que las ovaciones fueron aún más entusiastas.

En esta corrida, el espléndido y opulento banquero marqués de Salamanca, al que el *Gordito* brindó uno de los pares de banderillas, le arrojó dos cigarros puros envueltos en un billete de mil pesetas. He ahí una *envoltura* que no dará, seguramente, la *Arrendataria*.

Desde entonces su popularidad fué inmensa, y sólo por verle á él contrataban á sus hermanos, José Carmona y Manuel Carmona, el *Panadero*, de cuya cuadrilla formaba parte, pagándoles más que á los matadores de primera fila.

Tomó la alternativa de matador en Córdoba, de manos de su hermano José, y le fué confirmada en Madrid por *Cúchares*, en la tarde del 5 de abril de 1863.

Surgió entonces la terrible competencia entre el *Gordito* y el *Tato*, iniciada en Sevilla porque éste se opuso á que el primero matase gratis en una corrida de Beneficencia. Se aumentó en Cádiz, porque el *Gordito*, viendo la predilección que aquel público mostraba por *Lagartijo*, á la sazón banderillero, le cedió, para que lo matara, uno de sus toros, el día de San Juan de 1864, á lo que se había negado terminantemente el *Tato*, quien, por tal motivo, perdió las simpatías de los gaditanos; y llegó al colmo en Madrid, donde la opinión, unánime hasta entonces por el *Tato*, se dividió

entre éste y el *Gordito*, llegando los dos bandos á lamentables extremos de encono y violencia.

Se hizo irrespirable para el *Gordito* la atmósfera de la plaza de Madrid, porque ni él ni los muchachos de su cuadrilla podían hacer nada sin que se vieran agobiados por los silbidos, *fuerras* y otras demostraciones tan injustas como desaforadas.

Se fundó un periódico para ayudar á tan enconada campaña, y por fin lograron los *tatistas* que el *Gordito* rompiese su escritura y se marchara de Madrid, á cuya plaza no volvió en muchos años.

La pugna entre estos dos lidiadores fué terrible en toda España; pero excepto Madrid, en las provincias llevó la mejor parte el *Gordito*. Promoviéronse con tal motivo hasta conflictos de orden público, como ocurrió en Cádiz en septiembre de 1868, donde las autoridades pusieron las tropas sobre las armas, ante la saña de los partidarios de ambos diestros.

Era el *Gordito* un torero elegante y vistoso, algo movido, como resabio de banderillero, que no pudo desterrar nunca. Con el estoque, aunque en ocasiones quedaba lucidamente, nunca fué gran cosa, pues cuarteaba mucho al herir.

Según dice uno de sus biógrafos, tomó parte en 910 corridas, matando 2.830 toros, y á pesar de ello se retiró del ruedo en el año 1887, sin haber tenido ningún percance de importancia, habiendo recibido numerosos regaos de reyes, príncipes y particulares, á los que brindó la muerte de sus toros.

Fué condecorado con la cruz de Beneficencia, por un hecho digno de todo encomio, que demuestra su valor y serenidad. Con motivo de las corridas que se dan en Valencia durante la feria, fué contratado el *Gordito* para matar en ellas, y en ocasión en que estaba presenciando la faena de desencajonar los toros para dichas corridas, se escapó uno de los bichos, que se dirigió á los andenes de la estación, llenos de gente, por ser la hora de más afluencia para los trenes que van al Grao. Rápidamente se despojó el *Gordito* de la americana, y provisto del estoque de un bastón se dirigió al toro, dándole varios pases entre las vías del ferrocarril, haciéndole caer herido de un estoconazo. Salvó á Valencia de un día de luto, evitando numerosas desgracias.

Tomó parte en las corridas reales verificadas en Madrid con ocasión del matrimonio de D. Alfonso XII con doña Cristina, en diciembre de 1879, y en unión de Gonzalo Mora, *Lagartijo* y Angel Pastor, en el gran festival que en el mismo año se verificó en el Circo Hipódromo de París, para procurar recursos en favor de las víctimas de las inundaciones de Murcia.

Al retirarse del toreo se consagró al cuidado de su fortuna y familia, en Sevilla, donde era muy querido y considerado, pues siempre observó una conducta ejemplar, no tomando parte jamás en juergas ni escándalos.

Rafael Molina, Lagartijo
y
Salvador Sánchez, Frascuelo

Y llegó el momento de que pisaran la arena, esta *arena roja*, porque está amasada con la sangre de tantos valientes lidiadores, aquellos que en la historia de la fiesta nacional del siglo XIX, pudieron decir con derecho indiscutible: «Nosotros, somos nosotros».

Y ELLOS fueron LAGARTIJO y FRASCUELO

Es imposible pronunciar uno de estos nombres sin que el otro borbotee en los labios.

Son algo así como los hermanos siameses del toreo, y hermanos fueron, pese á todas las competencias y rivalidades que el público quiso imaginar entre ellos. Nacen casi al mismo tiempo y casi al mismo tiempo mueren.

Se encuentran por vez primera en la plaza de Granada, en la tarde del domingo 7 de junio de 1868, y desde aquel momento surge entre ambos aquella noble emulación y aquella fraternal amistad que duró tanto como su vida.

Si le preguntaban á Rafael con quién quería torear en tal ó cual plaza, contestaba sin titubear.—«*En toas siempre con Salvaor*».

Un día que cierto entusiasta de *Frascuelo*, por adular á éste comenzó á criticar duramente á *Lagartijo*, aquél interrumpió al adulador diciéndole:—«*Sepa usté que ese es el mejor torero que ha nacio de madre*».

Hablábase una vez entre varios aficionados de cosas del toreo estando presente *Lagartijo*, y por halagar á éste, to-

dos se declaraban partidarios del cordobés. D. Mariano Zarcías Cazurro se atrevió á decir:

—«Vamos, señores, que *Frascuelo* también merece alguna cosa. Que no sea todo tirarle por el suelo».

Lagartijo se levantó con rapidez, y dando la mano al distinguido escritor, le dijo:

—«*Choque usted. Ya veo que aquí no hay más frascuelistas que usted y yo*».

Rafael Molina, *Lagartijo*, nació el 27 de noviembre de 1841, en Córdoba, y Salvador Sánchez, *Frascuelo*, el 23 de diciembre de 1844, en Churriana (Granada). *Lagartijo* muere en agosto de 1900, á los cincuenta y ocho años de edad, y *Frascuelo*, en marzo de 1898, á los cincuenta y cuatro años.

En 1865 toma la alternativa en la plaza de Madrid; cuando tenía veinticuatro años, *Lagartijo*, el torero por la gracia de Dios, la suprema elegancia, el que con su presencia llenaba la plaza, y á quien el público le aplaudía todo y todo se lo dispensaba.

En 1867 la toma, igualmente, en Madrid, cuando había cumplido ya los veintitrés, *Frascuelo*, la personificación del arrojo temerario, insuperable con el estoque, llegando siempre con la mano al morrillo del toro, y electrizando al público con su vergüenza torera.

La competencia, dura, cruel, terrible, existía sólo entre los partidarios de uno y de otro, que llevaban su pasión á los mayores extremos, lo mismo en los tendidos de la plaza que en periódicos, libros y folletos.

Entre los dos espadas no había animosidad, sino un deseo de ganar palmas, y para lograrlo, cada uno procuraba excederse en arte y valentía para superar á su competidor' dándose el caso de que en cierta capital de Andalucía, el Gobernador Civil, que presidía la corrida, los llamó á su palco y les dijo: «Si continúan ustedes en sus atrocidades, suspendo la fiesta, pues no quiero ver muertes en la plaza».

El que no ha visto en la plenitud de sus facultades al gran torero cordobés, tirando graciosamente el capote, recogiénolo después sobre su espalda, andando hasta cuadrarse el toro; el que no ha visto aquellas inimitables *largas*, que murieron con él, no puede comprender por qué fué el ídolo del público durante más de veinte años, de un público que le adoraba y veía en él algo de extraordinario.

Los que no tuvieron la suerte de ver á Salvador, al *negro*, cuando liaba la muleta para arrancarse, y en medio de un silencio imponente, perfilado con el pitón izquierdo, citaba á recibir, ó se metía á volapié con un coraje imposible de imaginar; no pueden darse cuenta de por qué palpitaba penosamente el corazón de todos los espectadores, y por qué aquel público, sugestionado por tanto valor y gallardía, prorrumplía en una estruendosa salva de aplausos.

Aún no había cumplido Rafael once años, cuando tomó parte como banderillero en una corrida celebrada en Córdoba, y desde entonces recibió el sobrenombre de *Lagartijo*, por su ligereza y viveza ratonil.

Era tal su afición á las faenas taurinas, que saltaba las tapias del Matadero de aquella capital para lidiar las reses

bravas destinadas al abastecimiento público, dando lugar á que el alcalde le destituyera del cargo de mozo de naves de dicho Matadero, y le prohibiera la entrada en el mismo, disponiendo que, si volvía á saltar las tapias, se le detuviera y pusiera á disposición de la alcaldía para imponerle la corrección oportuna.

Pero Rafael no quería ser mozo del Matadero ni seguir ningún oficio, sino ser torero, y no perdonaba ocasión de aprender, en corridas y tentaderos, siendo su ídolo su paisano José Rodríguez, *Pepete*.

Salvador siguió en Madrid el oficio de papalista; pero los toreros le seducían y deslumbraban. Un papalista no podría nunca llegar á tener sortijas de brillantes, y cadena de oro, como las que lucía *El Tato*, cuando vestido con chaquetilla de terciopelo y sombrero *calañés*, le veía Salvador pasear por la Carrera de San Jerónimo.

«Es necesario *ser torero*», dijo Salvador, y como su voluntad era de hierro, consiguió lo que se proponía.

El banderillero de *Cúchares*, Juan Mota, le dejó el primer capote de brega, y se dedicó á ir por los pueblos á torear en capeas y novilladas, logrando trabajar en las que se daban en la plaza de Madrid, gracias á la recomendación de *Cúchares*.

Lagartijo se agregaba á las cuadrillas de *Pepete*, de Antonio Luque, de José ó de Manuel Carmona, y con unos ó con otros, procuraba torear lo más posible, hasta que por fin ingresó de hecho en la de el *Gordito*, con el que se presentó en la plaza de Madrid el 13 de Septiembre de 1863,

llamando la atención de los aficionados por su limpiísima manera de banderillear al quiebro, haciendo derroche de ligereza, flexibilidad y vista. Desde entonces, muchas de las contratas que tuvo el *Gordito*, fueron hechas á condición de que llevara consigo á tan notable banderillero.

Frascuelo, protegido por el ya citado Juan Mota, banderillero de *Cúchares*, recorre varias provincias, actuando de banderillero ó de matador, pero con preferencia de esto último, y recibe lecciones de Cayetano Sanz, que siente por Salvador cariño de padre y de maestro.

Toma la alternativa Rafael en Madrid el 15 de Octubre de 1865, de manos de Cayetano Sanz, matando un toro de Doña Gala, llamado *Barrigón*, y desde aquel día va creciendo su fama rápidamente, compitiendo con el *Tato*, *Cúchares*, *Gordito*, *Bocanegra*, Dominguez, Gonzalo Mora y otros.

En la corrida que se dió en la plaza madrileña el 27 de Octubre de 1867, á beneficio del Real Hospital de Nuestra Señora de Atocha, toma la alternativa Salvador, dándosela el célebre Francisco Arjona, *Cúchares*, y al año siguiente viene contratado á Madrid, toreando con general aplauso en unión del *Tato*, *Gordito*, *Bocanegra*, etc., etc.

Rafael Molina, *Lagartijo*, fué un lidiador valiente, tanto que en sus comienzos, «más tiempo estaba en el aire que en el suelo», según él mismo decía con su peculiar gracia; pero pronto aprendió á defenderse de los toros, y aquel irreflexivo arrojo se convirtió en un valor sereno, yendo pocas veces á la enfermería.

El toreo de *Lagartijo* se distinguió siempre por sus clásicas elegancias, sobrias, artísticas, sin afectaciones ni rebuscados desplantes.

«En cualquier momento de la lidia, la figura de Rafael era naturalmente airosa y elegante; por eso ha sido el torero que ha vestido mejor el traje de luces, el perfecto y característico tipo del torero, tal como lo ha concebido siempre la fantasía española» (1).

«Era la perfección suma, la estética al servicio del toreo. Como banderillero rayó tan alto como el que más, y sus pares empezaban á tener mérito, desde que él cogía las banderillas en la mano, porque, sin darse cuenta, sin afectación, con la naturalidad de lo espontáneo, cuando apoyaba los palos en la cadera mirando al bicho, resultaba la figura más artística que pudieron soñar todos los genios de la escultura, desde Miguel Angel á Benlliure (2).

El público electrizado le seguía con la vista, mirándole citar en corto, llegar airosamente á la cabeza y cambiar con una precisión y una inteligencia admirables.

Como estoqueador se distinguió principalmente en el volapié; fué el torero de las medias estocadas con éxito seguro, y en sus últimos años encontró el tranquilo de arrancarse á matar cuarteando, y clavar el estoque en su sitio y en buena dirección. Su famoso paso atrás que tanto se le criticó ha sido imitado por casi todos los toreros.

(1) Luis Gabaldón. *Rafael Molina, Lagartijo*.

(2) Pascual Millán. *Los toros en el siglo XIX*.

El fanatismo de sus más ardientes partidarios, llegó á clasificarle como fundador de la que llamaron «Escuela Cordobesa»; pero, en realidad, lo que hizo Rafael fué fundir en su toreo personalísimo y de atractivo irresistible, el aplomo y la seriedad de la escuela rondeña con los adornos y floreos de la escuela sevillana (1).

Frascuelo, aunque toreaba mucho, no podía competir con *Lagartijo* en esta suerte; pero con el estoque, cuando liaba la muleta para arrancar, asustaba verle entrar tan corto, tan derecho, llegando con la mano al pelo del morrillo y rozando los alamares de la chaquetilla con el asta derecha del toro.

Frascuelo no era guapo; pero lo parecía en aquel instante; tenía entonces la hermosura del héroe, y ya lo dijo Bonaparte: «El heroísmo lo hermosea todo» (2).

Edmundo de Amicis, escribió refiriéndose á Salvador, «Es un joven de veinticinco años, esbelto, moreno, guapo con mirada fija y sonrisa de hombre distraído».

Frascuelo practicó todas las suertes que viera ejecutar á otros; desde la de poner banderillas en silla como el *Gordito*, hasta la de recibir toros como Manuel Domínguez.

De su amor propio como torero puede dar idea el siguiente suceso.

El día de la Ascensión de 1883 fué á torear en Sevilla una corrida de Muruve, en unión de Francisco Arjona Reyes, *Currito* y José del Campo, *Cara-Ancha*.

(1) Luis Carmena y Millán. *Lances de capa*.

(2) Pascual Millán. *Los toros en el siglo XIX*.

El público sevillano tenía grandes deseos de ver á *Cara Ancha* recibir toros, como decían que los había recibido en Madrid durante aquella temporada, y sabiéndolo *Frascueto*, quiso realizar antes que *Cara Ancha* la difícil y arriesgada suerte, lográndolo en su primer toro con tal precisión y justeza, que obtuvo una delirante ovación, diciendo los inteligentes sevillanos, que tan bien como *Frascueto* lo había hecho se podrían recibir toros, pero no mejor.

Dice el ilustrado crítico Peña y Goñi (1).

«El valor, la guapeza: he aquí el capital de *Frascueto*, capital con el cual, á los diez y nueve años, realizó la increíble hazaña de Tolosa, y le ha permitido llegar después á esa altura que sólo alcanzan los privilegiados del arte».

«En el toreo, el valor es lo esencial: de un valiente se saca todo, porque un valiente va á todas partes, lo hace todo y lo domina todo, tarde ó temprano. La cuestión es que el valor sea condición virtual y dominante, y no ceda á las terribles contingencias de la profesión; toda la cuestión está ahí».

La hazaña de Tolosa á que hace referencia Peña y Goñi, ocurrió de este modo: Toreaba el año 1866 en la plaza de la antigua capital de Guipúzcoa, y cuando se disponía á matar uno de los toros, vió todo el público con sorpresa, que la puerta de los toriles se abría violentamente y que salía á la arena otro cornúpeto. *Frascueto* se apercibió de ello, y sin perder un instante su serenidad, fuese al intruso, y

(1) *Lagartijo y Frascueto y su tiempo.*

después de pasarlo de muleta con gran arrojo, hizolo rodar de una estocada; enseguida dirigióse al otro toro y lo mató con la valentía propia de él (1).

Y véase ahora la opinión de este mismo D. Antonio Peña y Goñi, tan entnsiasta y acérrimo *frascuelista*, respecto á *Lagartijo*.

«¿Quién es capaz de hacer un retrato literario de Rafael Molina? ¿Quién es capaz de dar idea de la soberana elegancia, de la armonía de líneas, de la apostura sin igual, de la gentileza y abandono incomparables de *Lagartijo*?

«*Lagartijo* torea con el busto; los pies no hacen sino a acompañar los cadenciosos movimientos de una cintura flexible, que imprime á todo el cuerpo ondulaciones llenas de abandono y de gracia. Todo lo reúne, lo que da la naturaleza y lo que pone el hombre con su esfuerzo individual; la valentía y la elegancia, la tranquilidad y la finura, la vista para ver llegar los toros, la precisión para consentirlos y el arrojo para despegarlos, la serenidad para apreciar seguramente los contrastes y la viveza para enmendarse en un

(1) Hecho tan memorable, fué repetición del que tuvo lugar en Algeciras en la segunda corrida de feria, celebrada el 4 de Junio de 1851. Toreaba *El Chiclanero* en unión de Manuel Jiménez, *Cano*, y durante la lidia del quinto toro, el sexto rompió la puerta del chiquero y se presentó en el redondel. La confusión que se produjo fué enorme; pero *El Chiclanero*, dando muestras de gran valor y serenidad, se dirigió armado de espada y muleta á uno de los toros, y después de dos pases le mató de una estocada hasta las cintas, haciendo acto seguido lo mismo con el otro.

palmo de terreno; el fondo y la forma, en fin, se dan la mano para hacer de *Lagartijo* la personificación del torero más perfecto que haya podido existir desde que hay toreros en el mundo».

Persona de autoridad tan grande en asuntos taurinos como el inteligente y competentísimo escritor D. José Sánchez de Neira, dice de *Lagartijo* (1).

«La opinión general le coloca hoy entre los primeros y más reputados matadores, y en ésto no hace el mundo más que justicia, porque Rafael valía mucho, conocía las reses y se arrojaba al *volapié* como pocos, en sus épocas de *auge*. Cuando decía «quiero», se le podía ver ».

Rafael y Salvador se complementaban en el ruedo. Rafael se defendió más tiempo porque lo fiaba todo al arte. Salvador se retiró más pronto porque confiaba en primer término en sus facultades.

Lagartijo se retiró después de ejercer como matador veintiocho años, tomando parte en 1.635 corridas, dado muerte á 4.860 toros, y siendo el primero que lidió como único espada una corrida de seis toros en Barcelona el 25 de Septiembre de 1871.

Frascuero actuó durante veintitrés años en 1.236 corridas, en las que despachó 3.801 toros, debiendo tenerse en cuenta que fué el diestro más castigado por las reses, pues tuvo nueve cogidas graves, y otras muchas de menor importancia, sin que estos percances disminuyeran su valor. Su médico, el Dr. Alcaide, decía no había conocido un

(1) *Diccionario Taurómico*.

hombre de naturaleza más resistente ni de más fibra para resistir las dolorosas curas que hubo de practicarle.

Ellos han inaugurado casi todas las plazas de España y tomaron parte gratuitamente en cuantas corridas benéficas se celebraban, pues ni el uno ni el otro se escusaron jamás cuando con tal objeto fueron requeridos.

Lagartijo dió la alternativa á *Jaqueta*, *Hermosilla*, *Cara-Ancha*, Gerardo Caballero, Angel Pastor, Manuel Molina, *Mazzantini*, Paco Frascuelo, *Guerrita* y *Torerito*; y de manos de *Frascuelo* la recibieron *Cirineo*, *Lagartija*, *Tortero*, *Punteret*, *Lagartijillo* y *Fabrilo*.

De la idolatría que el público sintió por estos dos toreros no puede formarse idea más que habiendo vivido aquellos tiempos.

Nada mejor que el siguiente relato de D. Pascual Millán, lo demuestra y corrobora.

«Lo recuerdo como si fuera ayer. Zorrilla, el colosal poeta, quería oír á Gayarre, el tenor colosal: pero quería que cantase para el sólo, no convirtiendo aquella hermosa voz en una especie de abrevadero público, donde todos pudieran beber, sino haciendo de ella un manantial del genio, que brotase en una reducida estancia, y del cual, hasta la última gota, habría de saborearse con deleite.

»Y, Gayarre, acompañado de sus íntimos, cantó una noche para Zorrilla.

»No es posible formarse idea de tal velada; hay cosas que la imaginación no llega á comprender.

»Pues bien; aquella noche en que Zorrilla leyó á Gaya-

»rre sus mejores versos, y Gayarre cantó á Zorrilla las mas
»hermosas creaciones músicas, uno de los amigos del tenor
»hombre de carrera, ilustradísimo, poeta, escritor con nom-
»bre respetable, decía entusiasmado mientras abrazaba al
»roncalés:

»—Nada, chico, en España no hay más que tres grandes
»hombres: *Lagartijo*, Zorrilla y tú.

»—¿Y qué lugar ocupo entre ellos?—respondió sonrien-
»do el cantante.

»—Pues coloca á Rafael el primero, y ponte después en
»el que te dé la gana.»

Aquéello era la expresión de un sentimiento. Aquel *lagartijista* furibundo tenía á Rafael por la primera figura de España, y muchos también.

El insigne escritor, gloria de las letras españolas, que durante muchos años fué encanto de la afición con sus revistas taurinas, que firmaba con el seudónimo SOBAQUILLO, nombró á *Lagartijo* «Gran Califa de Córdoba», y *El Califa* se le llamó mientras tuvo vida, y *El Califa* se le sigue llamando después de muerto.

En cierta ocasión toreaba *Lagartijo* en Madrid, y el rey Don Alfonso XII, que con la reina y las infantas presenciaba la corrida, quiso saludar al espada y le llamó á su palco:

Subía Rafael la escalera todo preocupado, pensando cómo debería saludar y hablar al rey, y, éste, comprendiendo la turbación del torero, se levantó de su asiento al verle entrar y se adelantó á él alargándole la mano.

Lagartijo al ver ésto, se repuso inmediatamente, y estrechando la mano de Don Alfonso, le dijo:

«—Y la señora y las chicas ¿qué tal?»

«—Buenas, gracias—contestó el rey sonriendo—, aquí están.»

Y le señaló á la reina y á las infantas.

Dice un competente escritor que *Lagartijo*, poseía las típicas cualidades del Tenorio, que en otros tiempos eran peculiares del lidiador, y que por eso el instinto popular veía en él algo que se apartaba de lo común, que lo engrandecía, que lo deificaba. Que, como el héroe popular, era valiente, desprendido, enamorado, rumboso, decidor, derrochaba lo ganado, y no comprendía que teniendo él un duro hubiese quién no comiera aquel día.

Yo creo que *tenía angel*, como vulgarmente se dice, y, por consecuencia, el «don» de hacerse querer. Por eso pudo asegurarse, cuando falleció el 1.º de Agosto de 1900, que moría sin dejar un sólo enemigo. Quien una vez le hablaba quedaba prendado de su infantil sencillez y de la afabilidad de su trato.

Donde quiera que él estaba era siempre el rey de la fiesta, y para él eran las ovaciones y los aplausos. El fanatismo que inspiraba se demostró plenamente el año 1893, en que hasta la Iglesia varió la hora en que había de verificarse la procesión del Corpus, que tuvo lugar por la mañana, para que no entorpeciera la asistencia á la corrida de toros en que había de matar *Lagartijo*.

¿Que en aquella memorable corrida en que se despidió

del público de Madrid, estuvo éste verdaderamente cruel, despiadado y soez con su ídolo? Ciertó: Rafael fué aquella tarde el *angel caído*, y si el público se olvidó por un momento del cariño y adoración que siempre le inspirara, creo yo que tuvo por causa la ira, el dolor, la pena de perder lo que hasta entonces fué alma y vida de la fiesta nacional, y esa ira, esa pena, ese dolor, enloqueció á la muchedumbre y perturbó los cerebros.

Pocos años después, en una corrida á beneficio de la Asociación de Funcionarios Civiles, *Lagartijo*, en traje de paisano, puso un inmenso par de banderillas, al sesgo, siempre elegante, ágil, fuerte, insuperable de gracia y arte, y los frenéticos aplausos del público, fueron como una súplica para que el gran torero perdonara los anteriores agravios. Y de que Rafael los había perdonado de todo corazón, fueron noble y elocuente testimonio las lágrimas que inundaron sus ojos.

Retirado del redondel, se dedicó á cuidar de sus haciendas en Córdoba y á ser la providencia de los pobres trabajadores de sus campos. A las ocho de la mañana tomaba invariablemente café en «La Perla»; después se iba al campo con sus famosos *piconeros* (1), y al caer de la tarde

(1) En uno de sus viajes á Madrid se trajo *Lagartijo* consigo al piconero *Manano*. En cuanto supo la llegada del maestro fué á visitarle Mazzantini, que había de alternar con él en la corrida.

«—¿Qué hay don Luis?»—preguntó *Lagartijo*.

«—Maestro, mucho lodo por esas calles de Dios. No se puede dar un paso.»

volvía montando su caballo cordobés, pero haciendo antes una paradita en la «Venta de San Rafael» para tomar su caña de Montilla.

Allí tenía corro de amigos, y pasaba un buen rato de sabrosa plática, llevando el interés y la gracia á todas las conversaciones. Un día en que le recordaban sus buenos tiempos de torero, censurándole no se cuidara como entonces del vestir, decía:

«—¿Os acordáis de aquella capa que yo llevaba que me costó cinco mil reales? Pus ahora me han hecho en casa una que ma costáo treinta duros, con los mismos *padrones* que aquella, que yo los guardo.»

Solía decir que él no se ponía nunca la capa porque le

Manano se quedó estupefacto oyendo hablar á Mazzantini, y se le quedó grabado en la memoria lo del *lodo* que no dejaba dar un paso.

Cuando se quedaron solos, *Lagartijo* le mandó que fñera á comprar tabaco, y *Manano* repuso con ademán suplicante:

«—¡Rafaé, si me quiés una mijita, no me mandes salí con ese pregonáo *loó* que hay por esto Madrile!»

«—No seas pamplinoso, *Manano*. Ve y güerve pronto.»

«—Po que es pa ti lo jago, que si fuea pa otro... ¡como no saliera su pare!...»

Tornó pronto con el tabaco muy satisfecho, y como el que hace un gran descubrimiento, exclamó riéndose:

«—¡Pus no son mu fino esto torero de ahora! ¡Cudiáo con yamá al barro *loó* como si fuera una alimaña!»

«A Escamilla Rodríguez».—*Sol y Sombra*.

estaba mal, y cuando se embozaba parecía que llevaba una guitarra á empeñar.

Otra vez le preguntó uno de la reunión que cómo llevaba las mangas de la americana tan cortas, y contestó:

«— Vete á sabé. ¡Que la habrán cortáo verde!»

Un aficionado con pretensiones de lidiador, solicitaba sus consejos, y *Lagartijo* le respondió:

«— Sí, hombre; si el torear es cosa mu fácil: ¿Viene el toro?, s'aparta usté; ¿que no s'aparta usté?, le aparta el toro.»

En su época de apogeo recibió envidiables proposiciones de un empresario para torear en América, y *Lagartijo*, que tenía mucho miedo al mar le interrumpió:

«— Miusté, no ze canze. ¿A qué voy yo á América zi á mi no me gustan los loros?»

Se le ocurrió hacerse ganadero, poniendo gran cuidado en todo cuanto es preciso para criar buenas reses de lidia, gastándose mucho dinero, y en una corrida en Madrid el 5 de junio de 1892, en la que tomaron parte como matadores, *Lagartijo*, *Espartero* y *Lagartijillo*, se estrenó la flamante ganadería.

Resultó el ganado manso del todo. Indignado Rafael, en cuanto se dió la señal para quemar al sexto, cogió los palos y el mismo se encargó de ejecutarlo, clavando tres pares magistrales en los tercios del 9 y 10, y el público, como un sólo hombre, hizo una ovación al incomparable maestro.

Cuando comenzó á agravarse en su enfermedad, entró una mañana el médlco D. José Rodríguez, que le asistía, en

el cuarto del enfermo, y, éste, mirando al doctor con los ojos muy abiertos, le dijo:

«—¡Don José, *me paece* á mi que este bicho está *mu quedáo!*»

La noticia de su fallecimiento produjo verdadera consternación en Córdoba, y terrible impresión en toda España.

Un cronista escribió:

«No ha muerto un gran lidiador; ha muerto el último torero; ha desaparecido la encarnación de una leyenda; se ha borrado el único ídolo que hoy adoraba nuestro pueblo.»

«*Lagartijo* ha muerto con la mirada puesta en la imagen de la Virgen de los Dolores, á la que siempre se encomendaba en su vida de torero, y ha muerto con una ejemplaridad y una resignación dignas de un justo.»

Fué su entierro una imponente manifestación de cariño y de pena, presidiendo sus sobrinos y las autoridades de Córdoba, figurando en él numerosas representaciones de todas las clases sociales, y centenares de magníficas coronas de toreros, amigos, casinos, corporaciones y hasta ilustres personajes y hombres políticos.

Algunos amigos y admiradores iniciaron una suscripción para erigir un monumento que perpetuase el recuerdo del famoso maestro, y visitaron con tal objeto al ilustre hombre público D. Francisco Romero Robledo que les dijo: «Mi nombre, mi apoyo, mi cuota, con todo cuentan ustedes para honrar y perpetuar la memoria de *Lagartijo*, aquel torero sin par y aquel excelente amigo.»

Y que estas palabras eran fiel reflejo de sus sentimientos lo tenía bien demostrado con anterioridad; pues en cierta ocasión, siendo Romero Robledo ministro de Gracia y Justicia, llegó á Antequera, en cuya estación le esperaban todas las autoridades de la provincia y el señor obispo de la diócesis. Entre los concurrentes se hallaba también *Lagartijo*, y para él, casi exclusivamente, fueron todas las atenciones del ministro, lo cual molestó extraordinariamente al señor obispo.

No faltó quien se lo hiciera saber á Romero Robledo, el cual replicó: «Pues no sé por qué puede extrañarse de mi conducta, porque obispos hago yo cuantos me da la gana, mientras que *Lagartijo* no hay más que uno en el mundo.»

Un capricho de la fortuna: *Lagartijo*, que desde hacía mucho tiempo venía jugando el número 19 en todos los sorteos de la Lotería Nacional, obtuvo el premio de 300 pesetas en el décimo que tenía en su poder al ocurrir el fallecimiento.

El famoso diestro *Gordito* fué á Córdoba para asistir al entierro, y al verle de cuerpo presente, balbuceó sollozando: «¡Pobre Rafael! ¡Me has enseñado el camino! ¡No ha nacido en la mitad de este siglo un torero como tú!»

Frascuelo era más fastuoso en sus costumbres, y le gustaba relacionarse con personas de la aristocracia y de posición. Aquel lujo y gallardía torera que cuando era niño viera en *el Tato*, despertando en su imaginación el ansia de poseer y gozar tales riquezas, lo realizó por completo; y también vistió la chaquetilla de terciopelo de varios colo-

res, la faja de seda escocesa sobre el chaleco escotado, que dejaba ver la abullonada camisa con tres grandes solitarios, gruesa cadena de oro, sombrero calañés y las manos cuajadas de sortijas (1).

Así se le podía ver frecuentemente por la calle de Alcalá, bien á pie, ó bien montado en soberbia jaca de pura raza andaluza, pues era gran caballista. Estas aficiones le llevaron á alistarse en el escuadrón de milicianos que mandó el Duque de Sexto, en el año anterior á la Restauración, y que se llamó el *escuadrón del aguardiente*, figurando en él como batidor.

De carácter franco, afable y cortés con todo el mundo, se hacía extraordinariamente simpático, siendo sumamente bondadoso y hallándose siempre pronto á socorrer al necesitado.

Siendo aún niño, y cuando tenía que ayudar con su pequeño jornal de papalista á su madre, viuda, que sólo contaba con una portería de la calle del Carbón, se encontró Salvador en la calle un perro vagabundo que le siguió hasta su casa.

Compadecido del animal, recogióle muy satisfecho y fué á contar el caso á su madre, á quien disgustó sobremanera la presencia de tal huésped:

«—¿Dónde quieres que tengamos al perro?—le dijo—: ¿te parece que somos pocos para que traigas una boca más?... ¡quita, quita, suéltalo y que se largue!»

(1) En la plaza sacaba *la moda* con los colores de sus trajes.

«—¡Déjelo madre!—exclamó Salvador—, y lo que yo había de comer se lo doy al perro.»

En otra ocasión en que fué con su madre á la iglesia de Atocha, enseñóle aquélla la imagen de un hermoso Cristo, eiciéndole:

«—Mira, ese es tu santo, el Salvador.»

«—¿Y por qué está aquí?—respondió el muchacho—; vamos á llevárnoslo á casa.»

Cuando ya estaba en la cumbre de su fortuna, bajaba una mañana embozado en su bordada capa de paño azul, por la calle de la Salud, cuando se enteró de que en la del Carmen había fuego. Dirigióse á la casa, y al oír que en uno de los pisos más altos había una mujer recién parida, en grave riesgo de morir abrasada, lanzóse Salvador escalera arriba con su peculiar arrojo, y, en lucha con el humo que le cegaba, entró en la habitación y sacó en brazos á la mujer y á la criatura. Cuando ya estuvieron en salvo, se encontró conque la capa no parecía. Se la habían robado: quizá algún entusiasta quiso tener ese recuerdo del noble torero.

En una de las corridas en que sufrió una herida de consideración, una vez en la enfermería, y mientras el médico le hacía la primera cura, bastante dolorosa por cierto, entró un amigo y le dijo:

—«¿Qué es eso Salvador?»

Frascuero, con mucha serenidad le contestó:

—«¡Qué ha de ser! ¡Na! Lo que dan los toros. Una corná».

Además de las dos casas que poseía en Madrid, y de la hacienda de Torreledones, adquirió unas viñas en término de Chinchón, y en tiempo de vendimia acostumbraba á presenciar todas las operaciones inherentes á la misma. Estando un día en el lagar, viendo pisar la uva, observó que á la hora de comer, un pisador, hombre ya viejo, cogía un racimo de uva y se lo comía con un trozo de pan.

- ¿Eso es lo que tú almuerzas?—le preguntó *Frascueto*.

—Cuando no hay otra cosa...—respondió el pisador.

Frascueto le dió unas cuantas monedas, y desde aquel día le señaló una pensión de una peseta diaria, que cobró hasta su fallecimiento.

Salvador no era orgulloso, como algunos han supuesto, sino que tenía conciencia de lo que valía y era de una franqueza y espontaneidad adorables, no sólo para juzgarse á sí mismo, en muchos casos hasta con severidad, sino para juzgar á los demás.

Fué á despedir cierta vez en la estación del Mediodía al gran tenor Julián Gayarre, su fraternal amigo, que marchaba á Lisboa para cantar en el teatro Real de San Carlos, y poco antes de partir le dijo Salvador:—«Hasta la vista, amigo Julián, y no deseo más sino que llegue usted con salud, porque á usted le sucede lo mismo que á mí, que en llegando *al terreno*, de lo demás no hay que hablar».

Así era, efectivamente, y bien lo demostró el año 1877 en San Sebastián, á donde llegó en virtud del compromiso adquirido para torear juntamente con *Lagartijo* y Angel Pastor. Estaba *Frascueto* convaleciente de una cornada que

recibiera en Valencia en el mes de julio, y contra el parecer de los médicos, y por requerimientos de la empresa, Gayarre y el aficionado D. Vicente Andrés, le pidieron que saliera á torear, a unque no matase ningún toro, y aceptó *Fras-cuelo* de buen grado; pero ya en la plaza, un *chusco* mal educado se permitió decirle que si iba allí á hacer el *fantoché*, y ésto irritóle de tal manera, que contra los consejos y ruegos de sus compañeros *Lagartijo* y Angel Pastor, al llegar su turno salió á matar, dándole al toro muy pocos pases y tumbándole de una soberbia estocada, pero como no tenía fuerza en la pierna herida, fué cogido, resultando con la fractura de una costilla. Aunque trabajosamente, se levantó y remató al toro con la puntilla.

Otra mu estra de su pundonor y gallardía la dió en Valencia, cuando con el *Gordito* fué á torear en las tres corridas de la feria el año 1876. En la primera corrida fué herido el *Gordito*, y cuando los representantes de la plaza le preguntaron qué espada quería que se contratase para las dos corridas siguientes, respondió Salvador: «Si el público de Valencia está conforme en que mate yo solo, no necesito á nadie». Y así lo hizo, matándose 24 toros en tres días, de un modo brillante, por lo que fué frenéticamente ovacionado.

Este era *Salvador*, y es natural que hombre de corazón tan sano, tan extremadamente bravo, tan pródigo de su sangre y de su vida, siempre pronto á satisfacer las exigencias del público, encarnase en el espíritu popular y fuera considerado como el prototipo de la dignidad y de la vergüenza toreras.

El ideal de *Frascuelo* en su larga y accidentada existencia fué siempre uno, y á él lo sacrificó todo: llegar con la mano al pelo del morrillo; y llegó muchísimas veces, hasta con la carne agujereada y los huesos rotos.

«Aquel arte supremo, maravilloso, único, de *Lagartijo*, arte de soberana inspiración que sólo se da en el genio tocado por la gracia divina, y aquel incomparable acopio de valor y vergüenza, que era la característica de Salvador, proporcionaron á la fiesta nacional días de glorioso recuerdo, los de mayores y más legítimos entusiasmos, los que dejan en la historia honda é imborrable huella. Por eso estas dos grandes figuras de la tauromaquia, subsistirán al volar del tiempo, y jamás lograrán hundirlas en el olvido la implacable pesadumbre de los años» (1).

«Aquéllos eran dos *mónstruos*, y aun así y todo, ¡cuántas veces les censurábamos con dureza, por lo que hoy se tomaría como asombro del toreo! Verdad es que podía exigírseles mucho, y hoy sería procurar la muerte de algunos *diestros*, por mal nombre, exigirles algo de arte (2).

Cuando Manuel Domínguez vió trabajar juntos á Rafael y Salvador, en Sevilla, el año 1875, dijo ante varios aficionados: «Los dos son hombres de vergüenza, y de dos modos mata ésta los toros: unas veces llega *el pesqui* hasta el morrillo, y otras el corazón; en *Lagartijo* sucede lo primero, en *Frascuelo*, lo segundo.

El 12 de mayo de 1890 se despidió *Frascuelo* de las li-

(1) Don Modesto. *Desde la barrera*.

(2) *Sentimientos*. Eduardo del Palacio.

des taurinas, en una corrida que organizó en Madrid, de seis toros de Veragua, en la que dió la alternativa á Antonio Moreno, *Lagartijillo*, y en la que *Guerrita*, queriendo dar una prueba de amistad y admiración á Salvador, le acompañó banderilleando los tres toros que á éste le correspondió matar. Cuando *Frascuelo* dió muerte al quinto de la corrida, último que estoqueara, se dirigió á *Guerrita*, y le regaló el estoque y la muleta.

Salvador toreó y mató con un entusiasmo y un valor, que no parecía que terminaba sino que era el comienzo de su vida torera.

En esta corrida el picador de toros *Badila* puso un par de banderillas á caballo, con gran precisión y limpieza (1).

Durante ocho años vivió *Frascuelo* retirado en su finca de Torreldones, dedicado á la caza y al cuidado de sus ha-

(1) José Bayard, *Badila*, ha sido el primero en España que ha puesto banderillas á caballo, sin preparación de ninguna clase. Nació en Tortosa, y á los doce años de edad debutó como picador en Santander, agregado á la cuadrilla de Gonzalo Mora.

En 1.º de junio de 1879 tomó la alternativa en Madrid, figurando en la cuadrilla de *Frascuelo*, que fué su protector, librándole mediante redención á metálico del servicio militar. Guapo, animoso, valiente, voluntario como pocos y caballista de primer orden, ha sido uno de los picadores más queridos del público, y el más gallardo y que ha vestido con más lujo y propiedad. Muy aficionado á la música y á la declamación, cantaba con buen gusto y estilo, habiendo hecho varios viajes á París, en donde hizo terribles destrozos en los corazones de las francesas.

ciendas; y el año 1898 concurrió á una tienda de la ganadería de D. Esteban Hernández, donde á pesar de su edad bregó como en sus mejores tiempos; pero cogió un enfriamiento que á los pocos días degeneró en pulmonía, falleciendo en Madrid el día 8 de marzo del citado año, en la calle del Arenal, 22, casa de su hijo político el Doctor Porras.

Su entierro fué una gran manifestación de duelo, viniendo desde Córdoba para presidirlo, su compañero *Lagartijo*, recibiendo sepultura en el cementerio de San Isidro, donde tenía su panteón.

Francisco Arjona Reyes, Currito

Compañero de *Lagartijo* y *Frascuero* fué Francisco Arjona Reyes *Currito*, hijo del célebre *Curro Cúchares*, que nació en Madrid el 19 de agosto de 1845.

Tuvo *Cúchares* gran afán de que su hijo mayor, Felipe, estudiase una carrera, para que «hubiese un hombre de letras en la familia», y al efecto le hizo ingresar en un buen colegio que, cerca de Madrid, existía por entonces en Carabanchel. El muchacho, con natural despejo y aplicación sobresalía entre sus compañeros, poseyendo una desenvuelta elegancia y trato social muy superior á sus años. Desgraciadamente una rápida enfermedad puso fin á su vida en plena juventud y antes de terminar su carrera.

Imaginó entonces *Cúchares* que su otro hijo Francisco, al que desde pequeño llamaron *Currito*, podía sustituir á Felipe, dedicándose al estudio, pero *Currito*, en vez de se-

guir las huellas de su hermano, se empeñó en seguir las de su padre, y convencido éste de que no había modo de torcer la vocación del chico, le autorizó á que practicase en el Matadero de Sevilla y en las capeas de los pueblos, dándole á su vez cuantas lecciones y consejos imaginaba convenientes, hasta que por fin le incorporó á su cuadrilla, donde le tuvo tres años, dándole la alternativa en la plaza de Madrid en 19 de mayo de 1867, con toros del marqués de Hontiveros.

Pocos toreros han contado con más condiciones y medios para lograr un puesto elevado en la tauromaquia, habiendo principiado á torear con gran entusiasmo y no menos arte, habilidad y destreza; pero fué perdiendo poco á poco aquellos arrestos, dejándose dominar por la negligencia y la apatía.

Manejaba la muleta castigando mucho con ella á los toros, siendo por lo general su toreo serio y reposado, con ese estilo seco y bravo de Montes y Domínguez, completamente distinto al que tenía su padre.

Intelligentísimo como pocos, cuando sacudía su gran pereza, mataba y toreaba muy bien, siendo sus pases limpios y completos y las estocadas por derecho. *Queriendo*, pocos se le ponían por delante, pero le faltaba la sangre ardiente de su padre, y *quería* pocas veces. Con los toros marrajos y de sentido despertaba de su indolencia, gozando en dominarlos y abatirlos, por lo mismo que eran más difíciles de lidiar.

En la tarde del 17 de agosto de 1879, toreó con Manuel

Hermosilla ganado de Palha en la plaza de Ciudad Real. En el primer toro fué herido Hermosilla, y lesionados más ó menos gravemente en el curso de la corrida, dos banderilleros y tres picadores. *Currito* mató el sólo los seis toros admirablemente, estando incansable en la brega y en los quites, siendo aplaudido frenéticamente. Cuando por la noche fueron á la fonda para felicitarle muchos aficionados y amigos, les dijo: «Seis toros he matado de Palha, pero prometo no volver á torear otros»; y así sucedió.

Alternando con *Lagartijo* y *Frascuelo* en Valencia, durante las famosas corridas de la feria, mató el segundo toro que le correspondía, sin que en el resto de la lidia interviniera para nada. Cuando ya estaba en el redondel el cuarto toro le dijo *Frascuelo*:

«— Pero, hombre, haz algún quite, que Rafael y yo estamos ya *reventádos*.»

«— Oye, Salvador—le respondió *Currito*—, ¿has leído tú el cartel?»

«— Yo no, ¿por qué?»

«— Pues el cartel dice: Matadores: *Lagartijo*, *Currito* y *Frascuelo*; á mi me han contratado como matador y no para hacer quites.»

Ocurrente y bromista, aunque bondadoso, formal y serio en sus relaciones sociales, y buen amigo de sus amigos, era el ídolo del barrio de San Bernardo, de Sevilla, donde vivía. Allí fueron á buscarle los propietarios y empresarios de una nueva plaza que había de inaugurarse con motivo de las ferias y fiestas de no sé qué pueblo, solicitando su

valioso concurso como primer espada, para las dos corridas que habían de verificarse. En aquella época no había tore-ro que contara con más simpatías que *Currito*.

Después de encender un magnífico tabaco conque le obsequió uno de los solicitantes, dijo *Currito* lanzando al aire una bocanada de humo:

«—Bueno, para una de esas dos corridas pueden ustedes contar conmigo desde este momento.»

«—¿Tiene usted comprometida la otra fecha?»—objetó el otro propietario de la nueva plaza.

«—No, señor; pero me han sido ustedes simpáticos y no quiero perjudicar sus intereses.»

«—Todo lo contrario; como los perjudica usted es no viniendo á torear las dos tardes, porque tendremos que buscar otro espada y darle una cantidad crecida por los gastos de viaje de la cuadrilla; mientras que usted, por tener ya la gente en la población y ser dos las corridas que le damos, está en otras condiciones.»

«—¿Ven ustedes?, ¡todo es según del color del cristal conque se miran las cosas!, como dice Campoamor.»

«—¿No lo ve usted lo mismo?»

«—No, señor; ese dinero que tienen ustedes que dar de más al otro espada que contraten para la segunda corrida, se lo encontrarán con creces en taquilla.»

«—No comprendo.»

«—Pues está muy claro; ¡no ven ustedes que el público que me vea la primera tarde, no puede de ninguna manera asistir á la segunda!»

Yo no sé si ésto lo diría *Currito* como una broma, ó porque así lo creyera, pero en este caso no era justo con el público, que asistía siempre con gusto á verle torear, con la esperanza de si *querria* hacer algo.

En ese tiempo de su mayor popularidad, celebróse en una capital de Andalucía una corrida á la que asistió lo más notable de la afición sevillana.

Al banderillear el primer toro, uno de los muchachos tuvo *el santo de espaldas*, clavando los rehiletes en todas partes menos en su sitio, y el público le dió *lo suyo*, pero con creces.

Llegado el momento de matar, *Currito* largó el brindis y se dirigió en busca de su adversario que estaba para dar un disgusto. Continuaba la pita al banderillero, siendo imponente cuando el desventurado tomó el capote de la barrera para acudir junto al maestro. No bien se apercibió el espada, cuando volviéndose rápidamente le preguntó:

«—¿A dónde vas, muchacho?»

«—A ayudar á usted.»

«—¡Anda y siéntate en el estribo, que se van á juntar tus pitos con los míos y no nos vamos á entender!

El banderillero obedeció las órdenes de su maestro, y la corrida terminó sin el menor disgusto.

Padecía una afección al hígado, lo que aumentaba su indolencia, no preocupándose para nada en buscar contratas, y como durante mucho tiempo era cartel obligado para las corridas de toros en todas las poblaciones de alguna importancia, la combinación de *Lagartijo*, *Currito* y *Frasque-*

lo, decía con su peculiar gracia: «Rafael y Salvador son la pareja de la Guardia civil que me llevan á donde les da la gana».

A tal punto llegaba su apatía, que algunas veces se olvidaba hasta de cobrar las corridas que había toreado; y esta falta de entusiasmo, y contar con más de lo suficiente para vivir, le determinó á retirarse del toreo, sin despedida alguna aparatosa, viviendo feliz durante bastantes años con su esposa, hija del matador *La Santera*, á la que siempre profesó gran cariño, muy merecido ciertamente.

Desde que ésta era niña, había sido su sino vivir con el alma en un hilo por culpa de los toros. Primero, con su padre y luego con su marido, podía contar por centenares las tardes de angustia y zozobra, pasadas en aquella salita, exuberante de sol, blanca, alegre, adornada con búcaros repletos de rosas, de claveles ó de nardos, y que se trocaba en estancia triste y sombría cuando veía marchar á su *Curro*, tan guapo y arrogante, con su traje de seda y oro, doblado en el brazo el rico y bordado capote de paseo. Y le decía «adiós» con los ojos y con las puntas de los dedos le enviaba el último beso, mientras se alejaba en la jardinera que se lo llevaba camino de la plaza, escuchando anhelante el cascabeleo de las briosas jacas que repercutía en su cerebro como si fuera el doblar de campanas de muerte y agonía.

Después, encendía las velas, siempre nuevas y rizadas, que en candelabros de plata se alzaban á los costados de la imagen de su adorada Virgen de la Macarena, y caía de

hinojos ante la misma, rezando y sollozando, hasta que vibraba de nuevo en sus oídos el argentino tintinear de los cascabeles, como toque de gloria, que al herir los aires hacía latir atropelladamente su corazón, inundado por oleadas de sangre, y devolvía á su alma la paz y la tranquilidad... ¡hasta la próxima corrida!

En esa casa del barrio de San Bernardo, de Sevilla, querido y respetado por sus excelentes cualidades, falleció el 15 de Marzo de 1907.

Dió la alternativa, entre otras, á Fernando Gómez, *Galilito*, y tomó parte en 612 corridas, matando 1.411 toros, no habiendo tenido ninguna cogida de importancia.

A caballo, en la faena de campo, acosando y derribando reses, era una verdadera notabilidad.

José Sánchez del Campo, Cara-Ancha

Figura de mucho relieve por esta época, y de gratisimo recuerdo, fué José Sánchez del Campo, *Cara-Ancha*, que nació en Algeciras el 8 de mayo de 1848, siendo, por consiguiente, pocos años más joven que *Lagartijo* y *Fras-cuelo*.

Sus padres quisieron estudiara lo necesario para ingresar en la carrera de las armas, no disgustándole al muchacho ser militar, pero no estaba de Dios que vistiera el uniforme, pues murió su padre cuando José tenía poco más de doce años, dejando á su madre con tres hijos y sin recursos, por lo que hubieron de trasladarse á Sevilla, acordando suspender los estudios del chico y dedicarle á un oficio

decente, á fin de que ayudase á mantener las necesidades de la casa.

Dedicóse á pintor y dorador, adelantando mucho en poco tiempo; pero los días festivos se marchaba á Tablada, en donde veía á otros jóvenes como él capear reses, y entró en ganas de hacer otro tanto, viendo en el toreo el único medio de resolver su apurada situación.

En cuantos momentos tenía disponibles, acudía al matadero y á las capeas de los pueblos, y tuvo su bautismo de sangre en la plaza de Sanlúcar de Barrameda, el año 1865, donde un toro le dió una cornada tal, que en poco estuvo no terminara allí la carrera del novel torero.

No le arredró el percance, é ingresó, primero, en la cuadrilla de *Chicorro*, pasando poco después á la del *Gordito*, en la que permaneció algunos años, y de quien aprendió mucho, especialmente con las banderillas, suerte que practicó magistralmente, con elegancia, precisión y pasmosa naturalidad. Luego se separó de *Gordito* ingresando en la cuadrilla de *Bocanegra*.

Tomó la alternativa de matador, en la plaza de Sevilla, el 27 de septiembre de 1874, á los veinte años de edad, toreando con Manuel Domínguez y con *Bocanegra* y recibiendo dos grandes ovaciones en la muerte de sus toros. Confirmó dicha alternativa en Madrid, en la trágica corrida de Beneficencia del 23 de mayo de 1875, en la que fué cogido y muerto el banderillero valenciano Canet, *Yusio*, que pertenecía á la cuadrilla de *Cara-Ancha*, dándole el quinto toro de la ganadería de Miura una cornada en el cuello á

tiempo de poner las banderillas. El primer bicho de Vera-gua fué el que mató *Cara-Ancha*, recibiendo estoque y muleta de manos de *Lagartijo*, haciendo una lucida faena con esta última, y sólo regular con el estoque.

Su período de auge comenzó el año 1881, en que se arrojó á practicar la suerte de *recibir*, haciendo tan brillante temporada en Madrid, que le valió ser contratado para la siguiente.

De arrogante presencia, guapo, fino, con elegancia y gracia torera, se hacia aplaudir por su estilo y clasicismo, sobre todo en la época que mataba *recibiendo*, aunque más propiamente deba decirse *aguantando*, que era la suerte que practicaba y en la que más lució, pues la de *recibir* con todas las reglas, la consumó pocas veces.

Con las banderillas se distinguió más *quebrando* que *cuarteando*, y mucho más de esta última manera que *sesgando*; y con el capote no ha habido muchos que hicieran lo que él en verónicas y navarras.

Durante el año 1873 trabajó una larga temporada en Lisboa, donde entusiasmaron sus lances de capa, banderillas en silla y al quiebro; colmándole de aplausos y regalos, dedicándole la prensa grandes elogios y viéndose su retrato con profusión en todas partes. Diéronle allí el sobrenombre de *el Pollo*, con el que es conocido en Portugal más que con el de *Cara-Ancha*.

En la inauguración de la temporada de 1882 en la plaza de Madrid, alternando con *Lagartijo* y Fernando Gómez, *Gallito*, recibió de un toro de Bañuelos una tremenda cor-

nada, estando gravísimo y sin poder torear en muchos meses.

Su nombre empezó á decaer cuando Mazzantini y *Guerrita* comenzaron á brillar como estrellas de primera magnitud, y como además se encontraba con menos facultades por haber engruesado mucho, resolvió retirarse, lo que llevó á cabo el año 1895, después de cuatro corridas de despedida en Barcelona, Zaragoza, Sevilla y Madrid, no pudiendo verificarse esta última por no acudir *Guerrita* el día señalado al efecto.

Por los años de 1879 á 1880 se indispuso con *Lagartijo*, durando la enemistad bastante tiempo, por diferencias surgidas más bien entre el público de Sevilla y el *califa cordobés*, que se manifestaron particularmente en la corrida que se dió el 22 de mayo de 1879 en la plaza de la capital andaluza, actuando de matadores *Lagartijo* y *Cara-Ancha*. Quisieron los sevillanos dar á esta fiesta el carácter de *competencia*, pero no resultó lo que se prometían, porque *Lagartijo*, tanto toreando como matando, quedó de manera admirable, mientras que *Cara-Ancha* estuvo bastante desgraciado.

La situación entre ambos diestros se hizo cada vez más tirante, hasta que amigos de ambos intervinieron y lograron que tuvieran una correcta amistad.

Sólo dió la alternativa á su paisano Joaquín Navarro *Quinito*, el 21 de septiembre de 1892 en Ecija.

Angel Pastor

Digno es también Angel Pastor de que se consigne su nombre al lado de los de estos inolvidables lidiadores, por ser un diestro *torero* y fino como pocos, dentro y fuera de la plaza.

Tenían sus padres una fonda en Ocaña, y allí nació Angel el 15 de junio de 1850. Al inaugurarse el ferrocarril de Madrid á Aranjuez en el año 1853, trasladaron su residencia é industria al Real Sitio, montando la fonda que aún subsiste con su nombre.

Cuando tenía doce años lo enviaron sus padres á Madrid, entrando de aprendiz en el establecimiento de litografía que en la plaza del Carmen tenía D. Pedro Montero, en el que se tiraban los carteles para las corridas de toros, y quizá esta circunstancia hizo desear á Angel Pastor el figurar en aquellos carteles algún día.

El caso es que después de haber tomado parte en corridas de aficionados y en novilladas, solicitó el apoyo y lecciones de Cayetano Sanz, ingresando en su cuadrilla como banderillero, y apareciendo como tal en la plaza de Madrid, por vez primera el 31 de marzo de 1872. Estuvo al lado de Cayetano Sanz hasta que éste se retiró del toreo, matando algunas veces los toros que quería cederle su maestro.

En 1874 le dió un puesto en su cuadrilla Salvador Sánchez, *Frascuero*, y en ella siguió durante muchos años en unión de Pablo Herráiz y Esteban Argüelles, *Armilla*, banderilleros ambos á cual mejor.

Queriendo tomar la alternativa, hizo un viaje á Córdoba para solicitar de *Lagartijo* que se la concediera, á lo que éste accedió gustoso, recibéndola de sus manos en la plaza de Madrid, el 22 de octubre de 1876, en cuya corrida tomó también parte *Frascuelo*, lidiándose toros del marqués del Saltillo.

El 15 de abril de 1877 sufrió *Frascuelo* una terrible cogida que le imposibilitó para torear en mucho tiempo, y designó á Angel Pastor para sustituirle en todas las contratas que tenía para la temporada.

Figuró en el cartel de Madrid en los años de 1880 á 1882; y en 1886 como primer espada, comenzando á eclipsarse su nombre y amenguar sus contratas, cuando absorbieron el favor del público con sus grandes éxitos, Mazzantini y el *Espartero*, y más tarde *Guerrita*.

Tomó parte en último lugar, en las corridas reales celebradas con motivo del matrimonio de D. Alfonso XII con doña Mercedes; así como también en el Gran Festival organizado en París á beneficio de los perjudicados por las inundaciones de Murcia y volvió á París cuando durante la Exposición Universal se construyó una plaza de toros en aquella capital, alcanzando gran popularidad, siendo el torero que allí tuvo más éxito, y uniendo á las simpatías de los franceses, *buenafortuna* con las francesas.

Un embolado de la ganadería del Conde de la Patilla, le cogió en París al poner banderillas en silla, recibiendo un fuerte golpe en el costado derecho, y dislocándose además un pie. Desde aquel día no volvió á torear, retirándose

á Aranjuez á vivir en el seno de su familia, siendo allí muy querido por su bondad, cortesía y buen comportamiento. En dicha población desempeñó varias veces el cargo de Alcalde.

Fué un torero fino, elegante y tranquilo con el capote, y empleó la muleta con acierto clásico, como aventajado discípulo del gran Cayetano, logrando en estas suertes muchas y ruidosas ovaciones. Como matador se mostró generalmente irresoluto, y aunque no puede negarse que mató bien algunos toros, no aprovechó las lecciones del inolvidable *Frascuelo*, á pesar de estar tantos años á su lado, como aprovechara las de Cayetano Sanz.

Tuvo varias cogidas, y la más grave en la primera corrida de abono verificada en Madrid el 10 de abril de 1882, en la que toreó en sustitución de *Cara-Ancha* herido el día antes. El quinto toro, denominado *Capirote*, jabonero, de Concha Sierra, le infirió una profunda cornada en un costado, que le puso á las puertas de la muerte, evidenciándose con tan triste motivo las grandes simpatías con que contaba en el público, que acudía incesantemente á su casa para enterarse de su estado. En cuanto estuvo repuesto, se presentó en la plaza de Madrid, para estoquear toros de Vergara, en unión de Machío y Gallo, el 11 de junio del mismo año. Fué recibido con una inmensa ovación que se reprodujo al matar superiormente el toro *Rondeño*.

Como particular, era hombre de finísimo trato y educación esmerada, pulcro en el vestir y gustándole mantener relaciones con gente distinguida. Tenía gran afición á la

música, tocando el piano muy bien, y hablaba el francés á la perfección.

Por su admirable comportamiento cuando tuvo lugar el choque de trenes en Quintanilleja (Burgos), en 23 de septiembre de 1891, se le concedió la cruz de Beneficencia.

En 25 de febrero de 1897, se desbocó el caballo del coche que guiaba, y al volcar le ocasionó la fractura de un brazo, desgracia que le acarreó grandes sufrimientos por espacio de tres años, falleciendo el 7 de abril de 1900.

Su muerte fué muy sentida, y al entierro concurrieron el Ayuntamiento en pleno, autoridades, toda la oficialidad de los regimientos de caballería acantonados en el Real Sitio, y el pueblo de Aranjuez en masa.

Fernando Gómez, el Gallo

Y ahora tenemos que fijar nuestra atención en un *fore-rito* que era un *torerazo*, pues si de cuerpo y estatura no era grande, por su personalidad taurina fué ciertamente colosal.

Fernando Gómez, *Gallo* ó *Gallito*, pues de las dos maneras se le denominó, nació en Sevilla el 18 de agosto de 1849, y á él deben su existencia Rafael y Joselito, esos dos fenómenos del toreo contemporáneo, que, con la sangre, heredaron de su padre su arte, sus alegrías y sus defectos.

Padres de Fernando fueron Antonio Gómez y Francisca García, que trabajaban en la fabricación de objetos de piel,

los cuales pusieron al muchacho en un buen colegio, deseosos de que estudiara y siguiera una carrera.

Pero á Fernando le gustaba más que los libros, asistir á las corridas de toros, novilladas y tentaderos, y si al principio fué de espectador, no tardó en convertirse en actor valiente y entusiasta, sin que los golpes y revolcones amen- guaran en nada su afición.

Hizose también asiduo concurrente al Matadero y dehesa de Tablada, en donde ideó y ejecutó la suerte del quiebro de rodillas, que tantos triunfos había de proporcionarle más adelante.

El famoso Manuel Domínguez fué quien primero le dió á conocer como banderillero, pasando después por las cuadrillas de *Bocanegra* y de *Chicorro*, quien lo presentó en Madrid, en la corrida del 20 de abril de 1873.

Entonces costaba mucho más trabajo que ahora tomar la alternativa, y Fernando no pudo conseguirla hasta el 16 de abril de 1876, en cuyo día se la confirió en Sevilla *Bocanegra*, en una corrida de reses de Saltillo, y no logró que le fuera confirmada en Madrid hasta el 4 de abril de 1880, en que *Currito* le cedió la muerte del primer toro de la tarde, apodado *Coletto*, de la ganadería de D. Vicente Martínez.

Tenía el nuevo matador entonces treinta años, y era un torero como ha habido pocos.

Su compañero Juan Ruíz *Lagartija*, se había doctorado en Madrid el año antes, y hacía valer su antigüedad, y Fernando invocaba la fecha de su alternativa en Sevilla, para

alegar que él era más antiguo. Esto dió ocasión á grandes discusiones entre los aficionados y revisteros, sin llegar á un acuerdo, y al torear juntos en Bilbao los días 2 y 3 de mayo de 1885, solucionaron el conflicto actuando uno de ellos de primer espada cada día.

Banderillero de la cuadrilla del *Gallo* fué el gran torero Rafael Guerra, y no poco de lo mucho que éste sabía lo aprendió de Fernando. Este le dió á conocer en la plaza de Madrid, en la corrida que se verificó el 24 de septiembre de 1882. Tuvieron después serios disgustos entre sí, hasta el punto de no hablarse, pero *Gallito* reconoció siempre el mérito de su discípulo, como éste lo mucho que de tan buen maestro había aprendido.

Al terminar la temporada de 1885 hizo el *Gallo* su primer viaje á América, siendo muy aplaudido en Montevideo. Volvió en 1888 á la Habana y Méjico, en donde fué acogido con delirante entusiasmo.

A su regreso á España actuó en pocas corridas, estando bastante desgraciado, y el 2 de abril de 1893, en la plaza de Madrid, le echaron un toro al corral. Como quiera que el *Gallo* desobedeciendo la orden del presidente, no se retirara al estribo, fué detenido y llevado á la prevención, acto que fué muy censurado, pues la Autoridad debió esperar á que terminase la corrida para ejecutar su acuerdo.

Fué un *superior torero*, del más refinado estilo, elegante y clásico, así manejando la muleta como el capote; y uno de los lidiadores que mejor conocían su arte y que más entusiasmaban al público con sus adornos, gentilezas y ale-

grías. Difícilmente se encontrará quien le haya superado en elegancia é inteligencia, y alternó con *Lagartijo* y *Frascuelo*, en la época de sus mejores triunfos, sin hacer un papel desairado.

Como matador ya no puede decirse lo mismo. Poquísimas veces se tiraba en corto y por derecho, entrando de lejos y cuarteando.

Esto le proporcionó en varias ocasiones grandes y memorables *broncas*; pero todo se le perdonaba al verle dar un quiebro de rodillas, ó pasar de muleta con insuperable sabiduría.

Era en su trato llano y ocurrente, y tenía una extraordinaria gracia para contar chascarrillos y sucedidos, no perdiendo el buen humor ni aun en los días más tristes y angustiosos, que, por graves enfermedades ó apuros económicos, hubo de pasar.

Decía en cierta ocasión: «Una sola cosa *güena* he *jecho* yo en *toa* mi *vía*. Y es el haber *conseguío* tenerme *erecho* con *er Prim* y *er Odone* der toreo». Referíase á *Lagartijo* y *Frascuelo*, á los que comparaba con los generales D. Juan Prim y D. Leopoldo O'Donnell.

Hallándose en Cádiz con motivo de darse una corrida con ganado de Miura, en la que actuaba de matador, llegó por la mañana á la fonda en que se hospedaba un aficionado amigo suyo, quien con aire muy triste le dijo, que al hacerse el apartado uno de los Miuras había matado al otro.

—«Y á los otros cinco, ¿no les ha pasao nada?»—preguntó Fernando.

Durante los diez y siete años en que ejerció de matador, dió la alternativa, entre otros muchos, al *Espartero*, á Fuentes y al *Algabeño*.

Toreó por última vez en Barcelona el 1.º de noviembre de 1896, y se retiró á vivir en una casa que poseía en Gelves, pueblo próximo á Sevilla, en donde, después de penosa dolencia, falleció rodeado de su familia el día 2 de agosto de 1897.

Francisco Sánchez Povedano

Entre los pueblos cercanos á Madrid, es Pozuelo de Alarcón uno de los más conocidos y visitados por los madrileños, sobre todo en el mes de septiembre, en el que con motivo de la festividad de su patrona, la virgen de la Consolación y Correa, es número indispensable de los festejos las novilladas, con dos toros de muerte á cargo de cualquiera de los más afamados *maletas*, y varios *moruchos*, que por mañana y tarde proporcionan sendos revolcones á los *capitalistas*, y no poco que hacer á los médicos encargados de la enfermería.

El 2 de septiembre de 1861 dióse, como todos los años, la consabida novillada, y desde el primer momento llamaron la atención de los espectadores dos muchachos, rubio uno y de gallarda apostura, que manejaba con arte una capa rota y descolorida por el uso; y el otro moreno y picado de viruelas, más parado y serio en sus faenas, que ostentaba á guisa de muleta un rojo pedazo de colcha.

Aquellos dos *aventajados diestros*, eran Francisco y

Salvador Sánchez, ó sea *Paco Frascuelo* y su hermano el gran *Salvador*.

Unos ingenieros que estaban realizando trabajos parcelarios en Pozuelo, destinaron como premio al aficionado que más se distinguiera, una capa grana, forrada de raso blanco, y por voto unánime de la concurrencia, le fué adjudicada á *Paco*, deplorando no hubiese otra para *Salvador*.

Muy contentos con el obsequio, los dos hermanos, una vez en posesión de la vistosa capa, torearon con ella *al alimón*, como unos maestros, siendo muy aplaudidos, y paseándola después ante el público para recoger las propinas con que fué recompensado su trabajo, propinas que ellos emplearon en una merienda de la que hicieron partícipes á muchos de sus compañeros.

Tales fueron los comienzos de la vida taurina de *Paco Frascuelo*, que había nacido en Churriana, el 4 de noviembre de 1843, y que era, por lo tanto, catorce meses mayor que su hermano *Salvador*.

Contrariando la voluntad de sus padres se dedicó al toreo, consiguiendo que *Cúchares* lo llevara consigo en varias corridas de provincias. Después ingresó como banderillero en la cuadrilla de Cayetano Sanz, á cuyo lado estuvo hasta el año 1867, en que su hermano *Salvador* tomó la alternativa, y entró á formar en la cuadrilla de éste.

Del gran Cayetano aprendió *Paco* lo mucho y bueno que supo hacer con el capote, galleando como el mejor, y sorteando con alegría; veroniqueando y en la suerte de «frente por detrás».

Separóse de su hermano en 1869 para ir á América con Pedro Aixela, *Peroy*, y habiendo sido éste herido en Montevideo, tuvo *Paco* que terminar solo las seis corridas, marchando luego al Perú, en donde toreó doce corridas con buen éxito.

Organizóse en Lima una función extraordinaria para celebrar su independencia, y pretendieron que *Paco* torease en la misma. Su patriotismo le hizo negarse rotundamente á ello, y viendo que no tenía otro medio de librarse del compromiso, se presentó á la Empresa y rescindió el contrato, embarcándose de oculto para Panamá, y ya en este punto, tomó el vapor *Esmeralda*, que le condujo á Saint Nazaire (Francia).

De regreso en Madrid volvió á ingresar en la cuadrilla de *Salvador*; y al poco tiempo hizo otro viaje á Montevideo y el Brasil.

El 14 de octubre de 1877 tomó la alternativa en Madrid, otorgándose la *Currito*, pero viendo que como matador no obtenía ni honra ni provecho, á los dos años renunció á ella volviendo á ser banderillero en la cuadrilla de su hermano.

Al lado de éste continuó hasta el 11 de octubre de 1885, en que por segunda vez recibió la alternativa en la plaza de Madrid, de manos de *Lagartijo*, toreando entonces en bastantes corridas con el apoyo de *Salvador*, al que *Paco* quería y respetaba extraordinariamente.

Fué también á París con motivo de las corridas que se dieron durante la Exposición Universal de 1892, obteniendo

muchos aplausos por su artística manera de manejar el capote.

Se retiró del toreo en una corrida que á su beneficio se dió en Barcelona en junio de 1900, en la que en su obsequio torearon gratuitamente Mazzantini y *Lagartijillo*, y vistió el traje de luces por última vez, en una función que á beneficio del banderillero José Martínez, *Pito*, se verificó en Madrid el 1.º de noviembre de 1903, en la que *Paco* fué ovacionadísimo al gallear uno de los toros.

Buen torero y buen banderillero, y en la suerte del *galleo*, una especialidad. Como matador, muy deficiente, según el mismo reconocía con su natural modestia.

De carácter agradable y sencillo, y de intachable conducta, se captó las simpatías de cuantos le trataron.

Hasta hace poco tiempo vivía dedicado al comercio en el barrio de «Madrid Moderno», y había establecido una Academia de Tauromaquia en la Ciudad Lineal.

Juan Ruiz, Lagartija

No con la fuerza avasalladora de las grandes figuras de esta época, pero sí con mucho *tronío*, comenzó su vida taurina Juan Ruiz, *Lagartija*, cuya fama fué nada más que flor de un día.

Puede asegurarse que no tenía parentesco alguno con el famoso «Arcipreste de Hita», conocido por el *Petronio español*; pero si éste escribió varios poemas burlescos, el torero Juan Ruiz fué protagonista de uno de igual calidad.

Nació en Murcia el 2 de enero de 1855, y sus padres le

hicieron aprender el oficio de armero, que abandonó muy pronto para formar parte de una cuadrilla de jóvenes que toreaban por los pueblos.

Durante los años en que actuó de novillero, se hizo bastante renombre por su buen estilo al torear y su decisión con el estoque, despertando grandes esperanzas en la afición.

Tomó la alternativa en Valencia de manos de *Bocanegra*, el 14 de septiembre de 1878; y le fué confirmada en Madrid el 5 de octubre del mismo año por *Frascuelo*, cediéndole para la muerte el primer toro, denominado *Lisito*, de Miura; que pasó de muleta y estoqueó muy bien, valiéndole tan buen estreno ser contratado para la temporada siguiente.

De buena presencia, y fachendoso en su manera de vestir, no consiguió captarse las simpatías del público de Madrid, perjudicándole mucho su afán de querer torear antes que el *Gallo*, alegando más antigüedad en su alternativa.

Tomó parte en las corridas que se celebraron en la plaza de la Rue Pergolese, en París, durante la Exposición Universal de 1892, en cuyas fiestas se simulaba la suerte de matar. En la primera corrida, el público, entusiasmado con la faena de muleta de *Lagartija*, comenzó á gritar: *Tué-le, tué-le*, y Juan Ruiz, accediendo á tales deseos, tumbó al toro de dos pinchazos y media estocada, rematándole el puntillero. Las autoridades detuvieron al diestro y le decomisaron las espadas...pero después que hubo terminado.

En una corrida que tuvo lugar en Valladolid el 25 de junio de 1895, fué herido en un brazo, y á consecuencia de no

habérsele hecho la primera cura con el acierto y cuidado necesarios, quedó imposibilitado para seguir ejerciendo la profesión.

Retiróse á Murcia, en donde creo que aún reside, siendo su vida un doloroso calvario por la carencia de recursos.

Luis Mazzantini

«Suspendo el concurso entero
entre dudas se embaraza,
cuando en un potro ligero
vieron entrar por la plaza,
un bizarro caballero...» (1).

Así se quedó el público cuando vió sobre la arena del coso madrileño á Luis Mazzantini, sino «en un potro ligero», como Rodrigo de Vivar, marchando gallardamente con toda la arrogancia de su elegante figura.

Y razón muy sobrada tenía para ello, ante el caso estupendo é inverosímil de que un empleadillo de Ferrocarriles, sin maestros que le instruyeran en el difícil y arriesgado arte de Montes, así como quien dice, por obra y gracia del Espíritu Santo, se convirtiera de la noche á la mañana en un inmenso matador de toros.

Sin embargo, así era en efecto.

Luis Mazzantini y Eguía, natural de Elgoibar (Guipúzcoa), hijo de un italiano y una vascongada, pasó sus prime-

(1) *Fiesta de toros en Madrid*. D. Nicolás Fernández de Moratín.

ros años estudiando en Roma y en Nápoles, y regresó á España con su padre en el año 1870.

Desempeñó durante algún tiempo una plaza de factor telegrafista en la Compañía de los Ferrocarriles de Madrid á Zaragoza y Alicante, pasando después á la de Cáceres y Portugal como jefe de la estación de Santa Olalla.

No agradaban á D. Luis tales oficios, y ambicionando más brillante porvenir, imaginó hacerse torero, descuidando y aun abandonando el servicio ferroviario, para ir á las novilladas y capeas, lo cual le valió severas reprimendas de sus superiores. Pero D. Luis *no se arredra*, y hoy en Santa Olalla, y otro día en Talavera de la Reina, y al otro en la plaza de los Campos Elíseos de la Villa y Corte, se va dando á conocer, hasta que el 5 de diciembre de 1880 se presenta en el coso madrileño, acompañado de *Mateito*, *Pulguita* y *Valladolid*, para matar reses de la ganadería de Recio.

Sorprende agradablemente su trabajo á los buenos aficionados, siendo muy aplaudido, no sólo por su figura arrogante, sino sobre todo por su valor al arrancarse á matar.

Durante dos años más, sigue actuando de novillero, haciendo un viaje á Montevideo, y el 13 de abril de 1884, en la plaza de Sevilla, y de manos de *Frascueto*, recibe la alternativa, que le es confirmada en Madrid por *Lagartijo* el 29 del siguiente mes de mayo.

Era la época en que reinaban como reyes absolutos aquellos dos colosos que se llamaron *Lagartijo* y *Frascueto*, y algo debieron ver ambos maestros en aquel joven que tan

de improviso se presentaba, cuando no se opusieron á concederle la alternativa, sino por el contrario, los dos le patrocinaron, y en tiempos en que las alternativas no se otorgaban tan pródigamente como ahora.

Desde aquel momento camina Mazzantini de triunfo en triunfo, constituyendo con *Lagartijo* y *Frascuelo* la gran trilogía taurina, que durante muchos años monopolizó el favor de la afición, lo mismo en Madrid que en todas las plazas de España.

Con el capote cumplía, sin adornos ni filigranas, que nadie le enseñó, sirviéndole de poderoso auxiliar para hacer quites oportunos y arriesgados, con tan valiente arrojo como el que hizo memorable á Salvador Sánchez, *Frascuelo*.

Como banderillero puede ser calificado de excelente; media muy bien los tiempos, y sobresalía en los pares de frente y al cuarteo.

Utilizaba la muleta con gran golpe de vista, en gallarda defensa, y dió muchas veces, á pie quieto, pases de mérito indiscutible, y como matador, cuantos elogios se le tributen serán pocos en justicia, por la manera elegante, resuelta, incomparable de perfilarse, y por su estilo de entrar al *volapié*, saliendo limpio de la suerte.

A este propósito, dice el inteligente escritor D. José Sánchez de Neira.

«En cuanto á matar, lo hace comunmente arrancando ó á volapié, pero, ¡de qué manera! Colócase en línea recta con el testuz del toro, ármase con elegancia y lía con soltu-

ra, formando una figura que nos recuerda la de Pedro Romero, pintada por Juan de la Cruz Cano, arráncase rápidamente, y consuma el *volapié* de tan magistral manera que no pudo soñarlo su inventor».

La descripción es exacta, y así lo reconocerán cuantos le vieron.

Nadie le igualó entre los matadores de su tiempo, y vacante está la plaza por él tan dignamente ocupada en esta suerte.

Si se repasan los periódicos de aquellos años gloriosos en los anales del toreo, se tropieza una y otra vez con párrafos como éste de una revista de *Don Modesto*: (1).

«Vi á mi *mataor* con ganas de lucirse desde que pisó el anillo, y, creeme tu, que cuando él aprieta tienen los demás que apretarse muy fuerte la taleguilla.

»Muy bueno D. Luis en el primer Saltillo, al que tumbó tras breve y lucida faena, de un soberano volapié. Aquello fué el principio del «gran acontecimiento».

»En aquel quite, de poder á poder, en una caída de *Pepe el Largo*, alcanzó D. Luis la ovación más ruidosa y merecida que en su vida habrá oído...»

Ese era Mazzantini como torero: insuperable en sus *volapiés*; insustituible en los *quites*; maestro en la dirección de la lidia, y de una ligereza admirable, dada su excepcional corpulencia.

Ha demostrado en muchas ocasiones un valor extraordi-

(1) *El Liberal*, 4 de junio de 1897.

nario, y entre ellas la tarde del 12 de octubre de 1890, en Madrid, en la que un toro de Anastasio Martín, saltó tras de él la barrera, encunándole contra el tendido, y forcejeando Mazzantini con sus fuerzas hercúleas agarrado á las astas, desvió al toro con gran serenidad golpeándole en los ojos, y salió del embroque.

Ha sufrido diez cogidas, de ellas cuatro graves, y seis más ó menos importantes, siendo las principales, una en Badajoz y otra en Madrid; y es el matador que más alternativas ha dado, siendo la última la de Vicente Pastor, en 20 de septiembre de 1902.

En los veintiún años que ejerció la profesión ha tomado parte en *mil noventa y pico* de corridas, y ha estoqueado más de *tres mil quinientos toros*.

Hizo siete ú ocho viajes á América, y en el último, el año 1905, acompañado de su esposa, quien falleció en Méjico pocos días antes de la fecha en que se proponían regresar á España.

En ese viaje, y no porque así se lo propusiera, sino porque la suerte lo dispuso, mató por última vez un toro en la corrida dada en la plaza de Guatemala el 19 de febrero de 1905; pero volvió á vestir el traje de luces el 8 de marzo del mismo año, en la corrida que se verificó en dicha capital á beneficio del Hospital de San José, institución de la que pueden estar orgullosos los guatemaltecos.

Para esta fiesta era elemento indispensable Mazzantini, quien á consecuencia de una operación quirúrgica que pocos días antes hubieron de practicarle en la mano izquier-

da, estaba imposibilitado para matar. No obstante ello, se ofreció á actuar como director de lidia, auxiliando á sus banderilleros, que dieron muerte á los toros, y no se contentó con ésto, sino que hizo todos los quites, manejando el capote sólo con la mano derecha.

Mazzantini hizo el paseo al frente de su cuadrilla, llevando el brazo izquierdo en cabestrillo, y al llegar frente al palco presidencial, se colocaron todos los toreros en dos filas delante del mismo. Seguidamente penetraron en el ruedo el Director del Hospital, y un numeroso contingente de enfermos convalecientes y empleados del mismo, vistiendo todos el uniforme de la benéfica institución. El Director, de levita y sombrero de copa, se descubrió ante el torero español, y colocó en el pecho de éste una espléndida medalla de oro, como premio al acto generoso que realizaba, prestando su concurso personal á pesar de hallarse herido é imposibilitado, para aquella fiesta de caridad.

El público en masa, puesto en pie y dominado por intensa emoción, presenciaba aquel acto nunca visto en la historia del toreo, y estalló en aplausos, vivas y frenéticas aclamaciones, á los acordes del himno nacional.

Tal fué la despedida de Mazzantini de las lides taurinas. ¡Magnífica y única despedida, y hermoso acto de altruismo de valor y agradecimiento!

A punto de embarcar, recibió la noticia de que su esposa, que había quedado en Mejico mientras él fué á Guatemala, se hallaba gravemente enferma, y llegó á Méjico demasiado tarde para recoger el último suspiro de la hermosa,

santa y noble señora que fué la compañera de su vida.

El insigne periodista y malogrado escritor *Kasabal*, publicó en el *Heraldo de Madrid* del día 14 de abril de 1905, á propósito de este triste suceso, un artículo tan sentido y bello como todo lo que producía su privilegiada pluma.

Quiero copiar algunos párrafos.

«Su esposa tenía grandes deseos de que se retirase de su arriesgada profesión.—«Cuando te cortes la coleta—le había dicho—la engazaré en oro, me haré con ella una pulsera y la llevaré mientras viva como recuerdo de mis anhelos y como símbolo de mi ventura».

«Y cuando al volver de una expedición, el atrevido matador de toros se encontró el cadaver de la que adoraba tanto, después de prodigarle el tributo de sus lágrimas y sus besos, recordó estas palabras, y allí mismo quiso que la muerta tuviese lo que había anhelado en vida.

«Y con la trenza, que le cortó su hermano, él mismo formó la pulsera, que rodeó á la muñeca helada, y que ya nunca se separará de ella».

Con efecto, á bordo del vapor *Buenos Aires*, regresó Mazzantini á España, acompañando el cadaver, con el irrevocable propósito de retirarse definitivamente del toreo, y aunque durante el viaje, tanto su hermano Tomás, como los picadores y banderilleros de su cuadrilla procuraron tenazmente hacerle volver de su acuerdo, nada consiguieron, y sin ninguna corrida de despedida en Madrid ni en provincias, á pesar de haber sido vivamente requerido para ello, no volvió á pisar la arena de los circos, en

donde tantos triunfos consiguiera, contando entonces cuarenta y ocho años de edad.

Para la esposa querida todo le había parecido poco. Con ella murió su vida de esplendores, de arrojo, de emociones; faltáronle el estímulo y el anhelo, y dominado por el indiferentismo, se dijo: «¿Para qué quiero ya nada?»

Por su educación y elegancia, fué el torero que más ha llamado la atención, siendo cosa hasta él desconocida, la de que quien en la plaza de toros vestía airosa y elegantemente el traje de luces, por la noche estuviera de correctísimo frac en su butaca, oyendo la ópera, en lo que es muy entendido, pues además de haber estudiado música y canto, habla el italiano á la perfección, como asimismo el francés.

Siempre se le llamó «Don Luis», y era lógico que así fuera, porque D. Luis Mazzantini era antes de dedicarse al toreo, y no había razón para que perdiera el Don por el hecho de tener el don de saber matar toros; pero como no es costumbre conceder ese título á los toreros, algunas gentes de esas que no se dan cuenta del por qué de las cosas, y ajustan todos sus actos á la rutina y al legendario patrón, llegaron á creer que lo de *Don Luis* era un mote ó apodo como los que ostentan casi todos los toreros. No: Mazzantini era Don Luis por derecho propio, y cuantos han hablado con él, aunque no sea más que una vez, comprendieron que aquel torero no era un individuo salido de la nada, y que desde las últimas capas sociales se había elevado hasta el firmamento taurino, sino un hombre distinguido y bien educado, que mataba toros maravillosamente.

Así lo confirma y demuestra lo que ocurrió á nuestro héroe, la vez primera que habló con el ilustre prócer, ya difunto, D. Cristóbal Colón de la Cerda, duque de Veragua, ministro que fué de Fomento y de Marina, y de grata é inolvidable memoria. Fué á visitarle Mazzantini por un asunto relacionado con su ganadería, y llegó al palacio de la calle de San Mateo en ocasión de que el señor duque estaba almorzando. No quiso éste, sin embargo, hacer esperar al diestro, y le hizo entrar inmediatamente hasta donde se encontraba. Saludó Mazzantini con su proverbial cortesía y distinción, y el duque, que tenía por costumbre *hablar de tú á todos los toreros*, iba ya á responder jovialmente: «Hola, bien y tú», cuando el *tú* se le atravesó en la garganta, y poniéndose en pie dijo, alargando la mano al diestro: «Hola, bien, ¿y... usted? Con su claro talento comprendió en el acto, que el que tenía delante era un caballero vestido con chaquetilla corta.

Y no es que Mazzantini fuera orgulloso, ni que ofuscado por la vanidad se le hubieran subido los aplausos á la cabeza; por el contrario, no ha existido ni existe hombre más llano, afable y corriente, ni mejor amigo de sus amigos; pero ha tenido siempre muy en mucho su dignidad, y en grado máximo cuando era torero, no tolerando esas confianzas que algunos suponen pueden permitirse con los que visten el traje de luces, aunque en ningún bodegón hayan comido juntos, y en ésto no concedía preferencias á los más encopetados aristócratas sobre el más humilde hijo del pueblo.

En cierta corrida que se dió en la plaza de Madrid, se lidiaron seis Veraguas de esos que han dado fama á esta ganadería; pero entre ellos sobresalió uno de los que le cupó matar á D. Luis. Hizo toda la faena de varas con singular bravurá, despenando cuatro ó cinco caballos, y Mazzantini se excedió á sí mismo en los quites, lo banderilleó él sólo admirablemente, y lo hizo rodar de uno de sus estupendos volapiés. El público le tributó una grande y merecida ovación, y cuando después de corresponder á ésta se retiró el diestro al estribo, limpiándose el sudor del rostro, dijo á un conocido abonado que ocupaba su barrera:

—«¡Qué toro señor marqués, qué toro, estoy entusiasmado, no vi jamás animal más noble ni más bravo!»

A lo que respondió el marqués:

—«Sí que lo era; como que lo he elegido yo mismo, porque *habías tú* de matarlo». Aquel *tú* le hirió á Mazzantini como si hubiera recibido un bofetón en pleno rostro, y sin poder contenerse replicó en el acto:

—«Pues *te* felicito, porque *has* demostrado que *eres* un verdadero inteligente. Siempre creí yo que *tú sabes* de eso más que nadie». Desde aquella tarde al señor marqués no se le olvidó nunca el *usted* en cuantas veces, que fueron muchas, hubo de conversar con Don Luis.

Este era el hombre.

Dícese que llegó á ganar más de cinco millones de pesetas, pero tuvo dos malas ideas, que fueron la de meterse á ganadero, y la de ser empresario de la plaza de toros de Madrid, cuyos negocios le costaron muchos disgustos y dinero.

Se halla en posesión de varias condecoraciones nacionales y extranjeras, y ha sido durante cuatro años concejal del Ayuntamiento de Madrid, y Teniente Alcalde de los distritos de la Latina, Universidad y Chamberí, en cuyo cargo se significó por su carácter, inteligencia y acierto. Ha demostrado en las sesiones del Ayuntamiento, que posee condiciones de buen orador; y es actualmente Diputado Provincial por la de Madrid.

Pocas veces asiste á presenciar las corridas de toros, y durante su etapa de concejal, no presidió más que una, la de Beneficencia de 1906, y eso accediendo á deseos de una alta personalidad.

Es hombre en extremo simpático y muy bien acogido en la buena sociedad, por su caballerosidad, distinción y rectitud.

Manuel Garcia, el Espartero

La lidia de reses bravas es un verdadero torneo, y para vencer en él no basta la fuerza impulsiva, son precisas también la destreza y la habilidad.

Para ser torero se necesita *valor* ante todo, serenidad y frescura; pero también es indispensable no sólo saber torear sino *nadar y guardar la ropa*, porque si no es casi seguro, que aquel que sólo posea la condición primera, será víctima de los toros como lo fué Manuel Garcia, el *Espartero*.

¡Pobre *Maoliyo*! Pudo ser un gran torero, y se malogró por culpa de los que le crearon una reputación prematura,

y con sus exageraciones y entusiasmos, sugestionaron á las masas, y precipitaron su trágico fin.

Nació en Sevilla el 18 de enero de 1866, y en sus primeros años siguió el oficio de espartero, que era el de su padre. Contra los deseos de éste se escapaba de su casa para asistir á capeas y novilladas, y una noche le sorprendió el ganadero D. Antonio Miura, pasando de muleta, á la luz de la luna, á un toro de su ganadería.

Agarrando al chiquillo por una oreja le dijo:

«—Ven acá, granuja, que te voy á mondar el pellejo.»

«—Don Antonio, por *su mare de osté*, no me tire de las orejas; es que yo quiero ser torero.»

Miura se echó á reir y repuso:

«—¿Torero, con esa cara más triste que una saeta? »

«—Quiero ser torero, don Antonio, y lo sere, ó me parte el corazón un toro.»

«—¡Bueno, mañana lo veremos!»

Al día siguiente, en la plaza destinada á la tienta, toreó *Maoliyo* un utrero en presencia de don Antonio y del personal de la casa.

Miura, que además de entusiasta por la fiesta era gran inteligente, vió en el muchacho condiciones excepcionales para el arte, y le dijo:

«—Serás torero: desde hoy corre de mi cuenta tu porvenir (1).»

Y cumplió su ofrecimiento.

(1) Manuel Alvarez, *A la luz de la luna*.

El año 1881, cuando Manuel tenía quince años, toreó en varios pueblos de la provincia, y el 8 de octubre de 1882 se presentó en la plaza de Sevilla en una novillada en que se lidiaron toros de D. Pedro Manjón.

Continuó trabajando como novillero, y cada vez más jaleado por sus paisanos, el 13 de septiembre de 1885, Antonio Carmona, *el Gordito*, le dió la alternativa en la misma plaza de Sevilla, matando el primer toro de la corrida, llamado *Carbonero*, del Saltillo, entrepelado en cárdeno, y fueron tales las faenas que ejecutó, que el entusiasmo del público llegó al delirio, participando de él su padrino, que le abrazó efusivamente en pleno redondel.

Tenía el nuevo matador diecinueve años.

Corrió su fama como reguero de pólvora por toda España. Los revisteros y periodistas sevillanos agotaron el repertorio de frases encomiásticas, denominándole *el Montes del toreo moderno*; y el 14 de octubre del mismo año le fué confirmada la alternativa en la plaza de Madrid, por *Currito*, acompañándole también *el Gallo*, lidiándose toros de Núñez de Prado.

Y acude á mi memoria aquella estrofa de una poesía dedicada á D. Emilio Castelar, por el inmortal D. Gaspar Núñez de Arce.

«Mientras el cielo mi conciencia guarde
jamás se apartará de mi memoria
aquella triste y vergonzosa tarde, etc.»

No fué vergonzosa, sino por el contrario, *Espartero* hizo

un derroche de vergüenza torera, jamás visto sobre la roja arena de la plaza; pero...

¡Válgame Dios las cosas que hizo aquel muchacho!

Cúpome, no sé si por suerte ó por desventura, presenciar la corrida desde la delantera número uno de la grada del tres, y aseguro que nunca he pasado tan mal rato, pues toda la tarde tuve *el corazón en un puño*, sintiendo palpar la tragedia con su catástrofe inevitable y fatal.

Dice un inteligente escritor (1):

«Aún recuerdo la tarde de su debut; nos produjo un sobresalto incesante y, ¿por qué no decirlo?, una gran indignación contra los que empujaban á Manolo hacia su triste fin. Aquello no era torear, era andarse á zarpazos con la res. ¡Y eso lo hacía una criatura desprovista de facultades físicas y sin ningún recurso!»

Esa es la verdad. *El Espartero* era entonces un chiquillo delgaducho y esmirriado, con un valor estupendo, temerario, absurdo, que iba y venía, corría, saltaba, no se estaba quieto un momento, como los muchachos que juegan al toro en las calles, con un desconocimiento completo de las reglas del toreo, que recibía trompicones de la res, siempre sonriente, con una sonrisa triste y extraña, como la de un ser que no tiene conciencia del peligro ni noción del miedo, ni se da cuenta de lo que hace ni por qué lo hace.

La curiosidad que había en Madrid por conocerle era tan grande, que cuando se apeó del coche en la puerta de

(1) Pascual Millán, *Trilogía Taurina*.

los corrales para dirigirse al cuarto de los toreros, se armó un verdadero tumulto entre la gente allí estacionada, para verle de cerca y enterarse de todos los rasgos de su fisonomía y persona.

Los principales críticos taurinos y la afición madrileña en general, trataron muy duramente al novel espada, pero extremaron aún más sus censuras contra los amigos interesados, los oficiosos aduladores, y los irreflexivos panegiristas de *Maoliyo*, que con su insensatez eran sus más terribles enemigos, por cuanto llevaban á su ídolo á una muerte casi segura.

Todos reconocimos que el valor lo tenía por toneladas, pero que aun cuando hacía cosas notables y manejaba capote y muleta con gran soltura, tenía mucho que aprender. Esta opinión molestó á los aficionados sevillanos, suscitándose grandes polémicas entre los periódicos de Sevilla y Madrid.

Por consecuencia de todo esto, la curiosidad y el afán por conocer al nuevo y famoso diestro, era cada vez mayor en toda España, y su aparición en Barcelona al año siguiente en el mes de septiembre, fué un verdadero acontecimiento, acudiendo á presenciar la corrida todos los aficionados de las cuatro provincias catalanas.

Toreó aquella tarde, en unión del *Gallo*, toros de Carriquiri, y estuvo *Espartero* valiente y afortunado, viendo el público barcelonés por vez primera dar un *pase de rodillas*, que causó gran emoción.

Las lecciones de la experiencia, y lo que fué aprendien-

do de los maestros conque alternaba, hicieron que *Maoliyo* parase mientes en los riesgos á que se exponía de continuar por el camino emprendido, y buscó la mejor manera de esquivarlos, sin menoscabo de su nombre y fama. Aprendió á defenderse bien de los toros con la muleta, ciñéndose mucho en los pases, y su toreo á la defensiva, aunque carecía de eficacia en el castigo, resultaba vistoso y sensacional.

El inteligente aficionado malagueño «P. P. T.» hizo este retrato del *Espartero*.

«Derecho, con la muleta en la mano izquierda, pisando un terreno de compromiso, tomaba los toros tan en corto y los aguantaba en el *engaño*, que al arranque de éstos y rematar los pases por encima de la *cabeza*, podía decirse que *romaneaba* todo aquel peso de carne toricida. Yo, que le vi en Sevilla, durante siete temporadas seguidas, irse con la muletilla plegada ante toda clase de toros, presentando la barriga, sonriente, decidido y con tanta *franqueza*, no podía menos de admirarle tanto derroche de valor, y más si acontecía que algún toro se le humillaba al verle, y, él, *adelantándole en la cara*, lograba desde los tercios hacerle retroceder hasta dar con la penca en las tablas. Aquel avance era el delirio de la temeridad, porque sólo con la calma estoica de aquel hombre y la certeza de que la muleta no permanecía ociosa, sino que tapaba en el *acosón* los ojos de la res, podía restablecerse la tranquilidad en los que mirábamos aquella especie de pugilato.»

Había que verle, cuando por uno de esos furibundos

embites de los toros durante el tercio de varas huían todos los toreros en busca del *olivo*, cómo permanecía sereno y sin moverse, y dejaba llegar al toro, ganándole la cabeza con un cuarteo ceñidísimo.

Era activo en los quites como el primero, aunque siempre los hacía por el mismo lado, y sus recortes á medio capate extraordinariamente ceñidos y parando mucho.

Habían transcurrido nueve años desde que tomó la alternativa, y *el Espartero* se veía cada vez más solicitado por las Empresas, que le consideraban elemento indispensable para organizar corridas que pudieran ofrecer aliciente á los aficionados. Había hecho grandes progresos en sus aenas, llegando al absoluto dominio de la muleta con *su trasteo verdad*; y su nombre en los carteles era siempre acogido con entusiasmo, aportando numeroso contingente de espectadores, ansiosos de admirar su gallardía y aplaudir sus arrestos.

Además, su modestia y afabilidad le habían conquistado generales simpatías, y aun aquéllos que más extremaron las censuras en los comienzos de su vida torera, le tributaban cariñosos aplausos al ver que ya no era el incauto mozalbete que supliera con arrojo suicida la carencia de facultades. Habíanse desvanecido aquellos temores y presagios de los primeros tiempos, considerándole ya como un torero capaz de competir con los mejores, cuando sobrevino la inesperada catástrofe.

El 27 de mayo de 1894 se dió en Madrid la sexta corrida de abono, con toros de la ganadería de D. Eduardo Mi-

ra, que debían ser estoqueados por *Espartero*, Reverte y Antonio Fuentes, pero á causa de estar herido el segundo le substituyó Carlos Borrego, *Zocato*.

Maoliyo, que vestía de verde y oro, salió á dar muerte al primero de los Miuras, que se denominaba *Perdigón*, colorado, ojo de perdíz y astifino, que había hecho una buena faena en varas, con poder y bravura. Tenía el toro la cabeza descompuesta desparramando la vista. *Espartero* le dió doce pases entre naturales, altos, cambiados y con la derecha; cuadró el toro, y el diestro se tiró á matar, dejando una estocada, siendo enganchado á la salida, volteado y y despedido al alto unos dos metros sin consecuencias.

Levantóse rápidamente, y después de siete pases con la derecha, entró de nuevo á favor de la querencia de un caballo, metiendo una estocada contraria, siendo enganchado por la faja y en la parte anterior del vientre, y despedido á corta distancia. Al caer, contrajo todo el cuerpo, siendo corneado nuevamente por el toro que le hizo rodar unos pasos.

Conducido á la enfermería el desventurado torero, al pasar el cuerpo por frente al tendido número 5, pudo notar el público que se estiraba de pronto y se ponía rígido. Para cuantos advirtieron este detalle, fué aquel el instante en que Manuel García dejó de existir.

El cadáver fué trasladado á la calle de Núñez de Arce, 10, donde vivía el picador *Cantares*, y de allí, después de ser embalsamado, á la estación del Mediodía, para conducirlo á Sevilla, presenciando el paso del fúnebre cortejo numerosa y atribulada concurrencia.

Llevaron las cintas del féretro los más importantes críticos taurinos, periodistas, ganaderos y el anciano torero Antonio Gil, como matador más antiguo, presidiendo el duelo Reverte, Antonio Fuentes y Valentín Martín. Acompañaron el cadáver hasta Sevilla el padre, un hermano y varios amigos del muerto, y al pasar por la estación de Córdoba, *Guerrita* dispuso que saliera el clero de la parroquia para rezarle un responso.

En Sevilla se le hizo al cadáver un recibimiento suntuosísimo y grandioso; y los periódicos de aquella capital afirmaron que no se recordaba allí una manifestación de duelo tan imponente, testimoniando de ese modo á Manuel sus paisanos, el cariño que le tenían como particular, y la gran admiración que les causaba como torero.

En toda España fué grande el sentimiento que produjo el trágico fin del simpático *Maoliyo*, y muchas y muy apasionadas las discusiones que surgieron entre los aficionados, sobre las causas que determinaron la muerte del valiente torero, no faltando quien dijera que si *Guerrita* hubiese toreado aquella tarde, la desgracia se hubiera evitado. ¿Que no se le debió dejar ir al toro después de la primera vez en que fué cogido y volteado? Puede ser que tuvieran razón los que así opinaban, pero si Fuentes, que entonces tenía escasa autoridad, hubiera intentado llevarse al toro en el instante de disponerse *Maoliyo* á herir de nuevo, ¿hubiera éste aceptado de buen grado tal intromisión? Y el público que tanto se condolía después de la desgracia, ¿no hubiera protestado quizá de ello, atribuyéndolo á envi-

dioso deseo de restar aplausos al niño mimado de la afición?

Cuéntase que al dirigirse á la plaza la tarde que fué última de su vida, la jardinera en que iba el *Espartero* con su cuadrilla encontróse con un entierro que marchaba por la calle de Alcalá, y Manuel dijo á sus banderilleros: «¡Mala pata!» Aquel día había estado preocupado, según algunos por cuestión de amores; y, según otros, por la poca fortuna que en anteriores corridas había tenido.

En cierta ocasión dijo en un círculo de aficionados: «Yo no puedo ver á esos que ganando mucho dinero tienen miedo ante los toros. Un albañil está siempre tan expuesto á morir como yo, y no cobra más que dos pesetas, mientras á mi me pagan algunos miles por corrida.»

A los que le aconsejaban que se defendiese más de los toros, no pisándoles su terreno, contestaba: «Los toros pegan, pero no matan; cuanto más se acerque uno mejor.»

Cuando los inteligentes le auguraron que tendría muchas cogidas, respondió Manuel con esta frase que se hizo popular: «¡Más *cornás* da el hambre!»

¡Pobre *Maoliyo*! A él no le mató el hambre, pero si una *corná*.

Serio y formal en sumo grado, no le gustaron los escándalos y francachelas que se suponen inherentes á la profesión de torero y al carácter andaluz.

Muchos de sus paisanos quisieron ponerle como competidor de *Guerrita*; pero él con su sincera modestia, era el primero en reconocer que tal competencia era imposible,

ya que en lo único que la ventaja pudiera estar de su parte era en el valor.

Por su temerario arrojo, fué muy castigado por las reses en los ocho años que ejerció de matador, sufriendo catorce cogidas.

Al finalizar la temporada en que murió, pensaba haber contraído matrimonio con una rica y distinguida señora de Sevilla, retirándose de la profesión del toreo.

Innumerables fueron las coplas y tangos conque la inagotable musa del pueblo sevillano, ensalzó en vida y muerte á su héroe; y por espacio de muchos años se cantó aquéllo de:

«En una espartería
llora un chiquillo;
quién había de decir
que sería otro *Pepe-Illo*...»

Rafael Guerra, Guerrita

El año 1885 tomó la alternativa Rafael Guerra, *Guerrita*, á los veintitrés años de edad.

En el rápido curso del tiempo, esta fecha es, relativamente, cercana á nuestros días, así es que son muchos los contemporáneos que conocieron al insuperable diestro, admiraron sus proezas en el redondel y le tributaron entusiasmados aplausos.

Guerrita marca una época en la historia del toreo.

Formó parte de la cuadrilla de jóvenes que organizó *Caniquí*, y mató por primera vez un toro en la plaza de Al-

coy. Lo trajo á Madrid, el año 1882, *Gallito*, sorprendiendo y entusiasmando al público, y fué tanto lo que gustó en todas las plazas, que el afán de verle proporcionó muchas contratas á *Gallito*. Riñeron á poco ambos diestros, y *Guerrita* entró á formar parte de la cuadrilla de *Lagartijo*, quien en 29 de septiembre de 1885 le dió la alternativa.

Empieza desde entonces para *Guerrita* una serie de triunfos no interrumpida en los catorce años que actuó de matador, durante los cuales tomó parte en 889 corridas, estoqueando 2.238 toros.

En 1887 marchó á la Habana con *Currito*, sufriendo allí una grave cornada en el cuello, que le ocasionó un toro de Saltillo al hacer un quite.

Dotado de excepcionales condiciones, con soberana inteligencia taurina, no hubo quien reuniera tantos y tan variados recursos para la lidia, superando en muchas de sus faenas á las mejores de Montes, el *Chiclanero*, *Lagartijo*, *Frascuero* y demás dioses mayores del arte de lidiar toros; y sin embargo no fué, como aquéllos, *ídolo* de la muchedumbre, que, si le aplaudía extraordinariamente en determinados instantes, estaba siempre más dispuesta á la censura que al aplauso y, olvidándose pronto de lo bueno y aun de lo sobresaliente de su trabajo, patentizaba su hostilidad exigiéndole mucho y no perdonándole nada.

Guerrita sólo tenía en el favor del público «*el terreno que pisaba*» (1); había deseos de silbarle, y cuando, por las

(1) Pascual Millán, *Los toros en el siglo XIX*.

condiciones de los toros, no resultaba su trabajo todo lo brillante que se esperaba, llovían sobre él toda clase de improperios, siendo tratado con feroz dureza.

La plaza de Madrid extremó esta nota intransigente, dando lugar á que *Guerrita* estuviera alejado de ella, aunque por poco tiempo, y á que en cierta ocasión dijera:

— «En Madrid que toree San Isidro.»

Parece muy extraña semejante hostilidad, siendo el torero más completo que ha existido y cuyas arrogancias y guapezas electrizaran á los espectadores (1); pero así fué, y quizá por ello su vida torera fué de corta duración, retirándose del palenque de sus triunfos en la plenitud de sus facultades, á los catorce años de haber tomado la alternativa, cuando era solicitado por todas las empresas, cuando su voluntad era ley y su cartel el primero.

Hay muchos que, por el contrario, suponen que la retirada de *Guerrita* no obedeció en poco ni en mucho á esa injustificada animadversión de una parte del público, sino á que había llegado á la meta de sus aspiraciones y tenía hecha la fortuna que se propuso hacer; y como él no se dedicó á la azarosa profesión de matador de toros por vocación, por amor al arte, sino que fué un hábil industrial que con pleno conocimiento de las espléndidas aptitudes de que le dotara la naturaleza, se dedicó á explotarlas para el

(1) * Decía el ingenioso cronista *Sentimientos*: «Lo que tiene de malo Rafaé, es que ya pué comé á diario. Y ésto, á porsión de pobre nos güerve locos de coraje.»

logro de sus deseos, una vez satisfecha su ambición, se cortó la trenza y se fué á vivir tranquilamente en el seno de la familia en su magnífico palacio de Córdoba.

Yo creo que á nadie le gusta *que le den con la badila en los nudillos*, y dada la altivez de carácter de *Guerrita* y el convencimiento que tenía de su propio valer, era lógico y natural que, satisfecha su ambición, y deseando además de su tranquilidad la de su esposa é hijos, dijera: «Basta ya, ahí queda eso».

El ilustre crítico taurino «Don Modesto», es un entusiasta admirador de *Guerrita*, y, sin embargo, queriendo ser justo peca de cruel al comparar las faenas de *Guerrita* con las de *Lagartijo* y *Frascuelo*.

«*Guerrita*—dice—ha hecho todo lo que hicieron *Lagartijo* y *Frascuelo* y algunas cosas más. Pero nunca el espíritu sutil del inteligente, pudo confundir la grandiosa obra de Velázquez con la de su felicísimo copiator».

Y así era, en efecto, porque *Frascuelo* se jugaba la vida delante de los toros, mientras que *Guerrita*, con un conocimiento de las reses verdaderamente inconcebible, no se jugaba nada.

«No existía peligro. El lo conjuraba, no con su arte ni con su bravura, sino con otros elementos que la Naturaleza, generosa, le quiso conceder.»

El público lo veía así; no sentía palpar su corazón con la posibilidad del drama; no había excitación en sus nervios, sino tranquilidad, laxitud... y forzosamente había de caer en la indiferencia.

Las estupendas hazañas de los otros se discutían apasionadamente y se recordaban á todas horas. «Las de *Guerrita* se disipaban como el humo al poco tiempo de haberse realizado. Habían sido grandes, magníficas, enloquecedoras. Pero sin estrambote. ¡*Fogata de virutas!*» (1).

Y este mismo «Don Modesto», que hace tan despiadado análisis de las condiciones y modo de ser de *Guerrita*, le llama en un sin número de sus revistas «el torero más grande que ha existido, y la primera figura de la tauromaquia».

Si: *Guerrita* era un torero estupendo, pero no sintió aquella inspiración que sólo es patrimonio del genio; no tuvo el *ángel* de *Lagartijo*. Y es que *Lagartijo* era algo más que el mejor torero de su tiempo: era el más elegante, el más clásico, el más estético, el que llenaba el circo con su figura, el que componía un hermoso cuadro siempre que aparecía en la arena, el que llevaba al público entre los pliegues de su muleta y con ella le manejaba á su antojo... (2). Y Guerra, que resultó un fenómeno toreando, que ha sido el más completo de los lidiadores, que no hizo nunca las desastrosas faenas realizadas algunas veces por Rafael y Salvador, no tuvo jamás las simpatías que éstos gozaron. A Guerra se le silbaba con fruición; á *Lagartijo* con pena, deseando verle hacer algo, por pequeño que fuera, para borrar con aplausos entusiastas las anteriores pro-

(1) *Desde la barrera*. «Don Modesto», José de la Loma.

(2) Pascual Millán, *Sol y Sombra*.

testas. Y el secreto de ello no puede ser otro más que el de que el público veía en Rafael y Salvador los *toreros* que, por su *arte*, diéron alma y vida, y que sobre la roja arena se la jugaron mientras tuvieron facultades para lidiar con los toros, y aun quizá sin ya tenerlas, como le ocurrió á *Lagartijo*; y en Guerra vió solamente al torador de oficio que, pensando en el mañana, procura llegar pronto y sin riesgo á la posesión de la riqueza.

No quiero dejar de consignar el juicio que mereció Guerra á una persona de tanta autoridad como D. José Sánchez de Neira (1).

«Obsérvele atentamente cuando le vea pisar el redondel, y encontrará en él un hombre bien formado, más bien alto que bajo, airoso, aunque no elegante ni presumido, y que demuestra, al andar con segura planta, su firmeza y potente musculatura; repare que no cesa de trabajar y capea y hace quites, flamea el capote y corre los toros y les para y colea, si es preciso, sino siempre con arte, con gracia; advierta que con los palos en la mano todos los terrenos son buenos para él, en todos se halla bien, y por arrancar un aplauso se pasará ante la cara de la res sin clavarlos, faltando á las prescripciones taurinas, pero produciendo efectos; atienda el buen aficionado que rara vez se va al toro con la muleta cuadrada con la cadera izquierda, sino abierta y con la derecha, dando, por lo general, buenos y completos pases; que se apodera con inteligencia de los

(1) *Diccionario taurómico.*

toros, apartándolos de las querencias y de los tableros á fuerza de manejar, para este fin, admirablemente el trapo: que mata arrancando con demasiada presteza, *sin liar la muleta y tapando con ella la cara del animal, por cuyo motivo sale de la suerte apartándose él en vez de separar al toro guiándole con la muleta*; que descabella bien y cumple superabundantemente su obligación, por más que como director de lidia deje mucho que desear.

»Ese es Rafael Guerra juzgado con imparcialidad y buena fe.»

¡Maravilloso! ¡Admirable! El retrato está hecho superiormente y no lo pintara mejor Madrazo, Sorolla y demás maestros en el arte. Así era Rafael Guerra juzgado con imparcialidad. Ni un fenómeno. ni un monstruo colosal, como un día y otro repetían sus partidarios; ni un niño que toreaba «*fuera de cacho*» y que mataba siempre «*por sorpresa*», como pretendían los de la oposición.

Pocos días después de la trágica muerte de el *Espartero*, susurro se que *Guerrita* se retiraba del toreo. Fué el primer aviso.

El 11 de junio de 1899 se lidiaron en Madrid toros de doña Celsa. Al coger los trastos en el último que le correspondía, dijo á unos aficionados amigos suyos que ocupaban asientos de barrera: «Voy á matar un toro para que ustedes se enteren. Será el último que me verán matar.»

Y sólo, en los tercios del 9, fijos los pies y alargando los brazos con supremo arte, recogiendo con la muleta, se embraguetó como *Frascueto*, salió suspendido por una ingle y

enterró el estoque hasta el puño en el morrillo de la fiera. Cayó el toro patas arriba; crujó la muchedumbre en una ovación estruendosa, y *Guerrita* dijo:

—«*Malegro veros güenos.*» Y se fué.

Ya no volvió á pisar el ruedo de la plaza de Madrid. Cuatro meses después, en Zaragoza, en el mes de octubre, con motivo de las fiestas del Pilar, estoqueó unos bueyes de Jorge Díaz, y con aquella corrida puso término á su gloriosa carrera.

En cuanto regresó á Córdoba reunió á toda su familia y amigos de confianza, y su esposa doña Dolores Sánchez cortó la trenza á *Guerrita*, á su hermano Antonio y al picador el *Beao*, que quisieron seguir en todo á su maestro.

Causó la noticia sorpresa extraordinaria. En el *Club Guerrita*, de Córdoba, núcleo de sus partidarios, hubo quien quiso apostar en contra. Cuando ya no hubo lugar á duda, todos los socios felicitaron al diestro, pero lamentando que la última corrida no la torease á orillas del Guadalquivir.

Uno de sus admiradores exclamaba en un corro del *Club*:

—«¡Ha sío una lástima!... ¡Pué que *Don Gonzalo* hubiera levantao la cabeza pa verlo!»

Es el torero que ha batido el *record* de la resistencia toreando, pues el 19 de mayo de 1895 toreó *tres corridas en un día*. La primera, á las siete de la mañana, en San Fernando, con *Pepete*, toros del marqués del Saltillo. La segunda, á las doce, en Jerez, con *Fabrilo*, reses de D. José

de la Cámara. Y la tercera, á las cuatro de la tarde, en Sevilla, con Fuentes, toros de Muruve. Era de aquellos de quienes decía *Cúchares* que no se les acababa nunca la cuerda.

Vistió siempre en la calle de chaquetilla corta, no entrando por la moda de la americana á lo *señorito*, que copiaron de Mazzantini casi todos sus compañeros.

Era ocurrente y pintoresco en su manera de hablar, contándose de él un sin número de frases oportunas y un tanto irónicas.

En cierta ocasión le dijeron que por qué no se compraba un automóvil para sus excursiones por la provincia de Córdoba cuando visitaba sus fincas, y respondió rápidamente:

—«Pa qué, si no sirve pa nada: yo con mis seis jacas recorro toa España, y aunque alguna se lastime, muy mal se ha de dar pa que toas se inutilicen; pero en un automóvil de esos, aunque sea de cuarenta caballos, se estropea uno sólo y ya no puén andar los otros treinta y nueve.»

Tuvo lugar en Palma de Mallorca una corrida en la que *Guerrita* mató los seis toros. Al hacer el apartado surgieron ciertas dificultades respecto á los bichos, y el Gobernador civil, que presenciaba la operación, dispuso que se fuera en busca de Guerra. Este se hallaba tomando el fresco en la terraza de la fonda cuando le dijeron que el Gobernador le llamaba. Sumamente contrariado obedeció la orden, presentándose en la plaza. El Gobernador se excusó por haberle molestado, á lo que contestó el diestro:

—«¡Pué claro que sí, que me ha molestao osté!»

Es de los toreros que más dinero ha ganado con el ejercicio de la profesión, aumentándolo por el orden y juicio que fué norma de sus actos, no gustando de francachelas y *juergas*, sino buscando el trato de personas serias y formales, asegurándose que su fortuna ascendía á más de tres millones de pesetas. Solo la posesión de las Cuevas vale doscientos mil duros, y en ella pasa Rafael grandes temporadas entregado á la caza, su pasión favorita.

Después de haberse retirado del redondel, dicen que ha duplicado su capital merced á inteligentes operaciones, demostrando que es tan buen administrador y financiero, como fué torero insuperable.

En la actualidad es Consejero de administración de la Sucursal del Banco de España en Córdoba.

Antonio Moreno, Lagartijillo

Cuando nueve años antes de la retirada de Guerra, tuvo lugar en la plaza de toros de Madrid, el 12 de mayo de 1890. la corrida extraordinaria en la que Salvador Sánchez, *Fras-cuelo*, se despidió del teatro de sus triunfos, quiso Salvador que en aquella tarde recibiera de sus manos la alternativa de matador su protegido y paisano Antonio Moreno, *Lagartijillo*.

Había éste nacido en Granada, el 23 de diciembre de 1868, y desde muy joven comenzó á torear en novilladas, haciéndose notar por su valentía y, sobre todo, por el arrojo y elegancia con que se tiraba á matar, hasta el pun-

to de que muchos aficionados creyeron iba á ser el heredero de *Frascuelo* en esta suerte suprema.

Desgraciadamente para él, no se confirmaron tales esperanzas, y aunque fué un buen torero, que paraba mucho y daba buenas estocadas, no llegó, ni con mucho, al puesto que dejó vacante su protector y maestro.

Actuó como matador durante diez y nueve años, en los que tuvo cuatro cogidas de importancia é hizo varios viajes á América, dos de ellos con Mazzantini, logrando reunir una fortuna más que regular.

Convencido de que sus facultades se iban debilitando, resolvió retirarse del toreo, y para despedirse organizó una corrida en Granada, que tuvo lugar el 3 de mayo de 1910, alternando con Vicente Pastor.

Enrique Vargas, Minuto

y

Francisco González, Faico

El 15 de agosto de 1887 se presentó en la plaza de Madrid la cuadrilla de niños sevillanos, á cuyo frente figuraban como espadas Enrique Vargas, *Minuto*, y Francisco González, *Faico*.

Tenía *Minuto* diez y seis años, pues había nacido en Sevilla en diciembre de 1870; y *Faico* nada más que trece, puesto que vino al mundo el 14 de noviembre de 1873. Este desempeñaba el puesto de primer espada y director de lidia, con gran inteligencia.

Minuto era entonces de pequeña estatura, y así ha con-

tinuado siempre, pareciendo imposible que hombre tan pequeño pudiera alcanzar á dar muerte á los toros.

Esta cuadrilla de niños sevillanos duró cinco años, toreando en casi todas las plazas de España con general aplauso.

Tomó *Minuto* la alternativa en Sevilla de manos de Fernando Gómez, el *Gallo*, el 30 de noviembre de 1890, y se presentó como matador en Madrid el 19 de abril de 1891, alternando con el *Gallo* y Mazzantini, lidiándose toros de García Puente y López, de Colmenar Viejo. Fernando Gómez, alegando que ya le había dado la alternativa en Sevilla, no cedió los trastos al debutante, y sin hacer caso de las protestas del público, dió muerte al primer toro de la corrida. Salió en tercer lugar el denominado *Gijón*, y en el momento en que *Minuto* estaba brindando, se arrancó el animal hacia él, viéndose precisado á saltar la barrera, con tan mala suerte, que se hirió con el estoque en la región glútea y cayó de cabeza al callejón, sufriendo una conmoción cerebral que le imposibilitó para continuar la lidia.

La Prensa protestó de la desconsideración que significaba para la plaza de Madrid el no haberse confirmado la alternativa, perjudicando en la opinión á *Minuto*, que no consiguió volver á torear en la corte hasta el 17 de mayo de 1892, alternando con *Lagartijo* y el *Espartero*.

Para congraciarse con el público madrileño, aceptó *Minuto* los trastos que, para matar el primer toro, le cedió *Lagartijo*. Quedó bien, pero el público le recibió con bastante frialdad, pues los saltos al estoquear y demás tranqui-

llos de que tenía que valerse el pequeño torero, no agradaron á los aficionados.

Unido á *Faico*, como cuando eran novilleros, toreó bastantes corridas, sobre todo en los años 1897 y 1898, alternando en muchas ocasiones con *Guerrita*, no faltando quien pretendiera hacerle competir con él, á lo que *Minuto* no hizo caso, comprendiendo lo disparatado del propósito.

En el año 1899 pasó una temporada en Méjico; y en octubre de 1900 se retiró de la profesión, cuando llevaba diez años como matador de alternativa.

Con el capital ganado puso en Sevilla una tienda de vinos y comidas en la Campana, y un *restaurant* más lujoso en las cercanías de la ciudad; pero no yéndole bien los negocios, ó sintiendo la nostalgia del redondel, volvió al toreo en el año 1905, haciendo su presentación en Madrid el 25 de marzo, alternando con *Conejito*, Ricardo Torres, *Bombita*, y *Machaquito*, lidiándose reses del Saltillo y siendo la corrida á beneficio de la Asociación de la Prensa. Oyó muchos aplausos, demostrando no haber perdido en facultades y menos en afición.

Su modo de torear era originalísimo, no ajustándose á regla ninguna; pero resultaba vistoso y aplaudido á veces con entusiasmo.

Volvió á Méjico y Montevideo en los años de 1906 á 1910, y no le faltaron corridas en España en esos años y hasta el de 1914, en que se retiró definitivamente, despidiéndose del público el día 8 de junio, en Madrid, estoqueando un toro de García Lama.

Quiso ser autor dramático, y estrenó con buen éxito en el teatro de Novedades, de Madrid, una obra en un acto titulada *El sevillanito*, repitiendo con otra en Montevideo.

De trato agradable, conversación amena é inagotable gracia, es muy estimado por sus amigos.

El año 1892 evitó con su valor y destreza que ocurrieran muchas desgracias en Sevilla, pues habiéndose escapado un toro de la plaza, lo entretuvo, toreándole en la calle, hasta que llegaron los cabestros para recogerlo.

Su compañero Francisco González, *Faico*, tomó la alternativa en Madrid el 4 de marzo de 1894, alternando con Rafael Bejarano, *Torerito*, y Joaquín Navarro, *Quinito*, lidiándose toros de D. José Torres Cortina. Desde el mes de marzo del año anterior se había anunciado dicha alternativa, suspendiéndose tres ó cuatro veces por el mal tiempo, no faltando quien dijera que cuando fuera necesaria la lluvia para los campos, no había sino anunciar la alternativa de *Faico*.

Desde esta fecha toreó en muchas plazas de importancia, alternando con los matadores de primera fila. En 1896 se unió con *Minuto*, y jntos actuaron con buen éxito en Sevilla, Madrid y otras plazas.

Puede decirse que *Faico* tiró por la ventana su porvenir taurino, pues con su bonita figura, elegancia en el manejo de la capa y muleta y un gran dominio de todas las suertes del toreo, hizo ver al público lo que valía; pero su vida desordenada le obligó á marchar á América en el año 1901, recorriendo casi todas las Repúblicas, y aunque no ha de-

jado de torear, lo ha hecho con tranquilas y ventajas ú olvidando cuanto sabía.

Hace ya tiempo que no se tienen noticias de él.

Antonio Reverte y Jiménez

No ha existido, seguramente, un matador de toros que haya suscitado más discusiones que Antonio Reverte.

Dijo Eduardo del Palacio que parecía uno de los primeros dramas de Echegaray. y la comparación, bajo muchos puntos de vista, no puede ser más exacta.

Nació en Alcalá del Río (Sevilla) el 28 de abril de 1869, y empezó su carrera taurina poco más ó menos como empiezan todos los que llegan á estrellas de primera magnitud y los que no pasan de *maletas*: toreando cuanto ven sus ojos, desde un manso de carreta hasta las burras de leche. En los cercados, en los corrales, en las novilladas, dónde quiera que podía ejecutar su arte y satisfacer sus aspiraciones, allí estaba Antonio.

Cuando se presentó en la plaza de Sevilla, sus paisanos le proclamaron como á uno de los matadores más guapos que habían pisado aquél ruedo; y cuenta que de allí salió Manuel García, el *Espartero*, aquel valiente matador de toros á quien podrán igualar, y no muchos, pero superar ninguno.

Pisó por vez primera la arena de la plaza de Madrid, en una novillada que se verificó el 19 de julio de 1891, con un entradón y un calorcito que me río yo de la zona tórrida. Alternó con Lesaca y el *Litri*.

A mi me pareció un suicida, un loco rematado, y aquel arrojo temerario la valentía de un inconsciente.

Todos los espectadores pensaron, poco más ó menos, lo mismo. Sin embargo, hubo un momento, cuando se le vió cortar el viaje del toro con el capote al brazo y, sin desliarle, dar salida al animal sin mover los pies más que lo necesario al pase de pecho, y repetir la suerte por ambos lados, siempre limpio y con pasmosa serenidad, que se le aplaudió con verdadero entusiasmo, comprendiendo que no era todo atolondramiento y audacia, sino que también había arte y conocimiento de las reses en aquel chiquillo morenucho y no muy aventajado de facha y de indumentaria.

Al salir de la plaza me encontré con un ingenioso crítico taurino, que por desgracia ya no existe, y le pregunté:

—¿Qué le ha parecido á usted el debutante, D. Eduardo?

—Que los valientes y el buen vino duran muy poco— respondió.

En el siguiente mes de agosto tuvo Reverte en Palencia una cogida terrible, y las primeras noticias que llegaron á Madrid fueron de que el diestro se hallaba en trance de muerte. Pensé que el buen vino y los valientes se habían acabado ya, pero, afortunadamente, no fué así; el percance acrecentó la aureola del joven héroe, y el 16 de septiembre del mismo año recibió la alternativa en la plaza de Madrid, de manos de Rafael Guerra.

Apenas si estaba curado de sus heridas, y esta circunstancia ó que la grave cogida le había servido de saludable

lección, le hicieron estar más razonable, sin que se entregara á los arrojos suicidas de antes.

Cuando al año siguiente volvió á torear en la corte, se vió que había adelantado no poco, y de día en día fueron aumentando las simpatías que despertara en los aficionados, y la popularidad que logró entre la muchedumbre. Estudiando con afición y perseverancia, fué mejorando hábilmente el uso de la muleta, y algunas veces, con los pies clavados en la arena, daba magníficos pases con verdadero arte, clásicos, exentos de desplantes y chavacanerías.

Siempre valiente, no le arredraban los pitones de las reses, por cerca que los viera de los alamares de la chaquetilla; pero como su mayor defecto era ser tardo, y esperaba más de lo necesario al herir, salía casi siempre tropicado por los toros, teniendo en continuo sobresalto el ánimo de los espectadores.

Sus estocadas solían ser altas y rectas, pero las salidas embarulladas, porque «el quiebro de muleta que ordena el arte, lo hacía, sí, pero muy alto, consiguiendo que en vez de humillar el toro lo suficiente para descubrirse, no lo hacía en la proporción necesaria á dejar desembarazado el brazo derecho y aun el cuerpo del hombre, y he ahí la utilidad del engaño (1)». Esta, su falta principal, era á veces originaria de malas faenas. A este propósito decía el inolvidable Sentimientos (2). «Todos los matadores de toros

(1) Sánchez de Neira.

(2) Eduardo del Palacio.

han tenido y tienen días de sol y días fúnebres, tardes de palmas y tardes de pitos, pero tan desiguales como este Reverte he visto pocos. Parece en una corrida un monstruo de guapeza y aun con algún arte y habilidad, y en la corrida siguiente, no solamente no parece el arte, pero ni siquiera la confianza de otras veces.»

Su estilo de torear no podía clasificarse como perteneciente á ninguna escuela; pero poseía una gran flexibilidad de cintura que le permitía recortar con el capote al brazo, con una precisión y gracia como nadie lo hiciera. Esta suerte entusiasmaba á los públicos, que se lo disputaban, viéndolo en él al torero del porvenir, aumentando rápidamente su fama y llegando al colmo de la popularidad.

En Sevilla se apoderó de la afición la fiebre *revertista*, de tal manera, que hubo sombreros *revertes*, corbatas, bastones, etc., con el nombre del diestro; y además, entusiastas coplas y tangos, queregonaban el valor, vida y milagros del espada favorito, y que se cantaban en los más insignificantes pueblos y aldeas.

El 3 de septiembre de 1899, toreaba en unión de *Guerrita* en la plaza de Bayona toros de la ganadería de Ibarra. El segundo, apodado *Grillito*, salió de estampía derribando á los de tanda; y, Reverte, que vestía un terno verde y oro, arrancó en quites y recortes muchos aplausos de los franceses y muchas miradas centelleantes de las francesas.

Llegado el momento de matar, si bien pasó de muleta algo desconfiado, entró por derecho y dejó el estoque en su sitio, volviendo á ponerse delante del toro, que, aunque

herido de muerte, continuaba en pie. Reverte sonrió, é hincando una rodilla en tierra se cubrió con la muleta, en vez de extender el brazo para que si el toro arrancaba acudiese al engaño; y de pronto, *Grillito*, sin hacer casi más que alargar la cabeza, le enganchó por la corva y campaneándole horriblemente le dejó caer sobre la arena, mientras un grito de espanto resonaba en la plaza.

No había llegado Reverte á la enfermería en hombros de sus banderilleros Moyano y *Revertito* cuando el toro rodaba como una pelota.

A los dos días se agravó en términos de ser necesaria una consulta, opinando los médicos franceses ser necesaria la amputación de la pierna, á lo que se opuso con gran energía el doctor español Isla, quién se encargó de su curación.

En Madrid y hasta en el último rincón de la península, produjo enorme impresión tan infausto percance, arrebatando el público los periódicos para saber noticias del estado del diestro; y durante muchos días no hubo otra conversación que la de si la gangrena se había apoderado de la pierna, si era forzoso amputarle el pie, ó si de todos modos quedaría imposibilitado para la lidia.

Tan extraordinario interés, produjo gran indignación entre los eternos detractores de la «fiesta Nacional», quienes sacaron á relucir los manoseados *clichés* de que «la afición á los toros es la causa principal del atraso de España», y el de «bárbaro espectáculo que nos deshonra ante los ojos de Europa, etc., etc.», acompañados de exclamaciones, tales

como «¡qué país!», «¡qué periódicos!», «¡qué falta de cultura!», «¡el pie de Reverte es el último *puntapié* á nuestros prestigios!», y otros por el estilo.

Cerca de dos años estuvo sin poder torear, y el 5 de junio de 1901 presentóse por fin en la plaza de Madrid, quedando muy bien en sus faenas, pero comprendiéndose, no obstante, que había perdido de un modo grande en sus facultades. Aquel año sólo toreó cinco corridas; y al siguiente, ó sea en 1902, figuró en el abono de la temporada; siendo la última vez que mató en la plaza de la corte el 29 de junio de 1902, lidiando toros de Biencinto, en unión de Emilio Torres, *Bombita* y *Saleri*.

Fué contratado á Lisboa en 1903 y en dicha capital le dijo un médico portugués que tenía un quiste en el hígado y que era indispensable operarle.

Regresó Reverte á Madrid, ingresando en el Sanatorio del Rosario, donde el Doctor Bravo le operó con resultado satisfactorio, según se dijo; pero á los dos días tuvo un cólico, debido á alguna imprudencia, y falleció de sus resultas.

Su cadáver fué trasladado á Sevilla, presidiendo el entierro Mazzantini y *Guerrita*, que vino expresamente de Córdoba, asistiendo numerosa concurrencia.

De carácter serio y formal, pudo decirse de él que desmentía aquella frase de *Frascuelo* de que «Tener un amigo torero es como tener un duro falso.»

Como torero, ha sido de los más populares, dejando una regular fortuna á su padre y hermanos.

Joaquín Navarro, Quinito

Con la cuadrilla de niños sevillanos capitaneada por *Faico* y *Minuto*, vino á Madrid como banderillero el año 1887, Joaquín, Navarro *Quinito*, que entonces contaba dieciséis años de edad, puesto que había nacido el 22 de agosto de 1871 en el barrio de Triana de la sin igual Sevilla.

Separado de *Minuto* el año 1889, actuó de novillero por espacio de tres años, hasta que el 21 de septiembre de 1892 tomó la alternativa en Ecija, de manos de *Cara-Ancha*, única alternativa que ha dado éste.

No hizo nunca la confirmación en Madrid, pues la primera vez que como matador se presentó en esta plaza, que fué el 4 de marzo de 1894, alternando con él *Torerito* y *Faico*, se puso un *aviso* sobre el cartel diciendo que «no se efectuaría la cesión de trastos á los nuevos espadas *Quinito* y *Faico*, teniendo en cuenta que el *Torerito* había ya alternado en otras plazas con ambos diestros.» Esto era cierto con respecto á *Faico*, pero no á *Quinito*, que desde la toma de su alternativa en Ecija no había toreado en plaza alguna con Rafael Bejarano.

Hay toreros que quieren y no pueden; y otros que pueden y no quieren. De estos últimos ha sido *Quinito*, que en los veintiún años que lleva ejerciendo de matador, ha demostrado podía muy bien colocarse á la cabeza de los primeros, y no lo ha hecho por efecto de su carácter extraordinariamente apático. Algo parecido á Francisco Arjona Reyes, *Currito*.

Es un torero de grandes conocimientos en su arte, y maestro en tranquilas y recursos; las suertes de capa y muleta las conoce y domina en absoluto; como banderillero, es una notabilidad, sobre todo pareando al quiebro, que si no lo efectúa tan fina y elegantemente como Fuentes, aguanta y se ciñe más; y mata algunos toros de modo irreprochable.

¿Qué le ha faltado para llegar á la cumbre? La voluntad. Le da igual que los toros sean grandes ó pequeños, bravos y nobles, ó bueyes y ladrones: todo lo mata, quedando bien unas veces, ó con sus tranquilas características que le libran de todo percance. Por eso ha tenido muy pocos, á pesar de haber dado muerte á mil cincuenta toros, ó quizá más, pues no recuerdo otras cogidas dignas de mención, que la de la corrida de Beneficencia verificada en Madrid el 22 de junio de 1902, y la que tuvo en San Sebastián el 15 de agosto de 1903.

Ha trabajado dos ó tres temporadas en Méjico, y como fué siempre hombre serio y económico, ha llegado á reunir un buen capital, que administra discretamente y no acepta contratos que no le paguen conforme á su categoría.

Antonio Fuentes

Un excelentísimo torero y un buen matador de toros. Eso ha sido Antonio Fuentes.

Sus detractores han dicho que «en la tierra de los ciegos el tuerto es rey» y que eso le pasó á Fuentes, lo cual podrá querer ser un chiste, pero ni es chiste ni es verdad.

Nació en Sevilla el 15 de marzo de 1869 y tuvo que luchar heroicamente en sus primeros años por la falta de recursos conque atender á las imprescindibles exigencias de la vida, logrando sólo á fuerza de voluntad y perseverancia irse abriendo paso en el camino que se había propuesto seguir hasta alcanzar su ideal, que era ser torero.

A los dieciséis años vistió por primera vez el traje de luces en una corrida que se dió en Guillena (Sevilla), el 16 de agosto de 1885, actuando de banderillero.

Dos años después fué á la isla de Cuba, agregado á la cuadrilla de un diestro apodado el *Macarenito*, trabajando en la Habana y otras plazas; y de vuelta á España, aparece en Valladolid en una corrida verificada el 25 de julio de 1889, y pone un par de banderillas al quiebro que levanta de sus asientos al público que le hace una frenética ovación. Aquel par le valió la contrata como novillero en la antigua capital de Castilla durante el año 1890, y al siguiente debuta inesperadamente en Madrid para matar el séptimo toro de Udaeta en la novena corrida de abono, en la que estoquearon los seis primeros Mazzantini y *Guerri*.

En 1892 entró á formar parte de la cuadrilla de Francisco Arjona Reyes, *Currito*, pasando después á la de *Cara-Ancha*, con el que acabó de perfeccionar su estilo, conservando siempre reminiscencias del modo de torear de este maestro.

Tomó la alternativa en Madrid en la corrida extraordinaria verificada el 17 de septiembre de 1893, en la que se

lidiaron toros de D. José Clemente, dándosela Fernando Gómez, *Gallo*, que le cedió el primero, al que después de muy buen trasteo de muleta, mató de una excelente estocada á volapié.

Al año siguiente figuró entre los diestros del cartel de Madrid, y el 27 de mayo tomó parte en tercer lugar en la novena corrida de abono, en la que ocurrió la cogida y muerte de el *Espartero*. La serenidad y acierto de Fuentes libró de más percances á los atribulados diestros, y gracias á él se echó fuera la corrida.

«Fuentes conquistó ayer por completo las simpatías de nuestro público. Fué el único que conservó la serenidad, el único que estuvo en todas partes, el único que toreó con aplomo, sin acobardarse por la terrible desgracia.

Y no es que no lo sintiera, le vimos llorar desesperadamente cuando llegó á conocer su magnitud.

Los antiguos recordaban la tarde en que murió *Pepete*, y lo que en ella hizo Cayetano Sanz, y comparaban con éste al novel espada.

¡Triste recuerdo!» (1).

Antonio Fuentes estaba destinado á intervenir en lances tan tristes como éste.

Hizo cinco ó seis viajes á Méjico, toreando allí más de setenta corridas, siendo uno de los diestros de más cartel de aquellas Repúblicas. En uno de estos viajes, el año 1907, se dió en dicha capital una corrida en la que alternaban

(1) Pascual Millán.

con él Ricardo Torres, *Bombita* y Antonio Montes. El segundo toro de la tarde ocasiono á Montes la cogida que le produjo la muerte. Antonio Fuentes fué aquella tarde el torero admirable y el hombre de temple en más de una ocasión contrastado.

El Sr. Marroquín, en un curioso artículo referente al trágico acontecimiento, se expresa en esta forma:

«Como en aquella tarde infausta del 27 de mayo en Madrid, cuando *Perdigón* mató al valeroso *Espartero*, en esta otra tarde, también tristísima, Fuentes se creció, subyugó, do minó á la multitud, que tuvo como jamás vistas, sus admirables faenas de aquel día».

Durante algunos años no acertó con la suerte de matar; pero á la vuelta de uno de sus viajes á Méjico, sorprendió al público la gran facilidad que había adquirido para dar buenas estocadas, completándose su labor de gran torero con la de un excelente matador de toros.

Alternó en sus principios con *Guerrita*, *Mazzantini*, *Espartero*, *Reverte* y Emilio Torres *Bombita*, y al retirarse éstos, en aquella época, que duró unos seis años, quedó Fuentes como el primero y único. En esos seis años fué el ídolo de los públicos, y el más buscado por las empresas, á las que impuso su voluntad.

«¡Qué admirable, qué maravilloso banderillero! ¡Qué tres pases, los tres primeros, cuando los toros le toman francos la muleta! ¡Qué bonito, qué artístico con el capote, quitando! ¡Qué bien dobla los toros al rematar las suertes!—¿Matador? ¡Ah, sí! Matando, muy bien en su última época, pero

en la suerte contraria; ¡siempre en la suerte contraria!» (1).

«Además de su clasicismo con el capote y muleta, y de su irreprochable colocación en la plaza, ha sido un maravilloso banderillero, completo y artístico, innovador de la suerte del quiebro, demostrando que se puede ejecutar esta suerte con muchas reses, que en otro tiempo ni se intentaba siquiera. Las ovaciones con que el público pagó tales esfuerzos, fueron la consolidación del artista que, como uno de los mejores del toreo, figurará en la historia» (2).

Tanto ó más que en la suerte del quiebro, se ha hecho aplaudir Fuentes en los pares al cuarteo y de frente, yendo paso á paso hasta la cabeza del toro, siendo ésta su verdadera y más notable especialidad.

Después de la grave cogida que el 14 de octubre de 1903 tuvo en Zaragoza, donde el toro *Corredor*, del Saltillo, le hiirió en la rodilla derecha, rompiéndole la arteria tibial, Fuentes se creció más y más, valiéndose de toda su maestría, y al presentarse en Madrid en la temporada siguiente, con la pierna casi arrastrando, toreó y mató con arte y valentía insuperables, entrando á herir más por derecho que antes del percance, resultándole las estocadas más lucidas, y demostrando que es un torero de la buena cepa, digno sucesor de los más afamados del último siglo.

El 4 de abril de 1908 se despidió del público madrileño, y durante aquel año lo siguió haciendo del de varias plazas

(1) *Desde la barrera*. «Don Modesto».

(2) Dulzuras y Recortes. *Las estrellas del toreo*.

de provincia; pero la cogida que sufrió en Valencia el 17 de mayo, en que un toro de Veragua le dió una grave cornada en una pierna, interrumpió esa última serie de corridas en que pensaba actuar.

Buen tipo, elegante y distinguido como torero, le gusta vivir con lujo y esplendor, y ha sido uno de los diestros que más dinero han ganado, tanto en España como en sus repetidos viajes á América.

Volvió á torear en los años 1911 á 1913, y en la actualidad no se sabe si considerarle jubilado ó no; pero yo creo que hará muy bien en colgar definitivamente estoque y muleta, en una panoplia que se destaque en lugar preferente en alguna de las lujosas estancias de su finca «La Coronela».

Emilio Torres, Bombita

Torero muy valiente y muy simpático, y matador de gran estilo, fué Emilio Torres *Bombita*, que nació en Tomares (Sevilla), el 28 de noviembre de 1874, y á quien puede llamarse *Bombita I*, por haber sido el fundador de la dinastía de los *Bombas*, continuada hasta la fecha por el gran Ricardo, *Bombita II* y Manuel, *Bombita III*.

Sus padres, que disfrutaban de regular posición, quisieron que estudiara alguna carrera, pero su afición á los toros y su afán de ser algo en el arte taurino, le llevaban á las capeas, á las dehesas y tentaderos, hasta que vió logrado su deseo, dando muerte á un toro por vez primera en la pla-

za de Gaucín (Málaga), con tan buen arte, que fué calurosamente aplaudido.

Actuó después en otras plazas andaluzas, y la empresa de la de Sevilla le dió á conocer en una novillada el 25 de julio de 1892. El 8 de diciembre del mismo año hizo su presentación en la plaza de Madrid, toreando reses de Vicente Martínez, en unión de Antonio Fuentes. Aquella tarde toreó de capa, quebró de rodillas, puso banderillas y mató de manera tan admirable, que entusiasmó al público.

Tomó la alternativa en Sevilla el 29 de septiembre de 1893, en la segunda corrida de las que tuvieron lugar con motivo de las fiestas de San Miguel. Se lidió ganado de don Anastasio Martín, alternando con Emilio *Espartero* y *Guerrita*, y siendo el primero quien le cedió muleta y estoque.

Quedó Emilio superiormente en la muerte de sus toros; y el 27 de julio del siguiente año le fué confirmada la alternativa en Madrid por *Guerrita*, acompañándole también Fuentes. Durante toda la corrida estuvo diluviando, por lo que no pudo lucir su trabajo ni el de ninguno de los diestros.

Por espacio de dos ó tres años, fué uno de los toreros predilectos del público. Ejecutaba todas las suertes con singular maestría, y las faenas de muleta con gran adorno, entrando á matar con los pies juntos y muy por derecho.

En la corrida verificada en Barcelona el día de San Juan, de 1900, un toro de Miura le dió una terrible cornada que le atravesó una pierna, y á consecuencia de la cual perdió muchas facultades. Esto, unido á lo grueso que se había

puesto, le decidió á retirarse, organizando algunas corridas de despedida en Valencia, Barcelona y Madrid. En la de Barcelona, que tuvo lugar el 12 de septiembre de 1903, con toros de Otaolarruchi, acompañándole Mazzantini, se abrazaron ambos diestros en medio del redondel al terminar de matar *Bombita* á su segundo toro, siendo frenéticamente aplaudido; y en la de Madrid, que se dió el 26 de junio de 1904, con ganado del Saltillo, torearon con Emilio sus hermanos Ricardo y Manuel, además de Fuentes, con la plaza rebosante de un público deseoso de dar el último adiós taurino á aquel simpático torero, que hizo entonces, como siempre, cuanto pudo por corresponder á sus atenciones y cariño.

Breve, pero gloriosa, fué su existencia como matador. Dió la alternativa en Sevilla á su hermano Ricardo y á *Gallito*; y en Madrid á Rafael Gonzalez, *Machaquito*.

En la actualidad vive en Tomares dedicado á la administración y cuidado de sus fincas.

Antonio de Dios, Conejito

Estaba de Dios que Antonio de Dios *Conejito*, no alcanzara en la historia del arte taurino el alto puesto que estaba llamado á ocupar por su valor y clasicismo.

Cordobés de nacimiento, vino al mundo el 18 de septiembre de 1871, siendo su padre Antonio de Dios, carnicero, muy popular en la ciudad cuna de los inolvidables Rafaelles, *Lagartijo*, *Guerrita* y *Machaquito*.

Después de figurar algunos años como banderillero en

las cuadrillas del *Bebe* y del *Ecijano*, y de trabajar como matador de novillos, resolvió tomar la alternativa, y *Guerrita*, que siempre le quiso mucho y fué su más entusiasta protector, se la otorgó en la plaza de Linares el 5 de septiembre de 1895, no haciéndolo en la de Madrid por ser aquel año uno de los en que el *Guerra* estuvo alejado de la misma.

Toreó por vez primera en Madrid en julio de 1897, y, por consejo de *Guerrita*, negóse á aceptar la cesión de la muerte del primer toro, que le ofreció *Minuto*, haciendo valer su alternativa de matador recibida en Linares. El público de Madrid, que siempre ha sido muy celoso de sus prerrogativas, llevó tan á mal este acto, que acogió con extremada frialdad á *Conejito*, que durante bastante tiempo no logró merecer sus simpatías.

No obstante, como era un excelente torero, y un buen matador, hubiera conseguido al fin y á la postre que se dieran al olvido culpas que en realidad no fueron suyas, cuando tuvo la desgracia de recibir en Barcelona, en el mes de julio de 1902, una terrible cornada, estando á las puertas de la muerte, y teniendo tan penosa convalecencia que en cerca de dos años no pudo volver á torear.

Reapareció por fin en el ruedo, pero tan escaso de facultades, que decidió retirarse, organizando una corrida á su beneficio en la plaza de Madrid el 5 de junio de 1907, lidiándose siete toros, habiendo de matar *Conejito* el primero, y los restantes *Bombita* y *Machaquito*.

Fijáronse para esta fiesta unos precios exorbitantes, y á

pesar de ello llenóse la plaza por completo, queriendo de este modo testimoniar el público madrileño el sentimiento que le producía la retirada del arte del valiente torero, y el completo olvido de las antiguas malquerencias.

Guerrita vino de Córdoba expresamente para presenciar el espectáculo, ocupando una delantera de grada del 10, siendo saludado con grandes aplausos por la concurrencia. Era la vez primera que *Guerrita* pisaba la plaza de toros de Madrid después de su retirada.

Con la suma recaudada en la función de su despedida, y los ahorros que él tenía, retiróse *Conejito* á vivir en Córdoba, donde reside actualmente.

José García y Rodríguez, Algabeño

He aquí un nombre que quedará entre los de los grandes matadores de toros, siendo muy de sentir no comenzara su carrera de banderillero en la cuadrilla de un buen maestro, pues con su figura y facultades, hubiera aprendido fácilmente el manejo de la capa y muleta, en cuyas suertes pocas veces oyó aplausos.

Nació en la Algaba (Sevilla), el 21 de septiembre de 1871, y después de haber cursado algunos años de la carrera de Veterinaria, la abandonó para dedicarse á la lidia de reses bravas.

Como matador de novillos en Sevilla el año 1894, dejó admirados á sus paisanos por la bravura con que se deshizo de los dos Miuras que le correspondieron, valiéndole ser contratado para dos corridas más, en las que

obtuvo unánimes aplausos del público, siendo proclamado como un futuro matador de primera línea.

Debutó en Madrid en la primavera del año siguiente, y los aficionados de la villa y corte, quedaron convencidos de que no habían sido exageradas las alabanzas de la prensa sevillana.

Su vida de novillero fué breve y lucida, caminando de triunfo en triunfo, y la empresa de la plaza de Madrid le contrató para la canícula de aquel año, dando dos corridas por semana, jueves y domingos, viéndose en todas la plaza completamente llena.

El 22 de septiembre de 1895 tomó la alternativa en Madrid, en la undécima corrida de abono, con toros de Veragua, recibéndola de manos de Fernando Gómez, *Gallo*, y toreando además Emilio Torres, *Bombita*.

Vino contratado á Madrid para la temporada de 1896, y de tal manera empujó y de tal modo entusiasmó á los públicos, que llegó á torear 62 corridas durante el año 1900, siendo el indispensable en todas las plazas.

Sus volapiés le hicieron célebre, pues después de Mazantini, no ha habido otro que practicara esta suerte con la verdad y arrestos que el *Algabeño*.

Dió la alternativa á Ricardo Torres, *Bombita*, y á *Bienvenida*; y aunque ha tenido varias cogidas, la más importante fué la que sufrió en Madrid el 21 de abril de 1904, en que un toro de Palha le dió una cornada en el cuello, que puso en grave riesgo su vida.

Toreó en Méjico una sola temporada, pues no quiso vol-

ver á pesar de las reiteradas gestiones con que fué solicitado.

No tardará mucho tiempo en abandonar la profesión, pues, además de disfrutar de un buen capital, que administra á la perfección, se encuentra algo grueso, ha perdido facultades y, como quiere cobrar lo mismo que en sus buenos tiempos, no es ya buscado por las empresas.

Domingo del Campo, Dominguín

Madrid ha tenido siempre gran afán por que uno de sus hijos figurase á la cabeza de los reyes del arte taurino, deplorando vivamente que San Isidro, en vez de dejar sus bueyes á merced de aquel angel protector, no supiera lancearles por verónicas ó pasarles de muleta como Cayetano Sanz, último ídolo madrileño que llenó cumplidamente tales deseos y fué dueño de su devoción y cariño.

Por eso, desde que pisó la arena del redondel Domingo del Campo, *Dominguín*, se entusiasmaron los madrileños con los arrestos del joven torero, y vieron en él al ansiado sucesor de Cayetano.

Había nacido *Dominguín* en esta coronada villa, el 12 de junio de 1873, siendo su padre Angel del Campo, inteligente obrero de los ferrocarriles del Norte, que, cuando Domingo terminó la instrucción primaria, lo llevó primeramente á su lado en los talleres del ferrocarril, y luego lo hizo entrar en una cerrajería de la calle del Arco de Santa María, en dónde se construyen los hierros llamados *monas*, que usan los picadores.

El trato con la gente de coleta que concurría á su taller, determinó la afición de Domingo del Campo por los toros, y su padre, á quien no agradaron tales inclinaciones, lo sacó de aquel establecimiento, colocándole en otra cerrajería de la calle del Pozo. No cayó en la cuenta de que el nuevo taller estaba al lado de «La Estufa», punto de reunión de los toreros, y dónde *Dominguín* adquirió amistades y apoyo para lanzarse resueltamente á la lidia de reses bravas.

Ante la decidida vocación del muchacho, no tuvieron más remedio sus padres que consentir en que trocase la blusa de aprendiz de cerrajero por el traje de luces, dejándole se dedicara por completo al logro de sus deseos.

En la plaza de Moralarzal mató por vez primera un toro, el 8 de octubre de 1893, y el 17 de diciembre del mismo año se presentó en una novillada en la de Madrid, siendo muy celebrado.

Durante cinco años actuó de novillero con buen éxito; y en la segunda corrida de Beneficencia, que se verificó en Madrid el 28 de octubre de 1898, lidiándose ocho de Ibarra, tomó *Dominguín* la alternativa, acompañándole el *Torerito*, *Lagartijillo* y Emilio Torres, *Bombita*, quedando muy bien en sus toros, especialmente en el primero, que le volteó sin consecuencias al darle una buena estocada.

Vió *Dominguín* colmados sus anhelos con la investidura de matador de cartel y ser aplaudido por la muchedumbre, especialmente por sus paisanos; pero, sin duda, estaba escrito que había de durarle muy poco tal satisfacción, pues

el 7 de octubre de 1900, toreando en Barcelona, en unión del *Algabeño*, reses de Miura, el primero de la tarde, llamado *Desertor*, al salir de un puyazo é ir *Dominguín* á hacer el quite, colósele por bajo del capote dándole una cornada mortal.

En vista de la gravedad, fueron llamados á consulta los más célebres doctores catalanes, que nada pudieron hacer, y falleció á las diez de la noche del mismo día, en medio de horribles dolores, rodeado de todos sus compañeros.

Su cadaver, después de embalsamado, fué conducido á Madrid, en donde el entierro fué una imponente manifestación. Presidieron la triste ceremonia su padre y hermanos, llevando las cintas del féretro, entre otros, Mazzantini, Valentin Martín, *Pepe-Illo*, *Bonarillo*, *Lagartijillo*, Montes, Martín Vázquez, etc., y una multitud de gente le acompañó hasta la Sacramental de San Lorenzo, donde recibió sepultura.

Se organizó una corrida á beneficio de sus padres, que tuvo lugar el 21 de aquel mismo mes, en la que actuaron Mazzantini, *Bonarillo*, Fuentes, *Algabeño*, *Pepe-Illo* y *Lagartijillo*, publicándose un periódico titulado *Dominguín*, con artículos y poesías de distinguidos escritores. Uno de éstos decía: «Fué un torero valiente y pundonoroso en grado sumo. Una grata promesa que la muerte dejó sin cumplir».

Dominguín ha sido la última figura típica del toreo. Cuidaba mucho el diestro madrileño de su indumentaria, vistiendo siempre de corto, ya en invierno la fuerte zamarra

de terciopelo enguatado, ya en verano la airosa chaquetilla de tela clarísima, y una constelación de brillantes sobre todo su cuerpo. El Viernes Santo, conservó la tradición del *calañé*, la faja multicolor y el traje corto de rico paño negro, que fué orgullo y prez del *Tato*, *Currito*, *Frascuelo* y *Cara-Ancha*.

Antonio Montes

En la triste serie de los toreros trágicamente malogrados, ocupa un lugar preeminente Antonio Montes y Vico, que nació en el barrio de Triana, el 20 de diciembre de 1876, y fué en sus mocedades sacristán de la iglesia de San Jacinto por espacio de algunos años.

Trocó la sotana por el traje corto, y estoqueó su primer toro en la Algaba, antes de cumplir los veinte años, presentándose en el de 1898 en la plaza de Sevilla, en la que fué acogido por sus paisanos con gran entusiasmo. El espada *Currito*, que presenciaba la corrida, dijo: «*Este chico mete á todos en la banasta*».

El 13 de noviembre de aquel año toreó por vez primera en Madrid, y tomó la alternativa en Sevilla de manos de Antonio Fuentes, en la corrida de Pascua de Resurrección de abril de 1899, siéndole confirmada en Madrid por *Lagar-tijillo*, el día 2 de mayo siguiente, toreando ganado de Veragua y acompañándole Emilio Torres, *Bombita*.

Tomó parte en la corrida de la Asociación de la Prensa del 17 de mayo de 1906, en la que se lidiaron reses de Felipe de Pablo Romero, alternando con Fuentes, *Bombita* y

Machaquito, quedando superiormente, lo mismo toreando que con el estoque, y produciendo tal entusiasmo en el público, que el empresario de la plaza de Madrid se apresuró á ofrecerle una eontrata para aquella misma temporada, lo que no pudo realizar por no avenirse á las pretensiones del diestro, pero haciéndolo después para la de 1907 en las condiciones impuestas por Montes.

Lleno de ilusiones y esperanzas, se fué á cumplir sus compromisos en Méjico, y después de torear seis corridas con gran éxito, en la que se dió el 13 de enero de 1907, acompañado por Fuentes y Ricardo Torres, *Bombita*, el segundo toro de la ganadería de Tepeyahualco le cogió y volteó al darle un lance de capa, resultando ileso, pero al tirarse á matar, lo hizo tan despacio y tan de cerca, que salió enganchado por la pierna derecha, recibiendo una cornada extensa y profunda, que le produjo una hemorragia tan grande, que dejó un reguero de sangre desde el redondel hasta la enfermería.

Trasladado al hotel en que se alojaba, sus compañeros Fuentes y *Bombita* llamaron á los mejores Doctores, quienes opinaron que, si bien la herida era gravísima, abrigan la esperanza de salvarle. Desgraciadamente al cuarto día aumentó la fiebre de tal modo, que sobrevino una infección general, falleciendo dos días después.

Su cadáver, después de embalsamado, fué depositado en el cementerio hasta la salida del vapor que había de conducirle á España, dejando abiertas las puertas y ventanas de la capilla, y el fuerte viento que se levantó durante

La noche, hizo que los cirios que alumbraban al féretro prendiesen fuego á este, é hicieran presa de las llamas el cadáver, que quedó completamente mutilado.

Al llegar sus restos á Sevilla fué objeto de una imponente y popular manifestación de sentimiento y cariño por parte de sus paisanos, erigiéndosele más tarde un elegante y severo panteón donde yace actualmente.

Murió cuando comenzaba á brillar con luz propia y constante. En sus dos temporadas últimas manejaba el capote y la muleta con arte y elegancia; paraba y se arrimaba mucho al herir, con valentía y precisión, explicando ésto su rápido encumbramiento y, quizá, también su trágico fin.

Ricardo Torres, Bombita

Desde el año 1899, en que tomó la alternativa, hasta el de 1913, en que se retiró del toreo, no ha habido diestro alguno, entre los de su época, más discutido ni que más emoción haya despertado, lo mismo en la muchedumbre que entre los que presumen de inteligentes, que Ricardo Torres, *Bombita*.

Y esto digo yo que es una prueba irrecusable y contundente de su valer, porque las medianías no se discuten, ni nadie se ocupa de ellas.

Digan lo que quieran sus apasionados detractores, Ricardo ha sido en esos catorce años la figura más principal y sobresaliente que ha pisado la arena de los cosos taurinos.

Y no vale decir que no tuviera competidores que le dis-

putaran la supremacía, pues hubo de luchar con Fuentes, *Algabefío*, *Conejito*, *Quinito*, el bravo *Machaquito*, Vicente Pastor, *Gallito*, etc., etc. Es decir, *juna tontería* de lidiadores de toros!

Nada hay que pueda oponerse al fallo del público que paga, que *es el verdadero conde*, y el público sancionó con sus aplausos y delirantes ovaciones que «Don Modesto» le otorgara *la tiara*, pues al concederle la investidura de *Sumo Pontífice* del toreo, no lo hizo por un capricho ó pueril genialidad, sino respondiendo al sentimiento de la opinión general.

¿Que hubo una minoría, respetable como todas las minorías, que se le mostró hostil y agresiva, pretendiendo denigrar y empequeñecer sus faenas? Ciertísimo; pero esa es la eterna historia del irreflexivo apasionamiento de los aficionados, repetida con Manuel Domínguez, con el *Gordito*, á quien se arrojó de la plaza de Madrid, con *Lagartijo* en sus postrimerías, y con *Guerrita*, que se marchó á su casa asqueado y aburrido.

Nació Ricardo en Tomares (Sevilla) el 20 de Febrero de 1879, y en sus primeros años siguió el oficio de cajista de imprenta, á la sazón en que su hermano Emilio estaba en el apogeo de la fortuna y la popularidad, y lejos de sentirse deslumbrado por los triunfos de éste, Ricardo repetía frecuentemente: «Yo no quiero ser torero. Yo quiero estudiar, y si Emilio, que me quiere mucho, me puede costear una carrera, seré médico» (1).

(1) Antonio de Lezama, *El libro popular*.

Pero un día sus compañeros de imprenta discutían sobre asuntos taurinos, ensalzando á Emilio Torres, de quien alguno dijo: «Será un gran torero, porque es valiente como un jabato». Y agregó dirigiéndose á Ricardo: «En cambio, tu no lo serías nunca».

Aquella frase hizo tal impresión en el ánimo de Ricardo y le obsesionó en términos, que él mismo ha explicado en esta forma:

«Un día, sin saber por qué, me entró de pronto la fiebre del toreo. ¿No lo era mi hermano? Me aferré en la idea y resolví de plano abandonar las cajas de imprenta y dedicarme á los toros. Aquella misma tarde estaba mi hermano entrenándose en «El Copero», una finca de por aquí cerca, y, sin más ni menos, cogí el tole y me presenté allí. Este— señalaba á Emilio—, en vez de regañarme, le hizo gracia mi resolución, y me dió un capote, tres lecciones y un empujón para que me acercase al toro... Vinieron los revolcones, las risas y un compromiso que yo contraí conmigo mismo de quedarme colgado del cuerno de un toro ó ser torero de cartel. Y desde aquel día empezó el calvario de las capeas y los viajes á los pueblos; y ésto resultó para mí menos duro que para otros; aunque mi madre me reñía muchísimo, había dicho en una tienda de ultramarinos, de donde nos surtíamos en casa, que me dieran todo lo que pidiera, de dinero ó de comestibles. Claro que yo no abusé nunca» (2).

(2) José María Carretero, *Nuevo Mundo*, 3 julio 1915.

A los catorce años formó parte de la cuadrilla de «Niños sevillanos», juntamente con *Pulguita chico*, y en Jerez de los Caballeros estuvieron los dos *matadores* afortunadísimos, ajustándoles para quince corridas en plazas tan importantes como Valencia y Zaragoza.

Ricardo era, en aquella época, de naturaleza muy débil y tan desmedrado, que nadie imaginaba pudiese luchar sin desventaja con los toros.

El 7 de marzo de 1897 se presentó por primera vez en la plaza de Madrid, en compañía de Juan Domínguez, *Pulguita chico*, para matar tres toros cada uno, de la ganadería de Mazpule.

El primer toro se llamaba *Espesito*. Ricardo se encoragino por la frialdad del público, y entró á matar entregándose, cobrando una gran estocada, de la que rodó el toro sin puntilla. Acabó con el tercero de una corta, un pinchazo y una completa en el lado contrario; y en el quinto empleó tres pinchazos y una buena estocada hasta la mano. Su hermano Emilio, que presencié el *debut*, le dijo abrazándole:

— «Ricardo, ya eres torero y mejor serás que yo. ¡Que Dios te dé suerte!».

De 1897 á 1899 fué el novillero de más cartel. Los empresarios se le disputaban, y llegó á cobrar 1.500 pesetas por corrida, cantidad que no cobraba ningún novillero. *Era el torero de la emoción*. Rara era la corrida en que no resultaba volteado y en muchas herido, pero el muchacho se levantaba del suelo y de la cama cada vez con más coraje.

Tomó la alternativa en Madrid, el 24 de septiembre

de 1899, en la 14 corrida de abono, alternando con José García, *Algabeño*, y Domingo del Campo, *Dominguín* (éste en sustitución de Emilio, *Bomba*, herido en Barcelona días antes), lidiándose ganado de Veragua. Al primer toro, llamado *Cachucho*, jabonero y bien puesto, le dió muerte después de muy lucida faena, de un pinchazo y media estocada *lagartijera*, y al último, *Rosquillero*, de dos pinchazos y una corta delantera.

Volvió á torear en Madrid el 30 de abril de 1900, y desde el primer momento se vió que Ricardo ya no era el niño de aspecto debilucho del año anterior. Comprendiendo *Bombita* que carecía de las fuerzas físicas indispensables para el ejercicio de su arriesgada profesión, dedicó todo el invierno á fortalecer sus músculos, ensanchar sus pulmones y acrecentar sus facultades con la práctica constante de la gimnasia, estancias en el campo y severo método de higiene.

En Valencia, Barcelona y Sevilla, aquel mismo año, y en la corrida de 10 de Junio en Madrid, puede decirse que triunfó definitivamente, y sus éxitos fueron tales, que se le reputó como la esperanza del arte taurino, siendo el favorito de todas las plazas, y en Madrid el niño mimado del público, que veía en él al torero cada vez más conocedor de los secretos de su arte y de valor frío y sereno.

El 15 de mayo de 1901 lidiáronse en Madrid toros de D. Vicente Martínez. El segundo, de los que correspondieron á *Bombita*, era un verdadero criminal, descompuesto, con todo el poder de los que arrancan broncos y al bulto-

Bombita le dió unos muletazos de poder á poder, siendo achuchado. Aprovechó una media igualada y se tiró á matar; pero, antes de que llegase á herir, su enemigo le cortó el viaje tirándole un hachazo. *Bombita* fué enganchado por la faja, zarandeado como un pelele, pasado de pitón á pitón y, despedido á larga distancia, cayó al suelo como un guiñapo. El público creyó que estaba muerto. *Bombita* se levantó con el traje destrozado y la cara llena de sangre. Apenas en pie, salió corriendo como un loco hacia la barrera, pidió unos calzones á un arenero, se los puso encima de la desgarrada taleguilla y saltó de nuevo al ruedo. Dió dos medios pases al toro, y, á dos dedos de los pitones, entró á matar, encunándose y siendo enganchado nuevamente; pero cayó al suelo al propio tiempo que el toro muerto de una estocada en la cruz.

El público, delirante de entusiasmo, hizo dar á Ricardo tres vueltas al redondel, aclamándole á la salida de la plaza y por las calles. La Prensa le proclamó como figura preeminente del toreo, y las empresas ofrecieron á *Bombita* contratos por cantidades como ningún matador había alcanzado hasta entonces.

Surgió en los años siguientes la competencia con *Machaquito*, iniciada en la plaza de Madrid por los antiguos *frascuelistas*, y esa competencia fué muy provechosa para Ricardo y Rafael, que se apretaban con los toros como nunca, deseosos de satisfacer á sus respectivos partidarios; y las corridas en que los dos diestros torearon juntos, de 1903 á 1905, fueron verdaderamente notables.

Hizo *Bombita* en 1905 su primer viaje á Méjico. A la tercera corrida que allí toreó, se hincó de rodillas ante el primer toro para darle un cambio. El toro se le arrancó despacio, aguardando *Bombita* sin levantarse, y tan ceñido ejecutó el cambio, que el toro, con el testuz, le dió en mitad del pecho, rompiéndole tres costillas. Se le presentó la pulmonía traumática, creyéndose no había salvación para él. Después de cincuenta y seis días pudo embarcarse y regresar á España.

La primera vez que pisó el redondel después de este percance, fué en Madrid, y en su primer toro se arrodilló y dió el cambio. Cuando al año siguiente volvió á Méjico, el día de su presentación dió el cambio de rodillas. Esto retrata el carácter del valiente torero.

El 31 de mayo de 1906, fecha memorable, porque en tal día se verificó el casamiento de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, y tuvo lugar el inicuo atentado de la calle Mayor, que tantas víctimas produjo, se dió en la plaza de Madrid una corrida extraordinaria, con caballeros en plaza y seis toros de Saltillo, que estoquearon Fuentes, *Bombita* y *Machaquito*.

El señor Gobernador civil debió haber suspendido la corrida en señal de duelo por la inmensa desgracia que, pocas horas antes, había sumido en la aflicción á tantas familias y consternado á todo Madrid, pues no eran aquellos momentos los más á propósito para pensar en diversiones y festejos; pero no lo creyó conveniente, y la corrida se verificó, por cierto con un lleno completo.

Fuentes y *Machaquito* quedaron superiormente; pero

Bombita logró superarles, estando inconmensurable. Dió pases en redondo sobre la izquierda, naturales y obligados de pecho, de molinete y de telón, todo en un palmo de terreno, y metió cuatro veces el pie citando á recibir, dos en cada uno de sus toros. Aquella tarde ha sido una de las más afortunadas de *Bombita*, y siempre se recordará como la faena más completa y de *mayor cantidad de torero* la que realizó con el quinto toro, sin que por eso desmereciera la que hizo en el segundo, que fué igualmente admirable.

Y, sin embargo, en estos años de 1906 y 1907, el público se mostraba hostil con Ricardo. En Madrid toreó siete corridas seguidas y se hartaron de él. Se le aplaudía durante toda la lidia, interrumpiendo sus faenas de muleta para ovacionarle, pero apenas armaba el brazo, aun antes de arrancar á herir, comenzaban las manifestaciones de desagrado y los silbidos de los furibundos *machaquistas*.

Con efecto: *Bombita* no encontraba la muerte de los toros. Casi siempre cuarteaba al herir, no arrancaba derecho, arqueaba el brazo, escurría el bulto... ¿Era por miedo? No podía sentirlo quien realizaba con la muleta una faena estupenda de valor y temeridad. Es que le dominaba la preocupación de que no podía matar bien, y esta idea le acometía tan sólo en Madrid. En esta plaza «tenía miedo» no á los toros, que ese no lo conoció jamás, sino al público.

En la temporada de 1908 es cuando alcanza sus dos mayores éxitos en la plaza de Madrid, con las corridas de la despedida del *Conejito* y la dada á beneficio del Montepío de los toreros el 24 de octubre de dicho año.

«Don Modesto» hizo tan maravillosamente la reseña del trabajo de Ricardo en aquella tarde, que no cabe más que reproducir algunos párrafos. Dice así:

«¡Que faena de maestro con el primer toro! ¡No se puede llegar á más en la lidia! El bicho, que no era bravo ni noble, ni fácil de manejar, se convirtió en dulce borreguillo al influjo de aquella mágica muleta. ¡Qué dominio, qué frescura y que serenidad! Hubo un pase de pecho y otro por bajo, de los que sólo los gigantes del toreo tienen el secreto. Un pinchazo en lo duro, atacando bien, y una hasta la empuñadura magnífica.

El concurso, ébrio de entusiasmo, batió palmas al maestro, tiró sombreros, botas, gabanes...

Pero, ¿qué es ésto para lo que nos faltaba ver? Y nos faltaba ver la muerte de *Rastrojero*, un berrendo en castaño, con unos pitones más largos que la esperanza de un pobre, y el buey más enorme que ha salido por las puertas de los chiqueros madrileños. No se fogueó á *Rastrojero* de pura casualidad, pero vaya si lo merecía.

Ricardo manda retirar la gente y se enreda con el respetable manso en singular combate. El bicho que se quiere marchar y el diestro empapando y corriendo la mano con soberano arte, y que no te marchas, y que tomás trapo á la fuerza, y que te meto la pierna contraria en la cuna para consentirte, y que me libro con mi suprema inteligencia de tus traidoras puñaladas, y que no te vas, y que toma muleta, y ¡que no se fué! Y al juntar las manos, un volapié inmenso, que hizo desplomarse al cornúpeto como mole de

piedra arrojada en el vacío. ¡Inmenso! ¡Inenarrable! ¡Colosal!

El público, en pie, sin distinción de colores, borracho ante aquella faena, hizo á *Bombita* la ovación más grande que han presenciado los tiempos pasados y presentes y que presenciarán los venideros.

Los más intransigentes, los que viven con los recuerdos de aquellos grandes lidiadores que se llamaban *Lagartijo* y *Frascuelo*, y se llaman *Guerrita* y *Mazzantini*, se rindieron á la evidencia. Así pudo torear alguna vez alguno de aquéllos, mejor nunca, imposible.

La afición, por lo que ayer hizo y por lo hecho en esta temporada, le llama á ocupar el solio pontificio de la tauromaquia.

¡San Ricardo Bombita Papa!

El cónclave de cardenales taurinos, aficionados de pura sangre, críticos imparciales y concienzudos, masa neutra, que tarda en decidirse para «no errar el golpe», todos «*ne-mine discrepante*», proclamaron ayer Soberano Pontífice del Toreo á *Bombita II*.

Surgió entonces la llamada «cuestión de los Miuras», que perjudicó extraordinariamente á *Bombita* en el ánimo de las gentes que juzgan por impresión y sin conocimiento de causa. Eran muy pocos los enterados del asunto y de las razones que tuvieron la mayoría de los matadores de alternativa, no solamente *Bombita*, para firmar el compromiso, pero las iras cayeron únicamente sobre éste, y el público se puso en abierta protesta contra el que era el número uno de los toreros que ejercían la profesión.

El empresario de la plaza de Madrid, quiso aprovecharse de aquel ambiente de hostilidad contra *Bombita* y *Machaquito*, imponiéndoles determinadas condiciones para su contrata en la temporada de 1909, y los diestros no quisieron ni escuchar al empresario. Este declaró la guerra á Ricardo, quien durante tres años no figuró en el cartel del abono madrileño. Toreó en Madrid el 25 de marzo de 1909 en la corrida á beneficio de la Asociación de la Prensa, entre constantes ovaciones; y el 17 de mayo en la de Beneficencia, dos mansos de Veragua de manera magistral, y un toro bravísimo de Santa Coloma en el que entusiasmó al público.

Sin el abono de Madrid, y á pesar de la cogida que tuvo en Algeciras, toreó Ricardo aquel año 1909, cincuenta y cuatro corridas, matando ciento treinta y seis toros, y triunfando por completo en San Sebastián, Valencia, Bilbao, Sevilla, Santander, etc.

En 1910 tuvo una cogida en Valencia el 26 de abril y otra en Barcelona el 26 de junio, que le costó la pérdida de un dedo. En 1911 tenía comprometidas en mayo sesenta y siete corridas, de las que llevaba toreadas dieciséis, cuando el 28 de mayo, en el Puerto de Santa María, toreando reses de Benjumea, se le rompió el tendón de Aquiles del pie izquierdo, no pudiendo volver á trabajar hasta el 22 de octubre en Nimes.

En 1912 el empresario de Madrid cedió en su irreductible oposición á Ricardo, y el 16 de abril reapareció éste en el ruedo madrileño. Estuvo verdaderamente admirable, y

además de ser aclamado en su primer toro, en el quinto hizo tal faena y dió tan colosal estocada, que por unanimidad se le concedió la oreja del Santa Coloma.

El 18 de mayo, en corrida extraordinaria de ocho Miurras, al pasar al segundo toro, correspondiente á Vicente Pastor, que había sido herido, el toro le achuchó, quiso Ricardo dar un salto atrás para librarse de una cornada, y cayó al suelo. Al levantarse no pudo apoyar el pie derecho, y en brazos de las asistencias fué conducido á la enfermería. Se había roto los músculos que se insertan en el tendón de Aquiles. Unos salvajes le tiraron varias almohadillas cuando le llevaban en brazos. Tal indignación produjo esto en Ricardo, que por primera vez pensó en retirarse del toreo. Le duró la lesión todo el año, pero durante el otoño volvió á recuperar sus fuerzas, aceptando contratos para 1913.

Ese año, último de su vida torera, fué de grandes éxitos para *Bombita*; pero decidido á retirarse, por creer que el público estaba ya cansado de él, convino con la Empresa de la plaza de Madrid que se diera una corrida á beneficio de la Asociación de Toreros, por él fundada, anunciando que en ella torearía gratis y por última vez en su vida. Tuvo lugar la benéfica fiesta el 19 de octubre de 1913.

Por la creación de este Montepío taurino merece *Bombita* perpetuo agradecimiento de sus compañeros de profesión. Gracias á él ningún torero tendrá que ir al hospital ni acudir á la caridad en caso de inutilizarse ó de vejez, ni su familia en caso de muerte.

Ha sido el torero que más ha cobrado en sus contratas, y, por consiguiente, de los que más han ganado en su vida artística. Contestando á la pregunta que sobre esto le hizo hace poco un distinguido escritor, dijo Ricardo: «Aproximadamente unos cuatro millones de pesetas» (1). Hay que tener en cuenta que *Bombita* es un administrador de sus bienes admirable. Vive espléndidamente, y con lujo viven los suyos á quienes mantiene; pero, jamás, ni en los primeros años ni en los últimos, gastó más de lo que le permitían sus rentas.

Caritativo en extremo, nunca ha sido indiferente ante la verdadera desgracia, y en Madrid como en Sevilla hace numerosas obras de caridad.

Ha toreado en más de mil trescientas corridas, y dado muerte á tres mil toros, siendo el diestro que más castigado ha sido por ellos, pues ha sufrido de veinticinco á treinta cogidas de importancia, algunas gravísimas, y cincuenta y tantas más sin consecuencias. Tiene treinta y ocho cicatrices, y ha perdido en la pelea un dedo de la mano izquierda.

¿Por qué? La respuesta es muy sencilla: Ricardo Torres ha pisado siempre el terreno de los toros, el de la verdad, el que pisaba el *Espartero*, el que hoy pisa Belmonte, á dos dedos de los pitones, con el manso y con el bravo, con el noble y con el traidor.

Después de *Guerrita* no ha habido otro tan inteligente

(1) José María Carretero.—*Nuevo Mundo*, 3 julio 1915.

y tan completo, y con la muleta ha superado á éste, porque pisó un terreno que *Guerrita* no piso nunca.

Personalmente considerado, es atento y correctísimo en su trato, muy amante de su familia, de aficiones cultas y más dado á frecuentar el Teatro Real y el de la Princesa que los colmados y cafés. Viaja mucho por el extranjero, le agrada reunirse con personas distinguidas, y usa el sombrero flexible ó el hongo, con más frecuencia que el sevillano de alas planas.

¿Si tiene partido con las mujeres?... Según dicen posee el título de *campeón*... ¿Quién no ha oído algo de lo mucho que sobre el particular se ha contado? Hasta ahora permanece soltero, pero va á necesitar más valor del que tuvo como torero para librarse de una *cogida* matrimonial.

¿Volverá á vestir alguna vez el traje de luces?

«¡Por nada ni por nadie!», ha dicho Ricardo. Y hace muy bien.

Rafael González, Machaquito

y

Rafael Molina, Lagartijo II

Es el número tres de los grandes Rafaelés de Córdoba, Rafael González Madrid, *Machaquito*, matador de toros, valiente como el que más, que siempre ha entrado derecho á herir, mirando más al morrillo que á los cuernos de los toros, muchos de los cuales le han roto las chorreras de la camisa, señal de que les ha dado el pecho al acometer.

Nació en Córdoba el 2 de enero de 1880, y desde muy pequeño comenzó á frecuentar el Matadero de aquella ciudad, donde se familiarizó con las reses y entró en deseo de ser torero.

Después de rodar con otros compañeros de afición por los pueblos de la provincia en capeas y novilladas, se presentó con su tocayo Rafael Molina, hijo del famoso banderillero Juan Molina, y que tenía la misma edad que *Machaquito*, puesto que nació el 16 de julio de 1880, en una corrida que se verificó en Córdoba el 23 de mayo de 1897, en la que se lidiaron seis novillos de D. Rafael Rodríguez.

El 8 de septiembre de 1898 debutaron los dos jóvenes novilleros en Madrid, y desde el primer momento despertaron los muchachos gran entusiasmo, siendo solicitados por todas las Empresas, hasta el punto de torear tantas ó más corridas que los matadores de primera fila.

Presenció la función desde un palco *Lagartijo* el Grande: «¡Bien ha estado Rafaelito, mi sobrino!», dijo quitándose una cadena de oro que iba á regalarle. «Pero á ese *Machaquito*, el que quiera *ganársela*, tendrá que echarse en los morrillos y matar los toros á bocáos.»

Desde ese día hasta el 16 de septiembre de 1900, en que tomó la alternativa en Madrid toreó *Machaco* en 90 corridas, estoqueando 257 toros.

En el mismo día se hicieron espadas *Machaquito* y su compañero Rafael Molina, *Lagartijo II*, apodo que se le dió en memoria de su inolvidable tío.

Como era preciso establecer cuál de los dos nuevos es-

padas había de matar en primer lugar, se hizo un sorteo en medio de la plaza, bajo la dirección del delegado D. Leoncio Rebollo, y el crítico de *El Liberal*, D. José de la Loma «Don Modesto», sacó una papeleta con el nombre de *Lagartijo*, siendo, por lo tanto, éste el primero, á quien cedió los trastos Mazzantini. A *Machaquito*, se los cedió en el segundo toro de la tarde, Emilio Torres, *Bombita*. Las reses eran de Veragua.

El resultado del sorteo, que adjudicó el primer lugar al joven *Lagartijo II*, dejó á éste muy satisfecho, pero contrarió mucho á *Machaquito*, que durante la campaña que hicieron juntos como novilleros, había figurado en primer término, y fué causa de que se enfriaran sus buenas relaciones por el momento, pero, al poco tiempo, hicieron las paces, volviendo á haber entre ellos la franca y cariñosa amistad de los primeros años.

Una vez consagrado como matador de cartel, ha sido el bravo *Machaco* de los toreros que más han trabajado en los trece años en que ejerció la profesión, llegando á sumar hasta 80 corridas en España, el año 1904, y como quiera que fué á Méjico en la misma temporada, actuando allí en catorce corridas en las que mató cuarenta y cuatro toros, hace un total de 94 corridas en dicho año, cifra no alcanzada por ningún otro diestro.

A pesar de no ser muy alto, ha tenido gran habilidad para dar magníficas estocadas en lo alto, lo que le ha proporcionado grandes ovaciones. Desde que comenzó á torear tuvo estilo propio, y con el estoque encontraba fácil la

suerte, que, con el tiempo, fué perfeccionando, perfilándose en corto y entrando á herir rectamente.

Con el capote no consiguió mucho lucimiento, pero sí en los quites, por su voluntad y valentía; banderilleando al cuarteo, admirablemente, y también algunas veces al quiebro.

«*Machaquito* es, ante todo y sobre todo, un caso de dignidad profesional, del que no hay precedente en los anales de la tauromaquia. ¡Y á la hora de matar!... ¡Ahí está *Machaquito*! No se perfila tan en corto como Salvador—éste ponía la punta del estoque entre los cuernos—, pero arranca tan derecho, tan derecho, que casi no puede apreciarse el sitio por donde sale.»

«Cierto que da el paso atrás al arrancarse—que tanto censuramos á *Lagartijo*—, pero no se sale de la recta y se practica para dar mayor fuerza al ataque» (1).

Ha sido muy castigado por los toros, teniendo diecisiete cogidas, siendo las más graves la que sufrió el 4 de julio de 1909 en Palma de Mallorca, en que un toro del Saltillo le produjo una herida en el muslo, estando á punto de tener que sufrir la amputación, y la de el 6 de octubre de 1911, en Madrid, en la que al hacer un quite en el sexto toro llamado *Pandero*, de Gamero Cívico, fué volteado, y al caer, sufrió una fuerte distensión de los ligamentos cervicales, que puso en peligro su vida, estando cerca de un año sometido á un riguroso tratamiento.

(1) *Desde la barrera*, «Don Modesto».

Dió la alternativa en Madrid á Antonio Boto, *Regaterín* y á Manuel Rodríguez, *Manolete*; y la última corrida en que tomó parte fué la del 16 de octubre de 1913, dando en aquella tarde la alternativa á Juan Belmonte.

Cinco días después, se cortó la coleta en una habitación del Palace Hotel de esta corte, donde se hospedaba. Después de comer en compañía de su esposa é hijos y de su buen amigo y compadre D. Clemente Peláez, subieron todos á la habitación. Una vez en ella, Rafael cogió unas tijeras, se las dió á su amigo y le dijo:

«—¡Ea, se acabó todo, voy á complaceros; córtame la coleta!»

El así requerido se apresuró á obedecerle con mano temblorosa, mientras su esposa, presa de intensa emoción, lloraba de alegría.

Así abandonó *Machaquito* la profesión.

«Sin ruido, sin una mala noticia precursora, silenciosamente, fuera del circo taurino, donde con su arte y con su desmedido valor hubiera hecho enronquecer á la multitud, que al aclamarle frenéticamente, hubiera vertido también lágrimas por el alejamiento del pundonoroso estoqueador, que dejó cientos de veces en las astas de los toros pedazos de sus ropas y de sus carnes; en la mudez de las cuatro paredes de una habitación y sin más testigos que su virtuosa mujer y un amigo del alma, accediendo á nobles deseos de ellos y sin que el propio lidiador pensara en su extrema resolución una hora antes. Una frase de brusca transición separa al bravo gladiador de su trágica carrera, que

abandona repentinamente, dejando estupefactos á sus miles y miles de admiradores» (1).

Durante el tiempo en que *Machaquito* actuó como matador de cartel, y sin contar, por consiguiente, su época de novillero, ha trabajado eu 730 corridas y dado muerte á 1.782 toros.

Tiene la cruz de Beneficencia, porque en la plaza de Hinojosa del Duque, el 29 de agosto de 1902, se hundió un tendido, cayendo al ruedo centenares de espectadores, cuando un toro acababa de salir del chiquero. *Machaquito* cogió rápidamente espada y muleta, y sin dar tiempo á que el toro se fijase en la multitud, le mató de una estocada, librando de un día de luto á la población.

Amable, modesto y sencillo en su trato particular, se casó en Cartagena el año 1906 con la bella y distinguida señorita Angeles Clementson, de familia de origen extranjero, y á su boda, que se celebró con gran ostentación, asistieron como testigos el insigne novelista D. Benito Pérez Galdós, D. Rodrigo Soriano y Rafael Guerra, *Guerrita*.

Su compañero Rafael Molina, *Lagartijo II*, no tuvo tan buena suerte como él.

Después de tomar la alternativa, toreó durante siete años en bastantes corridas, pero no con el lucimiento que debía esperarse en un torero que tan bien conocía las condiciones de los toros, y que con el capote y la muleta toreaaba finamente y con clasicismo, siquiera en el momento de

(1) «Corinto y Oro», *Otra época del toreo*.

matar no siempre estuviera acertado. Dominado por la tristeza, todo lo hacía de mala gana, y el público no podía explicarse el por qué de aquella apatía, hasta que por fin se supo la grave enfermedad que le aniquilaba.

Toreó por última vez en Nimes (Francia), el 4 de octubre de 1908, acompañado de *Machaquito*; y después de dos años de sufrimientos, la tuberculosis puso fin á su existencia el 8 de abril de 1910, en Córdoba, asistido de su esposa y de sus dos hijos, y siendo su muerte extraordinariamente sentida por sus paisanos, y por todos los buenos aficionados.

Vicente Pastor

El torero que ansiaban tener los madrileños desde hace mucho tiempo, deseo que creyeron tener realizado con *Dominguín*, y se frustró con la trágica muerte del infortunado diestro, se ha visto por fin cumplido con Vicente Pastor, siendo su satisfacción y orgullo, tanto más grande, cuanto que han logrado tener el torero y el estoqueador en uno solo, y que éste ocupe un lugar preeminente entre los espadas de primera fila.

Madrid necesitaba un torero y ya lo tiene; *madrileño puro y neto*, puesto que nació en la calle de Santiago el Verde, distrito de la Inclusa, el 30 de Enero de 1879, y fué bautizado en la Parroquia de San Millán.

Eran sus padres honrados artesanos, que después de mandar á su hijo á la escuela para que estudiara la instrucción primaria, le hicieron aprender el oficio de guarnecedor

de coches, y en el taller estuvo bastantes años, aun después de haber comenzado á ser torero.

Comenzó por acudir á las novilladas en que se lidiaban cuatro embolados para los espectadores que quisieran bajar al redondel, y uno de ellos era siempre Vicente, que vistiendo una larga blusa, que se quitaba para utilizarla como capote, ó con un pedazo de trapo á guisa de muleta, se daba tan buena maña, que los periodistas y aficionados hubieron de fijarse en aquel muchacho, un tanto desgarrado, cuyo nombre ignoraban, y al que denominaron *el chico de la blusa*.

De esto nació su apodo, que abandonó al tomar la alternativa, y á causa de un gracioso artículo que publicó en *El Liberal* el popular y competente «Don Modesto».

Fué anunciado por primera vez para matar un becerro en la plaza de Madrid el 24 de marzo de 1895, en una corrida mixta, en la que tomaron parte el matador de toros *Mateito* y los novilleros *Parrao* y *Picalimas*, pero por hacerse de noche no pudo lidiarse el becerro que en último lugar correspondía á Vicente. El 10 de mayo del mismo año realizó por fin su deseo en una corrida para librar del servicio de las armas á Eduardo Leal, *Llaverito*, toreando muy bien de muleta y hasta citando á recibir.

Actuó durante cuatro años como matador de novillos, con gran aceptación y muchas contratas, menos de las que merecía, pues no encontró en la empresa de la plaza de Madrid la protección á que era acreedor, sin que ésto desanimara á Vicente, que con una fe y una fuerza de voluntad

á toda prueba, se ha ganado por sus méritos y esfuerzo el puesto que hoy ocupa entre los primeros.

Tomó la alternativa en Madrid en la 15 corrida de abono, verificada el 21 de septiembre de 1902, en la que se lidiaron seis toros de Veragua, que habían de estoquear el debutante y Luis Mazzantini, que entregó á Vicente espada y muleta para dar muerte al primero de la tarde, denominado *Aldeano*, cárdeno, obscuro, bragao y bien puesto, lo que hizo después de darle diez y seis pases entre naturales, altos, de pecho, ayudados y con la derecha, de una buena estocada entrando muy bien.

Siguieron las empresas madrileñas cerrándole las puertas de la plaza, y siguió imperturbable Vicente, sin desmayar un momento, ganando aplausos en provincias y toreando cada vez más corridas, hasta que llegó la tarde del 2 de octubre de 1909, en la que Vicente se reveló como lo que era, como un matador de toros inmenso, y como un torero sereno, tranquilo y valiente. El público, entusiasmado por la maravillosa faena del diestro, pidió se le concediera la oreja del toro de Concha y Sierra, llamado *Carbonero*, honor inusitado en la plaza de Madrid, y el presidente accedió á ello, quebrantando la costumbre que hasta entonces había tenido fuerza de ley.

No contentos con esto los madrileños, le sacaron de la plaza en hombros, pero no hasta el coche, como tantas veces ocurre, sino hasta cerca de la Puerta de Alcalá, donde Vicente Pastor pudo meterse dentro de un automovil, que al paso, y escoltado por la muchedumbre, que no cesaba de

vitorearle, le condujo á su casa de la calle de Embajadores.

Desde entonces es Vicente el más solicitado entre los espadas actuales, compartiendo la hegemonía con Joselito y Belmonte.

Tiene muchos y entusiastas amigos, y tiene también, como no, detractores que critican su peculiar estilo, y sobre todo, el que algunas veces de un salto al pasar el pitón en el momento de herir, y aunque eso sea, en efecto, una tranquila, no es de mayor importancia que el paso atrás que dan casi todos los matadores actualmente.

Lo cierto es que se coloca muy cerca de los toros, y se tira derecho sin mover los pies, dando unas magnificas estocadas, hondas y altas, y que su tranquilidad y sangre fría es incomparable.

En la 4.^a de abono del corriente año, verificada el 11 de mayo, brindó la muerte del cuarto Veragua de la tarde, á los extoreros *Bombita* y *Machaquito*, y después de una faena de valiente, cuadró el cornúpeto, y

«Pastor arma el brazo pausadamente, á medio metro de la cara.

»Apunta despacio y recreándose en mirar el sitio por donde va á meter la espada. Arranca sin precipitaciones, jugando muy bien la mano izquierda y doblando el pecho sobre el pitón. El estoque queda clavado en la mismísima cruz casi hasta el puño.

»¡Un volapié que sabía á gloria!

»El de Veragua no adelantó ni un paso. Abrió las manos

y cayó pesadamente en la arena. El ruido de las aclamaciones *partían el aire*» (1).

¿Para qué insistir más sobre sus méritos y facultades cuando, afortunadamente, está vivo y sano y puede vérselo en todas las plazas de España? Yo deseo que continúe con tan buena suerte como hasta ahora, pues todo se lo merece el simpático torero.

Sus principales cogidas han sido la que tuvo en Santander el 30 de julio de 1911 en que un Miura, después de haberle dado Vicente una gran estocada, le infirió una herida en el lado derecho del cuello y otra en la bóveda del paladar; y la del 20 de agosto del mismo año, en Bilbao, donde el primer toro de Urcola le enganchó por la ingle, resultando con dos heridas, que le hicieron perder 15 corridas de las que tenía contratadas.

Vicente Pastor es un hombre serio y formal en extremo, de carácter amable y sencillo, siendo la nota en él más saliente, el gran cariño que tiene á su buena madre, á la que, así como á sus hermanos, rodea de toda clase de comodidades, conforme á las pingües ganancias que ha obtenido en su profesión.

Ha dicho que mientras sea torero no tendrá novia ni se casará, porque no quiere hacer desgraciada á una mujer, que pase la vida en continua zozobra, como hoy le sucede á su madre, que en los días en que Vicente torea, anda por

(1) «Don Modesto». *El Liberal* de 12 de mayo 1915.

la casa atribulada y nerviosa sin hablar con nadie, ó reza de rodillas ante la imagen de la Santísima Virgen...

Por eso piensa, muy juiciosamente, que «para torear se está mejor soltero y solo» (1).

Rafael Gómez, Gallo

El 20 de marzo de 1904, tomó la alternativa en la plaza de Madrid, de manos de *Lagartijo II*, ó sea el malogrado hijo de Juan Molina, el *famoso*, por todos conceptos, Rafael Gómez, *Gallito*, y aquella tarde fué la vez primera que yo le vi torear.

Había trabajado anteriormente en Madrid como novillero, pero yo no había tenido ocasión de verle, sabiendo de él únicamente lo mucho que respecto á sus excepcionales dotes, había leído en los periódicos, que no habían sido pocos en el elogio.

Cuando en la mencionada tarde asistí á la reválida de la alternativa que le diera en Sevilla Emilio Torres, *Bombita*, el 28 de septiembre de 1902, me pareció que había resucitado Fernando Gómez, el *Gallo*, padre de Rafael. Este era lo mismo que su padre, es decir, lo mismo no; era su padre *no corregido*, pero sí *aumentado*, en lo malo y en lo bueno.

El debutante pasó muy bien de muleta á sus toros, haciendo una faena magnífica por lo artística, coreándola el público con ¡*Olés!*!, pero mató menos que medianamente. Hubo aplausos, pitos y siseos. Me parecía asistir á alguna

(1) Juan López Núñez. *Vida galante de los toreros*.

de aquellas corridas de hacía muchos años, en que se aplaudía con delirio á Fernando, sin perjuicio de *ponerle verde* al poco rato, gritando todo el público, ¡que se vaya!, ¡que se vaya!

Esta remembranza que aquella tarde se aseñoró de mi pensamiento, ¡cuántas y cuántas tardes después ha vuelto á reproducirse!

Sí: Rafael Gómez *Gallito*, ha sobrepujado quizá en algo lo mucho bueno que supo hacer su padre; pero le ha superado extraordinariamente en lo malo.

Es un buen torero, de ésto no cabe duda. Diré más; es un torero genial, improvisador y repentista delante de los toros, ejecutando suertes como la del quiebro de rodillas con el capote extendido, los molinetes por la espalda y otras, que son de su exclusiva invención, y en los quites tiene un repertorio tan vasto y bonito, que nadie puede competir con él. Con las banderillas resulta elegante y fino en extremo, siendo su especialidad el entrar cambiando los terrenos. Cuando quiere sabe poner cátedra de toreo, de arte verdad, derrochando guapeza, finura y valentía, y entonces hay que aplaudir con entusiasmo lo verdaderamente grande de su trabajo.

En la hora de matar no suele acompañarle la fortuna. «El que lo hereda no lo hurta»—dice el refrán, y Rafael es un legítimo heredero de su padre. Esto se le disculparía fácilmente por el público, en gracia á sus maravillosas faenas de torero. Con sus estupendos pases naturales, le basta y sobra para hacerse aplaudir.

Lo que no puede disculpársele es *lo otro*, lo inexplicable, lo incomprensible, lo ridículo de sus *espantás*, lo de tirarse de cabeza al callejón, los ignominiosos é injustificados golletazos, las *payasadas* estilo del *Lavi* (tan gitano y tan supersticioso como él), eso no puede perdonársele, por que el público cuando va á ver una corrida de reses bravas en la plaza de toros, no tolera que la sustituyan por una pantomima del circo de Price.

Hace poco que en Vitoria ha sido sacado de la plaza entre guardias, conducido á la carcel y condenado á varios dias de arresto. A su padre, el año 1893, le llevaron desde la plaza de Madrid á la Prevención. Rafael ha superado al autor de sus dias.

Aunque nació en Madrid el 17 de julio de 1882, por estar accidentalmente sus padres en la Corte, se le debe considerar como sevillano, porque en Sevilla ó en Gelves se ha criado y residido siempre.

De las cogidas que ha tenido, las más graves son la de Méjico en 1902, en que un toro le dió una cornada en la boca que le tuvo dos meses sin torear; y la de Algeciras en 14 de junio de 1914, en que sufrió una herida en el pecho que le dejó imposibilitado para la lidia hasta el 25 de julio.

Sus desigualdades tan pronto le remontan á las nubes como le tiran por los suelos, pero es el caso que sus contratas aumentan de día en día, y con su hermano Joselito y con Belmonte, constituyen la trilogía de moda.

Antonio Boto, Regaterín

Madrileño y uno de los diestros más castigados por los toros, es Antonio Boto, *Regaterín*, que nació el 7 de febrero de 1876, de familia de buenos toreros, puesto que su madre era hermana de Victoriano y de Luis Recatero, *Regaterines*, aquellos elegantes y sobresalientes banderilleros de las cuadrillas de *Frascuero* y *Mazzantini*.

A los diez y ocho años de edad era jefe de cuadrilla, y en una novillada que tuvo lugar en Madrid el día 1.º de marzo de 1903, un toro de Gamero Cívico envió á la enfermería á los dos espadas, que eran *Cocherito* y *Lagartijillo chico*, quedando la plaza sin matadores. Entre los que se arrojaron al ruedo solicitando permiso de la Presidencia para despachar la corrida, fué elegido *Regaterín*, que, vestido de paisano, toreó y mató tres toros con valentía y serenidad grandes alcanzando justas ovaciones.

Aquéllo le valió un buen cartel, y tomó la alternativa en Madrid, el 17 de septiembre de 1905, de manos de *Machaquito*.

Lleva, pues, diez años de matador, durante los cuales ha sufrido nueve cogidas, á las que agregando cinco de su época de novillero, suman catorce cogidas de importancia, algunas gravísimas, y hasta en la cara tiene bien de manifiesto las muchas caricias de los toros.

Nada de eso ha amenguado el entusiasmo por el oficio y los arrestos de Antonio, que sigue tan valiente y decidido como cuando empezó.

Domina el capote con elegancia, haciendo buenos quites; pasa de muleta castigando mucho y sin falta de adornos, y á la hora de matar puede competir con los que mejor practican la suerte del volapié.

Buen torero y buen estoqueador, sin orgullo ni pretensiones, ni las empresas ni los públicos le elevaron, sino sus méritos, y puede vanagloriarse de que todo cuanto es se lo debe á su trabajo y valentía.

Ha hecho dos viajes á Méjico, dónde dejó muy buenos recuerdos y muchas simpatías.

Como particular es hombre serio y formal, enemigo de francachelas, ordenado, metódico y muy amante de su familia, pudiendo afirmarse que, por falta de suerte, no está en el lugar que se merece por sus relevantes condiciones.

Manuel Mejías, Bienvenida

Cuenta en la actualidad treinta años, pues nació el 12 de febrero de 1885, debiendo estar en la plenitud de sus facultades, y cuando había hecho creer á la afición que era un lidiador extraordinario que venía á resucitar la suerte de *recibir*, olvidada hace tiempo por los que estoquean toros, resulta que no se sabe si todo aquéllo fueron *ilusiones engañosas*, y si el joven torero ha resuelto jubilarse por si mismo, dando por finiquitada su vida de torero.

Desde pequeñuelo tuvo afición al oficio de su padre, el banderillero *Bienvenida*, y con otros chicos jugaba al toro en la Puerta del Arenal, de Sevilla, en cuyo sitio se hicieron célebres las *corridas* de aquellos muchachos.

Tenía ocho años cuando á un toro desmandado, de Miura, en el cortijo de Cuarto, le dió hasta seis muletaos, de lo que se estuvo hablando largo tiempo en Sevilla, é hizo popular al chiquillo.

Pasa por sevillano porque se crió en la capital de Andalucía, pero nació en Bienvenida (Badajoz), lo mismo que su padre, de donde proviene el mote con que ambos han sido conocidos.

A los diez años se presentó en la plaza de Gerona, banderilleando un novillo, con tal agilidad y arte, que fué aclamado como una esperanza para el porvenir. Al año siguiente, en Alcalá de Guadaira, ejecutó á la perfección varias suertes, haciendo exclamar al valiente picador Francisco Calderón:

— «En eze muñeco hay *maera pa un güen torero*».

Formó parte de la cuadrilla de «Niños sevillanos», en unión de Manuel García, *Revertito*.

Su padre le llevó á Francia y Portugal, en cuyos países toreó muchos becerros; y se presentó por vez primera en Madrid el 18 de diciembre de 1898, cuando sólo tenía trece años, toreando y matando dos erales con valentía y arte.

El semanario *Sol y Sombra* reseñó su trabajo de este modo: «Se presentó en el ruedo *Bienvenida chico*, un niño, que, por lo que esa tarde le vimos hacer, es de los que, con ayuda del tiempo, llegan á ser buenos toreros. Tiene *hechuras*, mucha habilidad y, en lo que cabe, dada su juventud, está valiente y fresco delante de los bichos. Mucho nos gustó su toreo adornado y desenvuelto con el capote; que-

bró superiormente un par de las cortas al primer becerro, y con la muleta le vimos rematar varios pases con no poco arte; y en el segundo, cuya muerte brindó á la célebre artista Paula Moutes, entró á matar con mucha decisión, agarrando una buena estocada y saliendo limpio de la suerte. Cosechó el *nene* muchos aplausos, cigarros y monedas, por lo bien que entretuvo á la concurrencia».

Se hizo novillero formal, trabajando con buena suerte en casi todas las plazas, y tomó la alternativa en Zaragoza el 14 de octubre de 1905, de manos del *Algabeño* y con ganado de Benjumea. El mismo *Algabeño* le confirmó la alternativa en Madrid el 14 de marzo de 1906, en la corrida extraordinaria que se dió en honor de los reyes de Portugal, los que, juntamente con Sus Majestades los reyes de España y Altezas Reales, honraron con su presencia el espectáculo.

Se lidiaron ocho toros, cuatro de Miura y cuatro de Muruve, actuando de matadores *Algabeño*, *Lagartijo II*, *Machaquito* y *Bienvenida*, y el debutante hizo una faena regular en su primer toro, sobresaliendo en el segundo, al que mató de una sola y buena estocada.

Por espacio de tres ó cuatro años sostuvo su nombre en los carteles, con suerte varia, llegando al apogeo de su fama en la temporada de 1910, alcanzando delirantes ovaciones, y entonces fué cuando «Don Modesto» le otorgó la *tiara*, denominándole *El Papa Negro*.

Ha demostrado ser un buen torero, así con el capote como con las banderillas, y se le ha visto matar á la perfección, ma-

nejando la muleta artísticamente, consumando el *volapié* con buen estilo y practicando la suerte de *recibir* con lisonjero éxito.

Sin exageraciones ni hipérboles, pudo decirse que «su escuela de toreo es la clásica sevillana, con toda su majestad y toda la alegría, sobria á ratos, á ratos elegante, sin que el diestro tenga que apelar á desplantes de circo ni á recursos de mala ley para librarse de la fiera y lograr dominarla en el instante preciso» (1).

Pero en la tarde del 10 de julio de 1910, en la plaza de Madrid, un toro de Trespalacios le cogió al dar un pase de muleta y le dió dos grandes cornadas en el muslo izquierdo, á consecuencia de las cuales estuvo sin torear todo lo que restaba de temporada.

Desde entonces el desaliento se ha apoderado de *Bienvenida*. El que debía ocupar un puesto entre los primeros, está retirado y oscurecido, sugestionado por preocupaciones y celos, que no tienen razón de ser en quien posee su arte y habilidad.

¿Resurgirá en *Bienvenida* el entusiasmo de los primeros tiempos? ¿*Habemus* ó no *habemus* Papa negro?

El es el único que puede responder á la pregunta, pero para mí que *no habemus*.

Manuel Rodríguez, Manolete

En Córdoba hay familias toreras, y los hijos heredan la profesión de su padre como si fuera un cortijo.

(1) *La Andalucía Moderna*, Sevilla.

Los Molinas, Bejaranos, Luques, Martínez, Rodríguez, etcétera, son de todos los aficionados bien conocidos; y Manuel Rodríguez, *Manolete*, es hijo de otro Manuel Rodríguez, *Manolete*, que era hermano del espada *Pepete*, muerto trágicamente en la plaza de Madrid el año 1862, y primo del *Caniquí*, excelente banderillero, y padre de los no menos notables *Mojinos*. Hermano de *Manolete* es José Rodríguez, *Bebe chico*, que apenas tomada la alternativa dejó casi de torear, después de haber armado una revolución como novillero.

Manolete nació el año 1884, y, siguiendo la tradición de la familia, figuró á los trece años como banderillero agregado á la cuadrilla de *Machaco* y *Lagartijo II*, con el apodo de *Bebe chiquitín*. En 1898 fué espada con Francisco Molina, *Frasquí*, en la cuadrilla de *niños cordobeses*, que duró muy poco, apodándose ya entonces *Manolete*.

Debutó como novillero en Madrid, el 12 de julio de 1903, acompañándole aquella tarde *Bienvenida* y *Cocherito*, y le correspondió, en primer término, un enorme toro de Hernández, que no pudo matar en el tiempo que marca el reglamento. Al retirar los mansos el toro fué ovacionado el chico, y al Presidente se le dió una silba.

Como novillero fué uno de los de más *tronío*, y temporada hubo que contrató tantas corridas de novillos como de toros los espadas de mejor cartel.

Tomó la alternativa en Madrid, de manos de *Machaquito*, el dominso 15 de septiembre de 1907, corriendo toros de D. Esteban Hernández. *Machaquito* le cedió el primero'

cárdeno bragado y de apodo *Yegüerizo*, no quedando mal el debutante.

Una tenaz enfermedad á la vista le tuvo sin poder torear en algún tiempo, y en 1909 marchó á Méjico, dónde hizo una buena campaña. A su regreso tomó parte en la corrida de inauguración de la temporada de Madrid en 1911.

«Fué el único hombre de la tarde el *Manolete*. Toreó por verónicas muy requetebién, dando una, sobre todo, enorme; hizo quites bonitos, valientes y bien hechos, y cuando llegó la hora de matar, realizó con la muleta una faena asombrosa de valiente. No cabe meterse más en los pitones. Como al chico le hemos dicho que abusa de la mano derecha, para probar su respeto al juicio del público, y demostrar que sabe hacerlo, toreó toda la primera parte de su faena sobre la izquierda, sobresaliendo un pase natural superior.

Después lió muy sobre corto y obligando mucho al toro, y haciendo mucho por él, yendo derecho como un hombre, recto, y tirándose con ganas de palmas y acciones del Banco, que así es como se conquistan, entró superiormente para colocar una contraria de puro atracarse de toro. Este le enganchó por la cintura, le levantó y le derribó, y ya en el suelo, como nadie acudió á hacer el quite, le metió la cabeza y le suministró un puntacillo en la pierna izquierda, amén del *palo* que sufrió en todas las costillas y unas pocas que pidió prestadas. Le dieron una grande y merecidísima ovación. *Manolete* dió un estirón el año pasado, hizo que la afición se fijara en él y le alentase. Ahora ya des-

pierta interés. ¿Será? ¿No será? Por lo menos es de Córdoba. De un pueblecillo de infelices con coleta» (1).

Cojeando dió la vuelta al ruedo para recoger palmas y oír los bravos y aclamaciones de los espectadores, ingresando en la enfermería, de donde no volvió á salir.

¿Y qué más se puede decir de *Manolete*? En estos últimos años su trabajo adolece de gran desigualdad. Ha tenido días de fortuna, en los que ha salido de la plaza en hombros de los entusiastas; y otras veces incierto, huído y desconfiado, parece dejarse dominar por la apatía. Es joven, tiene figura y sabe muy bien lo que se debe hacer para alcanzar el favor del público, siendo un torero inteligente que puede ejecutar todas las suertes de la lidia con el estilo propio de los buenos maestros.

Si no se coloca en esta categoría, no será porque carezca de aptitudes para ello.

Rodolfo Gaona

Como si en España no tuviéramos bastantes toreros, el año 1908 nos mandaron uno de Méjico. Hasta entonces habíamos ejercido sólo de exportadores del género, y Méjico era uno de los países que hacían mayor consumo, siendo muy pocos los toreros españoles que no hayan lucido sus proezas en la plazas de aquella república.

Por eso produjo alguna sorpresa la llegada de aquél joven, esbelto de cuerpo y de regular estatura, que el 1.º de

(1) «Don Pío», *Arte taurino*.

abril de dicho año se dió á conocer en una corrida de convite que tuvo lugar en la plaza de la Puerta de Hierro, concurriendo muchos aficionados madrileños, toreros, ganaderos y periodistas.

El debutante hizo cnanto pudo, dadas las pésimas condiciones de los bichos que se lidiaron, y pronto corrió por Madrid la noticia de que el mejicano era un torero que paraba y estiraba los brazos á la perfección, que manejaba la muleta con gran habilidad y que se tiraba á matar con el empuje de los valientes.

Se supo que Rodolfo Gaona, pues tal era su nombre, había nacido en León de las Aldamas (Méjico), el 22 Enero de 1888, y que había sido discípulo de la «Academia Tauarina» que en aquella ciudad fundó el buen banderillero de *Frascuelo*, Remigio Frutos, *Ojitos*, quien había encontrado en Gaona un discípulo aprovechado y voluntarioso, que se asimilaba con prontitud las lecciones que se le daban.

Después de la citada función de la Puerta de Hierro, toreó en dos corridas que se verificaron en la plaza de Tetuán de las Victorias, y el buen éxito que obtuvo le abrió las puertas de la de Madrid, en donde tomó la alternativa el 5 de julio de 1908, acompañándole Juan Sal, *Saleri* y Tomás Alarcón, *Mazzantinito*, lidiándose toros de González Nandín.

La Asociación de la Prensa preparaba una corrida para inaugurar la plaza de *Vista Alegre*, en Carabanchel, teniendo contratados al efecto á *Bombita* y *Machaquito*, y agregaron á Rodolfo Gaona como el principal atractivo de la fiesta.

Marchó después Gaona á su país, de donde volvió el año 1909.

Es un torero fino y elegante, con intuición artística, buen banderillero, que maneja el capote admirablemente, habiendo hecho célebres sus *gaoneras*, y que domina la suerte de muleta. En el momento de matar adolece de irresolución y falta de arrestos, pero como tiene sobra de facultades y aptitudes, si se corrige de este defecto puede colocarse entre los primeros.

El año 1912 llegó á torear en sesenta y dos corridas, y continúa siendo de los que alcanzan mayor número de contratas.

Y dice *Sobaquillo* (1), refiriéndose al injustificado alejamiento de Rodolfo Gaona de nuestra plaza de Madrid. «Un cartel de primera en que falte ese nombre es como un carruaje de cuatro ruedas caminando solamente con tres. Claro es que camina; pero... No conozco, ni me importan, los motivos ó pretextos que han dejado el carruaje con tres ruedas nada más. Lo que se es que hay constituida una «Unión de abonados á toros». Si lo es de veras, como supongo, ella es quien debe exigir, con su colectiva autoridad, que en la segunda temporada de este año figure el nombre de Rodolfo Gaona al lado de los otros tres, imprescindibles é inevitables, que por sabidos se callan.

«Y conste que entre esos tres no incluyo á Vicente Pastor. Este se pone aparte; porque viene á hacer entre los alu-

(1) *Nuevo Mundo*, 3 julio 1915.

didos el papel que representa el Nuncio de Su Santidad ante un terceto de prelados españoles».

A pesar de este requerimiento del maestro *Sobaquillo*, no figuró Gaona en el cartel de la segunda temporada del corriente año. Sus diferencias con la empresa de Madrid continúan en el mismo estado que cuando sobrevino la ruptura, sin que hayan vuelto á tratar del asunto.

Respecto á un insidioso rumor sobre el mucho ó poco afecto que Gaona pueda sentir por España, el valiente diésse ha hecho cargo de él, en una conversación sostenida recientemente con un periodista (1).

He aquí sus palabras:

—«Desde hace tiempo soy víctima de una calumnia cobarde, cundida por enemigos míos...

—¡Ah, ya!, lo de la bandera. Yo le iba á preguntar á usted algo sobre eso. ¿Tiene algún fundamento?...

Gaona me miró con altivez noble y sin pestañear. Después repuso con firmeza:

—¡Ninguno!... Se lo juro á usted por mis muertos. Yo á España la quiero, por lo menos, tanto como á Méjico... Si en Méjico nací, aquí me he enriquecido, he triunfado y aquí tengo todos mis afectos. ¿Qué motivos de rencor podía yo tener contra España para pisar su bandera?... Llegué sin un céntimo y al año ya tenía más de veinte mil duros, mi nombre era conocido y estaba enamorado de una española...

(1) José María Carretero. *Nuevo Mundo*, 17 de septiembre de 1915.

¿Qué país podía haber sido mejor para mí?... Y es tanto el cariño que tengo por España, que para mí, en mis soledades es mi patria, y su bandera es mi bandera; y no les queda á ustedes la menor duda de que si para defenderla tuviese que dejarme matar, lo haría como el mejor español...

Las palabras un poco toscas, pero sinceras, del lidiador, nos habían conmovido... Le tendimos la mano.

—Basta, Gaona. No hablemos más de eso. Yo le creo á usted. Ya se lo demostraré. Brindemos por España.

Y diciendo ésto alcé mi copa de «Agustín Blázquez».

—¡Por *nuestra* España!—agregó el valiente.—Y si yo he cometido la canallada que me achacan ¡que mañana, en San Sebastián, me parta el corazón uno de los toros que tengo que *despachar!*...»

José Gómez, Joselito

Declaro ante todo que yo no soy *Joselista* ni *Belmontista*. El apasionamiento con que manifiestan su idolatría los partidarios de uno y otro diestro, me parece ridículo, como me lo han parecido los que tuvieron lugar en pasados tiempos. Fui entusiasta de *Lagartijo* y de *Frascuelo*, pero de los dos á la vez, sin preferencias ni exclusivismos.

¿Es que no se puede ser imparcial? Así debe ser desgraciadamente, pues yo no veo imparcialidad, no ya en el público, sino en ninguno de los revisteros.

Como quiera que tal proceder me parece absurdo, yo *pretendo ser imparcial*, y me limitaré á exponer las cosas

tal y como son, para que de esta franca y leal exposición pueda deducir el lector la realidad de los hechos.

El inteligente crítico *Dulzuras* (1) escribía en el año 1913. «Si no tiene una desgracia ó sufre una total metamorfosis, el hijo menor de Fernando Gómez, va á ser el gran torero de estos tiempos; el número uno, el hombre excepcional, al que van á afluir los locos entusiasmos de unos y los odios de otros; el que será más discutido; el que nos hará ver muchas tardes mayores derroches de arte, valor y dominio de la profesión; el que en no pocas ocasiones, nos tirará el pego y hará menos de lo que pueda y deba; el que será árbitro de empresas y ganaderos; el que se impondrá ante todos y sobre todos, y dará lugar á terribles discusiones, y el que, en fin, está en condiciones de hacerse millonario en cuatro días».

Con efecto, este pronóstico del competente escritor ha resultado exactísimo, y con él está hecha la semblanza de José Gómez Ortega, *Gallito* ó *Joselito*, que es como hoy se le llama y conoce por la afición.

Torero insuperable y matador de toros muy deficiente, conoce todos los recursos del arte como los mejores maestros, juega con los toros, banderillea en todos los terrenos, hace con la muleta cuanto le viene en gana, y sólo en el trance supremo le falta el acierto indispensable para que una buena estocada corone sus maravillosas faenas.

Nació en Gelves (Sevilla), el 8 de mayo de 1895, y si-

(1) D. Manuel Serrano García-Vao.

guiendo las huellas de su padre y de su hermano, vistió por vez primera el traje de luces en Jerez de la Frontera, el 19 de abril de 1908, presentándose en aquella plaza en unión de *Limeño*, con la cuadrilla de *Niños Sevillanos*.

Se dió á conocer en Madrid el 13 de junio de 1912, también en compañía de *Limeño*, para estoquear reses de Olea, siendo acogido por el público con indescriptible entusiasmo, que fué aumentando en sucesivas corridas, llegando á torear 45 novilladas durante aquel año.

Le dió la alternativa en Sevilla, su hermano Rafael, el 28 de septiembre; la confirmó en Madrid el 1.º de octubre del mismo año 1912, y al siguiente toreó 80 corridas, siendo declarado *fenómeno*, y el indispensable en todas las fiestas de las capitales y pueblos de España.

Cuando *Bombita* se retiró de las lides taurinas, devolvió á «Don Modesto» la *tiara* que éste le había otorgado, y «Don Modesto», que la tenía en su casa encima de un armario, cansado de ver aquel inútil armatoste, la hizo quitar el polvo, y la colocó en las sienes de *Joselito*, instituyéndole *Sumo Pontífice*. ¡Ave, César!

Sin embargo, es preciso reconocer que el público, ó por lo menos una buena parte de él, no presta el incondicional acatamiento que fuera de desear al novísimo *Papa*. Su elevación al *pontificado* ha parecido prematura. ¡No ha habido unanimidad en el *cónclave*!

En Sevilla, á pesar de que *Joselito* es sevillano, no tiene grandes simpatías, pues allí el verdadero ídolo es Belmonte. Es preciso que *Joselito* haga milagros para que consiga

entusiasmar á sus paisanos, como sucedió en la corrida del 30 de septiembre del corriente año 1915, en la que por la gran labor ejecutada con el quinto toro, se le tributó una ovación imponente, y por la unánime voluntad del público, el presidente *le concedió la oreja*, siendo la primera vez que esto se ha hecho en Sevilla.

En Madrid, y en algunas otras plazas, la muchedumbre le exige más que á ninguno otro, y se le ha manifestado hostil y hasta grosera no pocas tardes.

¿Por qué? ¿Cómo se explica ésto siendo *Joselito* un torero formidable, que con la muleta sabe y domina todo cuanto se pueda dominar y saber y un poco más? ¿Hay quien le supere en sabiduría, ya que no en elegancia, con las banderillas? Pues entonces, ¿dónde está el *quid* de esa actitud del público con *Joselito*?

Yo creo que la respuesta es muy sencilla y la razón muy obvia. Para demostrarlo acudiré á sus más entusiastas amigos.

«Don Modesto», en su libro *Desde la barrera*, hace un concienzudo y exactísimo estudio de las aptitudes, facultades y toreo del Guerra, y de las antipatías de los públicos para con tan gran torero. Pues bien, *casi todo* lo que allí dice, puede aplicarse á *Joselito*, descontando, naturalmente, que *Guerrita* era un excelente matador de toros, y *Joselito* lo es muy mediano, pues no ha dado aún con la manera de consumir la suerte. Coloca la empuñadura del estoque muy alta, llevando con ello una ventaja por la que ha sido justamente censurado.

Y dice «Don Modesto».

«*Guerrita* lo hacía todo sin trabajo ninguno». Léase *Joselito*.

«Dotado por la Naturaleza de maravillosas facultades y de un conocimiento de las reses rayana en lo inconcebible, convertía á los toros en animales inofensivos, y hacía con ésto desaparecer la emoción de la posible tragedia». Léase *Joselito*.

«*Frascuero* se jugaba la vida en cada embite. *Guerrita*, por virtud de sus asombrosas aptitudes no se jugaba nada». Léase *Joselito*.

«La sensación del peligro en que se halla el diestro cuando contiende con el bruto, es el único aliciente gallardo de la lucha, es la sangre, que le da vida y calor. El toreo, sin el temor al *hule* pierde todo su vigor y su mayor grandeza. Para *Guerrita* todos los toros eran embolados. Es decir, lo estaban para el público, porque no experimentaba el escalofrío del terror viendo al Guerra frente á un toro». Léase *Joselito*.

«Con *Guerrita* no había «drama», y sin drama no es posible sostener el interés y la emoción entre los espectadores de una fiesta de toros». Léase *Joselito*.

Todo ésto lo ha dicho «Don Modesto», dejando hecho maravillosamente el paralelo entre *Guerrita* y *Joselito*.

Por eso cuando dice (1):

«Señores. No se hagan ustedes ilusiones. Con todos los

(1) *El Liberal*, 26 de Abril de 1915.

defectos que ustedes quieran señalar y que yo discutiría serenamente, reconociendo lo que defecto fuera, en la faja de Joselito, hoy por hoy, se puede arrollar una generación de toreros, dar varias vueltas y aún quedaría un cabo largo para atar á otros que fueran saliendo».

¡Tiene razón, muchísima razón!; pero, se olvida de cuanto él escribió acerca del Guerra, y ahí tiene explicado el competente crítico taurino, por qué las muchedumbres no se prosternan ante su *Papa*.

«Don Modesto», que es un *joselista* furibundo y convencido (pues reconozco su buena fe), le llama ¡*Ambiciosí-llo!* (1), ante el supuesto de que pretenda ser con la espada lo que es en lo demás. ¿Y por qué?—preguntará cualquiera. ¿Pues no es eso lo que debe procurar todo buen lidia-dor? También dice «Don Modesto», que «*Joselito* matará, y matará bien, y que antes de mucho, esta prodigiosa criatura tumbará los toros hiriéndolos hondo y en la cruz. ¡El tiempo, *Joselito* y yo, contra todo el mundo».

¡Muy bien! Cuando eso suceda, reconoceré que «Don Modesto» tenía razón. Mientras tanto, como yo no tengo el don de leer en el porvenir, me atengo á lo que veo actualmente.

El público *se ha saturado ya* de las faenas de *Joselito* y encuentra *que le falta algo*. Le ve sin emoción, sin entusiasmo, y á veces con indiferencia. Sólo ante la expectativa de una competencia con algún otro diestro, sea Belmonte, Pas-

(1) *El Liberal*, 27 de septiembre de 1915.

tor ó Gaona, abriga por un momento la esperanza de que al fin se decida á dar el *do de pecho*, pero como llega el momento de herir, y la decisión y el coraje no aparecen, se considera defraudado, no resignándose á que únicamente sea un *fenómeno* como torero, cuando lo podía ser en todo.

«A *Joselito* le faltan dos cosas, de que yo me preocupé mucho: el valor ante la fiera y la gracia en la ejecución: á mi *Joselito* me resulta un poco soso». (Palabras de Ricardo Torres, *Bombita*).

Sobaquillo ha dicho que «no se comprende una corrida de toros sin sol, sin vino, sin mujeres guapas, sin ovaciones y sin gritas».

Las corridas de toros son espectáculo de emoción.

Las faenas de *Joselito*, con ser tan admirables, se van viendo con la misma tranquilidad con que uno se toma un doble de *Pilsen*, cabe los frondosos árboles de la plaza del Principe Alfonso, antes de Santa Ana.

Juan Belmonte

Y el reverso de la medalla es Juanito Belmonte.

Sucede con él todo lo contrario que con *Joselito*. Nunca se le puede ver con tranquilidad.

Se le ha dado el nombre de *fenómeno*, y lo es en realidad, porque *fenómeno*, según el Diccionario de la Academia es: Monstruo, cosa extraordinaria. Y eso es Belmonte. Una cosa extraordinaria. Como él no ha habido ni hay más que él. ES ÚNICO.

Yo he visto torear en la plaza de Madrid durante muchos años, en *todas* las corridas en que tomaron parte, á *Lagartijo* y *Frascuelo*, y al *Espartero* y á *Mazzantini*, que por una ú otra circunstancia fueron para mí los primeros; y los he visto también muchas veces en provincias. Y he visto á *Currito*, *Reverte*, *Guerrita*, *Fuentes*, *Bombita*, *Machaquito*, *Vicente Pastor*, los *Gallos*, y otros muchos... y jamás, jamás y jamás (1), he sentido palpar mi corazón como ha palpitado ante las estupendas é inenarrables faenas de Belmonte.

Tiene la bravura y valor sereno de *Frascuelo*, *Reverte* y el *Espartero*, pero elevado al cubo, y el arte de todos los grandes maestros.

Los que no lo proclaman así, no es porque no estén convencidos de ello en su fuero interno, sino porque sistemáticamente cierran los ojos á la evidencia y *no quieren* reconocerlo.

Bombita ha dicho: «Yo no he sido fenómeno. He hecho lo que he visto hacer á otros. Belmonte, no; Belmonte hace lo que yo no he visto hacer á ningún torero».

Habiéndole preguntado cuál de los actuales toreros le gusta más, respondió:—«Muy por encima de todos, Belmonte. Este muchacho es un artista del toreo que hace cosas estupendas. Claro está que son cosas que no se pueden hacer todos los días ni con todos los toros... Esa preferen-

(1) Tres veces, como D. Juan Prim.

cia no quiere decir que no reconozca méritos en otros toreros de ahora; pero, vamos... ¡Belmonte!... (1).

Esta es la verdad. La opinión de Ricardo Torres, el maestro, el *Pontifice*, elevado por «Don Modesto» á la silla gestatoria, el artista inolvidable, valiente y pundonoroso tiene una autoridad y una fuerza, que ante ella nada valen las pueriles argumentaciones de algunos que se han otorgado, por sí y ante sí, la patente de sabios, convencidos de que no podrían obtenerla de otro modo.

Los de la *acera de enfrente*, como ahora han dado en decir, vociferan que sólo puede lucirse con un toro bravo.. ¡Mire usted qué demonio! Yo creo que eso le sucede y ha sucedido á todos los toreros, cuál más, cuál menos. *Bombita* lo ha dicho muy cuerdamente.—«Claro está que son cosas que no se pueden hacer todos los días y con todos los toros». Pero la muchedumbre no lo entiende así, y de ahí los antagonismos y apasionamientos.

Se ha escrito tanto acerca de Belmonte en libros, folletos, revistas y crónicas taurinas, que todo el mundo sabe que nació en Sevilla, en la calle de la Feria, el 17 de abril de 1892, cuáles fueron sus primeros ensayos, cómo se inició y dió á conocer en Sevilla y Valencia; su éxito enorme en la primera de estas plazas el 12 de Julio de 1912, toreando reses del duque de Tovar, en cuya tarde se le adjudicó el calificativo de *fenómeno*; su rápido y glorioso encumbramiento como novillero, cobrando hasta 1.500 pesetas por

(1) José María Carretero. *Nuevo Mundo*, 3 de Julio de 1915.

corrida; su debut en Madrid el 26 de marzo de 1913 en medio de una gran expectación; y la ardiente y clamorosa ovación que le tributó el público madrileño. Todo ésto se ha dicho ya con todo género de detalles, y como es por todos sabido, no quiero repetirlo una vez más.

Lo que sí diré es, que Belmonte no ha recibido lecciones de nadie; y que salió á torear formalmente sin haber presenciado más que una corrida de novillos.—¿Que quién fué entonces su maestro? El mismo ha contestado á esa pregunta.—«Yo creo que el toreo no se enseña ni se aprende. El que sabe, sabe porque sí, y el que no, no hay Dios que lo enseñe» (1).

Tomó la alternativa en Madrid el 16 de octubre del citado año 1913, de manos de *Machaquito*, é inmediatamente después hizo un viaje á Méjico, donde estuvo cuatro meses, toreando muchas corridas con delirantes ovaciones.

Desde que regresó á España, en la primavera de 1914, no ha habido otro torero que haya despertado mayor interés ni obtenido más aplausos ni suscitado más discusiones, ni alcanzado más contratas. Si no ha toreado más corridas es porque se lo han impedido los toros en los muchos accidentes más ó menos graves que le han ocasionado su temerario arrojo y valentía.

Belmonte es el torero de la emoción. Por eso es el amo del público.

«Se arrolla el capote á la cintura, frente al toro, á pleno

(1) José María Carretero. *Nuevo Mundo*, 24 de Julio de 1915.

sol, le anima con la tela y el toro acude al olor de la carne... Belmonte, en el preciso instante que el toro entra en su terreno, afirma los pies en la arena como si se los clavarán por las puntas, levanta los brazos con la tela roja, como una bandera de tragedia, y saca al cornúpeto de su mismo vientre, llevándole á derecha ó á izquierda, como si jugara con él. Apenas señala el lance y los cuernos pasan ante él, se inclina hacia el cuello de la res sin mover los pies, citándola otra vez á la pelea... Y la res vuelve, y, Belmonte, grande, robusto, lleno de coraje, se alza triunfador una vez, dos, cinco...

Hay un momento que el torero, el toro y el capote son una misma cosa, puesta de acuerdo para gloria del arte taurino.

Mientras tanto, el público, que jamás vió ese toreo sobrio, elegante, bravísimo, deja de chillar, se inquieta, corta su respiración como si cayera de una altura, y, al final, aplaude, ó loco de contento ó llorando» (1).

«Las medias verónicas de Belmonte son creación del trianero; se parecerán á las que hacen tal ó cual diestro, pero las suyas son belmontinas ó belmontianas, y así se designan las de otros toreros cuando se quiere expresar que en su imitación les acompañó la fortuna, que suerte y no poca es torear al modo de Belmonte, careciendo de su temple, sin llevarse una cornada» (2).

(1) *Belmonte, el torero trágico*, por Ezequiel Endériz.

(2) *Nuevo Mundo Taurino*, «El tío Faroles», 21 mayo 1915.

«Don Modesto», á pesar de haber elegido sumo pontifice á Joselito, se rinde ante la evidencia y escribe:

«Juanito Belmonte, ó, mejor, Juanito Cataclismo, no es sólo el torero de la emoción. Lo es también de la estupefacción, de la desencajonación y de la descuadernación.

Cataclismo, cuando torea, se olvida de sí mismo. El sabe que allá en Triana nació un muchacho, que le llaman Juan Belmonte, que promueve una revolución cuando se encierra con un toro en singular combate. El sabe que el tal Juanito se convierte en ídolo de las multitudes cuando, en homérica hazaña, vence al bruto y le tumba con las nalgas al sol. Pero no sabe que es él. No lo sabe cuando torea, y además no cree que su cuerpo pueda ser vulnerable al asta de su enemigo. Por eso se arrima á un manso, de poder, con dos alfileres que empavorecerían al mismo Gonzalo de Córdoba, que lidiaba y estoqueaba moros con maravillosa facilidad, y le mete la muleta en el hocico y la pierna derecha entre los pitones. Y el buey tira tremendas tarascadas, que le rozan las pantorrillas y los muslos, y luego quiere irse, porque su mansedumbre no le permite determinados lujos; pero Juan no le deja. Le vuelve á meter el cuerpo en el testuz, se le acaricia con la mano, le amarra con el cordel de la vergüenza y el bruto, jadeante, muge al fin:

— Bueno, no me marchó. Puedes más que yo.

¡Este es Cataclismo! ¡Un asombro de bravura! Tal vez demasiado bravo, si es que puede ser defecto el exceso de una tan estupenda calidad.

Belmonte pone los pelos de punta. Este es su secreto. Por eso se llenan las plazas cuando torea él.

Cataclismo nos congestiona, porque nos mete el corazón en un puño. ¿Y dicen que la emoción dura sólo unos momentos? Afortunadamente, es cierto; porque si en toda la corrida alcanzara tan angustiosa intensidad, la población de España sufriría un sensible quebranto, y las estadísticas acusarían un enorme crecimiento en las defunciones por congestión.

De todas maneras, los especialistas en enfermedades cardíacas deberían subvencionar largamente á Juanito Belmonte.

Porque no es un día ú otro. Es siempre. Cada tarde da su nota aguda, y cuando el viento sopla de cara no es una ni dos, son cincuenta» (1).

Y llegó la corrida de Beneficencia del 25 de abril del corriente año de 1915, en que se lidiaron ocho toros de Murube, estoqueados por Pastor, Gallo, Joselito y Belmonte.

Vuelvo á dejar la palabra á «Don Modesto» (2).

«AQUELLO fué el 2 de mayo de 1914. ¿Lo recuerdan ustedes?

Belmonte, el fenómeno de Triana, ídolo de sus paisanos, como en otros tiempos lo fué el infortunado Maoliyo García, salió á estoquear el último toro de la tarde, minutos

(1) *El Liberal*, 27 mayo 1914.

(2) *El Liberal*, 26 abril 1915.

después de haber realizado estupendas faenas con el quinto bicho esa tontería de torero que se llama Joselito.

Lo que entonces hizo Belmonte se grabó en mi memoria con caracteres de fuego. Yo, en estas mismas columnas daba idea de AQUELLO en la siguiente forma:

Un pase ayudado por alto, formidable; uno natural, girando sobre los talones, estupendo; un molinete, otro, luego dos ó tres pases de rodillas, siempre pasándole el toro entero por delante del pecho y siempre con los pies clavados en la arena, como si tuviera tornillos. Cada muletazo era una explosión. La multitud, congestionada, se había puesto en pie, ya ronca de gritar, y el trianero, impávido, frío, como si nada fuera con él, seguía muleteando entre los pitones, arrodillado antes de citar y levantándose ya con el pase rematado. En dos molinetes crujieron los huesos del toro como si hubieran sido de cristal. Luego, agarrado á un pitón, tiró de él con la derecha, para meter la cabeza del bicho en el engaño.

Se irguió arrogante y dió un pase natural, que hizo que se me saltaran las lágrimas. No vi nada más hermoso, más artístico ni más valiente.

Entonces fué cuando el sol se detuvo en su descenso. Y se le cayó la baba, ¡vaya si se le cayó! Como que cosa más grande no había visto desde que alumbra el mundo.

Pero... la faena con el pincho dejó mucho que desear. No por culpa, ciertamente, del trianero, sino porque entonces aún no había dado con el «tranquillo» de calar los toros por alto y con brevedad.

Ahora—arrancando corto y bajando mucho la muleta—, parece que el hombre ha encontrado lo que tanta falta le hacía. Porque torear...

.....
¡Qué emoción la de los catorce mil espectadores que asistieron ayer á la de Beneficencia, cuando Juan Belmonte, con los chirimbolos de matar y previo el brindis al concejal de tanda, se dirigió al cuarto murube de la jornada, que era noble, bravo, suave y de no mucha representación!

CUATRO NATURALES corriendo la mano con asombrosa lentitud. Los pies fijos en la arena, como si hubieran echado profundas raíces. Uno de pecho, completo, lamiendo el bruto con los lomos la pechera del matador, tres ó cuatro altos insuperables, corriendo con el refajo todo el largo del toro, dos estupendos molinetes, otro de pecho, dos altos más, todo en una vara de terreno, como si el bicho, hipnotizado, obedeciese á la voz.

La muchedumbre había enronquecido. Las aclamaciones humeaban. El asombro del pueblo soberano ante la grandeza de aquella labor, amenazaba con estallar en violento ataque de epilepsia.

Y muy en corto arrancó el de Triana y metió el estoque hasta la bola ligeramente tendido, pero en lo alto del morrillo.

El de Murube, tambaleándose, llegó hasta las tablas y dobló para siempre.

¡Qué ovación á Belmonte!

Cinco ó seis mil pañuelos, que simulaban el aleteo de

biancas palomas, pidieron la oreja del difunto para su admirable matador, y el concejal atendió á la demanda, porque en ocasión ninguna pudo concederse á nadie con mayor motivo el codiciado premio.

Porque en esta faena colosal, que no se olvidará en mucho tiempo, hubo de todo. Arte, clasicismo, valor, serenidad, seguridad, dominio de las circunstancias todas y un verdadero derroche de elegancia y pundonor.

Yo no recuerdo otra que la haya superado. Ni igualado siquiera.

Belmonte adelanta á paso de exprés. De novillero casi sabía nada. Por intuición, por inspiración daba aquellas insuperables verónicas que lanzaron su nombre á los vientos de la fama. Ya de matador de toros, le veíamos indeciso y vacilante en los bichos difíciles por su falta de recursos y por su insuficiencia para matar.

Ahora mata pronto y bien, y sabe con qué enemigos puede confiarse y con qué otros ha de guardar precauciones. Y como la materia prima es de superior calidad, aquí tienen ustedes un torero que, á la vuelta de un par de años, hará todo lo que quiera en el redondel, mejor que pueda hacerlo otro ni se haya hecho nunca.

Sólo una desgracia que pudiera sobrevenir, si el famoso trianero no se hace á tiempo conservador, daría al traste con una vida que comienza á ser gloriosa.

.....

¡Qué CUATRO PASES NATURALES! ¡Qué tres pases altos! ¡Qué molinetes! ¡Qué estocada! ¡¡Qué faena tan enor-

me!! El mismo trianero es muy posible que no vuelva á hacer otra semejante.

Señores: Ayer Juan Belmonte montó á horcajadas sobre la mismísima luna, y desde allí, impávido, clásico, «helénico», abrió cátedra de torear.

La multitud enloqueció de entusiasmo. A otra faena así se van á poner las celdas de los manicomios por las nubes.»

Lo que queda copiado es la confirmación de cuanto yo he dicho y pienso respecto á Juan Belmonte. No puedo, sin embargo, resistir á la teatación de consignar algo de lo que sobre ese mismo día escribieron críticos de tanta autoridad como «N. N.» en *El Imparcial*, y el revistero de *A B C*.

Decía «N. N.»:

El éxito logrado por Belmonte ayer tarde, el más grande y más justo de su vida torera, porque nunca en los días de sus mayores triunfos había llegado el héroe sevillano á la cumbre de arte y de valentía que tocó en su faena con el cuarto murube, trascendió de la Plaza á la vía pública, y las atronadoras ovaciones del circo se repitieron en todo el trayecto hasta que el matador llegó á su domicilio, seguido de los grupos, que se estacionaron después ante la casa de Belmonte. Y todavía infinitos entusiastas fueron á la estación á despedir al ídolo, que marchaba á Andújar, donde ha de torear hoy.

En la concesión del supremo galardón taurino al maestro se ha dado un caso muy curioso. Cuando estaba vistiéndose para ir á la corrida tuvo el trianero un telefonema puesto en Sevilla á las once de la mañana por D. Isidro

Campos, comerciante, entusiasta amigo suyo, que decia textualmente:

«Sé que esta tarde van á darte la oreja del cuarto toro. Te ruego que me la reserves.»

Ya se sabe lo que ocurrió en la Plaza. ¿Sugestionó al «fenómeno» el presentimiento del amigo? ¿Fué un caso de adivinación? ¿Fué una casualidad? Lo cierto es que á las siete de la tarde telegrafiaba á Sevilla el muchacho, con un laconismo que no sabemos si llamar espartano:

«Cumplido tu encargo.—*Juan.*»

Y añadía *A B C*:

«Belmonte empieza con un pase ayudado, y sigue luego con cuatro pases naturales, tres inmejorables, ó, mejor dicho, inimitables. Cada pase es un rugido del público, entusiasmado.

Sigue la faena, alternando ambas manos y todo el repertorio, siendo digno de mención que no abuso de la trinchera y sólo dió un molinete.

La faena es una borrachera de toreo parado, con todas las complicaciones de templar, mandar y estirarse, hasta el punto de parecer un gigante aquella figura desmedrada y endeble.

Enorme, señores, enorme.

Como final, entra con el brazo suelto y da una estocada honda, saliendo por la cara.

La estocada mata, y hay un momento de silencio imponente. Nadie aplaude. ¿Qué pasa? Que las manos están ocupadas en agitar pañuelos blancos pidiendo la oreja.

¿Cómo explicaría este momento de emoción, este movimiento espontáneo del público el querido colega «El Barquero», que ha declarado el *boycot* á todo lo que con las orejas está relacionado?

Una vez concedida la oreja, la ovación fué clamorosa, inenarrable.

Envío.—A Juan Belmonte, que cuando le sale su toro torea como nadie, emociona como nadie y arrebatá á los públicos como nadie. En esta corrida le salió su toro; hizo la faena más grande y más completa de cuantas lleva realizadas en Madrid, incluyendo la del 2 de mayo de 1914.

No cabe duda: esta de hoy ha sido su gran faena. Ha dado unos pases naturales que no se los habíamos visto desde que tomó la alternativa; aquellos pases que daba de novillero, derecho, derecho, tan derecho, que se encorbaba hacia atrás al doblar la cintura para cargar la suerte. Y hoy los ha dado, tan sencillos, tan verdaderamente naturales, que no parecía que toreaba; daba la sensación de que hablaba con el toro y le accionaba, y, al accionar, al movimiento de la mano que completa el gesto, resultaba el pase.

En la faena del 2 de mayo prodigó los molinetes y las trincheras y tuvo algunos momentos embarullados; en la corridas que acabamos de reseñar ha toreado ceñido, sin rozarse, sin un momento de duda, sin un titubeo, limpio, reposado, tranquilo; sólo dió un molinete, y éste quizá por costumbre, sin querer, por distracción ó acaso por visualidad, por evitar la monotonía, por dar una nota alegre, que siempre está bien cuando no se abusa.

Belmonte tiene ya dos fechas en nuestra plaza: ¡2 de mayo de 1914! ¡25 de abril de 1915!

¡Corrida de Beneficencia! La caridad y el arte. Al fundirse en un traje de luces toman la figura trágica de un torero, y se llama Juan Belmonte».

Basta ya: Belmonte es un fenómeno porque hace con la muleta y el capote lo que no se ha hecho nunca. Y lo hace á conciencia, con seguridad, como si en el momento de la ejecución estuviera tocado por la divina gracia.

«¿Pero qué hace este hombre que no hayan hecho *Lagartijo* y *Guerrita*, *Bombita* ó *Gallo*?

»Pues hace todo lo bueno que éstos hacían; pero mejor. Apretándose más con el enemigo, pasándose cien veces por el pecho la terrible cabeza del cornúpeto, siempre empapada en los vuelillos de la bandera, con los pies clavados en tierra, jugando únicamente los brazos; pero sin dar á los toros excesiva salida al dejarlos en su terreno. Porque ejecuta el pase natural girando el cuerpo sobre los talones, mientras, recogido el bicho en la muleta, desdobra el brazo lenta y elegantemente, como si la fiera fnese amarrada con un hilo irrompible al pico del engaño. Y todo ello con un dominio de la suerte, practicado con tan singular frescura, que el corazón del espectador late con violencia y á impulsos del entusiasmo parece que quiere salirse por la boca.

»Belmonte es un torero que hace saltar las lágrimas.

»Es el toreo de *Lagartijo*, el toreo de *Guerrita*, el toreo del *Bomba* y el del *Gallo*, con las cartas boca arriba, sin

trampa ni cartón. El torero bueno á cada pase se va quedando con el toro, hasta que lo convierte en una bizcoleta. Faena que siempre hemos aplaudido, porque se prueba que la inteligencia y el arte concluyen por vencer á la fuerza bruta. Pero necesariamente el final de estas faenas no emociona en igual grado que el principio, porque el peligro va amenguando á medida que se sobrepone á la fuerza el arte del lidiador:

»Con Belmonte no ocurre eso. El último pase es de tan gran efecto como el primero. Ya he dicho que no se aprovecha de ninguna ventaja en la lucha, Al concluir la faena le pasan los cuernos del toro á los mismos dos milímetros del pecho que al principio. Porque no usa las piernas para recobrar el terreno, sino que manda con los brazos y coloca al bruto en el lugar justo que le conviene. (1)

Pedro Romero dijo á sus discípulos:

«El cobarde no es hombre, y para el toreo se necesitan hombres.»

«El torero no debe contar con sus pies, sino con sus manos; y en la cara de los toros debe matar, ó morir antes que volver la cara ó achicarse.»

Belmonte ha dicho:

«El torero, al ejecutar una suerte, no debe acordarse de su vida.»

Y así lo hace siempre que pisa la arena.

(1) «Don Modesto», *El Liberal*.



Después de la corrida

Toreo clásico

Toreo moderno

Toreo del porvenir

Clasicismo es el sistema y conjunto de doctrina de los autores clásicos, ó sea de aquéllos cuyas obras se consideran como modelos dignos de imitación, por cuyo motivo constituyen autoridad en su respectivo género.

Arte es todo lo que se hace por la industria ó habilidad del hombre; y todo conjunto de reglas que rigen una determinada clase de conocimientos para su estudio.

Toreo es el ejercicio ó *arte* de torear; y *torero* el que tiene por oficio torear en las plazas, conforme á las reglas ó preceptos del *arte*.

El *toreo clásico*, por consiguiente, es aquel que se ajusta á lo determinado por aquellos que constituyen autoridad en el arte de torear y que sean modelos dignos de ser imitados.

Todos los que se han ocupado de la Historia del toreo, citan como *autores* clásicos á Romero y á Montes, porque el diestro rondeño tuvo la *intuición torera* para ejecutar suertes que antes de él eran desconocidas, y á Montes porque, además de practicar magistralmente *casi* todas las suertes, suscribió una obra titulada *Tauromaquia completa*; pero no, ciertamente, porque sean modelos dignos de ser imitados en todo.

La *Tauromaquia completa*, ya lo he dicho anteriormente, fué escrita por *Abenamar*. Montes no tiene, por tal concepto, derecho á figurar como autor clásico.

En cuanto á lo de que fueran modelos dignos de ser imitados, no lo puede ser el degollar los toros y *trincharlos vivos*, como hacía Romero frecuentemente. ¡Y no digamos de Montes!

«Si hoy se viera á un matador que pasando de capa la arrojara á la cabeza de la res, tapándola los ojos, y escapase luego por pies por evitar el embroque, no habría frase, por dura que fuese, que no se lanzara al diestro; si un banderillero saliera á parear llevando el capote y de él se sirviera, echándolo al hocico de la res para poner los palos, la silba sería imponente; si un espada al intentar el volapié, se llegase al toro poco á poco, aprovechando, digámoslo así, un momento de descuido para meterse, ciertamente el público no aplaudiría esa faena, aunque la hiciera uno de sus ídolos; si otro, alternando el pase regular con el de pecho, en uno de éstos y sin previo cite, clavase la estocada, seguramente la protesta sería unánime».

«Y, sin embargo, Montes aconseja todo ésto y lo encomia» (1).

Si estos son *los clásicos*, habría que reconocer que la autoridad concedida á los mismos había sido un *error clásico*.

Larra dijo, que *el clasicismo* es la muerte del genio.

El arte es genial. Sus manifestaciones son puramente individuales, y en el toreo la individualidad es el todo.

Cada lidiador de valía tiene su estilo propio, peculiar, y y cuando ese lidiador reúne aptitudes excepcionales, cuando *es creador*, y marca un adelanto en su arte sobre lo conocido en la época, ese adelanto es lo que queda para enseñanza é imitación de las generaciones sucesivas. Eso es lo clásico.

Las faenas de Romero y de Montes fueron un gran adelanto sobre las suertes que entonces se practicaban. En ese concepto *son clásicos*, como lo son, *Costillares*, al inventar la suerte del volapié; el *Chiclanero*, al perfeccionar la de *recibir*; *Lagartijo*, con sus largas inimitables y su estética taurina; *Frascueto*, con su increíble y temerario arrojo; Rafael Gómez, *Gallito*, en su inspiración creadora; *Joselito*, cuando hipnotiza las reses á fuerza de sabiduría, y Belmonte, cuando con verónicas colosales levanta al público de su asiento.

He ahí lo clásico, y ríanse ustedes de los peces de colores.

(1) Pascual Millán. *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla*.

Y lo mismo sucede con las *Escuelas*. Todo eso es, como dicen en Cádiz, *conversación de Puerta de Tierra*.

¡La escuela *rondeña* y la escuela *sevillana*! Por la primera se entiende la del toreo fino, serio, elegante, que el maestro Pedro Romero enseñó á sus discípulos, encargándoles que en ninguna ocasión moviesen los pies delante de los toros, más que con arreglo al arte, sin faltar á éste en lo más mínimo; y por la segunda, ó sea la *sevillana*, que enseñó Jerónimo José Cándido, la que admite más movilidad, menos aplomo y formalidad, pero que por ser la más alegre y variada suele divertir más al público, que en su inmensa mayoría no tiene el conocimiento *técnico* necesario para apreciar el valor de las suertes, ni va á los toros como si fuese á escuchar una conferencia en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

Se cree como artículo de fe, que solamente lo *rondeño* es lo netamente *clásico*, y que este toreo debe revestir una seriedad mucho mayor que la de Vicente Pastor, que en este concepto debe ser un *rondeño archi clásico*, y que la escuela *sevillana*, es la única que permite las alegrías, adornos y jugueteo con los toros.

Esto no es cierto. Ninguno de los toreros que yo he visto torear se han ajustado estrictamente á las reglas de tal ó cual escuela. Han hecho lo que han sabido, ó les han dejado hacer las condiciones de las reses, y no han pensado al ejecutar una suerte si era de la escuela *rondeña* ó de la *sevillana*, sino en que pudiera proporcionarles un aplauso.

¿A qué escuela pertenecía *Lagartijo*? Tenía la severa

elegancia de la *rondeña*, y la gracia y adornos de la *sevillana*. Pues esa feliz fusión se viene observando en mayor ó menor grado por todos los toreros. *Frascuero*, que en sus primeros tiempos era bullidor en demasía, concluyó siendo un torero serio y reposado, sin que por eso dejase de adornarse tocando con la mano en el testuz de los toros al rematar un quite ó cualquier otro jugueteo por el estilo.

Y lo mismo puede decirse de Mazzantini y de Vicente Pastor.

Hoy ya no existe esa división en dos escuelas.

Rafael María Liern, cuya autoridad y competencia en asuntos teatrales era generalmente reconocida, me decía en una ocasión:

—«Eso del género chico es un absurdo: en el teatro no hay género chico ni grande; hay género bueno ó malo, y nada más».

Tenía razón, y lo mismo puede decirse respecto al toreo. Hay diestros con *buena escuela*, que son los que por su arte, destreza, gracia, valor y arrestos ante los toros, conquistan las grandes ovaciones; y los hay de *mala escuela* ó de mala sombra, que aunque toreen por lo *rondeño*, pasan menos que un duro *sevillano*.

Lo cierto, lo indudable, lo indiscutible, es que hoy se torea mejor que en los tiempos de Romero y *Costillares*, Montes y el *Chiclanero*.

La revolución en el arte arranca de principios de la segunda mitad del siglo XIX, y su apóstol fué Rafael Molina, *Lagartijo*.

Discípulos y observantes de las doctrinas de tan gran maestro, fueron *Guerrita* y *Fuentes*, y el *toreo moderno* representa un progreso sobre lo que se ha venido entendiendo como *toreo clásico*. Se ha ennoblecido, se ha dignificado, ganando en arte y belleza todo lo que ha perdido en barbarie.

El *toreo moderno*, y los toreros contemporáneos superan á los *clásicos* á pesar de *no recibir toros*.

Yo creo, y en esta creencia me acompañan muchos, que nada tiene que ver el que las corrientes del *toreo moderno* vayan por otros cauces, para que eso signifique que los toreros de hoy valen menos que los de ayer.

Los actuales no han visto ejecutar esa suerte, y cuando algunos, llevados de su afán de complacer han intentado matar toros *recibiendo*, y han salido bien de su empeño, los que se precian de inteligentes y un día y otro lamentaban que no se practicara, en vez de aplaudirles les han censurado diciendo:—«No, eso no; así no recibía el *Chiclanero*. Aquel clavaba los pies en la arena, adelantaba el brazo y el toro caía muerto, clavándose él sólo el estoque, que mantenía firme en su mano como una estatua de carne...» ¡Y ninguno de ellos conoció al *Chiclanero*, ni sabe del asunto más que del mentir de las estrellas!

La generalidad del público ha permanecido indiferente ante la suerte que no conoce, que actualmente puede llamarse *exótica*, y no tiene por qué entusiasmarse con ella más de lo que hace cuando ve dar un volapié á lo *Mazzanini* ó á lo *Machaquito*.

Lo *clásico*, en su acepción de *toreo antiguo*, se ha desvanecido ante el *toreo moderno*, con gran ventaja para éste, y las *escuelas* con sus absurdas divisiones, dejaron de existir ante el toreo verdad, el único que hoy admite la afición inteligente y la crítica ilustrada.

Y digo ilustrada, porque desgraciadamente en la actualidad ejercen de críticos taurinos algunos desdichados, que por la amistad ó benevolencia del director de cualquier periódico, ejercen á mansalva la profesión, y escudados tras un seudónimo más ó menos ingenioso (generalmente menos), juzga sin conocimiento, dejándose arrastrar por la pasión, censurando sistemáticamente á unos lidiadores y ensalzando á los otros; reputando siempre como malo el trabajo de los diestros que no son de su devoción, y como superior y archimagnífico el de aquellos que desean elevar á la categoría de ídolos.

En cambio, á «Don Modesto», que pese á todos sus apasionamientos, ejerce actualmente, con indiscutible derecho, en mi modesta opinión, la hegemonía de la crítica taurina, y cuya autoridad y competencia debiera ser por todos reconocida, no falta quien, no sólo desconozca sus merecimientos, sino que le suponga el «engañado de la pantomima», como oí decir á uno de esos que quieren imponer á voces y con desplantes y groserías sus *sabias* opiniones.

Y lo que digo de «Don Modesto» puede hacerse extensivo á otros igualmente entendidos y con autoridad en la materia.

La causa de ésto es que actualmente todos presumen y

alardean de inteligencia, por lo mismo que no hay nada tan atrevido como la ignorancia, y por culpa de unos y otros, las competencias, que en todos los tiempos pretendió suscitar la pasión y el entusiasmo mal entendido entre las principales figuras del toreo, han llegado en la época presente á un grado jamás alcanzado, y que puede ser de funestísimas consecuencias.

Los *gallistas* y los *belmontistas* serán los principales culpables de que, cuando el arte taurino había llegado á una altura que nunca alcanzó, caiga en una decadencia mucho mayor de la que sobrevino después de la desaparición de Montes.

¿Cuál será pues el *toreo del porvenir*?

El toreo de *los fenómenos* es la *evolución* en el arte, y esa evolución ha de cambiar radicalmente el modo de ser de la lidia que hasta ahora se denominó de «reses bravas», que ya va siendo de bueyes de carreta, y que algunos suponen que muy pronto será de chotos ó de cabras.

Esa evolución tiende, principalmente, á disminuir la *cantidad de toro*, procurando que cuando el cornúpeto llegue al trance supremo, *no pueda con la bula*, y deje que el matador le sobe, toque y zarandee con molinetes y vueltitas *de vals* por delante y por detrás, que vuelvan loco de gusto al inteligente concurso.

Ya no es posible retroceder. *Joselito* y Belmonte son esclavos de sí mismos.

«Ambos, aunque no quieran, tendrán seguramente que ir convencidos á las plazas de que han de procurar, antes de

nada, distraer al respetable y hacer lo que puedan por lograrlo, aunque los enemigos no reúnan condiciones. Y *Jose-lito* se defenderá con sus facultades y martingalas de sabio, y Belmonte se clavará en las astas de las fieras, impulsado por el amor propio.

Y torearán á la salida á todos los toros, lo necesiten ó no. Y en sus cuadrillas, los picadores echarán el palo con el solo fin de medio matar á los animalitos para que lleguen como babosas al último tercio y los peones recortarán á dos manos para quitarles fuerzas.

Y todo irá dirigido al triunfo de los maestros en las faenas de muleta, aunque se vayan mixtificando los demás tercios y lances de la lidia.

Y á eso llegaremos, sin duda, de seguir en su esplendor el toreo contemporáneo, que aplaudimos, consentimos y hasta admiramos» (1).

¡El toreo del porvenir!

La actual empresa de la Plaza de Toros de Madrid ha plantado los primeros jalones que marcan y enseñan lo que podrá ser, con la *luminosa* creación de las corridas nocturnas.

Las corridas de toros necesitan del sol, del calor, de un cielo azul, de alegría, de mujeres guapas con mantillas prendidas con claveles, de ruido, de algazara, de broncas y de ovaciones.

Nada de eso existe en las corridas nocturnas, fúnebres,

(1) *Nuevo Mundo Taurino*, «Capotes».

tétricas, con un público soñoliento y aburrido, con las mujeres pálidas, lívidas, verdosas por los reflejos de los arcos voltaicos, constituyendo el conjunto un cuadro falto por completo de la animación, del color y de la vida, que sólo puede darle la luz del sol vivificante y abrasadora.

La ida y la vuelta á la plaza, entre silencio y sombra, tiene más semejanza con una comitiva de entierro que con la bullanguera muchedumbre que en pleno día, á pie ó en coche, se desborda por la ancha avenida que conduce á la Mezquita del toreo. No me explico cómo el público madrileño no ha rechazado de una manera rotunda y definitiva, tan lamentable y ridículo espectáculo, verdadera pantomima de circo.

Ningún aficionado inteligente puede aceptar como buenas las corridas nocturnas, en las que falta todo lo artístico, característico y peculiar de nuestra fiesta.

Únicamente los amigos de la obscuridad y el misterio, los que aman *el cine*, porque la sombra protege y encubre cierta clase de expansiones, han encontrado con esta innovación ancho é inesperado campo en donde satisfacer sus anhelos.

Que buena pro les haga. Si por tal camino se sigue, el *toreo del porvenir*, nos reserva indudablemente grandes sorpresas.

«Hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad...» y la ciencia moderna hará una revolución en el toreo, yo no se si «desde arriba» ó «desde abajo».

Ya lo presintió el gran *Sobaquillo*, cuando hace cerca de

veinticinco años pronosticaba que andando el tiempo tendríamos «capotes impregnados de determinadas sustancias anestésicas, ó lo que fueren, para *parar* á los toros, ó bien embravecerlos, si salen flojos; puyas con morfina, que alivien el dolor de las reses; banderillas que den por resultado *aplomar* científicamente á los toros, graduando, según fuere menester, la dosis de la mixtura farmacéutica; muletas empapadas y empapantes, en el sentido recto del vocablo, y no en el figurado que habíamos empleado hasta ahora, para dejar al toro dispuesto á bien morir con toda *cloroforimidad*, etc., etc.» (1).

¡Pero que ni decir tiene!—como dicen los chulos madrileños.

La ley del progreso se ha de cumplir en lo que respecta á los cuernos y sus derivaciones como se cumple en todos los órdenes y desórdenes sociales, y todo lo antiguo y *arcaico* debe desaparecer.

En las corridas nocturnas se ha sustituido ya el pañuelo rojo ó verde con que el Presidente disponía se clavasen á la res banderillas de fuego, ó que salieran los respetables mansos, por bombillas eléctricas de igual color.

Muy en breve, según me han dicho, se clavará en el morrillo de los toros, cuando salgan del toril, en lugar de divisa, una potente lámpara de filamento metálico, para que los diestros vean bien el sitio donde deben clavar el estoque.

(1) «Sobaquillo», *De pitón á pitón*.

La empresa estudia también la sustitución de las mulillas, no se si por un HP ó por alguna otra letra, con lo cual el arrastre de los caballos y toros muertos será mucho más rápido y cómodo.

Es muy posible que se consiga una feliz aplicación de los rayos X, para que los matadores acierten á la primera con el descabello.

Y el gran suceso, fenomenal y sensacional que no tardaremos en presenciar, será el *circuito taurino en aeroplano*, cuya suerte consistirá en que el aviador cogerá al toro, previamente provisto de una especie de cincha, en cuya parte superior tendrá una gran anilla de hierro, y elevándose en el espacio dará una vuelta completa sobre los tejados de la plaza, volviendo á dejarlo en el centro del redondel, y saliendo, no por pies sino por alas.

¿Puede darse nada más sublime?

¿Qué valen, al lado de semejantes maravillas, todas las proezas del *toreo clásico* ni del *toreo moderno*?

El *toreo del porvenir*, gracias á la ciencia, la crítica y la culta é inteligente afición modernísima, ha de exceder á cuanto pudiera imaginar la más exaltada fantasía.

Pero cuando sucedan todas estas cosas, á eso, ¿se le podrá llamar corridas de toros?





¿Próximo fin de la Fiesta Nacional?

Aun á riesgo de parecer temerario ó desequilibrado, yo contesto á esta pregunta afirmativamente. Creo que la *Fiesta Nacional* está camino del fin, por la inmutable ley de la gravedad, y porque la fiebre que la domina, ha rebasado ya todos los grados que puede soportar el organismo.

Los seres orgánicos necesitan para su existencia una cantidad determinada de calor, y tanto su falta como un exceso del mismo, produce en ellos la muerte.

Los seres inorgánicos, experimentan á su vez cambios notables bajo el influjo de este agente, empezando por separarse sus moléculas, y por consiguiente, aumentan de volumen; si se les continúa calentando progresivamente cambian de estado, ó sea, se transforman de sólidos en líquidos, y luego en gases; y, por último, si sigue actuando sobre ellos el calor, sus moléculas se separan, destruyéndose la atracción que las mantenía unidas, y se disgregan y pierden en el infinito de los espacios.

He ahí lo que está sucediendo con la *Fiesta Nacional*.

Al abandonar los nobles caballeros de Castilla en las postrimerías del siglo XVIII los circos y cosos en que hicie-

ran alarde de valor y gallardía alanceando ó rejoneando reses bravas, recogió el pueblo con todo el calor de la sangre roja é hirviente que circula por sus venas, la desgarrada señera del aristocrático deporte, y haciendo de sus girones capote de brega, y trocando el rejón por el estoque, surgió al calor del entusiasmo popular, el toreo moderno, se transformó el espectáculo, y la materia se convirtió en río caudaloso, que desbordado y torrencial, inundó las tierras de España, y aun las de allende los mares.

Pero siguió actuando cada vez con más fuerza durante todo el siglo XIX el fuego de la afición por las lides taurinas; sobre la roja arena de los circos se suceden las grandes figuras de aquellos diestros que electrizaban al público con sus proezas; la afición es más potente y abrasadora, y al comenzar el siglo XX, el progresivo é incesante aumento de calor, desecó el torrencial elemento, que al convertirse en gases y ser aspirados por la actual generación, la perturba, ofusca y enloquece, no dejándola ver el peligro á donde su delirio le lleva.

Y el incendio toma de día en día más incremento, porque los encargados de echar leña al fuego se llaman Joselito y Belmonte, quienes con un arrojo nunca visto, realizan sobre la arena hazañas estupendas; el calor sube sin cesar hasta un grado que ya no puede medirse, porque todos los termómetros han estallado, y falta ya muy poco para que los gases se volatilicen, y sus moléculas disgregadas se pierdan en el infinito.

Estos gases forman actualmente una atmósfera densa y

deletérea, que envuelve á la afición, la ahoga, la asfixia y acabará por matar la *Fiesta Nacional*.

Si Luis XIV de Francia dijo «Después de mi, el diluvio», Joselito y Belmonte pueden decir «Después de nosotros, la nada».

Y así es, en efecto; después de las faenas que un día y otro realizan en el redondel Belmonte ó Joselito, ¿qué queda ya por ver?, ¿qué clase de suertes podrán ejecutar los toreros del porvenir para conseguir los aplausos del público? ¡Ninguna!

Ni siquiera les queda el recurso de agarrar á los toros por los cuernos, como si fueran una cabra, y hacerles besar el trapo rojo, porque eso lo han hecho ya cien veces Joselito y Belmonte.

El público, sugestionado por completo, va manifestando claramente su desvío por la *Fiesta Nacional*. Esta le interesa cada vez menos; lo único que le preocupa es *ellos*. Corrida de toros en la que no tome parte alguno de los dos, le tiene sin cuidado á todo el mundo, y va á la plaza movido, no de una verdadera afición por el espectáculo, sino para ver lo que hacen *ellos*, y á impulso de un sentimiento irreflexivo de bandería, para aplaudir á uno y silbar á otro, nada más que por que sí, dominado por la injusticia, hija de su ignorancia é ineducación, exigiendo á todos los diestros, incluso á los dos ídolos, que den lo que no pueden dar, que se superen á sí mismos, y como ésto no es posible y la peligrosa profesión está sujeta á alternativas, al no comprenderlo así sobreviene el cansancio y el aburrimiento*.

Hace pocos días (1) que un crítico taurino muy inteligente é imparcial, decía á este propósito algo muy pertinente.

Detalla la excelente faena de Paco Madrid, con el sexto toro de la décima corrida de abono, refiriendo como después de pasarlo de muleta con arrojo y valentía, le hizo rodar á sus pies de un volapié inmenso, enterrando el estoque hasta las cintas, y saliendo el matador limpio por el costillar; y termina su revista con estas palabras:

«¡Como si no! La gente, reconociendo que había matado superiormente un toro, le tocó cuatro palmas, y se echó á la calle, cansada, aburrida, sin importarle nada de lo que acababa de presenciar. Y ésto no es de hoy, es de siempre que no torear *ellos*. Reconoce que ésto no está mal, que aquello está bien; que lo otro es digno de aplauso, que siempre están á las duras, que dan su nota, que no se les puede exigir más; lo reconoce todo, pero... pero no le interesan las corridas como no toreen *ellos*.»

«—Ese toro difícil, ¡como le hubiera toreado José!».

«—En ese toro bravo, ¡qué cosas hubiera hecho Juan!».

«La fiesta de toros tiene hoy el mismo título que la obra de Dicenta: *Juan José*.».

Tiene razón el inteligente revistero: la *Fiesta Nacional* es única y exclusivamente *Juan José*.

Y así como en el drama de Dicenta, Juan José en el paroxismo del amor y de los celos, ahoga entre sus brazos á

(1) A B C del 7 de junio de 1915.

su querida Rosa, ¡alma de su alma!... así Joselito y Juan Belmonte con sus inenarrables faenas, llevan al público al paroxismo del entusiasmo, al frenesí, al delirio, y la *Fiesta Nacional*, ¡alma de su alma! quedará entre sus brazos muerta para siempre.

Se ha llegado á la cumbre. Después de *Ellos*, no hay más allá; y la ley de la gravedad es inmutable.

Si lanzamos fuertemente á golpe de taco una bola de billar por un plano inclinado, en el sentido de abajo á arriba, como la gravedad es una fuerza constante que obra verticalmente de arriba hacia abajo, la bola de marfil subirá recorriendo espacios que disminuirán proporcionalmente al cuadrado de los tiempos, hasta que, anulada su velocidad inicial, comenzará su descenso con movimiento uniformemente acelerado hasta tocar en el suelo.

Hace siglo y medio que por el plano inclinado de la España taurina, rueda y sube siempre hacia arriba la bola del entusiasmo por las corridas de toros, por que la fuerza que la impulsa, es grande, inmensa, pero... ha llegado ya al punto culminante en dónde se acaba la velocidad inicial, y como ya no cabe en lo posible que reciba más poderoso impulso, ó se despeña verticalmente, ó comienza el descenso de arriba á abajo con movimiento uniformemente acelerado.

De uno ó de otro modo el resultado es el mismo. La inmovilidad al llegar al centro de gravedad, la paralización, la nada, ¡la muerte!

FIN